

WARREN ELLIS

WARREN ELLIS REINVENTA
LA CIUDAD DE NUEVA YORK
COMO UN ROMPECABEZAS QUE
ESCONDE UN RITO LETAL



RITUAL DE MUERTE

"Diabólicamente divertida"
Ian Rankin

Lectulandia

El inspector John Tallow acaba de sobrevivir a un tiroteo en el que ha perdido a su compañero de patrulla. En la escena del crimen hay un piso cerrado cuyo tabique ha sido perforado por una bala. Al entrar en el mismo descubre un sorprendente arsenal de armas variopintas que cubren suelos y paredes alineadas en formas extrañas. Como si escondieran un código secreto, como si se tratara de un misterioso templo de culto a las armas. Las pruebas de balística revelan que fueron usadas cada una en un asesinato no resuelto con anterioridad. Tallow siente que se encuentra ante un caso diabólico, ante un asesino en serie que lleva más de veinte años matando como un cazador solitario y conserva las armas con un objetivo inexplicable. ¿Por qué las armas están extrañamente vinculadas a sus víctimas? ¿Qué rito mágico esconde el asesino con la particular ordenación de las mismas que recuerda a un “wampum” de los primitivos moradores de Manhattan? ¿Qué pretende decir y qué quiere que se recuerde?

Tallow no se enfrenta a un simple asesino psicótico que parece como si actuara en dos épocas diferentes. Sus investigaciones le van a arrastrar a una peligrosa trama en la que, para su sorpresa, alcanza a alguna de las grandes fortunas de Wall Street. Tallow quiere dar caza al asesino, pero éste también a él; ha destrozado su lugar de culto. Una implacable y accidentada persecución se va a desatar por la parte más oscura de Nueva York.

Lectulandia

Warren Ellis

Ritual de muerte

ePub r1.1

x3l3n1o 17.07.14

Título original: *Gun machine*
Warren Ellis, 2013
Traducción: Mariano Antolín Rato

Editor digital: x3l3n1o
Corrección de erratas: Slevin
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Ariana y Molly y Lydia y Angela y Niki y Lili Uno

Uno

Al reproducir la grabación del 911, parecía que la señora Stegman estaba más preocupada porque el hombre del otro lado de la puerta de su apartamento estuviera desnudo que porque tuviese una escopeta enorme.

Una llamada al 911 es como la señal de dolor que tarda el equivalente a una era en viajar desde la cola del dinosaurio hasta su cerebro. El torpe lagarto atronado que forma el engranaje informativo del Departamento de Policía de Nueva York ni siquiera capta los mamíferos rápidos y tremendamente evolucionados de los códigos telefónicos, wi-fi y comunicaciones del sector financiero que cruzan continuamente por debajo de los pies del Primer Distrito.

Pasaron siete minutos largos antes de que alguien se diera cuenta de que los inspectores del Primer Distrito John Tallow y James Rosato se encontraban a menos de ochocientos metros del hombre desnudo con la escopeta y se les llamase para que acudieran al lugar.

Tallow bajó la ventanilla del lado del pasajero de su coche patrulla y escupió el chicle de nicotina en la calle Pearl.

—No te apetecía ocuparte de eso —le dijo a Rosato, mirando sin interés a un mensajero en bici vestido de licra color lima que le hizo un corte de mangas y le llamó asesino—. Llevas toda la semana jodido de las rodillas, y acabas de responder a una llamada del último apartamento sin ascensor de un edificio de Pearl.

Jim Rosato se había casado hacía poco con una enfermera griega. Rosato era medio irlandés y medio italiano, y se cruzaban apuestas en el Primer Distrito sobre cuál de los dos llegaría al trabajo llevando la piel del otro de sombrero en el transcurso de aquel año. La enfermera griega había obligado a Jim a que mejorara su estado de salud, un programa de emergencia gradual que incluía que saliera a correr antes y después de cada turno. La semana pasada Jim había aparecido por el Primer Distrito tambaleándose con las piernas rígidas y cara de bulldog que mastica una avispa, asegurando a todo el que estuviera presente que las rodillas se le habían solidificado y que sólo le quedaban unos días de vida.

Cuando Rosato soltaba tacos, el acento de su madre dublinesa hablaba a través de él desde la tumba:

—Mierda podrida. ¿Cómo iba a saber uno esto?

El asiento trasero del coche patrulla era una formación de esquisto hecha de libros, papeles, revistas, un par de e-readers y un cascado iPad de saldo. Uno u otro muchas veces tenían que apartar alguna de esas cosas para hacer sitio atrás en el que meter a un sospechoso. Tallow era el que leía.

Rosato golpeó el volante, luchó contra el tráfico y detuvo el coche al lado del edificio de apartamentos de la calle Pearl.

Era una lúgubre cosa gris, el edificio achaparrado, una cáscara fósil para que humanos pequeños se apiñaran dentro. A todos los demás edificios de este lado del bloque les habían hecho, como poco, dermoabrasión y arreglado los dientes. Dos se alzaban a cada lado del antiguo edificio de apartamentos como unos treintañeros creídos con bótox que sirven de apoyo a un pariente mayor. Muchos parecían vacíos, pero a pesar de ello había bandadas de jóvenes con trajes buenos y corbatas malas, teléfonos clavados a la cabeza, y arcoíris de mujeres angulosas apuñalando textos con pulgares afilados.

El estampido de la escopeta dentro del antiguo edificio hizo que todos se alejaran haciendo ruido como flamencos.

—Esto fue idea tuya —dijo Tallow sin levantar la voz, dando un empujón a la puerta. En la calle, Tallow levantó y recolocó de modo compulsivo su Glock en la pistolera, debajo de la chaqueta. Rosato avanzó con las piernas rígidas hacia la puerta del apartamento.

Muchos policías se casaban con enfermeras, Tallow lo sabía. Las enfermeras comprendían aquella vida: turnos de trabajo asesinos, largos periodos de aburrimiento, repentinas descargas de adrenalina, sangre por todas partes. Tallow casi sonreía cuando siguió a su dolorido compañero dentro del edificio de apartamentos. Se aseguró de que la puerta se cerraba lo más silenciosamente posible y sólo entonces sacó su arma de fuego.

El parqué del portal crujió bajo sus pies. Tenía cráteres acá y allá que dejaban al descubierto un fondo de periódicos amarillentos. Tallow reconoció una cabecera de los años cincuenta que asomaba por debajo del parqué junto a la pared sur.

El papel pintado de la pared estaba pringoso con antiguas manchas de nicotina, el aire era caliente y húmedo, y la barandilla de la escalera parecía embreada.

—Mierda podrida —dijo Rosato cuando empezó a subir la escalera. Tallow trató de adelantarle por un lado, pero Rosato le echó atrás con la mano. Rosato había pasado más tiempo patrullando que Tallow antes de que le hicieran inspector y consideraba que eso le proporcionaba una superioridad innata en la calle. Tallow tenía demasiadas cosas en la cabeza, decía Rosato a la gente. El gran Jim Rosato era un policía de calle.

La voz del hombre desnudo de la escopeta se proyectaba escalera abajo. Al hombre desnudo de la escopeta al parecer no le gustó nada la carta que le habían metido por debajo de la puerta aquella mañana explicando que el edificio iba a ser comprado por una promotora inmobiliaria y que tenía tres meses para encontrar otro alojamiento. El hombre desnudo de la escopeta iba a liquidar a cualquier gilipollas que intentara quitarle su casa porque aquél era su hogar y nadie podía obligarle a hacer nada que él no quisiera, y además tenía una escopeta. No mencionó que estaba desnudo. Tallow supuso que estaba demasiado enfadado para vestirse.

Llegaron al descansillo del segundo y miraron hacia arriba.

—El hijoputa está en el tercer piso —susurró Rosato.

—Ese tipo está fuera de sí, Jim. Escúchale. Su voz cambia de escala y repite la misma frase. Podríamos limitarnos a esperar hasta que llegue alguien que sepa tratar con locos.

—Léele uno de tus libros de historia. A lo mejor se desmaya y deja caer su escopeta.

—¿En serio?

—En serio, mierda podrida. Todavía no sabemos si ha dado a alguien con ese disparo que hizo. —Rosato siguió adelante, flexionando los dedos en torno a su arma, que le colgaba de la pierna.

Subieron en silencio. La voz se hizo más fuerte. Rosato llegó al descansillo del tercer piso, levantó su pistola y dio un paso antes de manifestar, con un agudo ladrido, que era policía. Y luego dio otro paso más.

La rodilla se doblaba bajo él.

El hombre desnudo de la escopeta asomó en lo alto de la escalera y disparó hacia abajo.

La explosión arrancó el lado superior izquierdo de la cabeza de Jim Rosato. Se escuchó un estallido húmedo cuando una parte de su cerebro chocó contra la pared de la escalera.

Desde donde estaba, tres pasos detrás y a la derecha, Tallow distinguió el ojo de Rosato a unos buenos doce centímetros lejos por detrás de su cabeza y sujeto todavía a la cuenca por un revoltijo de gusanos rojos. En aquel mismo segundo, Tallow comprendió de modo impreciso que en el último momento de vida James Rosato pudo ver a su asesino desde dos ángulos distintos.

El globo ocular de Rosato estalló contra la pared.

El aire denso latía con las reverberaciones de la escopeta.

El sonido del asesino de Jim Rosato que volvía a cargar un cartucho pareció que duraba una eternidad.

Tallow tenía su Glock agarrada con las dos manos, catorce en el cargador y una en la recámara.

El asesino de Jim Rosato era un culturista dado a las hamburguesas y a largos días en el sofá. Temblaba de arriba abajo.

Tallow veía los atenuados ecos de sus músculos debajo del michelín. Tenía calva la coronilla y la cabeza parecía demasiado pequeña para contener un cerebro humano. La polla le colgaba encima de la bolsa de sus huevos como un clítoris gris. Tenía el nombre Regina tatuado de mala manera en el pecho, estirado por sus tetas peludas. John Tallow en aquel momento no conseguía encontrar ningún motivo que le impidiese matar al cabrón, así que hizo cuatro puntos huecos en Regina y un tapón en

la pequeña cabeza llena de mierda.

El tapón mandó hacia atrás, haciéndole caer, al asesino de Jim Rosato. Un fino chorro de orina describió el arco de su caída. Se golpeó contra el suelo, tuvo arcadas en un intento autónomo de respirar y murió.

John Tallow, inmóvil de pie, hizo lo posible por respirar. El aire era denso y amargo, con residuos del disparo y de sangre.

Nadie más en el pasillo. Había un agujero en una pared detrás del muerto. Puede que éste hubiera disparado al azar a una pared para atraer la atención de la gente. Puede que sólo estuviera loco.

A Tallow no le importó. Lo que fuera.

La gente se preguntó por qué cojones John Tallow no hizo muchos más esfuerzos por seguir siendo un policía.

Dos

John Tallow aguantó mientras los forenses rascaron, levantaron, metieron en una bolsa y se llevaron a su compañero desde hacía cuatro años, y luego se sentó callado en los escalones, así que tuvieron que alzar al asesino de Rosato por encima de él para bajarlo y sacarlo del edificio.

La gente le decía cosas. Los disparos en lugar cerrado le habían endurecido temporalmente el oído, y de todos modos no le interesaban. Alguien le contó que la teniente iba en coche a darle la mala noticia a la mujer de Rosato. Le gustaba hacer eso a la teniente, librar de ese peso a su gente. Tallow sabía que lo había hecho tres o cuatro veces en los últimos años.

Al cabo de un rato se dio cuenta de que alguien estaba tratando de atraer su atención. Un policía de uniforme. Detrás de él, los técnicos de la Unidad de Investigación Criminal se movían alrededor como escarabajos.

—Este apartamento —dijo el de uniforme.

—¿Qué?

—Comprobamos todos los apartamentos, para estar seguros de que todo el mundo estaba bien. Pero en este apartamento de aquí hay un agujero de escopeta en la pared y nadie abre la puerta. ¿Comprobó usted ese apartamento?

—No. Espere, ¿qué? Ese agujero está como muy abajo. No creo que haya alcanzado a nadie.

—Bien, puede que el ocupante esté fuera trabajando. Aunque eso le convertiría en una especie única en este edificio.

Tallow se encogió de hombros.

—Fuerce la puerta, entonces.

—La puerta está muy dura. No consigo imaginar qué tipo de cerradura tiene por dentro, pero no quiere ceder.

Tallow se levantó. Sabía que los edificios como aquél no eran Fort Knox. Pero si el de uniforme decía que la puerta no cedía, no tenía sentido repetir el esfuerzo. La cuestión no era la puerta. Era el agujero. Dobló una rodilla junto al agujero. Las paredes interiores de estos tugurios no merecían ese nombre. Tabiques de yeso en su mayor parte. Cuando el edificio estaba abarrotado de gente, y hacía tiempo de eso, debía de haber sido como vivir en una colmena.

El agujero tenía treinta centímetros de ancho. Tallow miró por él. Ninguna luz dentro. Tallow cambió de posición para dejar entrar la luz ambiental del descansillo. El de uniforme le miraba ceñudo.

—Deme su linterna —dijo Tallow.

Tallow la movió en todas direcciones a través del agujero. Brillaron cosas en la oscuridad, como si estuviera iluminando con la linterna los dientes de un animal

hundido en una cueva.

—Traiga una barra para forzar la puerta.

El policía de uniforme bajó mientras Tallow se sentaba en el suelo con la espalda en la pared, rechazando las quejas de los de la científica con un dedo. Volverían a incordiarle más tarde, lo sabía. A los de la científica les gustaba quejarse, y si él no los escuchaba, encontrarían a alguien que lo hiciera.

Bien pensado, a lo mejor hoy le concedían un permiso.

Tallow permaneció sentado pensando en su compañero durante un rato. Pensó que nunca había visto a su mujer. La había evitado a propósito, para ser sincero. Recordó haber sentido alivio porque Jim y su mujer se hubieran casado en vacaciones, así él no podría y, en consecuencia, no tenía que asistir a la ceremonia. Tallow había decidido, después de dejar destrozada a una desconocida con la noticia de que su marido había muerto cumpliendo con su deber con tres proyectiles enormes en las tripas, que no se podría casar. No quería sentarse en la mesa de Jim Rosato y pensar en casarse.

El policía de uniforme había encontrado a un compañero, y juntos habían cargado de mala gana con la barra escalera arriba, levantando ampollas de pintura negra en el metal azul.

Tallow se quedó en el suelo y señaló la puerta con el pulgar.

Los polis acercaron la barra a la puerta. Ésta se dobló y resistió. Se miraron entre ellos, volviendo a insistir con más fuerza y empujando otra vez con la barra. La madera se astilló, pero la puerta resistió.

—Tallow se levantó.

—Echen abajo la pared.

—¿Está seguro?

—Sí. Es cosa mía. Échenla abajo.

La barra machacó la pared. Unos cuantos ruidos sordos llegaron del interior. Los de la científica se cagaron en sus madres por el polvo que produjo la arremetida. Tres cortos golpes más hicieron un agujero lo bastante grande para que pasase Tallow. Dos ruidos sordos más. Tallow movió la linterna prestada y pasó la luz despacio alrededor.

La habitación estaba llena de armas.

Había armas montadas en todas las paredes. Media docena de armas a sus pies. Al darse la vuelta, con la linterna a la altura del hombro, vio que había armas colgadas en la pared por la que había entrado. Algunas armas estaban montadas en hileras, pero la pared a mano derecha las tenía en complejas espirales. Algunas estaban caídas en el suelo del fondo de la habitación dispuestas de una forma que no alcanzó a entender. Había pintura embadurnándolas.

Había olores que no conseguía identificar. Puede que a incienso. Almizcle. Piel o cuero.

Dibujos ondulantes de metal plomizo, desde el suelo hasta el techo. En el aire estancado y levemente perfumado de la habitación, Tallow casi tuvo la sensación de que podría estar en una iglesia.

En el apartamento no había nadie aparte de él. Dirigió la linterna hacia la puerta. Estaba reforzada por barras de metal deslizantes y pesadas cerraduras. Un diodo emitía un parpadeo de luz roja en uno de los dispositivos cerrados. Tallow no conseguía imaginar cómo podría entrar alguien en aquel apartamento por la puerta, pero vio que con una barra no lo podría conseguir.

Tallow anduvo con cuidado por el apartamento, revisando todas las habitaciones sin tocar nada.

Había armas en todas las habitaciones.

En la habitación del fondo había una abertura entre las pesadas cortinas que tapaban la única ventana. Por la abertura penetraba un solo rayo de luz a la pequeña habitación abarrotada de armas. Motas de polvo estaban suspendidas en el rayo inmóvil. Tallow permaneció un momento sin respirar. Salió de la habitación despacio y en silencio.

Tallow casi sonrió cuando volvió a asomar la cabeza por el agujero, señaló a uno de la científica y dijo:

—Tengo algo para usted.

Tres

La situación en el edificio de apartamentos se puso rápidamente en ebullición, convirtiéndose en un revuelto caos. Cuando a los policías de uniforme empezaron a unírseles unos cuantos inspectores durante el turno de preguntas a los ocupantes sobre el apartamento 3A, Tallow aprovechó la oportunidad para escapar escalera abajo.

El sol ya estaba detrás de los largos brazos cromados del distrito financiero. Miró el pálido cielo y durante un momento quiso saber adónde iba el día. Se subió al coche. Lo notaba vacío aunque se sentó en el asiento del conductor. Tallow dirigió el morro del coche, saliendo del espeso tráfico, y se adentró hacia el este, hacia lo más hondo del Primer Distrito.

Quince minutos después había aparcado delante de su café favorito, el que tenía mesas en la acera y nadie se quejaba porque se fumase. Compró un paquete de cigarrillos y un encendedor desechable en el local de la esquina, se sentó en una mesa metálica con una taza alta de cartón con asas de café oscuro venenoso, encendió con manos que todavía no temblaban e inició el esfuerzo de cambiar el automático y dejar que el mundo regresara.

Dejaba que el mundo volviera por fases. Se permitió tomar conciencia de lo que le apretaba un poco en la chaqueta del traje debajo del brazo. Era la única chaqueta que había preparado para acomodar su pistolera de hombro, lo que significaba que había engordado algo en el pecho. Cuando cerró los ojos un momento, notó unos puntitos tirantes en la cabeza. Manchitas de sangre seca pegadas a la piel.

Por fases. La funda de cartón sin tratar en torno a la taza, impresa con tintas biodegradables, proclamaba la orgullosa independencia del café que lo servía, lo único impreso en negro en el manchado cartón que confirmaba su autenticidad. La brillante mesa metálica reflejaba demasiado la luz, el resplandor hacía difícil estar sentado allí demasiado tiempo durante el día, en especial si te sientas con un cuaderno de notas o un ordenador portátil, asegurando que nadie ocuparía el asiento de la acera demasiado tiempo. El sabor a madera y aceite del humo del cigarrillo. Al dar una calada, el caliente bienestar que producían en el pecho, dejando que el humo le saliera por la nariz. Un retrogusto químico al fondo de la lengua. Agarrar automáticamente el café, dulce y sabroso, eliminando el cigarrillo, impidiendo que su cabeza recibiera demasiada luz. Tallow no había fumado en nueve meses. Tampoco había empezado otra vez, no su cabeza. Aquello era medicinal. Tirar el paquete y el encendedor cuando deje la mesa, decidió.

Más fases. La música se filtraba a la calle desde la puerta abierta del café. Sonido glo-fi de Brooklyn, de un par de veranos antes, chicos en los márgenes del parque Slope que imaginaban playas de California. Dos chicas al otro lado de la ventana, con

el pelo de punta y sudaderas con capucha sin mangas que enmarcaban tatuajes sin terminar. El menos terminado de los dos era el mejor. La chica tenía menos dinero pero un ojo de artista más fino.

Detrás de ellas, una impresora traqueteaba encima de un caballete al lado del mostrador, un aparato automático de impresión de periódico de pago por consulta, el New York Instant, o una mezcla de datos extraídos de las redes sociales.

Fases. Un autobús pasó rugiendo, el anuncio en marcha de una tira de su costado con cicatrices de un sarpullido negro de píxeles muertos. Anunciaba algo creado por ordenador y ofrecía tres versiones diferentes de Arnold Schwarzenegger, una de ellas a los veinte años y otra a los treinta. Un coche daba saltos impacientes detrás de él, y brillaba nuevo y limpio entre los demás pero luciendo orgulloso aletas de la década de 1950. Rojo manzana de caramelo y deportivamente anguloso, lo conducía un hombre a punto de cumplir los sesenta años con una camisa a rayas color caramelo con las mangas enrolladas cuidadosamente para que enseñasen un cuidado bosque de pelo gris en el antebrazo.

Fases. Jim Rosato estaba muerto. Nada iba a suprimir el sabor a cobre que seguía clavado en la lengua de Tallow, como si aspirase algo de la sangre pulverizada de Jim cuando la escopeta destrozó la mitad de la cabeza de su compañero. Tallow lo había bloqueado todo, y ahora las cortinas estaban bajadas, no podía evitar ver la muerte de Jim repetida en alta definición.

Tallow se atragantó con el humo.

—Sabía que estabas aquí. ¿Te importa que me sienta?

Sus ojos la distinguieron de inmediato. La teniente estaba de pie al otro lado de la mesa. Tenía un café en la mano. Tallow no sabía cuánto había permanecido allí sentado reproduciendo la muerte de Jim y sin fijarse en nada más.

—Por favor —dijo.

La teniente tenía un modo de moverse parecido al de un complicado aparato plegable cuando se sentaba o ponía de pie, una compresión lenta y precisa, manteniendo cabeza y hombros completamente tiesos. Su traje negro con las arrugas perfectas. Las piernas en unos pantalones de corte perfecto. Su padre era un sastre que le proporcionaba ropa a medida a precio de coste.

Tallow sabía evitarla los días que llevaba un traje nuevo, porque su colección de ellos era un acontecimiento tradicional que incitaba a su padre a regañarla largo rato porque se estaba convirtiendo en un pez gordo.

La teniente estaba mirando a Tallow con aquellos intensos ojos glaciales; una lente inteligente que le examinaba con precisión mecánica.

—Hablé con la mujer de Jim —dijo, levantando la tapa de su café con uñas pintadas de claro.

—Me callé algo cuando hablé contigo —dijo Tallow—. La rodilla le falló cuando

se estaba poniendo en posición. Por tanto ejercicio. No quería que se lo contaras a ella.

—Puedes omitirlo también en tu informe —dijo ella, con un asomo de sonrisa. La teniente tenía unos rasgos enérgicos, bonitos. Cuando sonrió, Tallow pensó que podía ver a una niña que atisbaba detrás de aquel rostro duro, debajo del funcional corte de pelo negro—. Tu disparo se va a considerar oportuno, por supuesto. Hablé con la gente. Todavía te queda por pasar una entrevista y una comparecencia formularias, pero nadie te va a originar ningún problema.

—No estaba preocupado.

Los ojos de ella recorrieron la cara de Tallow, en busca de algo. Como no lo encontró, soltó un suspiro de desaliento y se llevó el café a los labios.

Tallow dio una última calada a su cigarrillo. Volvió la cara hacia la calzada y mandó con precisión la colilla más allá de la acera, al sumidero. Tragó algo de café para quitarse el sabor a nicotina de la boca. La teniente le volvía a mirar.

—No me has contado nada del apartamento en el que hiciste un agujero.

Tallow se chupó las mejillas por dentro, tratando de que la saliva con sabor a café se impusiera al repugnante sabor del fondo de su lengua.

—No hay mucho que contar. Nunca he visto nada igual. Supongo que será una noticia interesante cuando se haga pública.

—Tallow se dio cuenta de que ella volvía a mirarle con atención. —¿Qué pasa, teniente? ¿Estoy haciendo algo malo?

—Pareces más absorto de lo que me gustaría. Más de lo habitual. Quiero saber cómo llevas lo que ha pasado hoy, John.

—Estoy bien.

—Eso es lo que me fastidia. Te emparejé con Jim todos estos años porque teníais un tipo de locura que se complementaba.

Os manteníais controlados uno al otro. Necesito que no te repliegues en ti mismo ni mires el mundo con gemelos una vez que te sientes profundamente protegido. Has estado mal el año pasado, por lo que se ve.

—No la sigo.

Ella se puso de pie.

—Sí, me sigues. Estás en una edad en que se han pasado las prisas por el trabajo y el ajetreo se toma con calma, y en ese momento es cuando te preguntas si no estaría tan mal dejar de prestar atención a toda esa mierda y hacer lo menos posible. Te mando descansar cuarenta y ocho horas, obligatoriamente. Vuelve como un inspector que me sea útil.

Hizo una pausa, y luego trató de esbozar otra vez aquella sonrisa.

—Siento lo de Jim. —La sonrisa no despegó. Ella se marchó.

Tallow esperó cinco minutos, dándole vueltas a otro cigarrillo entre los dedos. Lo

volvió a meter en el paquete. Guardó en el bolsillo el paquete y el encendedor. Entró en el café, buscó el cuarto de baño y vomitó café y sus dos últimas comidas en el retrete con un quejido.

Cuatro

Jim Rosato comentó una vez que el apartamento de Tallow era el lugar donde éste vaciaba la cabeza.

Un dormitorio estaba atestado de libros, revistas y papel. La puerta había desaparecido, como un dique sin compuerta, y el chorro de papel impreso se extendía por el cuarto de estar, y formaba una cresta debajo de la mesa en la que vivían dos ordenadores portátiles y un drive externo. Dos alargados altavoces sobresalían en la superficie de todo aquello como faros. El otro dormitorio estaba enladrillado a medias con cedés, cintas de casete y vinilos. Un perchero para ropa de una tienda cogido en un contenedor de basura hacía en el rincón del cuarto de estar de armario ropero, pero la mayor parte de las prendas que deberían haber colgado de él estaban tiradas por el suelo.

Tallow se abrió paso al interior de su apartamento con las revistas del día debajo del brazo. No el manojito que habría exhibido en el momento álgido del mes sólo cinco años antes. Mucho de su material favorito había emigrado a internet.

Muchas más simplemente habían desaparecido en el horizonte del amanecer digital, y nunca más se las volvió a ver.

No las abrió, se limitó a ponerlas en cualquier superficie estable que pudo encontrar. Se quitó la chaqueta, soltó la pistolera del hombro. Colgó la pistolera del perchero, dejó caer la chaqueta al suelo. Se sentó en una de las dos sillas.

Tallow intentó pensar en el apartamento lleno de armas. En cómo podía llegar a existir un sitio así. Pero lo único que permanecía en su cabeza era su compañero y único amigo de verdad, al que habían arrancado un trozo de cerebro con una escopeta.

Cuarenta y ocho horas. Tallow supo que allí se iba a volver loco.

Cinco

El sueño de Tallow estuvo sembrado de pesadillas intrascendentes con un brillo cobrizo. El teléfono móvil encima de la pila de libros junto a su cama le despertó.

Las mujeres que habían pasado por la vida de Tallow le habían informado de que normalmente se despertaba con una especie de síndrome de Tourette. Durante la primera hora del día era incapaz de manifestar reserva, paciencia o un correcto comportamiento social.

Tallow atacó el teléfono móvil con un:

—Qué cojones.

—Ven a la oficina.

—Joder, dijiste cuarenta y ocho putas horas; para qué coño me despiertas.

—Los de la científica acaban de conseguir una muestra de tus armas. Lo siento, John, sé que te dije cuarenta y ocho horas, pero te necesito aquí ahora.

—Joder. Vale. Sí. Mierda. Dame una hora.

—Treinta minutos. Y cuando llegues, muéstrate humano. Es cierto que ahora mismo estoy anulando tu período de inactividad, pero le añadirás una mierda humeante enorme a tu expediente personal si me vuelves a hablar así.

—Sí. Vale. Teniente, ahora voy. Me despierto. Sí.

—Treinta minutos, inspector.

Treinta minutos más tarde empezó a abrirse paso entre el grupo de simpatizantes de la puerta principal de Homicidios del edificio del Primer Distrito en la plaza Ericsson. Le llevó diez minutos de incómodos estrechamientos de manos y de incómodas palabras llegar al despacho de la teniente. Jim había sido el popular. En realidad, nadie sabía qué decirle a Tallow. Pero la mayoría lo intentó. Era doloroso.

La teniente lo miró con desagrado.

—Dije treinta minutos.

Llevaba puesto un traje que él no había visto antes, de un estambre frío gris plomo.

—La gente me paraba todo el tiempo. ¿Qué pasa?

—Podía empezar contigo diciéndote que trataste a uno de la científica tan mal que tuve que ir a rogarles para conseguir las armas recogidas por los del turno de noche para así darles la lata a los de balística hoy. Pero no lo haré.

Tallow se derrumbó en la silla del otro lado de la mesa sin que ella le indicase que lo hiciera. Era de plástico duro y no invitaba a largas estancias en el despacho. Por eso la había puesto la teniente allí.

—Bien, me alegra que no me enmierdes por eso.

—No te alegres —soltó ella—. No me gusta nada, John. ¿No lo detectas?

—Lo siento —mintió él.

—Bueno. El de la científica sacó unas muestras de las armas del apartamento de Pearl que aireaste tú. Cuatro en concreto.

Volvieron hace dos horas. —Agarró un delgado manojito de papeles sujetos con un clip, e iba a empezar a leer uno, pero entonces lo volvió a tirar a la mesa—. No me creo la palada de mierda que has dejado a mi puerta, John.

—¿Qué pasa con las armas?

—¿Que qué pasa con ellas? Todas han matado a gente.

Tallow pensó que podía detectar el desembarco de un dolor de cabeza importante en la nuca.

—¿Puedes ser más clara, teniente?

Ella levantó otra vez con violencia los papeles.

—Arma uno: Bryco modelo 38, calibre 32. Estrías anormales debidas a deliberadas modificaciones en el interior del cañón. Implicada en el homicidio de Matteo Nardini, Lower East Side, 2002. Es un homicidio sin resolver, por cierto. Arma dos: Lorcin, semiautomática, del 380, modificada a fondo, la prueba de disparo coincide con la bala extraída a Daniel Garvie, Avenida A, 1999. Sin resolver. Arma tres: Ruger nueve milímetros, martillo del percutor deformado, Marc Arias, Williamsburg, 2007, sin resolver. ¿Podrías utilizar la imaginación para la cuarta?

—Fueron unas muestras al azar de las armas del apartamento, ¿no?

—Recogidas al azar.

Tallow se puso en pie repentinamente. Con los ojos desenfocados, rodeó su silla, puso las manos en el respaldo volvió a enfocarlos en la teniente.

—Eso es imposible.

—No, John. Lo que es imposible es que ayer encontraste algo muy raro que habría divertido a otro departamento de este distrito durante meses. Ayer era algo curioso y el problema de otro.

—Cada una de las pistolas...

—Eso mismo. Por las pruebas actuales, has vuelto a abrir varios centenares de homicidios y los has dejado a mi puerta.

—¿Yo?

—Sí, claro. Tú. Esto es cosa tuya, inspector Tallow. Abriste el agujero en aquella pared y sólo tuviste que meter la cabeza dentro.

—Vamos, vamos...

—Si lo rompes, lo pagas. Es la norma en toda la ciudad.

—No puedes.

—Fíjate en mí. Encontraste una habitación llena de armas, y cada una de ellas va

a demostrar que ha sido usada para matar exactamente a una persona. Te estoy encargando que sigas a los de balística, descubras cómo llegaron esas armas a aquella habitación, encuentres al dueño o dueños y le cuelgues hasta el último caso alrededor del cuello. Porque estaría bueno que yo dejase que alguien los colgase del mío.

Tallow no agarró la silla y la tiró.

La teniente vio que los dedos de Tallow se flexionaban.

—Y encima, el escuadrón es cada vez menos numeroso. Y acabo de quedarme sin mi mejor agente por un incidente idiota con disparos que nunca debieron suceder. Así que trabajarás solo en esto hasta nuevo aviso. ¿Alguna pregunta?

Tallow se limitó a mirarla.

—Bien —dijo ella, entregándole los papeles. Su pulgar e índice sujetaban el borde del manajo, que emitió un siseo cuando lo agarró él—. Ahora vas a casa, te cambias y luego empiezas a trabajar.

Tallow se sobresaltó, y se miró a sí mismo como un leproso. Había una mota oscura en su manga izquierda. Partículas de Jim Rosato en su costado izquierdo. Jim Rosato siempre iba a su izquierda. Jim nunca le dejaba conducir.

Tallow llevaba despierto menos de una hora, pero encontró modo de tragarse algunas palabras y se marchó del despacho con mucha rapidez.

Seis

Cuando volvía en coche desde la plaza Ericsson, Tallow se puso a hacer números. En la ciudad de Nueva York tenían lugar más de doscientos homicidios sin resolver al año. Había algo menos de diez mil homicidios sin resolver desde 1985.

De las tres muestras de las que le había hablado la teniente, la más antigua asociada a un homicidio era de 1999.

No sabía cuántas armas había en aquel sitio. ¿Doscientas? ¿Más de doscientas? Tallow se dijo que empezaría con doscientas. En el espacio de más de una década, que se escapen doscientas muertes es un volumen bastante por encima de la media sin resolver...

Tallow había tenido ocasión de visitar el Depósito, allá en el Bronx, y recorrer las salas crepusculares del subsótano donde se almacenaban pruebas de casos de homicidio sin cerrar en toneles marrones de un metro de alto, cuatro pilas de altura, con números de referencia escritos con spray de pintura negra a los lados. Tallow no tenía intención de vivir allí entre los objetos de los muertos sin vengar de Nueva York.

Tallow necesitaba trazar un plan.

Estar en su apartamento a aquella hora del día le hacía sentirse mal, como si estuviera en una zona temporal extraterrestre.

Se detuvo delante del gran espejo bordeado de hollín de su pequeño cuarto de baño para mirarse, y también su traje. Se quitó el traje. Volvió a mirar. También se quitó la corbata gris, la camisa blanca y todo lo demás, amontonándolo debajo del lavabo con el pie. Tallow se sometió a una ducha hirviente, dolorosa, obligándose a permanecer debajo de la alcachofa ardiente y golpeando con las palmas planas las paredes para mantenerse allí, apuntalado y entero. Arrancándose todo.

Tallow se secó con la toalla que rascaba la piel y fue a su dormitorio. Debajo de la cama había una maleta, y en la maleta, un traje negro. El traje que se ponía en los entierros. En el cuarto de estar encontró una camisa verde aceituna y una corbata negra estrecha. Su antigua cartuchera de cintura estaba en una caja de un envío de Amazon rebosante de CD de ejemplares de una colección de obras maestras del blues que había olvidado que tenía, dos pisos debajo de la pila de cajas que se alzaba en el rincón más alejado de la habitación. Tallow se la puso, apartó la chaqueta del traje con el dorso de la muñeca y metió la Glock dentro. La levantó como centímetro y medio y la recolocó.

El traje acentuó la evidencia de que su delgadez se estaba volviendo escualidez cuanto más se hundía en el lado malo de la treintena. Decidió que estaba de acuerdo con aquello.

Tallow volvió a salir al mundo con su traje para entierros.

Siete

El cazador seguía quieto en la calle, observando cómo se llevaban su tesoro.

Sabía que algo iba mal. El día había empezado mal. Estaba teniendo problemas para ver sus dos Manhattan, y suponía un desgarrador esfuerzo enfocar y ver lo que él consideraba Nuevo Manhattan. Nada de bosques, sino edificios. Nada de caballos, sino coches. Algunos días eso no le molestaba. Hoy tenía una sensación de desajuste, y le preocupó de modo impreciso su estado mental. Puede que se estuviera haciendo viejo, y su cerebro no fuese tan maleable como antes. Una vez cada dos meses se despertaba preguntando si podría estar enfermo de verdad.

Había tomado ketamina en una ocasión, de joven, y al considerar la experiencia comprendió que su primer efecto en él fue que ya no le preocupaba haber tomado ketamina. Nunca volvió a invitar a su vida esa pérdida de percepción, pero en aquellos ocasionales días bajos había una enfermiza sensación en la boca del estómago de que pasaba semanas sin interesarse por ser incapaz de ver el Nuevo Manhattan.

El día había empezado de mala manera, y por eso recorrió la senda hacia su colección, con los rótulos y los árboles parpadeando al aparecer y desaparecer de la vista, para garantizar que era segura. La caminata había llevado una hora más de lo que debería, en especial por la dificultad de ver y evitar las cámaras de seguridad. A veces la mente las transliteraba en elementos del Viejo Manhattan, pero hoy nada estaba de su parte, incluido su cerebro.

Observó a los hombres y mujeres de chaqueta azul que cargaban su tesoro en vehículos. Años de trabajo que desaparecían.

Él estaba armado. Podría intentar pararlos. Aunque no hubiera llevado un arma, era un cazador. Podría desarmarlos sólo con las manos si era necesario, o fabricar un arma con lo que tuviera disponible. Pero lo verían.

Su enfado aumentó. Partes del Nuevo Manhattan escapaban a su percepción sensorial. Podía oler a roble, pino y abedul dulce americano. Oyó una bandada de chorlitos alzar el vuelo despavoridos de las copas de los árboles. Cortezas trepaban sobre las fachadas de los edificios que encaraban bajo una luz tamizada por la fronda del bosque. Bajó la vista al suelo y tuvo que reunir mucha fuerza para obligar a que la hierba mojada bajo sus pies se volviera a convertir en una acera seca. Una salamandra rojinegra, sin hojas cubiertas de rocío por las que escabullirse, se adentró en la neblina y desapareció.

El cazador se quedó quieto y observó cómo se llevaban las últimas señales de su vida. Aparte de los cuerpos.

Ocho

El perímetro del Primer Distrito tenía una forma parecida a una punta de flecha quebrada apuntando al mar. En total, dos kilómetros cuadrados de Manhattan. Tallow tenía que ir en la otra dirección, lejos de esos dos kilómetros, y eso nunca le hacía gracia.

En aquel momento Tallow no tenía la sensación de que contara con amigos en la plaza Ericsson. O, puede que más correctamente, tenía la sensación de que cualquier ayuda que consiguiera allí sería por pena. Se dijo que la pena desembocaría en un trabajo muy poco brillante, pero en sus tripas había un revoltijo de humillación y ofensa ante la idea. Y cuando consideró volver a la casa de la calle Pearl para sondear a los residentes, se puso enfermo. Así que pasó diez minutos con su ordenador personal en ACRIS, el registro de la ciudad en la red, y se quedó con el nombre y dirección de la oficina del propietario del edificio.

Iba a ser un largo trayecto en coche hasta la parte alta de la ciudad. En las estrechas y fríamente sombrías calles de lo más profundo del Primer Distrito, justo entonces empezaba a reinar ese dulzón y sudoroso olor a rollos de kebab halal de la madrugadora falange de vendedores callejeros que montaban sus brillantes y endebles carritos y sus botes de meados para aguantar las dieciséis horas de trabajo.

Tallow se sentía incómodo en el asiento del conductor. Una constante y estremecedora sensación de estar en el lado del coche equivocado. Esperaba que el largo trayecto le reajustase un poco el cerebro.

Pasó delante de los tugurios que ofrecían divorcios en sesenta minutos, y de extrañas y expoliadas fachadas de tiendas para las que, con objeto de controlar el tráfico de drogas, los de estupefacientes suplicaban un aumento del presupuesto. Pasó por la Zona Cero, aquella mañana con banda sonora del resonar como de disparos de lonas de plástico mal aseguradas contra la brisa y las maldiciones de los miniempresarios aprovechados que trataban de evitar que sus postales del 9/11 salieran volando de sus mesas plegables de junto a la cerca.

Y luego fuera, en los territorios de otros.

Tallow condujo con la radio del coche patrulla encendida. Él tenía más inclinación por la música, pero aprendió a valorar el parloteo de la frecuencia de la policía como un tipo de estructura sonora propia. Así que circuló con las ondas y remolinos del delito y la forma de gestionarlos mientras conducía. Agente en el Bronx, fuera de servicio y sin suerte, se encontró con un atraco en un taller de chapistería; informes de que cuando el agente atrapó a uno y cayó, un miembro del servicio de seguridad de un colegio agarró su pistola caída y devolvió el tiro. Madre e hija encontradas apuñaladas y muertas en Sheepshead Bay: el agente que informa comenta que tenían tantos agujeros y estaban tan destrozadas que parecían unas

harapientas mantas mojadas. El cuerpo de un hombre desaparecido en el Bronx encontrado en el maletero de un coche robado abandonado en Long Island; los inspectores que le andaban buscando para acusarle de un intento de asesinato hicieron algunos sabrosos comentarios, rápidamente ahogados por intervenciones de otros situados en la zona centro de la ciudad, donde un tipo al parecer había empapado en gasolina a su ex novia embarazada y prendido fuego cuando ella se negó a darle lo que él quería.

Porque todo es cuestión de lo que quiere otra persona, pensó Tallow cuando se abría paso por Manhattan y sus cuerpos.

Fue en las últimas calles cincuenta del lado oeste cuando la circulación fue deteniéndose hasta casi pararse del todo.

Mientras su coche pasaba lentamente, vio a una mujer corpulenta con el pelo gris teñido de un negro nada convincente arrodillada delante de uno de los enfermizos árboles plantados en la acera. Sus espinillas, con descoloridas medias de lana, se apoyaban en la breve cerca de hierro forjado que enmarcaba el cuadrado de tierra en el que el árbol luchaba por vivir. Había algo plateado asomando por la parte de atrás de su nuca. Sanitarios y policías estaban de pie a su alrededor, tan evidentemente absorbidos por el problema de la mujer que no les molestaba la pequeña multitud de mirones que sacaban fotos con sus teléfonos móviles. Tallow se dio cuenta de que la delgada barra metálica había atravesado el cuello de la mujer saliéndole por delante y clavándola al escuálido tronco del árbol.

Delante de él, la circulación se abrió, descubriéndose la furgoneta de los sanitarios aparcada al lado de un voluminoso Chrysler Town & Country con una rueda en el bordillo, y una bicicleta y el que la montaba. La rueda de atrás de la bicicleta parecía reventada, el neumático hecho trizas y la llanta colgando abierta como una letra C dentada. El ciclista estaba en un par de trozos. Licra color lima manchada de carne.

Tallow se dio cuenta de que faltaban varios radios de la rueda de la bici. Contó unos cuantos dispersos por la acera. Sabía dónde estaba el último. Una torsión rara debía de haberlo lanzado y atravesó el cuello de la mujer como una flecha perdida.

Consideró enseñar la chapa a uno de uniforme o a un sanitario para enterarse de toda la historia, pero al segundo siguiente decidió que no lo necesitaba. Rodeó la escena y se alejó de una mujer muerta que rezaba a un árbol de Nueva York.

Los 500 de la 145 Oeste estaban lo bastante lejos como para que, cuando llegó al fin, Tallow tuviera dolores debido a la tensión en la parte superior de la espalda, y dolor por la postura incómoda en la parte baja. Se apeó encogido del coche patrulla aparcado como un cangrejo moribundo. Cuando trató de estirarse, sonidos de huesos crujieron alarmantemente dentro de él.

Respiró a fondo y, para desagrado suyo, le llegó el olor a mierda de perro caliente

al sol.

La oficina del propietario era un fragmento alargado de armario embutido entre un lugar que sería una trampa en caso de incendio y que presumía de hotel y un puesto de comida caribeña con la fachada pintada de un tono de verde que a Tallow le recordó el de los hospitales. Había un chico desgarbado de unos dieciséis años con una camiseta retro de los Nicks parado en la estrecha entrada fumando un canuto. Tenía una cicatriz mal cerrada que le recorría desde la comisura de los labios hasta algún punto por debajo de la barbilla. De perfil, le hacía parecer un muñeco de ventrílocuo. El mango de una navaja se adivinaba en el bolsillo de sus pantalones. Chocolate y menta colgaban del humo de yerba que se alzaba del canuto. Tallow echó otra ojeada al chico y recortó en un año o dos su edad.

—Eres un madero —dijo el chico sin mirarle.

No era ni mucho menos la primera vez que Tallow se preguntaba por qué tenían lugar aquel tipo de conversaciones. Habría pensado que de todas las informaciones que pasaban de generación en generación o de colega en colega, el desafortunado resultado de un jodido encuentro con un madero estaría entre las primeras y no olvidadas.

—¿Es eso un problema?

—No si te largas a otra parte.

Tallow oyó risas dentro. El chico tenía público. Tallow no estaba seguro de si se encontraba de verdad con ánimos para aquello. Prefería tomarse con calma esas cosas. Jim Rosato habría estampado la cabeza del chico contra una pared sin pensárselo dos veces.

Tallow dio unos pasos con tranquilidad hacia la puerta. El chico, todavía sin mirarle, se movió para bloquear la puerta, fumando su canuto. Chocolate y menta. Los sabores del chico.

—Tú te largas a otra parte.

Más risas. Tallow se dirigió directamente al chico, que se puso tenso de nuevo para interrumpirle el paso. Tallow se inclinó hacia el otro lado, arrastró los pies, alzando las manos y haciendo el número de que intentaba pasar con torpeza junto al chico. Éste no contuvo una mueca divertida cuando se volvió a mover. Unos muchachos se partían de risa dentro de la oficina.

Tallow aplastó el empeine del chico. Éste chilló y cayó hacia atrás, luchando por agarrarse el pie.

—Dios mío, cuánto lo siento —dijo Tallow—. ¿Te encuentras bien?

El chico soltaba incoherencias, gritaba, tratando de quitarse sus Nike falsas del pie, que se le estaba hinchado. Dentro, tres chicos de entre diez y catorce años se quedaron muy callados de repente. Uno de ellos había ocupado la silla de oficina tras la única mesa de aquel espacio y había estado girando sobre ella. Tallow le miró girar

lentamente hasta que paró, y entonces sometió a todos a un gélido examen.

—Fue un accidente. Yo trataba de pasar a su lado y le hice daño por casualidad. Entendéis lo que os estoy diciendo, ¿verdad?

Una fuerte voz llegó desde la habitación de atrás.

—¿Qué coño está pasando ahí fuera?

—Policía —dijo Tallow.

Un hombre grande en la cuarentena se abrió paso desde el fondo, con una mano en el cinturón. Podría haber sido defensa de fútbol americano o levantador de peso, pero había engordado, es probable que el último año o dos, y los pantalones ya no le ajustaban en la cintura. No estaba dispuesto a cambiar el modo de vestir o empezar a ponerse tirantes, así que andaba con una mano en el cinturón tirando todo el rato para subirse los pantalones a la cintura y por encima de la tripa. Abarcó la escena.

—¿Qué cojones, tío?

Tallow le enseñó su placa.

—Busco a Terence Carman.

—Soy yo. ¿Pero qué cojones es esto?

—Su chico se cayó. ¿No es verdad, muchachos?

Los niños se limitaron a mirar.

Carman echó hacia atrás los hombros y avanzó por la habitación, vociferando.

—Fuera de aquí ahora mismo, so mierdas. Venga, moveos, id a tocarle los huevos a otro. Del, deja de hacer ese jodido ruido y levántate, sueñas como un cerdo que pierde el culo para escapar de un caballo cabreado. Ayudad al mamón, vamos, fuera.

Hubo movimiento y pocas prisas y protestas cuando se marcharon. Carman se volvió hacia Tallow con un resuelto encogimiento de hombros.

—Los chicos de mi hermana, tío. Qué se le va a hacer, en algún sitio tienen que estar. Coño, fíjese en esto.

Tallow siguió su mirada de cabreo y se dobló para recoger el canuto de donde había estado encendido haciendo un pequeño agujero en la delgada alfombra.

Carman le miró.

—No va a hacer nada por eso, ¿verdad?

—Todavía no lo sé. Usted es dueño de un edificio de apartamentos en la calle Pearl.

—Sí, imaginé que tendría una visita. Sólo que no tan pronto. —Carman estiró la mano por el canuto. Tallow lo apartó.

—Estoy de mal humor. Acabo de tener que bailar con parientes suyos, y hace poco tuve que liquidar a uno de sus inquilinos mientras los sesos de mi compañero me salpicaban la manga. De modo que a ver si consigo una cooperación abierta y amistosa, así no tendría que añadir esta cosita al montón de mierda que podría endosarte.

Carman miró a Tallow y se rindió. Pareció hundirse en sí mismo. La piel de alrededor del cuello se le arrugó como una alfombra a la que dan una patada.

—Vale, vale.

Tallow mantuvo los ojos clavados en Carman unos instantes más. Carman se encogió un poco más, anduvo con pesadez hasta la puerta de la calle y, con un esfuerzo tremendamente teatral, la cerró y echó la llave.

—Venga —dijo, caminando penosamente hacia la habitación del fondo.

La habitación era una caja mugrienta. Estantes metálicos abarrotados de carpetas se alineaban a un lado. Dos raídos sillones, una mesa pequeña con dos ceniceros rebosantes y unos cuantos taburetes robados en establecimientos de bebidas poco vigilados. Carman ocupó lo que sin duda era su sillón y se desparramó en él, con una mano en cada brazo, las piernas ligeramente separadas y plantadas con solidez. Tallow imaginó que aquello era lo que pasaba por el sillón del patriarca en el mundo de Carman.

Tallow aplastó el final del canuto dentro del cenicero. Carman asintió con la cabeza. Tallow consideró el taburete más cercano —el plástico rojo que cubría el asiento partido como por una risa idiota, la gomaespuma amarilla asomando— y decidió arriesgarse con el otro sillón. Al sentarse, descubrió que algo del relleno y es probable que unos cuantos muelles habían desaparecido. Sentado, quedaba por debajo de Carman. Tallow pensó que seguro que el propio Carman había quitado el relleno.

—Entonces usted mató a Bobby Tagg —dijo al final Carman.

—¿Se llamaba así?

—¿No sabía cómo se llamaba?

—Todo está un poco borroso, para ser sincero. Por eso le llamamos a usted, ¿o...?

—No, coño. Me llamaron mis otros jodidos inquilinos. Muchos. Joder, me llamaron antes de llamarle a usted. Como si yo fuera a hacer algo con Bobby Tagg desnudo y con el culo al aire y una escopeta andando por allí. Y después puede estar puñeteramente seguro de que todos volvieron al teléfono cuando usted se llevó por delante a ese loco gilipollas.

—¿Todos?

—Hasta el último.

—Bien. Hábleme del inquilino de apartamento 3A.

—Nunca le vi.

Tallow miró, dándole a entender todo, la estúpida colilla del canuto relleno de yerba con sabor a menta y chocolate que asomaba en el cenicero.

—¿Es ésa su amistosa cooperación?

—No, no, siga sentado. Se lo explico. Porque no quiero ningún problema, y va a ver por qué. El alquiler del 3A se paga anualmente. En metálico. Lo que pasa es que

en marzo me llama alguien que dice: ¿Cuánto por otro año en el 3A? Me gusta, se acerca la época de la declaración de la renta, de modo que acepto el alquiler, añado un veinte por ciento por las molestias, lo redondeo tan ricamente y se lo digo. Al día siguiente, habrá un sobre en el suelo con el dinero dentro. Y otro año que me olvido de todo lo que concierne al 3A.

—¿Y eso no le hizo sospechar posibles complicaciones?

—Oiga, la gente me los alquila por todo tipo de motivos. Tengo a gente que me paga cuatro de los grandes al mes sólo por tener un sitio donde follar tres veces por semana a la hora de comer. Mi padre siempre dijo: Hacer demasiadas preguntas es un obstáculo a la hora de hacer negocios.

—¿A qué negocio se dedicaba su padre?

—A este mismo. Yo lo heredé. Ese sitio de la calle Pearl pertenece a mi familia desde los años cincuenta. También heredé al tipo del 3A. El acuerdo original fue con mi padre, y eso también me lo pasó a mí.

—Así que su padre lo conoció.

—Supongo.

Tallow se hundió más en el sillón.

—Y ahora es cuando me cuenta que su viejo padre cobró el último alquiler hace mucho tiempo.

—Sí. Se jubiló, se fue a Disney World y murió haciendo el trayecto de It's a Small World. —Carman paseó la vista por su mierda de feudo con una mueca triste—. Sí, no hubo ninguna indemnización. Había putas implicadas. Y explosivos. De todos modos. No, mi padre se fue hace mucho.

Tallow sacó su cuaderno de notas y su pluma, con la sensación de que no serviría de nada pero obligado profesionalmente a registrar lo poco que obtuviera de aquel encuentro.

—Ya, señor Carman. Usted nunca vio al inquilino del 3A. Fue un arreglo duradero con su padre. ¿Cuánto cree usted que lleva funcionando ese arreglo?

—Veinte años, fácil. Yo, sabe usted, no tengo papeles en los que verificarlo.

—Lo imaginé. ¿Ha estado usted dentro del apartamento 3A?

Carman se rascó la nuca. Sonrió. Una sonrisita, pero esta vez auténtica.

—Lo intenté en una ocasión. Fue cuando me ocupé por primera vez de ese edificio, cuando mi padre todavía andaba por aquí. Yo era más joven, y todavía no estaba al tanto del asunto. Así que quise saber algo del hombre invisible, ¿entiende? No pude conseguir nada. Había bloqueado la cerradura de algún modo. No había cambiado la cerradura, pero había puesto cerrojos o alguna mierda así al otro lado de la puerta. Nunca entendí cómo entraba y salía de la casa. ¿Y la siguiente vez que miré? Esta vez sí que había cambiado la cerradura y añadido algunos cerrojos nuevos. Le dije algo a mi viejo padre pero él comentó: Es el del 3A, déjalo, no importa.

—¿Qué asunto? Usted ha dicho que todavía no estaba al tanto del asunto. ¿Cuál es?

—Como dije, hacer demasiadas preguntas es un obstáculo a la hora de hacer negocios. Uno tiene que aprender a no hacer preguntas todo el tiempo. El asunto es aprender a hacer la pregunta adecuada en el momento adecuado.

—Eso está bien.

—Usted sabe mucho de eso, inspector. ¿No? —Carman se sentó en su trono de la habitación trasera orgulloso por haber encontrado una frase ingeniosa probablemente oída en un programa de la tele y ofrecérsela a su invitado como si fuera suya.

—¿A quién le vende el edificio, señor Carman?

—A una entidad bancaria. Vivicy. Son, bueno, unos servicios financieros, todas esas cuestiones de dinero tan raras que nadie entiende y que, joder, nunca suenan a que sean de verdad.

Tallow escribió Vivicy y se detuvo un momento. Hizo un pequeño movimiento en espiral con su pluma, como si estuviera apartando la niebla.

—Señor Carman. ¿Por qué vende el edificio? ¿Por qué lo compra Vivicy? ¿Y va a contarles lo del hombre del 3A que ha atrancado la puerta del apartamento para que no pueda entrar nadie?

Carman se chupó los dientes. Tallow se limitó a lanzarle una mirada mortal.

—Lo vendo porque me han ofrecido suficiente dinero para retirarme —dijo al fin Carman—. Y no tengo intención de retirarme a Florida, drogarme y ahogarme mientras intento al mismo tiempo que salte por los aires una atracción infantil. Me refiero a un jodido yate en algún sitio, y esclavos y la hostia.

—Y...

—El del 3A no es problema mío. Van a echar abajo ese sitio, y si ese loco todavía sigue allí cuando eso pase, entonces sigue sin ser problema mío, me porté bien con él y tuve lo mío. ¿Qué problema hay en callarlo, inspector?

—¿Cuándo le pagan?

—Cuando esté vacío el edificio.

—También le he preguntado por qué se lo compran ellos.

—Sí, bueno, ésa no era la pregunta adecuada en el momento adecuado. El primer día que mi viejo padre imaginó que yo ya era lo bastante listo para hacerme una paja y mascar chicle al mismo tiempo, me dijo esto. Dijo: La cuestión sobre los terrenos, hijo, es que ya no los fabrican. Así que si quieres un enorme edificio brillante en el distrito financiero para guardar tus internets, tus chismes y tu jodido tesoro en oro, bien, el distrito financiero no va a crecer más para que tú tengas terreno en el que meter todo eso. Necesitas encontrar un edificio antiguo, echarlo abajo y construir en el agujero.

—Deme los nombres de las personas con las que está tratando en Vivicy.

Carman se tensó enseguida.

—¿Por qué?

—Porque no se va a echar abajo nada hasta que usted diga quiénes son. Su edificio ha sido el escenario de un delito importante, y no van a hacer ni una mierda con él hasta que yo quiera. Deme los nombres.

Nueve

Cada vez resultaba más difícil encontrar teléfonos públicos en Manhattan, y al cazador cada vez le resultaba más difícil verlos.

El cazador todavía se negaba a recurrir a teléfonos móviles de prepago. Si se le presionaba al respecto, se veía obligado a reconocer que todavía no estaba familiarizado del todo con las cuestiones más delicadas de sus parámetros operativos. ¿Era más fácil pinchar una conversación de un teléfono móvil que va por el aire que intervenir apresuradamente una línea al azar de un teléfono público?

Algunos días, sin duda, todo eso le molestaba menos. El cazador no se daba cuenta de ello, pero su opinión sobre aquellos tiempos cambiaba como el aire. Algunos días, cuando sólo conseguía oír la circulación y los motores y el sonido de suelas sintéticas en la acera, nada deseaba más que vivir en la isla de Manhattan de los indios lenape.

El cambio para el teléfono brillaba en su palma vuelta hacia arriba. Durante un momento monedas, al instante siguiente conchas marinas. El cazador apretó la mandíbula, reafirmó su percepción y las monedas siguieron siendo monedas el tiempo suficiente para obligarle a meterlas por la estrecha ranura del aparato. Consiguió recuperar de un recoveco de su memoria el número de teléfono del primer hombre y lo marcó. El teléfono hizo un ruido que supuso que significaba que el número no funcionaba. Fue al siguiente escondrijo de su mente y extrajo el número del segundo hombre.

El cazador oyó timbrazos, y luego un clic, y luego una voz de mujer que decía que su llamada estaba siendo desviada. Una grabación, decidió. Hoy el siglo veintiuno parecía muy lejos de él. La línea volvió a sonar con un timbre distinto.

Al cuarto timbrado, el segundo hombre dijo:

—Andrew Machen.

—¿Reconoce mi voz?

Una pausa que partía el hielo. Luego, tragando con dificultad:

—Sí, reconozco su voz. ¿Cómo consiguió...? Me refiero, ¿en qué le puedo ayudar?

El cazador sonrió. Todavía le tenían miedo.

—Señor Machen, he estado guardando cosas en un edificio de la calle Pearl. —El cazador dio a Machen el número del edificio y el número del apartamento—. Mis cosas las ha encontrado la policía. Los he visto empezar a sacarlas del edificio.

Esas cosas son mías. Y en cierto sentido son también tuyas. Son las herramientas con las que trabajo. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

La respiración de Machen se había ido acelerando según hablaba el cazador. Ahora luchaba por llenar los pulmones lo suficiente para pronunciar una frase entera.

—Ese edificio. Lo estoy comprando. Mi empresa lo está comprando. La policía mató a alguien allí. Ayer. Uno que vive encerrado perdió los papeles cuando el actual propietario entregó a los residentes las notificaciones de desahucio. ¿Qué tenía guardado usted allí?

—Piense en ello. ¿Qué tenía guardado allí? Se lo dije hace un momento.

—No puede ser. No. No es posible que lo tenga.

—Y ahora me está diciendo que es por culpa suya. Que ha comprado el edificio que contenía mis cosas. Que ha precipitado que se hagan con ellas.

—¡Yo no lo sabía! ¿Cómo lo iba a saber? ¡No estaba previsto que nos lo dijera! Coño, no estaba previsto que guardara las jodidas armas...

—Usted no tenía ningún derecho sobre ellas. Eran mías. Eran sagradas. Han hecho cosas importantes y no las van a tirar a la basura como a juguetes usados después de Navidades.

El cazador sonrió cuando le dijo eso a Machen porque tenía la sensación de que él no había recordado la existencia de las Navidades desde hacía mucho tiempo.

—Bien... ¿qué se supone que tengo que hacer?

—Arreglarlo —dijo el cazador en voz baja—. Lo tiene que entender, señor Machen. Si los otros dos hombres deciden que usted se ha vuelto un estorbo para conseguir lo que quieren, tiene que entender que me preguntarán qué hacer.

El cazador colgó el teléfono. Fue a cruzar la calle pero vio una cámara de vigilancia a la entrada de un banco en la esquina más alejada. Por tanto, dobló a la izquierda, tomó el callejón y se fundió con un bosque imaginario.

Diez

Vivicy estaba situado en lo más alto de un rascacielos de diez pisos de la década de 1980 que parecía una nave espacial preparada en su plataforma de lanzamiento. Una nave espacial que llevaba preparada, melancólica, desde la recesión de aquella década, a la espera de que viniera alguien que le proporcionase el combustible para emprender su salto hacia el cielo.

Resultaba extrañamente triste ver el hollín de la ciudad agarrado a los soportes y pilares añadidos a los bordes del edificio como adornos divertidos de un arquitecto.

Su inauguración quedaba tan atrás como los días de tres martinis con la comida en el distrito financiero. Media tarde, y la gente todavía en la calle salía disparada hacia los edificios con pánico en sus andares, masticando el último trozo leñoso de una barra energética o pisando rápidamente un cigarrillo a medio fumar.

Tallow, de vuelta al Primer Distrito, había fumado un cigarrillo a la hora de comer mientras examinaba el edificio. Calculó las llamadas telefónicas a Vivicy que necesitaba en el largo trayecto de vuelta al centro de la ciudad, pero había decidido abordar algunas cuestiones en persona.

Dentro del edificio se mantenía la metáfora de la nave espacial. Una nave nodriza catedralicia con enormes tubos de aluminio por columnas y un pulido suelo metálico. Magnesio o algo parecido, pensó Tallow, cuando anduvo sobre él; de algún modo estaba colgado o suspendido sobre vigas, así que los pies se le levantaban un poco cuando se movía. Un suelo para Masters of the Universe que ponía un muelle por las mañanas a sus pies camino de los ascensores. Dentro, el edificio no daba la sensación de un objeto sin combustible o una plataforma de lanzamiento abandonada. Daba la sensación de esperar a que lo llenasen con todo el dinero del mundo antes de despegar hacia nuevos horizontes.

Huecos dorados intentaban lanzar rayos de luz de Dios como de Constable al vestíbulo. La música de fondo casi ambiental era ingeniosa. Haciendo cola en el punto de control, se dio cuenta de que la música alcanzaba un pequeño clímax cada par de minutos. Alguna mutación hecha en un laboratorio de música ambiental del tema de Horizontes de grandeza con el ataque de la orquesta silenciado y el ritmo motorik del Krautrock alemán de los setenta fluyendo por debajo e imponiéndose. Cuando los contrafuertes metálicos de aquella iglesia fueron instalados por primera vez, la música es probable que todavía sonara como del futuro, pensó.

Tallow se abrió paso con la placa por el puesto de control. Los guardias, que llevaban bordado en sus camisas negras el distintivo de una firma que se llamaba Spearpoint, saludaron con la cabeza a Tallow con ese aire conspirativo y comunitario propio de esos empleados de seguridad que se consideran hermanos y hermanas de la policía. Tallow les devolvió el saludo, sólo para evitar complicaciones. Se metió en el

ascensor con un hombre que se estaba rascando compulsivamente la base de su pulgar con unos índices de uñas mordidas. Lo bastante fuerte para producir pequeños brotes de sangre entre las manchas de antiguas cicatrices.

Tallow se bajó en el primer piso de Vivicy y, junto a un mensajero de aspecto desagradable, tomó rápidamente el ascensor del segundo piso que daba servicio a éste y al noveno. El mensajero rechinaba los dientes. Hacía un sonido como de baldosas que se restregaran. En el piso de arriba del edificio, Tallow salió y encontró un útil plano atornillado a la pared junto al ascensor que le informaba de la disposición de las oficinas. Tallow esperó a que el mensajero estuviera sumido en una acalorada negociación con el apresurado recepcionista y se las arregló para cruzar las puertas principales hacia la parte principal del piso.

La gente alzaba la vista según él avanzaba por el centro del recinto hacia el despacho de la esquina que buscaba. No era tanto que le miraran a él como que olfatearan el aire, y, una vez que decidían que no detectaban el tipo de predador al que más temían, volvían al trabajo.

El despacho de la esquina estaba tripulado por una asistente personal en una mesa de acero pulido. Detrás de ella las grandes puertas del despacho que protegía. Tallow detuvo sus pasos: sus zancadas a lo Rosato, las zancadas que había aprendido de él y luego imitaba, las del incansable Rosato, como una tonelada de pedruscos rodando ladera abajo hacia ti.

Había sido demasiado fácil ir rodando con ellos.

Tallow empleó veinte segundos en observar a la asistente personal. Una japonesa americana de veintitantos. Ojos bonitos, labios duros, pelo negro corto. Se lo tocó. Lo rascó con las uñas. Uñas falsas, pero pequeñas y cuidadas. Se tocó el pelo de nuevo y, dándose cuenta de que lo hacía, puso la mano encima de su mesa mientras escribía con la otra. Tallow había entrevisto un tatuaje debajo del pelo. Solía llevar la cabeza afeitada. El pelo volvía a crecer, y se empezaba a acostumbrar, pero aún le molestaba. La ropa le molestaba. La ropa estaba bien, adecuada para el trabajo y con cierto gusto, pero barata. Un día cálido, incluso con aire acondicionado, pero llevaba manga larga. Tallow observó que se detenía en el documento que estaba anotando, se volvía hacia un pequeño cuaderno de notas muy usado y verificaba algo. Su propia agenda. Se aferraba tanto al empleo que se estaba preparando para cualquier cosa que se lo pudiera quitar.

Tallow volvió a poner su cara de policía, se dirigió a la mesa y enseñó la placa a la mujer.

—Inspector Tallow, Primer Distrito. Necesito hablar con Andrew Machen.

Ella miró la placa como si fuera la pistola.

—El señor Machen no está, bueno, está ocupado ahora mismo, inspector. Si me da su número, puedo concertar una cita en cuanto esté, ya sabe, ahora mismo se

ocupa de algo urgente y...

Tallow bajó la voz.

—Está ahí, ¿no?

Ella alzó la voz, esperando sin duda que fuera lo bastante alta para que se oyera a través de las puertas.

—No, señor, el señor Machen no está en su despacho ahora mismo.

Tallow se movió hacia las puertas. Ella abandonó su asiento. Miedo y lágrimas perlaban sus ojos.

Tallow se tocó los labios con un dedo. Sonrió. Le tendió la mano para calmarla. Dijo en voz alta:

—Se trata de una investigación por un homicidio, señora, e iré adonde me apetezca, y si usted no me deja pasar y bloquea esas puertas, la detendré y luego le detendré a él. ¿Está claro?

Ella se volvió a sentar, con una sonrisita tímida en la cara. Tallow le devolvió la sonrisa mientras abría las puertas.

Andrew Machen dijo:

—¿De verdad que bloqueó las puertas?

Un hombre corpulento se levantó de un sillón ergonómico Xten Pininfarina que parecía robado del puente de una nave espacial y guardó con cuidado un teléfono móvil en una caja de granadillo negro africano encima de una mesa de despacho Parnian antes de rodearla para reunirse con él. Su traje Shadow Check color carbón vegetal estaba cortado para acentuar sus anchos hombros. Era un producto de esos gimnasios de Hollywood que proporcionaban hombres de pecho ancho, abdomen alargado y caderas flexibles.

—Sí. ¿Por qué te tiemblan los dedos?, pensó Tallow cuando Machen se estiró para estrecharle la mano.

—Inspector Tallow, del Primer Distrito. ¿Puedo disponer de cinco minutos de su tiempo?

—Parece que ya se los ha apropiado. Mis disculpas... —Machen señaló con aquella mano extrañamente temblorosa las puertas—... por todo eso. Un momento muy atareado. Es evidente que quiero ponerme a su servicio, pero lo que queremos... limitaciones de nuestros recursos, ya lo entiende...

En el despacho nada estaba a juego, se fijó Tallow al cabo de un momento. No había un intento de unificar las cosas, no respondía a ningún esquema. Falta de gusto, supuso Tallow. Sólo una colección de objetos muy caros que no encajaban bien unos con otros. A excepción, era de suponer, del precio de sus etiquetas.

—Entiendo todas esas limitaciones de los recursos, sí. Quiero hacerle unas cuantas preguntas.

El sillón del visitante —único— era del mismo tipo que el sillón de Machen pero

más barato, con dos alargadas correderas en curva en lugar de ruedas y con distinto color en la tapicería. Machen hizo gesto de que lo ocupara, volviendo a rodear la mesa, su protección en espiral.

—A su entera disposición, inspector.

La mano de Machen pareció temblar menos una vez que estuvo en el espacio de su trono detrás de su absurda mesa de despacho de madera de zebrano.

Tallow le dio la dirección de la calle Pearl.

—Ustedes están comprando ese edificio, ¿no?

—Sí, eso creo. Me refiero a que no sigo día a día esa compra, pero sí, recuerdo algo al respecto. Puede que no sea conmigo con quien debería hablar.

—Usted es el dueño de Vivicy, ¿no? Usted fundó esta empresa y continúa siendo dueño de ella y controlándola.

—Así es.

—Entonces es con usted con quien debería hablar, señor Machen. ¿Qué planes tiene para ese edificio?

—Yo no tengo...

Tallow endureció un poco su voz.

—Creo que me puede ayudar, señor.

Machen hizo como que se volvía a relajar en su sillón. De tal manera que pareció que el sillón se le acercaba rodeándole con sus brazos de cromo.

—Digamos que puedo. —Sonrió.

—¿Sus planes para el edificio, señor?

—Echarlo abajo.

—¿Por qué? ¿Para construir oficinas? Me parece que tiene usted espacio de sobra aquí.

—Bueno, verá, inspector, con eso entramos en las artes negras de la magia financiera. Y para eso tengo empleado a un mago. El pingback.

Tallow decidió sacar su cuaderno de notas.

—La verdad es que no sé a qué se está refiriendo.

—Es como lo llama mi mago. El tiempo que tarda un bit de información en ir desde mi ordenador hasta la Bolsa de Cambio de Nueva York y volver de nuevo. Cualquier tipo de operación financiera debe tener en cuenta la velocidad con la que se aprecia una oportunidad y se puede llevar a cabo un negocio. La situación de la calle Pearl tiene un pingback especialmente bueno.

Tallow tomó algunas notas, y luego lo dejó.

—Espere. ¿No estamos aquí más cerca de la Bolsa de lo que estaríamos si estuviéramos sentados en ese edificio de Pearl?

Machen batió palmas. Tallow tuvo la repentina sensación de que Machen ensayaba aquello para las cenas de negocios.

—Ajá. Y por esto tengo un mago. Porque el pingback de la situación de Pearl en la actualidad es mejor que este de aquí.

—Aunque físicamente estemos a mucha más distancia. Disponer de eso casi es como el feng shui. —Machen lo pronunció mal.

Tallow lo dejó pasar.

—Mi mago —dijo Machen— me cuenta todo lo referente a situación, disponibilidad de servicios, historia, incluso condiciones del terreno. El laberinto de cables bajo nuestros pies no se instaló aquí sólo para sernos útil en el distrito financiero. En caso contrario, todas las líneas llevarían a Wall Street, ¿no? El cableado que utilizamos para llegar a esos ordenadores no se instaló de modo directo, y no todo él es de la misma calidad. El salto de fibra a cobre y viceversa, o incluso de inalámbrico a fibra y cobre, y los cables que rodean la manzana justo cuando los necesitas para cruzar la calle... todo eso afecta el tiempo del pingback.

—Claro, pero no tanto para que usted lo note.

—Pero los ordenadores lo notan. Las bases de datos lo notan. Cincuenta milisegundos de retraso en nuestro flujo de información pueden suponer la diferencia entre hacerse rico como un faraón aquel día y rebuscar en el envoltorio de fideos chinos del fondo de la despensa buscando restos esa misma noche.

—¿De verdad?

—Bueno, no de verdad. Pero eso decide quién consigue cerrar negocios en el minuto oportuno todo el maldito día. La situación pingback constituye la nueva propiedad inmobiliaria de Manhattan, inspector. De modo que, sí, voy a derribar ese edificio de apartamentos y sustituirlo por una enorme y brillante oficina con pingback a la velocidad del rayo, según me ha explicado mi mago, y hacer que mucha gente gane mucho dinero. Que es para lo que estamos todos aquí. ¿O no?

Tallow intentaba tomar nota de todo eso.

—Eso es una locura.

—Es donde estamos viviendo ahora. Los auténticos planos de las grandes ciudades son invisibles. Están bajo los pies, o son dominio wi-fi, o son enlaces por satélite. En sentido global, el mayor problema del mercado financiero es la velocidad de la luz. Leí un informe el año pasado que decía, sin ambages, que lo que con mayor frecuencia limitaba la eficacia del sistema financiero global eran los retrasos en la propagación de la luz. Conozco a alguien en Bonn que cree que puede forrarse poniendo a flote una isla artificial en el mar Arábigo e instalando un centro de negocios con todo tipo de conexiones en ella, puenteando seis diferentes sistemas congestionados y los retrasos inherentes a sus conos de luz.

Tallow alzó la vista hacia Machen.

—Su trabajo no es ése, ¿verdad?

Machen se rió, de modo breve y explosivo, y pareció dejar escapar algo de su

tensión.

—Me encanta. Me encanta hacer eso. ¿Sabe? Algunos días, cuando vengo andando al trabajo, ni siquiera veo los edificios.

Sólo veo las redes, el flujo de dinero, instrucciones e ideas, formas enormes, zonas y líneas invisibles. Es el juego más importante del mundo, y para ganarlo tengo que presentar batalla a las mismas fuerzas de la relatividad. —Se volvió a reír, esta vez más bajo y más tranquilo—. Y sé a lo que suena. Y usted tiene que entender que no me lo tomo completamente en serio. Pero al mismo tiempo, nada de lo que digo es mentira. Es sólo diversión. Es la vida como siempre quise que fuera.

Tallow le miraba fijamente. La alegría de Machen se esfumaba por segundos. Cuando Tallow consideró que volvía a su punto de partida, dijo:

—Quiero dejar una cosa muy clara. Ese edificio es el eje de una investigación extremadamente seria. Estoy aquí para que se le grave que a ese edificio no lo va a tocar nadie hasta que termine nuestra investigación.

—Bien —dijo Machen—, eso... complica las cosas. Hemos intercambiado contratos con el dueño de esa propiedad, pero el dinero todavía no ha sido transferido, y...

—Ejecute los contratos. Transfiera el dinero. Y luego mantenga el edificio intacto hasta la conclusión de nuestras investigaciones.

—No estoy seguro, inspector, de que tenga usted autoridad para exigir eso —dijo Machen. A Tallow le pareció que Machen sopesaba luego lo que había dicho. Se pasó un nudillo por los labios, sus ojos se dirigieron a un punto distante.

—Creo que sería una pérdida de tiempo para los dos que yo tratara de explicárselo, señor.

Machen se movió inquieto.

—No. Tiene usted razón. Me disculpo. Cerraremos la venta y mantendremos el edificio como está durante un tiempo. ¿Le puedo dar mi número privado?

Tallow asintió con la cabeza, y Machen sacó un tarjetero de plata de un cajón de su mesa. Con el pulgar y el índice, extrajo de él una delgada tarjeta de visita de acero inoxidable y se estiró para entregársela a Tallow. La tarjeta, grabada en un tipo Briem Akademi que Tallow reconoció de las revistas, decía:

—Bonita —dijo Tallow. Se la metió en el bolsillo de arriba, preguntándose si aquello interferiría en la cobertura de su teléfono móvil, y durante un segundo de distracción lamentó divertido que la tarjeta fuera demasiado delgada para detener un proyectil, como pasaba en los cuentos de hadas con una pitillera o una petaca de brandy felizmente situadas.

—Veamos —dijo Machen—, ¿qué es todo eso del hombre desnudo al que mataron? —Tallow le miró. Machen separó las manos, sonriendo. Ahora no temblaban, comprobó Tallow—. Lo reconozco, he estado siguiendo todo el proceso

de adquisición del inmueble. Así que, naturalmente, estaba informado del incidente desde primera hora. ¿Tiene familia el hombre?

—No que yo sepa en este momento. ¿Por qué lo pregunta?

La sonrisa de Machen se ensombreció.

—¿Debería sentir culpabilidad? Me siento un poco culpable. Parece que la compra del edificio es lo que incitó a ese tipo.

En realidad no estábamos echando a esas personas a la calle. Estamos pagando un buen dinero y asumiendo todas nuestras obligaciones mientras se mantengan dentro de la ley sobre la propiedad. Pero por lo que se cuenta, el pobre hombre sólo vio que alguien le quitaba su casa y eso le hizo perder los estribos. Tengo la sensación de que debo hacer algo más.

Tallow se levantó.

—Si me entero, se lo haré saber, señor. Gracias por su tiempo.

Machen volvió a levantarse. Volvió a extender la mano.

—¿Y usted seguirá ocupándose del edificio?

—Por supuesto. Una vez que hayamos terminado con eso.

Tallow notó un pequeño temblor, que se desplazaba por el brazo de Machen, en la mano de Machen y en la suya.

—Quizá haya noticias pronto —dijo Machen.

Tallow sonrió y se liberó de la mano.

—Haré lo que pueda.

Tallow dejó el despacho antes de que Machen pudiera decir nada más. Fuera susurró a la ayudante personal:

—Le van a ir bien las cosas.

Ella le sonrió radiante, una asombrosa sonrisa resplandeciente.

Tallow se marchó.

En el ascensor pasó revista al último minuto de la entrevista. Machen había interpretado razonablemente bien el papel de hombre encantador, tolerante, comprensiblemente reticente pero en definitiva agradable.

Lo que pasaba era que si Machen sabía que Bobby Tagg estaba muerto, entonces también sabía que Jim Rosato estaba muerto. Aunque Machen no tenía por qué saber que Tallow había matado a Tagg y que Rosato era el compañero de Tallow... ¿Por qué, si estás jugando a ser un tipo agradable, no aprovechas la oportunidad para manifestar dolor a un policía por la muerte de su compañero? Eso sonaba mal. ¿Por qué temblaba Machen? Había guardado su teléfono móvil, es de suponer que su teléfono privado, cuando se levantó. ¿Qué le acababan de decir?

Puede que en realidad mantuviera una distancia con respecto al negocio. Confiaba a subordinados que los cerraran. Eso tendría sentido, supuso Tallow. A lo mejor literalmente sólo había oído lo que pasó. A lo mejor la información tardaba un día en

ping desde la parte de abajo hasta la de arriba de Vivicy. Retraso en la propagación de la luz.

Once

Tallow sabía que podría recibir una llamada de la teniente antes de que terminara el día. Tenía que demostrar que por lo menos él se había ocupado de las bases en que se apoyaba la investigación, como asegurar que la escena del crimen no sería demolida a la mañana siguiente. Para ser reemplazada, imaginaba amargamente ahora Tallow, por algún resplandeciente castillo semirreal de mago.

Ocuparse de las bases significaba volver otra vez en coche a la Jefatura Central de la Policía.

La policía científica todavía estaba instalada, en contra de toda lógica, en la Jefatura Central de la Policía. Sin embargo cubría Manhattan entero. Algunas de sus responsabilidades habían sido transferidas a los grupos de recogida de pruebas, uno de cuyos miembros, sabía él, había estado trabajando hoy en la calle Pearl. Pero el trabajo pesado de los forenses se realizaba todo desde la Jefatura Central. Un departamento con excesivo trabajo, escasos recursos y, en opinión de Tallow (allá en la época en que aún le importaba expresarlas), que no realizaba bien los reconocimientos. Cómo se le había ocurrido a alguien que los problemas con la policía científica y la cadena de pruebas se resolverían creando grupos de recogida de pruebas era algo que le superaba. Sólo añadían más eslabones a la cadena, y su personal estaba integrado por gente que por lo general estaba falta de formación y jodida sin remedio por la vida que llevaba.

Los de la policía científica, por el contrario, tendían a estar sencillamente locos. Los agentes todavía hablaban del inspector de la científica que casualmente, parece ser, había abierto fuego contra su grupo durante una manifestación, y estaba el legendario miembro de la científica famoso veinte años atrás por contarle a cualquiera que le preguntase cómo deshacerse de un cuerpo de modo efectivo e imposible de descubrir a cambio de una botella de Smirnoff y/o que le pasase a su mujer. A los de la científica se los odiaba, y ellos, por su parte, odiaban a los demás. Su odio era corrosivo y desvergonzado. Como si nada, habían «perdido» las pruebas del tiroteo de cuatro agentes hacía unos años, y desafiaban a cualquiera a que interviniese al respecto. Hubo follones políticos a montones, denuncias y disculpas públicas, pero al final todos los integrantes de la científica que estaban en Jefatura antes de que pasase aquello seguían allí después.

Tallow estaba nervioso porque era consciente de que su nombre se asociaba con el peor montón de casos sin resolver que los de la científica hubieran visto nunca. No le apetecía nada que le miraran y calcularan a ojo cuánto podrían valer exactamente sus órganos en el mercado negro.

Se daba cuenta de que estaba de pie junto a su coche mirando al vacío y alzando y recolocando su Glock en la pistolera.

Tallow se enfadó consigo mismo y se metió en el coche. Y luego se volvió a bajar y entró por el asiento del conductor, todavía más enfadado consigo mismo.

La Jefatura estaba en la órbita de la calle Pearl. La calle Pearl se alejaba del Primer Distrito y bordeaba la zona de Jefatura antes de dirigirse al puente de Brooklyn y luego seguir hasta la punta de la isla. La Jefatura era una especie de brutal bloque marrón, que parecía haber sido tomado por los helicópteros de unas fuerzas de ocupación para que sirviera de base al gobierno provisional. La maraña de vallas, puestos de control, rampas y barreras que la rodeaban no contribuían a disipar esa impresión. Primos invasores de azul, largo tiempo desaparecidos, imponían la civilización a sus bárbaros parientes de la isla detrás de su monolítico perímetro.

Pero llevaban allí demasiado, y los invasores de la nave brutal original habían visto a algunos de los suyos hacerse nativos. Siempre que iba a la Jefatura, Tallow tenía la sensación de que todos los que estaban allí podían determinar sólo por su pinta que era un policía normal del Primer Distrito; que la gente le valoraba con la mirada y decidía que él no era el tipo ocupado en uno de esos casos importantes de los que se ocupan los programas en la tele. Otro sitio al que Tallow no pertenecía.

Encontró un ascensor y bajó a las mazmorras del castillo de los lejanos miembros de su tribu.

Las puertas del ascensor se abrieron dejando ver a un hombre muy grande que blandía un antiguo auricular de teléfono manchado de sangre dentro de una bolsa de plástico.

—¡Le encontré esto!

—Oiga —dijo Tallow—, la verdad es que no tengo respuesta a eso.

La cara del hombre muy grande se vino abajo.

—Perdone —dijo—. Creí que era otra persona.

—Lo imaginé. ¿Dónde puedo encontrar a su jefa?

—Creí que usted era ella.

Tallow tuvo que preguntar.

—¿Encontró eso de alguien que...?

—El cuerpo es de alguien de setenta y ocho años y delgado como un látigo. Uno no habría creído que cupiera allí sin quitarle el corazón. —El hombre muy grande miró el teléfono pensando algo nuevo—. Aunque supongo que lo habría matado más rápido.

—Oiga, necesito ver a su jefa.

—Ha ido a por café. Hace un momento.

—¿Cuánto ha estado esperando usted fuera del ascensor?

—No se lo tome a mal.

—Necesito ver a su jefa.

—¿Para qué? —Movi6 el auricular telef6nico—. ¿Qu6 puede ser m6s importante

que esto?

—Vale. ¿Qué tal si me dice quién se ocupa de lo recogido en la calle Pearl?

—Ah, de eso. —Tallow estaba bastante seguro de que el hombre jamás reconocería que se lo hacía sexualmente con gatitos, pero tampoco se hubiera podido saber por su mirada de tipo enorme de la científica—. Usted es ése.

—En efecto, soy ése.

—Yo me mudaría a un hotel si fuera usted. No le diga a nadie a qué hotel. Y compre una armadura.

—¿Voy a necesitar armadura ahora?

—Puede que un chaleco antibalas. Y un escudo humano. Uno está en esa lista de mierda de Scarly hasta que es literalmente un fósil y el sol se ha convertido en un gigante rojo.

—Vaya por Dios. De acuerdo. ¿Quién es Scarly y dónde lo encuentro?

Un pasillo con manchas de suciedad y a los lados puertas de madera de despachos apenas lo bastante grandes para merecer tal nombre. Pintura plástica de un desvaído tono verde oficial se estaba desconchando en todas las superficies verticales que miraba. Tallow siguió las voces más altas procedentes de la puerta abierta del final.

Scarly era una mujer con pinta de pájaro de unos veinticinco años que gritaba: «¡Claro que no me importa si estás sangrando! ¡Soy jodidamente autista!», a un hombre de aspecto enfermizo cinco años mayor que ella cuya apariencia no contribuía a mejorar el hecho de que le faltase un trozo de la oreja izquierda. Mientras seguía abroncando al hombre, se rascaba de modo involuntario el antebrazo, descubierto bajo una camiseta que acusaba la pérdida de peso de su propietaria desde que fue adquirida.

El antebrazo estaba envuelto en un plástico sujeto por cinta adhesiva.

—¿Sabes una cosa, Scarly? —dijo el hombre que sangraba agitando los brazos—. En mi apartamento hay una carta que dice que si me encuentran muerto en el trabajo es por culpa tuya y porque lo más probable es que lo hicieras a propósito. —Llevaba una bata de laboratorio que había teñido de negro, lo que le daba aspecto de ave marina enferma cubierta de petróleo pegajoso que trata de emprender el vuelo.

Tallow llamó con los nudillos en el marco de la puerta, examinando durante un segundo lo que parecía el despacho lleno de porquerías de un coleccionista loco que disfrutaba de verdad con el olor del envoltorio de una hamburguesa usado hace un mes.

Scarly se giró con un agrio:

—¿Usted qué quiere?

—Es de la policía, Scarly —dijo el otro hombre, apretándose una mugrienta toalla a la oreja. Tallow olió los productos químicos de la toalla desde la puerta y pestañeó ante la idea del cóctel de residuos que penetraba en la corriente sanguínea del hombre

—. Han venido a llevarte, joder.

—Claro que es de la policía, subnormal. Todos somos de la policía. Trabajamos en la tienda de la policía.

—Inspector John Tallow, del Primer Distrito.

—Usted, ¿eh? —dijo Scarly—. Le odio tanto que se me está poniendo dura la polla.

El otro también rodeó a Tallow.

—Oiga usted. Es culpa suya. —Se quitó la toalla de la oreja y volvió la cabeza para enseñársela a Tallow, subiéndola y bajándola—. Esto me lo hizo usted.

Tallow flaqueó en la puerta.

—¿Cómo que se lo hice yo?

—Porque tuve que probar una puta pistola arqueológica que el jodido Wilkes Booth probablemente rechazó por ser demasiado antigua y oxidada para matar a Lincoln con ella, y la recámara se encasquilló y la aguja del percutor salió disparada de la puta pistola hacia atrás y me arrancó un trozo de la jodida oreja.

Tallow se limitó a mirarle. A mirarle hasta que el otro hombre quedó callado e inseguro. Tallow notaba los ojos de la mujer clavados en él, pero siguió sin apartar la vista del hombre con la oreja destrozada. Y luego Tallow dijo, en voz bastante baja:

—No lo sé. Yo en aquel momento estaba medio sordo por el disparo y tenía los sesos de mi compañero en la cara. Siento muchísimo no haber pensado en usted. Ahora se supone que estoy de baja, porque vi cómo le volaban la cabeza a mi compañero y maté al hombre que lo hizo. Es probable que usted también esté al tanto de que yo sabía que el hombre estaba muerto antes de apuntarle con cuidado y atravesarle los sesos. Pero se me ha ordenado que lleve a cabo esta investigación sin un compañero. Y hasta ahora el día no me ha resultado nada tranquilo, y estoy harto de amenazar a gente y de bajarle los humos a la gente y de tratar de que la gente se comporte como seres humanos. Así que lo que le estoy diciendo es que si pierdo el control, que intento con todas mis fuerzas no perderlo pero es evidente que no estoy teniendo una semana estupenda, entonces, en cualquier caso, lo que pase después será considerado la acción de un agente que padece trastorno de estrés postraumático. No estoy en disposición de aguantar nada de la mierda habitual de la policía científica. Doy por supuesto que mi teniente ya ha empezado a arreglar la situación con usted. Por tanto, aunque sienta mucho lo de su oreja, le tengo que decir que si alguien decide hacerme la vida más difícil...

Tallow tomó aire y sonrió.

—Bien. No quiero empezar con mal pie con vosotros. Te llamas Scarly, ¿no? —dijo, volviéndose a la mujer.

—Scarlatta —respondió ella.

—Hola. Yo me llamo John. ¿Y tú cómo te llamas?

—Bat. —Ante la gélida mirada de Tallow—. Oye. Unos padres de los ochenta. ¿Qué se va a hacer?

—Volver atrás en el tiempo y matarles antes de que se reproduzcan —sugirió Scarly.

—No es autista de verdad, por cierto —dijo Bat—. Sólo piensa que la gente le fastidiará menos si dice que lo es. Y, bueno, siento mucho lo de su compañero.

—Sí —dijo Scarly—. Es una auténtica putada.

Tallow se apoyó en el marco de la puerta, para dedicar un momento a echar una ojeada al despacho. Una mesa de trabajo, con una silla a cada lado. Dos ordenadores portátiles, uno sólido, el otro con unos cuantos arañazos en el aluminio brillante.

Estanterías de plástico en todas las paredes. Altavoces hinchables colgaban por la habitación, sus cables desaparecían entre pilas de carpetas, tarros con polvos extraños, cajas y recipientes con sustancias de alquimista probablemente ilegales que Tallow decidió no reconocer. Cualquier espacio de la pared que no estuviera tapado por los objetos almacenados estaba empapelado con impresos y recortes, un desbarajuste de imágenes en blanco y negro que probablemente no tendría sentido para nadie excepto para aquellos dos. Envoltorios de comida, tazas de café desechables y envases de pastillas formaban una montaña bajo la mesa de trabajo. Distinguió un antiguo cubo negro de plástico lleno de rodillos para pintar, usados en el rincón del fondo, y se preguntó si el rojo de la culata de una pistola era pintura o sangre seca.

—Vosotros no sois los de la científica que se ocuparon originalmente del trabajo —dijo Tallow.

—No —escupió Scarly—. Nos lo pasaron. Lo que tiene perfecto sentido, porque lo que de verdad esperas de un trabajo como éste es tanta confusión en la cadena de pruebas como sea posible. Y me parece que Bat y yo ya hemos tenido nuestra ración de porquería por este año. Conque aquí estoy, con un trabajo que termina con cualquier carrera y un colega con un talento mágico para hacer que unas pistolas se le caguen en la cara.

—Entonces —dijo Tallow— cuéntame cómo puedo conseguir que vuestras vidas sean mejores.

—¿En serio?

—En serio. Sé que mi jefa hizo algo, como dije...

Bat se rió disimuladamente.

—Sí. Tu jefa hizo un parte a nuestra jefa que cayó dentro de un agujero de la memoria.

—Pero que no fue suficiente para conseguir que vosotros dos recibierais lo que ella decidió que merecíais.

Bat lanzó una mirada elocuente a Scarly.

—Me parece que no.

Tallow señaló el brazo de Scarly.

—¿Te estabas haciendo un tatuaje cuando se suponía que a lo mejor estabas ocupándote de los disparos en Pearl?

Bat hizo una mueca.

—Su mujer insistió. Desconectó su teléfono móvil y todo.

—¿Sabes una cosa? —dijo Scarly—. Si llego a saber que casarse traía tantos problemas, nunca hubiera participado en las protestas que exigían ese derecho. Podéis quedároslo vosotros, los heteros.

Un gran cansancio desplegó sus ramas sobre los hombros de Tallow.

—¿No podríamos seguir con esto delante de unos cafés?

Llevaron a Tallow a una pequeña sala de reuniones un par de pasillos más lejos y convencieron a una máquina de café de que les diera una taza amarronada llena mientras él se dejaba caer en una gastada silla de plástico y trataba de armarse de valor. Los de la científica se sentaron enfrente de Tallow. Scarly dejó caer una carpeta con fotos sobre el tablero y empujó la taza hacia él cuando Bat terminó de frotarse la oreja y tiró la apestosa toalla también encima de la mesa.

—Entonces. En serio. ¿Dónde estamos ahora? —preguntó Tallow. En realidad no quería oír la respuesta. Intentó cerrar una mano en torno al precioso café pero tuvo que retirar los dedos, y con tanta rapidez que la muñeca se le torció dolorosamente.

Tallow se preguntó si por el otro extremo aquella máquina de café estaba cargándose con agua de un lago del infierno.

—Los de recogida de pruebas están recuperando las armas por tandas —dijo Bat—. Les estamos pidiendo tantas fotos que uno de los de la unidad preguntó si ella estaba aprendiendo a rodar porno. —Abrió la carpeta de Scarly y abanicó las fotos, todas del apartamento 3A—. Las tenemos aquí y las estamos seleccionando, relacionando su situación en el apartamento con los planos del suelo y los demás datos obtenidos por el otro grupo de recogida de pruebas. Y justo ahora estamos eligiendo armas al azar para hacer pruebas de tiro y establecer las correspondencias balísticas. Cuando las jodidas cosas no explotan al disparar.

—Y eso que ni siquiera era la más antigua —dijo Scarly.

—Hasta ahora me había negado a hacer la prueba de tiro con la más antigua que tenemos. Fíjate lo que me hizo la jodida Bulldog.

—¿Es muy antigua? —preguntó Tallow.

—¿Te interesa saberlo? —Bat se echó hacia delante. Sus grandes ojos se dilataron desconcertados, hasta el punto de que a Tallow le preocupó que pudieran salirse de la cara de Bat y caer dentro de su café. Donde hervirían y lo más probable es que explotaran.

—Me gusta la historia —dijo Tallow, apartando cautelosamente su taza a un lado.

—No te muevas. Tengo algo que enseñarte. —Bat salió volando al pasillo.

—¿Qué pistola fue la que explotó? —preguntó Tallow a Scarly.

—Más que explotar, creo que se deshizo como un queso podrido. Una vez que nuestro hombre usaba la pistola, la ponía en esa habitación pequeña y parece que no la volvía a tocar. Todas se oxidaron en la pared o donde sea. En algunas hay pintura.

—Pero la aguja percutora salió disparada, ¿no?

—Eso es lo que dice él. No he mirado la pistola desde que la disparó. Una antigua Charter Arms Bulldog 44. Una mierda de pistola de decoración que no parece un arma de verdad. No sería extraño que un trozo del martillo se hubiera partido y estuviera jodido.

Tallow volvió a intentar agarrar la taza, y esta vez no quemaba. Dio unos sorbos al café. Barro de muerto y edulcorante empalagoso. De todos modos tomó más.

—¿Por qué conozco ese modelo? No puedo asegurarlo... —Hizo una mueca.

—El hijo de Sam —sonrió Scarly. Debía de ser la primera vez que él la veía sonreír—. El hijo de Sam usaba una Bulldog 44.

—¿Cómo recuerdas eso? ¿Eres una friki de las armas?

—Soy de la científica. Todos somos frikis de las armas. Y el del hijo de Sam aquí todavía es un caso abierto. Algún miserable gilipollas nos lo recuerda cada seis meses. Como si fuera culpa nuestra. Joder, si yo ni siquiera había nacido cuando lo detuvieron.

—Estás de coña. Yo creía que el nuevo fiscal del distrito había cerrado el caso.

Scarly se rió de un modo desagradable.

—¿Y que no tiene un palo para pegar al departamento de policía de Nueva York con él? Oye, tú, yo y cualquiera que no tenga un tumor cerebral sabe que el hijo de Sam era un pistolero solitario. Pero si estás loco, y echas una mirada a eso, y a lo mejor tienes algo del tamaño de una pelota de golf incrustado en la parte del cerebro que usas para ponerte la ropa interior por la mañana como debe ser... entonces, sí, coño, ves pruebas de un culto mágico diabólico que ayuda al tipo a liquidar a gente totalmente desconocida antes de ir a casa a follar al Rosemary's Baby o a lo que hayan hecho los satanistas para divertirse en la década de 1970.

Bat volvió a entrar a toda velocidad, sosteniendo contra el pecho un arma metida en una bolsa de plástico transparente.

—Te va a gustar mucho esto. —Sonrió.

Bat dejó la bolsa delante de Tallow.

—¿Qué cojones? —dijo Tallow.

—Lo sé, ¿no? —Bat estaba encantado.

—Es una pistola de chispa.

—De hecho es una pistola de chispa Asa Waters modelo 1836, que nueva se vendía al considerable precio de nueve dólares. La última pistola de chispa vendida al

gobierno de Estados Unidos, en realidad; una de avancarga del calibre 45.

Basada en el tipo de pistola naval para abordaje que se podía cargar con metralla, clavos o cualquier otra cosa que tuvieras a mano.

Tallow la agarró, dándole vuelta en sus manos.

—No se encuentra en muy buen estado.

Bat frunció el ceño.

—No lo entiendes. Lo único que sabemos en este momento sugiere que todas las armas de aquel apartamento se usaron para matar a alguien. Así que lo que estás mirando es una pistola de hace casi doscientos años que nuestro hombre restauró para convertirla en un arma mortal fiable y que luego puso en la pared para que se pudriese. Sabe Dios dónde la encontró, oxidada y probablemente cerca del agua. Y consiguió que funcionara. En realidad, apuesto lo que sea a que todas esas marcas y arañazos de alrededor del cañón no los hizo él.

Era preciosa, tuvo que reconocer Tallow. La curva voluptuosa que tenía, y la cara madera negra, que había sido evidentemente pulida con mucho cuidado en algún momento del pasado reciente. El metal ahora había perdido su brillo, y había arañazos aquí y allá, pero, de nuevo, se podía ver que el metal había sido retocado y limpiado a fondo. No parecía de aquella época. En una de sus cachas había algún tipo de insignia, un tanto borrosa por los años para que resultase clara, y una palabra encima que podría haber sido Rooster. No, Rooster no. Era una palabra más larga, pero la grabación resultaba demasiado superficial.

—¿No vas a probar para ver si dispara?

—No, joder. De todos modos, no tendría sentido. Nuestro hombre es muy probable que tuviera que dispararla. Lo que tenemos que hacer es verificar en el ordenador si hay algún cuerpo de los últimos veinte años que encontraran con una bala de plomo blando incrustada por un agujero del calibre 45. Me refiero a que quién sabe. Lo que de verdad quiero hacer es abrir el cañón y echar una mirada dentro.

—Asombroso. —Tallow dejó la pistola con más respeto que cuando la había agarrado—. Gracias por enseñármela. De modo que estáis fotografiando la escena del crimen, buscando correspondencia entre las fotos y el plano del suelo, sacando...

—Sí —dijo Bat, moviendo la pistola hacia él, adorándola con los ojos muy abiertos—. Algunas tienen pintura por encima, como podrás haber visto. Vamos a analizar eso, ver si nos proporciona algo.

—Pero no lo hará —dijo Scarly.

—Oye —dijo Tallow—. ¿No tienes por casualidad una habitación grande de sobra por aquí que podamos invadir? Como un centro de coordinación de datos que pudiéramos usar. Pero diferente.

—No sé lo que significa exactamente eso —dijo Bat, frunciendo el ceño—, pero, bueno, creo que hay un espacio en el piso de abajo. Mandamos un cargamento de

bidones con pruebas al Bronx. Pero no sé si la podríamos usar sin que nuestra jefa...

—Mi jefa sólo presionó a vuestra jefa. Y mi jefa puede dejar de hacerlo enseguida, si es necesario. Quiero ese espacio.

—No te lo tomes a mal —dijo Scarly, despacio—, ¿pero no tienen habitaciones y mierdas así en la plaza Ericsson?

—Claro que sí. Pero no es allí donde se va a resolver el caso. Se va a resolver aquí.

Scarly se cruzó de brazos. Se apartó de Tallow. Todo en ella, de hecho, le pareció a Tallow que se cerraba.

—Éste no se va a resolver, inspector.

—¿Tú crees?

—Si se fuera a atrapar a ese tipo —dijo Scarly—, ya se habría hecho. ¿Sabes lo que hiciste cuando agujereaste aquella pared? Interrumpiste la carrera de un jodido coco auténtico, un loco y perro asesino en serie que llenó una habitación con sus jodidos trofeos para meneársela encima. Nunca va a volver allí. ¿Y sabes algo más? Va a empezar a matar de nuevo, es probable que con mayor rapidez que antes, para así crear otra sala de trofeos a escala reducida. No sólo no se va a resolver esto, sino que van a ser asesinadas más personas por culpa de esto, y no podremos atraparlo tampoco después, porque ese tipo es jodidamente bueno. Lo único que hiciste, inspector, es encontrar la dirección de la casa del diablo en Nueva York, y ahora se ha trasladado a otra. —Mira eso. —Mira esas fotos. Organizó esa mierda. Son dibujos. Para él significan algo. Mira este de aquí, esta especie de espiral de armas. Las de alrededor tienen formas terminadas. Éste no forma un círculo cerrado. ¿Ves eso? Todavía hay espacios para llenar. Él no los ha llenado. Mira esto; algunas de esas formas están como dentadas. Parecen que se van a encajar unas con otras. El trofeo es toda la jodida habitación. Un cruce entre una iglesia y un motor. Y ahora va a volver a empezar. Porque lo tiene que hacer. Es la labor de una vida. —¿Sabes lo que veo cuando te miro, Tallow? Veo a un policía que ya está muerto en nueve décimas partes. Veo pasar por aquí a tipos como tú todo el tiempo. Hace años que tu trabajo y tú mismo te importan una mierda. Fíjate en ti. Tu jodido traje ni siquiera te queda bien. Y aunque tanto te las das por la mala semana que estás pasando, ni siquiera estás cabreado. Sólo estás cansado. Cinco pavos a que tu compañero cargaba contigo, y diez a que tu jefa te encasquetó el caso porque no quería emplear a dos policías en él. Este caso no lo vas a resolver tú; y Bat y yo somos jodidos daños colaterales. Tú ya estás muerto, ¿y ese tipo? Sólo renace. Conque sí. Muchas gracias. No mejores nuestra vida. Usa la casa de otra persona para hacer como que trabajas en el caso, ¿vale?

La habitación quedó helada, sumida en un incómodo silencio. Bat inspeccionaba el techo. Tallow miró a Scarly. Ella le devolvió la mirada. Ninguno de ellos dejó de

mirarse con dureza durante un minuto entero.

Tallow sacó entonces su teléfono y comprobó la hora.

—En primer lugar —dijo Tallow—, quiero todas las fotos de la escena ampliadas y su correspondiente relación con el plano del suelo. Si puedes conseguir unos tableros que sobren, o cartones o algo, y hacer que los lleven abajo a cualquier espacio grande que tengas, sería estupendo. Voy a volver a la escena, y hacia las ocho estaré en el Fetch, en Fulton. Vete a verme allí. Haré que comas y te emborraches, y que hables conmigo.

—¿Por qué? —dijo Scarly, moviendo la cabeza de un lado a otro como si de repente estuviera desorientada.

—Supongo que me he expresado con bastante claridad —dijo Tallow—. Vosotros dos sois mis nuevos compañeros. Y vamos a resolver el caso. Porque, ¿sabes una cosa? La única pizca de consuelo que tuve hoy es que cuando mi jefa le contó a la mujer de mi compañero que él estaba muerto, también dijo que yo había matado al que lo hizo. Hay cientos de personas a las que les dicen que han matado a un ser querido pero nunca oyen que hayamos reaccionado ante esa gran putada. Así que resolveremos esto. ¿Queda claro ahora?

Scarly le miró.

—Eso no te lo crees ni tú.

—¿Importa? —dijo Tallow, y se marchó.

Un trayecto corto que se alargó. Tallow trataba de encontrar un sitio despejado entre la maraña del tráfico al dirigirse hacia el puente de Brooklyn.

La radio de la policía estaba funcionando. Tallow dejó la ciudad con compañía todo lo que lo pudo soportar. Un tipo en Stuyvesant Heights llegó a casa, encontró sus neumáticos rajados, fue a la bodega de la esquina para enterarse de si alguien había visto lo que había pasado y le pegaron un tiro en el ojo izquierdo. Nadie vio nada. El «metemanos en serie» del Upper East Side había golpeado de nuevo, tirando al suelo a patadas a una mujer de veinticinco años y agarrándole la entrepierna antes de que ella consiguiera activar una alarma de violación que hizo cagarse de miedo al tipo. Lexington esquina con la Setenta y Siete Este, y por lo que sea nadie vio nada. Y un repentino intercambio de opiniones sobre un policía que hacía la ronda en el Bronx al que acababan de llamar de Asuntos Internos después de una denuncia por pegar a un niño en la cara con su placa. Más comentarios de policías que aseguraban que habían estado allí y no vieron nada.

Tallow apagó violentamente la radio, con la mente ocupada otra vez con aquella pistola: 1836. Su interés por la historia era constante pero disperso. Nunca parecía

que fuera el momento de ahondar en una cuestión que le interesaba, y siempre terminaba dejándola y pasando a otra. Pero 1836. Se preguntó. La calle Pearl recibió su nombre porque una vez estuvo pavimentada con conchas de ostra machacadas... madreperlas^[1]. ¿Estaba pavimentada con conchas en 1836? Se preguntó si no estaba recorriendo el mismo camino que el que hubiera traído el arma a Manhattan en 1836. Hubo una época en que la calle Pearl estaba al borde del agua, lo sabía.

Los faros de los coches que pasaban al caer la tarde en su imaginación adquirirían el resplandor de luces fantasmales lentas, sucias, ajenas al tiempo. Se quitó esa idea de la cabeza.

Tallow se detuvo a corta distancia, y en el lado opuesto de la calle, frente a la casa de la calle Pearl, justo a tiempo de ver que la unidad de recogida de pruebas arrancaba con la última carga del tesoro metálico de armas del 3A.

Tallow se apeó y se detuvo en la acera, sólo para observar un rato el sitio. Hizo todo eso antes de darse cuenta de que tenía compañía, o algo parecido. Un hombre mayor se apoyaba en un poste. Un pesado abrigo, de ante o alguna otra piel, con unas bastas coderas de cuero que desentonaban. Un bolso de piel al hombro. Zapatos blandos, como mocasines, no muy deformados, por lo que eran relativamente nuevos, pero ya ennegrecidos por el hollín de la calle. Su pelo y barba eran todo herrumbre y nieve. Tallow se fijó en que, para ser un tipo que evidentemente vivía en la calle, su olor no echaba para atrás.

Aunque, claro —pensó—, hay locos de todas clases.

Lo que le volvió a traer a la memoria la imagen del desnudo Bobby Tagg gritando y de su escopeta.

Tallow no advirtió que había sacado y encendido un cigarrillo hasta la segunda calada. Miró furioso el objeto, molesto consigo mismo. ¿No había decidido tirar el paquete?

—¿Tabaco? —dijo el tipo.

—Bueno, sí.

—¿Le sobra uno?

—Claro —dijo Tallow, buscando el paquete y sacando un cigarrillo para el tipo de la calle. Tallow vio sus dedos, con callos y recorridos por pequeñas cicatrices. Un hombre que había trabajado con las manos, puede que de carpintero, antes de que le pasara lo que le hubiera pasado. Tallow se había trabajado las calles lo suficiente para saber que no es necesario que ocurra algo importante para que una persona llegue a la conclusión de que lo mejor que puede hacer es vivir en la calle y comer de las bolsas de basura.

El tipo de la calle arrancó el filtro del cigarrillo dándole un pellizco fuerte, rápido. Tallow vio que se guardaba el filtro en el bolsillo cuando hizo el gesto de que quería fuego. A la luz del encendedor, Tallow vio algo entre decepción y desprecio recorrer la cara del tipo de la calle antes de que se resignara a apartar su cigarrillo de la llama.

—Gracias.

—No hay de qué.

El tipo de la calle tragó humo, lo mantuvo en los pulmones y lo dejó salir por la boca y la nariz. Pasó la mano por el humo que se alzaba, sopesándolo, bailoteando los dedos entre él.

El hombre se pasó la lengua por los labios.

—Para nada parecidos a como eran. Demasiado, cuál es la palabra... aditivos. — La punta de su lengua parecía que intentaba quitar algo que le quedaba en los labios —. Miel. Benceno. Amoniaco. ¿No nota el sabor? Hasta cobre.

—Lo voy a dejar pronto otra vez —comentó Tallow.

—Bien —dijo el hombre de la calle—. El tabaco sólo se debería consumir en ocasiones especiales. Fumarlo todo el día disminuye su valor y reduce sus efectos. — Volvió a soltar aire, empujó el humo con los dedos, como si ayudara a que las espirales plateadas subieran al cielo.

La idea inmediata de Tallow fue preguntar al hombre qué ocasión especial era hoy. Se contuvo. No tenía fuerzas para entablar conversación con un loco de la calle. En lugar de hacerlo, pisó su propio cigarrillo y le dijo:

—Buena suerte —y se dispuso a cruzar la calzada hacia el edificio.

—Eso es lo que estoy pidiendo —dijo el tipo de la calle a espaldas de Tallow—. Sólo un poco de suerte.

Doce

El cazador echó mano a su tabaco y elevó sus plegarias al cielo, viendo entrar en el edificio al hombre del traje negro que contuvo su obra. Al principio el cazador había estado furioso consigo mismo por no entrar en cuanto se alejaron los ladrones del camión con más herramientas suyas. Ahora estaba más tranquilo. Sabía que si entraba así, sin más, sería probable que lo descubriera y que incluso lo acorralara el hombre del traje negro, cuyo modo de andar y el bulto en la chaqueta revelaban la presencia de un arma de fuego en su cadera. Ahora el cazador tenía el control. Su presa estaba a la vista y no tenía ni idea de que la acechasen.

El cazador, sin embargo, carecía de una herramienta adecuada para el trabajo. Nada con resonancia. Fantaseó brevemente con la idea de que encontraría la herramienta adecuada dentro de su bolsa: un 38 de cañón corto de la policía, quizá, o algún arma famosa por haber matado a un policía. Pero lo único que tenía era un cuchillo de caza.

Consideró que los zapatos que se hizo en verano estaban suficientemente rotos para procurarle el sigilo de un artesano de la madera. Si se andaba con mucho cuidado, si se aseguraba de que no lo atrapasen en los grandes espacios abiertos del edificio...

El cazador tuvo cuidado con su cigarrillo antes de tirarlo hacia el cielo, observando que disminuía el tráfico de gente a pie y calculando los segundos de sus latidos. En su visión periférica se reunían antiguas ramas.

Trece

Tallow tuvo que hacer un esfuerzo consciente para mantener la mano lejos de su arma cuando subió la escalera del edificio de apartamentos. Allí no existían amenazas. Se lo repetía a cada peldaño. Pero cada peldaño guardaba recuerdos.

Llegó al descansillo donde habían muerto Jim Rosato y Bobby Tagg, y fue allí, detenido en el espacio que para él aún reverberaba con sangre y pólvora, donde Tallow se dio cuenta de que el cerebro no le había estado funcionando bien en todo el día.

Él había matado a un hombre. Debería haber dejado la calle sin importar por qué. Deberían pagarle un permiso, por cargados de trabajo que estuvieran. Deberían haberle quitado el arma. Debería estar hablando con los asesores. Debería estar hablando con los de Asuntos Internos, y probablemente con alguien del despacho del fiscal del distrito. Nadie iba a considerarlo un disparo censurable, y el hecho de que fuera un disparo contra el asesino de un policía sin duda contribuiría a que desapareciesen algunas de las complicaciones habituales o se «perdiesen» en el papeleo. Sabía de algunos tipos que tuvieron que esperar años a que considerasen su caso. En el caso de Tallow, podía estar casi seguro de que saldría bien parado dos días después del comienzo del proceso. Pero a pesar de todo, él no debería estar en la calle.

A no ser que lo mandaran allí para conseguir algo. A no ser que en realidad lo usasen para dar por perdido este caso.

Tallow se apoyó en la pared, junto a la mancha donde no habían restregado lo suficiente los sesos de Jim Rosato del enlucido, y casi se rió.

La teniente estaba tomando precauciones. Le ordenó que resolviese el caso. O sí. Pero la trastienda del asunto era: El único cuerpo caliente que tenía para resolver el caso era el de un inspector inútil a cuyo compañero lo acababan de matar, y en cualquier caso él tenía un trauma sin tratar por culpa del tiroteo. O incluso: Nosotros de todos modos no podíamos ocuparnos del caso; Tallow se encontraba de permiso y no debería haber estado trabajando.

Cada variante que se le ocurría estaba indeleblemente marcada por «John Tallow está completamente acabado».

Le gustaría saber cuándo había decepcionado tanto a la teniente para que considerase fácil colgarle del cuello el apartamento 3A y tirarlos a los dos al Hudson y perderlos de vista. Al menos perderlos de vista hasta el año que viene, un bonito calendario immaculado sin un par de cientos de homicidios no resueltos.

Tallow había estado traqueteando y zumbando Manhattan arriba y abajo todo el día como un buen policía robot, y sin pensar. Se preguntó si a lo mejor estaba traumatizado de verdad y no lo admitía o ni siquiera se daba cuenta de que lo estaba.

—Soy un idiota —se dijo.

No oyó que nadie expresara la necesidad de discutir la cuestión con él.

Tallow avanzó unos pasos por el descansillo y se detuvo en el sitio donde había caído Bobby Tagg. Ni siquiera sabía cómo se llamaba hasta que se lo dijo Carman, el dueño. Tallow no sabía nada de él aparte de que un día su mundo se vino abajo, e imaginó que el único modo de conseguir que la vida volviera a tener sentido era salir al vestíbulo desnudo con una escopeta y gritar. No es tan difícil que esto ocurra. Aquella vez bastó con una carta metida por debajo de la puerta.

La visión de Tallow se hizo borrosa. Era nebulosamente consciente de que apretaba las mandíbulas, y de una sensación de vacío en el pecho.

Dirigió su atención al agujero de la pared del 3A, ahora ampliado al tamaño de una puerta al lado de la puerta de verdad.

Parecía que el complicado mecanismo de cierre de la puerta todavía originaba problemas a la gente. Había habido un intento poco brillante de tapan el agujero con cinta de la policía. Se agachó junto a ésta de modo que dos tiras amarillas formaban un marco por el que examinar la habitación principal. Antes, sin embargo, cerró los ojos y tomó aire por la nariz. Estaba allí para refrescar los recuerdos de sus sensaciones antes de que el apartamento quedara totalmente desmantelado. Tallow, aceptando en aquel momento de quietud que él era un asesino, quiso cerrar los ojos y respirar el aire del templo de un asesino.

El cazador arrancó con cuidado el extremo de un sobre de azúcar, recogido de la bandeja de condimentos de un café que de modo imprudente dejaba esas cosas fuera. Vacío el sobre en la boca y saboreó los granos.

El cazador se volvió a guardar en el bolsillo el envoltorio vacío y esperó. Esperó a que el azúcar le incendiara los músculos. Esperó a que la calle estuviera un poco menos ruidosa.

Tallow, acurrucado, sólo esperaba y escuchaba. Trataba de recuperar los olores que percibió cuando entró en la habitación por primera vez. Ahora, aunque disipado, aplastado o disperso por los de la policía científica y las corrientes de aire, todavía quedaba un rastro suficiente para reactivar los recuerdos sensoriales.

Lo único que deseó era poder identificarlos todos. Sabía, o al menos supuso, que en la habitación había habido hierbas.

Tallow era un chico de ciudad. No se enteró hasta los diez años y pico de que las hierbas en realidad no nacían en frascos gracias al poder de la ciencia. Pensó que quizá reconocía el de salvia. Hierba. Algo que le recordó vagamente a cerveza de raíz. Algo distinto, casi identificable, con sus características danzando justo fuera de su vista, como un animal que se desliza por detrás de los árboles en el bosque. ¿Tabaco, a lo mejor?

El cazador se cambió la bolsa de sitio de modo que le quedó apoyada en la cadera

derecha y metió la mano derecha en ella. Encontró la empuñadura de su cuchillo con facilidad. El cazador apretó el pulgar en el borde de la funda en que estaba metido. Cuando llegara el momento, podría sacar el cuchillo fácilmente con la mano derecha, que ya empujaba la funda hacia atrás. Con la mano izquierda agarraría la funda y tiraría cuando la hoja saliera hacia arriba libre. Un golpe eficaz en la cara haría que su presa se volviese hacia él. El presagio de un golpe hacia abajo dado en la base del cráneo, si no. El hombre moderno que había en él ya estaba calculando el golpe. Metiendo la hoja entre las vértebras cervicales segunda y tercera vería asomar la punta entre los dientes de la presa. A veces sólo la conmoción hacía que el golpe matara limpiamente. Si la presa se volvía hacia él, entonces el tajo hacia arriba haría que se agarrase la cara con las manos, proporcionando espacio y tiempo para golpear fuerte entre dos costillas, lo que llevaría por entre los músculos intercostales hacia el hombro opuesto y entraría en el corazón.

No prefería el cuchillo. Pero puede que su presa sólo mereciese morir como un animal.

Podría recuperar algunas de sus herramientas más preciadas. Impedir el robo acelerado de más. Contar con nuevas oportunidades para recuperar las otras piezas. Dar tiempo a que Machen hiciera lo que pudiese.

El azúcar estaba haciendo efecto. La calle estaba todo lo tranquila que probablemente podía estar. El cazador empezó a cruzar la calzada, con el cuchillo agarrado dentro de su bolsa.

Tabaco. O casi tabaco; relacionado de algún modo, si no directamente consanguíneo, con el tabaco de un cigarrillo. Tallow casi sonrió. A lo mejor aquel loco tipo de la calle tenía razón en lo de los aditivos.

Abrió los ojos y examinó la habitación principal lo mejor que pudo a la luz del atardecer. El sospechoso nunca había vivido allí. Eso era de lo más evidente. La analogía con una iglesia que le sorprendió la primera vez se reafirmaba en una segunda visita. Aquél era un lugar, sabía Tallow, al que venía el asesino. Un lugar de adoración. Ahora se le ocurrió que alguno de los otros olores fácilmente podrían ser los que dejaba el incienso. Volvió a aspirar, y esta vez identificó algo que podría ser cedro, o enebro.

El asesino nunca vivió allí. Pero ahora Tallow estaba más seguro de que la solución de todo el problema estaba allí, en aquel apartamento. Que la solución era el apartamento.

El cazador llegó al otro lado de la calle. Miró de nuevo a los dos lados, entre los peatones. No había nadie que le viera entrar al edificio aparte de unos cuantos conductores, y ninguno prestaría la suficiente atención para que fuera útil a alguien.

Los coches no importaban. De todos modos, él apenas los podía ver. Titilaban en su visión como un venado en lo profundo del bosque. Dejó que los coches

desaparecieran del todo, hasta que sus sonidos no fueron más que los de cascos, cantos de aves y truenos dominándolo todo. El cazador tomó aire, lo contuvo y luego suave, muy suavemente, abrió la puerta como si ésta fuera la pesada piel de la abertura de una tienda india y el futuro y la purificación le esperaran dentro.

Tallow decidió que, a pesar de que hoy había hecho como un robot las cosas básicas previstas de su lista, en general había hecho las adecuadas. Si los de la científica hacían las ampliaciones y luego les buscaban correspondencias como había pedido él, entonces mañana podría empezar a pensar como es debido en todo aquello.

Había olvidado, sin embargo, llamar a la teniente. Dado su malhumor del comienzo del día, Tallow imaginó que no hacer un informe probablemente no fuera la decisión más inteligente que podía tomar. Tallow ajustó con una cerca resistente sus pensamientos e hizo que se enroscasen formando una serpentina con cierto orden. Necesitaba disponer los actos del día en función del efecto.

Tallow se estiró, haciendo una mueca de dolor. Al parecer ya no tenía la suficiente flexibilidad para estar en cuclillas tanto rato. Se sacudió las piernas conforme andaba. Parado en el descansillo de espaldas a la escalera, sacó su teléfono móvil.

El cazador avanzó por el vestíbulo del piso bajo muy despacio, como si tuviera unas ramas frágiles bajo sus pies. Cada paso, cauteloso y exacto, dado después del reconocimiento del terreno inmediato.

La teniente sonó a vacía por el agotamiento. La clase de agotamiento que se produce tras pasar un día violentamente enfadada. Su voz tenía el seco crujido de las inútiles ascuas que quedan, y el eco de un espacio al que sólo llenaba un humo amargo. Pidió a Tallow un informe de las actividades del día, pero él se dio cuenta por el sonido de su voz de que el corazón de la teniente ya se había puesto en pie e ido a casa, y que estaba hablando a una cáscara vacía que seguía allí puesta para fingir interés.

—Estoy en la escena de la calle Pearl —le contó Tallow—. He hablado con el dueño, y con el de la empresa que anda en negociaciones para comprar el edificio. El dueño ha estado cobrando pagos en metálico anónimos por el apartamento, y eso empezó cuando se ocupaba del negocio su padre. El de la empresa que compra el edificio tiene planes de derribarlo en cuanto pueda. Así que me aseguré de que eso no va a pasar por ahora, y le buscaré las cosquillas otra vez al dueño más adelante. He establecido contactos en Jefatura, y voy a ver a los dos de la científica que llevan el caso esta misma noche para tratar algunas cuestiones más.

—Dime —murmuró la teniente—, ¿qué sabes ahora que no supieras esta mañana?

Tallow lo pensó. Ella parecía agotada. Aquél no era el momento de hacerle saber sus conclusiones más recientes.

—Sé que nuestro hombre planea las cosas. Creo que va a volver a matar, y pronto. Y cuando lo haga, sabremos que es él.

—¿Cómo?

—Lo estuve pensando en el trayecto desde Jefatura. Tengo la sensación de que nuestro hombre elige las armas con mucho cuidado. Al menos para algunos de sus asesinatos. Los de recogida de pruebas encontraron hoy aquí una pistola de chispa.

—¿Una qué? —La voz de una mujer que empieza a luchar por abrirse paso entre el humo.

—Una pistola de chispa. En serio. Y los de la científica dicen que sin duda la restauraron hasta el punto de que se puede disparar con seguridad, y después de ser usada, la pusieron en la pared para que se echara a perder. Yo puedo comprar en internet un revólver por treinta pavos si me interesa matar a alguien. Pero esto es otra cosa. No puedo evitar tener la sensación de que, al menos para algunos de los asesinatos, elige las armas por motivos muy concretos.

—¿Cómo cuáles?

—Todavía no lo sé. Mañana voy a instalarme en Jefatura. Me encontrarán algún espacio para trabajar con el material del que se ocupan ellos. Ah, sí. Si su jefa te llama mañana para comentártelo, ¿podrías amenazar con no hacer algún favor que les prometiste? Sería útil de verdad.

—Dios santo, Tallow. ¿Algo más?

—Esto es todo lo que tengo por ahora, teniente. Como digo, voy a reunirme con los de la científica dentro de poco, para ver qué más puedo sacarles. Además —añadió mientras otra idea se le pasaba por la cabeza como llevada por la brisa—, tengo que leer algo esta noche.

El cazador quedó paralizado cuando oyó la voz. Mantuvo aquella posición y prestó atención a la espera de una segunda voz. No la hubo. El cazador apretó las mandíbulas y tensó los músculos del estómago, obligándose físicamente a permanecer en el presente. No estaba subiendo por una ladera con árboles. Estaba en una escalera. La presa hablaba por un teléfono móvil.

Tendría que esperar, o la persona del otro extremo de la línea oiría la muerte de su presa. A veces eso era una solución adecuada. El cazador la rechazó en aquel caso. Le reduciría la cantidad de tiempo disponible después del asesinato.

El cazador se movió al siguiente escalón. Estaría preparado.

La teniente ahora estaba despierta.

—¿Leer? John, ya te lo dije, necesito que no estés absorto en tus pensamientos.

—Mira —dijo Tallow—, mañana me ocuparé de los homicidios sin resolver con los que ya hemos relacionado las armas.

Pero esta noche quiero poder pensar en esto, y nada más. Hasta ahora no he podido recuperar el aliento. Voy demasiado deprisa. Ni siquiera está claro que trabaje

en este caso.

Hubo un silencio. Tallow hizo una mueca. Se dijo que no iba a dejar que aquello se le escapase. Pero ya estaba hecho, y supuso que la respuesta podría ser interesante.

—John —dijo al final ella—. Sabes que andamos cortos de personal. Y he hecho algunas llamadas. Asuntos Internos y el despacho de fiscal del distrito defienden la idea de que continúes trabajando tú, y tengo la promesa de una firma importante al pie de una carta que explica que todas las partes interesadas decidieron que era mejor dejar que continuaras tú trabajando en este caso.

—No sé si eso es muy legal, teniente.

—Si el policía adecuado dice que es legal, entonces es legal, John. Y toda la documentación y los datos relacionados se habrán perdido pronto, así nadie tendrá motivo para dudar de la cuestión. Sé que has tenido la peor semana que se pueda tener, pero necesito que estés justo donde estás ahora. ¿De acuerdo?

Durante veinte segundos Tallow se concentró en mantener la respiración regular y en calma. Hasta por un teléfono móvil, un oído atento puede notar, al oír la respiración, que alguien se está enfadando.

—De acuerdo, teniente. Me pondré a ello mañana, una vez que tenga más datos de la científica.

La teniente respondió con un precavido:

—Muy bien, John. —Y luego—: ¿Algo más que me quieras decir?

—No —dijo Tallow.

El cazador oyó el ruido electrónico del final de la llamada del teléfono móvil. Reanudó la marcha. Girando el cuello con cuidado, sólo podía distinguir el hombro de la presa. Estaba parado de espaldas a la escalera. El cazador se encontraría en gran desventaja. Puede que una cuchillada en la base de la columna vertebral, y la presa quedaría paralizada. Le daría tiempo para una cuchillada más precisa que le matara. Podía imaginar una que produciría el menor derramamiento de sangre.

El cazador sacó su cuchillo. Tocó la parte de arriba de la vaina con el pulgar. Su mano izquierda empezó a empujar la vaina. El cazador sonrió ante la ausencia del menor sonido. El momento era muy hermoso.

La cabeza de Tallow se giró bruscamente ante un espantoso sonido.

El cazador se detuvo cuando el ruido de gente y aparatos que atravesaban las puertas delanteras del edificio atronó escalera arriba. Muy deprisa, fijándose en qué pasos hacían más ruido que otros, bajó la escalera a grandes zancadas de puntillas casi sin peso, dobló la esquina, y ya estaba a medio bajar antes de detenerse a mirar.

Dos hombres con mono de trabajo estaban cruzando ruidosamente las puertas con carretillas y cajas de plástico.

—Me cago en la puta, ¿no podrías mantener la puñetera puerta abierta? Esto es como tratar de que pase un cerdo por el jodido ojo de una aguja.

—Sí, eso es lo que dijo tu mamita.

—¿Quieres joderme cuando vamos a vaciar una habitación llena de armas? ¿Es eso lo que quieres hacer? ¿Quieres que pruebe si dispara alguna de esas putas y ver si está cargada todavía?

—¿Ni siquiera puedes abrir una jodida puerta y crees que me preocupa que acciones una pistola? Podría quedarme ahí sin más y ver cómo te pegas un tiro en la puta cara.

—Oye. Oye, colega. ¿Un poco de ayuda?

El cazador había vuelto a guardar su cuchillo y ahora bajó la escalera como si viviera en aquel edificio. Cruzó el vestíbulo a grandes pasos y sujetó una de las puertas para que se abriera del todo, dejando que los de recogida de pruebas metieran su equipo. El cazador aún tenía buena vista, y pudo leer las letras y las insignias en sus monos de trabajo desde arriba.

—Oiga —dijo uno de ellos al cazador—, ¿sabe si todavía funcionan los ascensores? Me refiero a que si hay ascensores aquí, ¿entendido? Si no, esto no sería humano, joder.

—Lo siento —dijo el cazador—. Yo he venido a ver a un amigo, y siempre uso la escalera.

—Vaya. Gracias de todos modos.

—De nada —dijo el cazador, y pasó junto a él y salió a la acera.

Tallow bajó corriendo un par de tramos de escalera y encontró a dos hombres que trataban de arrastrar escalera arriba dos contenedores cargados en dos carretillas de dos ruedas.

—¿De recogida de pruebas?

—Sí. Somos los que nos jodemos y nos quedamos sin cenar. ¿Eres Tallow?

—Sí.

—Entonces que también te den por culo a ti, colega.

—Gracias.

Fuera, parado junto al camión de la policía que no había visto acercarse, el cazador se golpeó la cabeza con los nudillos, una y otra vez. Todo iba mal. A su alrededor todo era un cambio caleidoscópico del Viejo y el Nuevo Manhattan. Árboles que temblaban y farolas que brotaban. En el buzón del otro lado de la calle creció un esqueleto con algunos músculos, la hojalata de debajo se flexionó como unos pulmones y produjo un espantoso silbido. La calle rodaba y se cuarteaba cuando el terreno de la isla precolonial se esforzaba por abrirse paso hacia la luz del crepúsculo. Su respiración era profunda y trabajosa, como la de un animal herido

acorralado. Se golpeó la cabeza otra vez, y otra, apretando los ojos con tanta fuerza que el dolor se abombó por la frente y le bajó por los dos lados del cuello.

Cuando el cazador abrió los ojos, estaba frente al coche en el que había llegado el policía del traje negro. Tembloroso, se tambaleó al cruzar la calle hacia él, luchando por mantenerlo presente en su visión. Sin apartar los ojos de él, buscó dentro de su bolsa lo que le quedaba de un lápiz y un trozo de servilleta de papel de un café. Ordenó a su mano que dejase de temblar y, con un cuidado exagerado, luchando contra un creciente dolor de cabeza y unas inquietantes llamas descoloridas en la visión, escribió el número de la matrícula del coche, la marca y el modelo.

Catorce

El Fetch antes era la Piedra de la Elocuencia. O por lo menos una de las Piedras de la Elocuencia. En cualquier determinado momento parecía haber por lo menos cuatro bares en Nueva York que se llamaban la Piedra de la Elocuencia.

Éste, posiblemente el bar irlandés con el plástico más grasiento de todos, lo vendieron un par de años antes. Los nuevos dueños querían conservar el carácter irlandés del local —aunque, claro está, nunca estuvieron más cerca de pisar suelo irlandés que cuando compraron una bolsa de turba en un centro de jardinería de Brooklyn—, pero consideraron que el local a lo mejor era un Piedra de la Elocuencia más.

De modo que lo llamaron el Fetch. Bien porque a uno de ellos le interesaba de verdad el folclore irlandés, o porque alguien les dijo que era algo irlandés, como los tréboles y pegar a tu mujer con el trozo de un árbol. Tallow siempre sospechó lo último cuando el nombre quedó exhibido en un rótulo plano encima de la puerta principal y escrito en las ventanas con grandes y estúpidas letras verdes, churretosas y abigarradas como jamón en lata.

Tallow sabía que un fetch era la versión irlandesa de un doppelgänger, una copia sobrenatural de una persona viva cuya manifestación por lo general significa la muerte inminente del original. Qué gran nombre, creía él, para un local del que la gente por la noche salía dando tumbos y viendo doble.

Tuvo bastante suerte y encontró un sitio al otro lado de la calzada. Buscó dentro del depósito de aluvión de la parte de atrás de su coche y sacó una tableta, un e-reader y un router wi-fi y los metió en el viejo maletín de un ordenador portátil cuyas asas aplastadas había visto asomar debajo del asiento del acompañante. También deslizó dentro del maletín los documentos que le había dado la teniente antes. Al bajarse del coche notó un deslizamiento ruidoso de dolores que le caían de los hombros a las rodillas. Eso y descubrir que la noche era cálida le decidió a realizar el esfuerzo de soltar la sujeción de su pistolera de la cadera y luchar por meterla con el arma en el maletín para que no se vieran.

Al cruzar la calle, Tallow no pudo dejar de echar una ojeada al estrecho callejón a la derecha del Fetch. Una leyenda local mantenía que en épocas más violentas a las víctimas de peleas en el bar las tiraban allí como bolsas de basura. Se contaba que la policía ni siquiera se las llevaba porque les resultaría más humillante despertar por la mañana en un montón, todos empapados por los meados de los otros hasta arriba de cerveza.

Puede que hubiera nuevos dueños, pero en el Fetch no había dinero nuevo. En el local todo parecía chirriar —la puerta, el suelo, el agrietado y costroso falso cuero de los asientos de las mesas—, como si todo se hubiera instalado en la cáscara de algo

viejo, cansado y encorvado.

Tallow se dirigió a la barra e hizo lo que hacía siempre. Miró todos los grifos y luego pidió una pinta de cream ale. Miró la carta, por delante y detrás, y las cosas especiales, y luego pidió una hamburguesa con queso y aros de cebolla rebozados en levadura. Tallow preguntó al barman si sabía si había una mesa libre en la zona de fumadores instalada fuera, y pidió que le llevaran la comida. El asentimiento aburrido del barman quedó ahogado por un grito de los tipos del fondo de la barra, donde había un televisor grande de pantalla plana que justificaba las antiguas letras de la ventana que describían el local como un bar deportivo. Unos vítores entre los gritos de algo como: —¡Oshidashi!

Tallow frunció el ceño, reconociendo vagamente la palabra.

—¿Oshidashi?

Una enorme sonrisa amarilla dividió la cara del barman.

—El sumo. Me salva la vida.

—¿Cómo?

—Me hice con esa tele del copón. La saturé de cosas por satélite. Pero esos tíos. No hay bastante fútbol americano y béisbol en el mundo para que se amansen. Y el fútbol no sirve. En el fútbol nunca pasan bastantes cosas. Es como ver a veintidós modelos de peluquería dar patadas a un balón durante lo que parecen seis meses y luego uno tropieza y el balón entra en la portería. Y entonces encontré este canal que transmite momentos importantes de combates de sumo. Conque les dije a los tíos: Ahí tenéis a esos dos tipos de culo gordo, nada que ver con esta lucha libre de aquí para chavales, parecen dos linebackers que hubieran estado encerrados cinco años en un Burger King, corren uno hacia el otro como camiones de dieciocho ruedas en taparrabos, se dan de hostias uno al otro y el que gana consigue un plato de ese jodido dinero en el ring.

Dos días después, los tíos están colgados del sumo como del crack. Tengo a tíos irlandeses que gritan a la tele en japonés y no me tocan los cojones más. Me salva la vida. Deme unos veinte minutos para su hamburguesa, ¿vale?

Tallow cruzó el bar y salió a la zona de fumadores, moviendo la cabeza de un lado a otro. La zona de fumadores era un antiguo patio de servicio al que habían llenado de mesas y sillas, probablemente de un centro de jardinería de Brooklyn, y con un par de cubos de metal para las colillas. Él no tenía intención de quedarse allí toda la noche, pero un cigarrillo antes y después de comer sentaba bien. Sentaba mejor, en realidad, que la idea de comer, pero sabía por experiencia que si ahora no metía algo dentro a la fuerza, se despertaría sintiéndose mal y vacío.

Hacía calor. Se quitó la chaqueta, sacó el paquete de cigarrillos y el encendedor, eligió una mesa del extremo del patio y dobló la chaqueta encima de la silla antes de sentarse. Daba la espalda a la cerca de atrás. Quería estar de cara a la entrada de la

zona de fumadores para así no perder de vista a los de la científica.

La cream ale era del color del sirope de arce coronado con un par de centímetros de miel de la flor de manzano. Tenía el sabor que él esperaba. Encendió un cigarrillo, y aunque se detuvo a pensar que ya tenía el sabor de los cigarrillos de cuando fumaba sin parar, todavía tenía un sabor como el que esperaba. Sonrió leve, brevemente, y lanzó espirales de humo hacia el cielo que se oscurecía. Empezó a sentirse relajado, sólo un poco.

Tallow buscó un cenicero, y lo encontró: un antiguo disco de cuarenta y cinco revoluciones que habían ablandado para que formara una taza. Al agujero parecía que lo hubieran taponado con masilla prensadora. Tallow frunció el ceño al verlo. Con el cigarrillo sujeto entre los labios y entornando un ojo para protegerlo del humo, dio la vuelta al cenicero entre las manos.

Imaginó que sólo llevaba padeciendo aquel abuso unas cuantas semanas, pero no había modo de considerarlo un disco. No encontró señales de arañazos que indicaran que al disco lo habían sacado de una antigua jukebox y que pudieran justificar convertir una pieza de música en un tiesto espantoso. Alguien había decidido que, coño, ¡sólo era un trozo de vinilo!

Encontró un pañuelo de papel en el bolsillo izquierdo de los pantalones, lo humedeció con un poco de espuma de la cerveza y lo pasó con cuidado por la etiqueta del disco. Habían aplastado un cigarrillo con fuerza en mitad de lo que al limpiarse reveló ser el diseño de una mariposa. Eso y la letra C blanca que se veía significaban que el sello era Chrysalis.

Una marca fósil. Chrysalis Records había desaparecido hacía mucho, una hermosa mariposita que fue comida por una empresa araña que fue comida por una corporación pájaro que fue comida por una gran multinacional gato. Tallow siguió limpiando decidido a resolver aquel pequeño misterio, sacando a la luz tanto papel azul pálido destrozado como se atrevió. Tiró su cigarrillo en el cubo metálico más cercano. Le distraía. Quería hacer aquello. Le daba la sensación como de estar haciendo arqueología. Se dedicó totalmente a ello, haciendo pequeños pases con el pañuelo de papel hasta que pudo ver las letras encima del agujero del disco.

Tallow podía notar que estaba sonriendo. El disco era «Heart of Glass», de Blondie. Llevaba años sin oírlo. Recordó cuando lo oyó por primera vez de niño, y se había reído porque Debbie Harry decía «un grano en el culo».

Recordó eso, y una letra que hablaba de estar perdida en una ilusión y ningún sitio donde esconderse.

Tallow estaba bastante seguro de que no tenía aquel álbum en CD y decidió comprar el MP3 cuando llegara a casa, como homenaje al sacrificio del disco. Volvió a colocar el cenicero encima de la mesa. Sabía que había usado aquella maldita cosa como cenicero, y ahora era demasiado tarde para recuperar el disco, pero no le

parecía bien. Simplemente no se le hace eso a un disco. Bien pensado, se dijo, lo más probable era que nadie en las cercanías del disco aquel día tuviese un aparato para ponerlo. El propio Tallow no conocía a nadie aparte de él que tuviese un plato para usarlo en casa.

Dicho eso, Tallow se tuvo que recodar que en realidad no conocía a mucha gente.

Llegó la comida. Miró la etiqueta que había rescatado, sonrió y dio un mordisco a la hamburguesa. Sabía un poco mejor de lo que esperaba.

Después de los primeros mordiscos, buscó en el maletín del portátil que tenía pegado a su silla, apretó el wi-fi pod —sabía de sobra que el aparato funcionaba al tacto— y sacó la tableta. Buscó oración del tabaco en el navegador y, mientras se ocupaba de comer, recibió una información superficial sobre el uso del tabaco por los nativos americanos en un puñado de páginas terriblemente diseñadas que usaban combinaciones de color cuyos artífices merecerían pasar una noche en el calabozo. Al parecer, aquel tío loco de la calle tenía razón en lo del uso del tabaco. Dos de las páginas que consultó incluían links parpadeantes a sitios para dejar de fumar y ayudas para dejarlo, proclamando que el uso habitual y constante de tabaco no era propio de un nativo americano.

Tallow consiguió tragar el último trozo de hamburguesa con un sorbo de cerveza y, basándose en que él no era un nativo americano, encendió su segundo cigarrillo como si tal cosa. En algún momento de la comida, su cuerpo había decidido que en realidad tenía hambre, y ahora era un mamífero saciado y apaciguado.

Echó la cabeza hacia atrás y lanzó humo a la luna menguante en el cielo nocturno y a dos palomas que planeaban en la brisa fresca. Se relajó.

Y entonces, tan seguro como si fuera a vomitar: Dios, voy a llorar.

Tallow se sentó tieso, con los ojos muy abiertos, la respiración entrecortada y desigual, la mandíbula contraída y la boca torcida, sin poder sentir los pies en el suelo. Vio que la mano derecha le temblaba en torno al cigarrillo, tenía la cabeza demasiado lejos para hacer que le obedecieran los dedos. Apretó la mano izquierda con la suficiente fuerza para que al cabo de medio minuto notara que las uñas le estaban imprimiendo unas marcas blancas en la palma. Tallow pasó revista a todo aquello y trató con toda la energía que pudo reunir de vencerlo para enterrarlo en aquella sensación a hueco espantosamente abierta de su pecho.

Se encontraba casi al final del cigarrillo antes de declarar victoria. Cuanto más luchaba, más enfadado se empezaba sentir.

Tallow se había distraído durante quizá un minuto. Lo único que había intentado hacer era relajarse antes de pasar revista al día hasta aquel momento. Estaba enfadado por todo y por nada, porque no conseguía encontrar a nadie a quien echar la culpa del hecho de que al parecer él no podía relajarse un minuto antes de echarlo todo a perder. Si trataba de vivir como una persona normal durante un minuto, terminaba

berreando como... como si padeciera un trauma.

—No —dijo Tallow, y apagó el cigarrillo en el cenicero, directamente en la masa gris que tapaba el agujero para meter el disco.

—¿No qué? —preguntó Bat.

—Nada. Pensaba en voz alta. Gracias por venir.

Bat y Scarly estaban de pie delante de su mesa. No los había visto llegar, lo que hizo que se enfadara más consigo mismo sin razón aparente. Scarly tenía una pinta de cerveza negra, y Bat, un vaso alargado con agua y hielo. Una rodaja de algo que era lima en mal estado o un limón realmente reseco estaba colgada en la parte interior del vaso. Tallow hizo un gesto con la mano para que se sentasen.

—¿Es éste el bar que frecuentas? —preguntó Scarly.

—Eso parece —dijo Tallow—. Dos o tres veces por semana los tres últimos años. ¿Por qué?

—El de la barra no te conoce. Tuve que describirte, y él supuso que eras, bueno, tú. El tío del fondo.

—¿Y?

—No sé. Es que parece raro que hayas estado viniendo dos o tres veces por semana los últimos años y el barman no sepa cómo te llamas o diga, ya sabes: Ah, sí, ese de ahí.

—Soy poco comunicativo. ¿Me dejáis que os pague esas copas?

—Puedes pagar la ronda siguiente. Una pinta va a ser menos que una puñetera tiritita para la herida abierta que me ha dejado el día de hoy, inspector.

—Muy bien. ¿Qué tal algo de comer? ¿Te pido algo de comer? ¿Bat?

Bat hizo una mueca de dolor.

—Tengo un estómago que es como una especie de bolsa de los horrores en la que meto comida y que luego la vacía casi intacta tres horas después. La comida y yo no nos llevamos bien. Como norma, no como.

Scarly dio un trago de cerveza y murmuró algo sobre comer una sola vez al día, algo sobre el régimen de comidas de un guerrero.

Locuras de la policía científica. Con un suspiro, Tallow sacó otro cigarrillo del paquete y les ofreció. Bat dudó con los ojos brillantes, pero cuando Scarly lo rechazó, él hizo lo mismo.

—Bien. ¿Podremos usar ese espacio?

—Coño, claro —dijo Bat, y gracias a su pronunciación Tallow estuvo en condiciones de decir que en el vaso largo no había agua, sino vodka—. No sé lo que tu jefa le dijo a la nuestra, pero resultó prodigioso. La verdad que es que quisiera conocer a tu jefa. Creo que podría ser una hechicera.

A Tallow todavía le temblaban las manos. Apretó los músculos de los dedos hasta que pararon. Aquello le hizo daño. A Tallow le pareció bien mientras sus manos

hicieran lo que se les decía.

—Hay mucha gente así por ahí —dijo Tallow.

—Bien —dijo Scarly—, pues estamos haciendo lo que tú querías, ahora mismo. Conseguir gente que haga copias y mueva los tableros y esas mierdas. No sé a lo que va a llevar, pero lo estamos haciendo. Lo que necesitamos de ti, inspector, es que trabajes en los casos de los que te proporcionamos pruebas.

Tallow alzó una ceja.

—Nos preguntaste qué podías hacer para mejorar nuestra vida. Eso. Trabajar en esos casos. Si nos ocupamos de un par de ellos lo antes posible, la presión va a disminuir durante un tiempo.

Tallow negó con la cabeza.

—¿Cómo los puedo resolver? Todos son obra de un hombre solo. Los resolvemos todos o no resolvemos ninguno.

Scarly bebió algo más de su cerveza negra.

—Tú dijiste resolver. Yo dije ocuparnos. Si tenemos que trabajar contigo en esto, no quiero que te pierdas en el bosque.

Cuando te demos lo de balística y esas mierdas, no quiero verte contemplando la imagen general sin prestar atención a los casos individuales.

—Lo que quiere decir —intervino Bat— es que si tenemos un par de casos, ¿hasta qué punto no sabemos la identidad del asesino? Es bastante para demostrar que hacemos progresos.

—Dios. Estáis locos los dos.

—¿Qué?

Tallow respiró a fondo para impedir una explosión.

—¿Todo menos el asesino? ¿Resolver el caso con todo menos el caso? Vosotros...

Tallow se detuvo.

Scarly esperó y luego dijo:

—Nos contaste que te gusta la historia.

—Sólo te estamos proponiendo un método para actuar —dijo Bat—. No queremos que te quedes sentado en la habitación simulada de un asesino loco tratando de hacer vudú, es lo que estamos diciendo. Ocuparnos de unos cuantos casos no resueltos hasta el punto de que el asesino sea lo único que falte de la foto. Hacemos eso con bastante frecuencia...

—... y empezamos a ver al asesino por deducción —dijo Tallow—. Por la forma del agujero que deja. Muy bien. Un modo raro de plantearlo, pero puedo intuir lo que supone.

—Dejó ceniza en el cenicero y le sonrió. —No dejo de pensar en aquella pistola de chispa que me enseñaste. ¿Por qué estaba rayada la palabra Rooster que tenía?

¿Era un nombre? Quiero decir que he visto Valor de ley y todo eso, pero no creo que entonces hubiera gente que se llamase Rooster.

Cuando Bat frunció el ceño, sus ojos parecieron salirse de las cuencas algo más de medio centímetro.

—¿Rooster?

—Eso mismo. Había un escudo o, no sé, a lo mejor algo heráldico, y la palabra Rooster encima. Me gusta la historia, pero mis intereses saltan de una cosa a otra, y no he leído mucho sobre ese tipo de cosas.

—No ponía Rooster —exclamó Bat—. Ponía Rochester. Estaba borroso y jodido, pero, sí. Rochester.

—Vaya —dijo Tallow, y se recostó en su asiento, pensando.

—¿Por qué piensas en ello? —preguntó Scarly. En la periferia de su pensativa mirada, Tallow pudo ver que ella casi terminaba su pinta.

—Dijiste algo sobre el 44. Era como el que usó el hijo de Sam. E imagina lo que se esmeró el tipo para restaurar esa pistola de modo que pudiera dispararse con seguridad. ¿Qué significó el revólver para nuestro hombre?... ¿Qué pasa si significa exactamente lo que nosotros creemos que significa? Y si es así... ¿qué significó la pistola de chispa? Rochester.

Rochester.

—Mira —dijo Bat—, como yo dije antes, no será difícil encontrarlo en los informes. No habrá demasiados cuerpos en los últimos veinte años con un proyectil del 44 de fabricación casera dentro. La búsqueda probablemente saque a relucir algo por la mañana.

—¿Qué tipo de historia te gusta? —preguntó Scarly, terminando su pinta justo cuando una chica alta de veintitantos se acercó a la mesa con una bandeja. La chica, toda piernas de corredora dentro de leotardos morados y largas crenchas de pelo color rojo de manzana de caramelo con un corte de dibujo animado japonés de los años noventa, recogió el plato de la comida de Tallow y la jarra de Scarly.

—¿Les traigo algo más? —preguntó.

—Otra pinta de cream ale, y lo que quieran ellos, sería estupendo, gracias.

—También tu número de móvil —dijo Scarly.

La chica alta se inclinó un poco y dio unos golpecitos en el anillo de casada de Scarly con una uña roja.

—Otra pinta de cerveza negra sería estupendo, gracias —dijo Scarly.

—Eres muy desagradable, joder —dijo Bat, cuando se marchó la chica—. ¿No piensas ni un momento en lo que sienta tu mujer?

—Yo soy autista, joder —dijo Scarly.

Permanecieron sentados en un silencio incómodo hasta que la camarera volvió con una bandeja con copas. Y su número escrito con lápiz de ojos en una servilleta.

—¡Que te follen! —graznó Scarly.

Bat vertió un poco de su copa encima de la servilleta. Los números se dispersaron como afluentes en una tierra porosa.

—¡Que te follen! —gritó Scarly.

—No alces la voz —dijo Tallow—. Puede que yo quiera volver aquí.

Scarly hizo un sonido como si se desinflara, arrugó la servilleta y la tiró con precisión dentro del cercano cubo metálico.

—A nadie le interesa de dónde me viene el apetito mientras coma en casa. No has respondido a mi pregunta.

—¿Cuál?

—¿Qué tipo de historia te gusta?

—Bueno, montones de cosas distintas. Me gusta la historia de Nueva York. La historia de la ciudad. Ayer, cuando empezó todo eso, le dije a mi compañero que no deberíamos responder a la llamada porque él no tenía bien las rodillas, y eso fue en el último descansillo del edificio de apartamentos de Pearl.

Tallow dio un sorbo a su cerveza, sabiendo que probablemente no la debería haber pedido porque pretendía volver conduciendo a casa.

—Y sé que la calle Pearl se llamó así porque lo primero que usaron para pavimentarla fueron conchas de ostras machacadas. Madreperla. Los holandeses la llamaron así, creo. Espera un segundo.

Tallow se inclinó a un lado y vio que su wi-fi todavía funcionaba. La tableta seguía encima de la mesa. Anuló el modo descanso y buscó otra página del aparato. —Esa pistola de chispa. De 1836, dijiste.

Bat asintió ausente.

Tallow tecleó las palabras Rochester Nueva York Asesinato 1836. No obtuvo nada de interés aparte de una tesis sobre «delito y desviación en el antiguo Rochester».

—Se fabricó en 1836 —dijo Bat, echándose hacia delante y leyendo al revés—. Eso no significa que se usara en 1836.

Tallow reemplazó 1836 por 1837 y emprendió la búsqueda de nuevo, dudando.

—Noto que algo me cosquillea en el fondo de la cabeza —explicó—. Algo que leí, en alguna parte...

Bat se rió.

—¿Sería en ese coche aparcado al otro lado de la calle? ¿Con ese basurero o biblioteca en la parte de atrás?

—Sí —dijo Tallow, y no siguió. Tenía cinco resultados: La primera víctima de un asesinato en la ciudad de Rochester, Nueva York.

Se lo leyó en voz alta a Bat y Scarly.

—¿En serio? —se sorprendió Bat.

Tallow leyó por encima.

—«En el caso de William Lyman, asesinado el 12 de octubre de 1837 por un tal Octavius Barron... con una pistola que robó del local de un tal señor Passage, un panadero del pueblo». —Scarly gruñó. Su cerveza parecía evaporarse de un modo alarmanamente rápido.

—Tiene sentido. A un panadero le iría bastante bien. ¿Sabes de qué marca podía ser el arma? Un escudo de la milicia.

Puedo verle gastarse un par de dólares en hacer que se la grabasen.

Tallow siguió leyendo.

—«Barron primero aseguró que estaba durmiendo en casa cuando se cometió el asesinato, pero su madre dijo a las autoridades que mentía». Bien. Oíd esto: «En su confesión, Barron explicó que había tenido que fabricar un proyectil casero con una forma que pudiera caber por la bocacha del arma».

—La jodida bocacha —dijo Bat, y luego pensó que mejor mostraba interés y alzó las manos al aire—. No. No me trago eso.

—Sigue —dijo Scarly, concentrada.

—Vale. Le dijo a un cura que él no lo hizo, que fueron sus cómplices, y por eso no le encontraron con la pistola ni la cartera del muerto. En realidad la pistola nunca se encontró. Y en esta información la llama expresamente pistola. Lo que se deduce es que Barron la tiró al río.

—Te apuesto lo que sea a que la encontraron y se la devolvieron como si nada al señor Passage, que lo más probable es que la metiera en un baúl para el día que volvieran los ingleses. Estaba en la milicia, y era panadero, así que los conocía a todos.

Scarly sonrió.

—Ésa es buena. Pero ¿estaría en el río? Estuvo en la bahía, ¿no? Apuesto lo que sea a que en Rochester había una milicia naval.

—A no ser que llamaran canal de Erie al Hudson. Por entonces podría estar abierto.

Bat, exasperado, agitó las manos entre ellos.

—Escuchadme. ¿Estáis diciendo de verdad que esa arma que encontramos era la misteriosa pistola perdida que mató a la primera víctima de asesinato de Rochester? Tíos, las armas de las que nos ocupamos hasta ahora están relacionadas con asesinatos en Manhattan. Si estáis buscando conexiones, entonces estáis diciendo que él empezó y nosotros vamos a dar con las armas dedicándonos a investigar homicidios cometidos en todas partes.

—No necesariamente —murmuró Tallow, recorriendo el texto de su tableta en busca de más información—. Puede que signifique que cometió un homicidio en Manhattan que tenía relación con Rochester. —Alzó la vista hacia Scarly—. ¿Sabes

lo que eso podría significar con respecto a vuestro 44?

—¿Qué? —dijo Scarly, antes de que su cerebro captara lo que quería decir él. Se rió—. Nada de eso. No puede ser.

—¿No puede ser qué? —dijo Bat, molesto porque no estaba alcanzando la creciente altura de lo que había decidido que era un estúpido vuelo fantasioso.

—No puede ser la misma arma que la del hijo de Sam —dijo Scarly dando un trago de cerveza.

Bat se volvió a sentar.

—Dios santo. Claro que no puede. Porque...

—Porque —dijo Tallow en voz baja—. El arma del hijo de Sam estaría en un contenedor de un almacén de pruebas en el Bronx, ¿no?

—Oh —se sorprendió Scarly, con los ojos muy abiertos—. Oh. Eso es... eso es interesante.

Tallow dirigió su mirada a Bat.

—Nuestro hombre lleva veinte años matando gente sin que lo descubran, incluso cuando hizo algo tan demente como ir a Rochester, recuperar un arma perdida y restaurarla para que pudiera matar con seguridad a alguien con ella. ¿Crees que de verdad hizo eso sin ninguna ayuda?

—Tronco. Estás diciendo que algún agente sacó la propia pistola del hijo de Sam de un contenedor con pruebas y se la dio a ese gilipollas loco que la usó para uno de sus tropecientos asesinatos. Es una locura mayor de la que tiene él.

Scarly se apoyó en la mesa, su cara estaba más animada de lo que Tallow la había visto nunca antes.

—No, no. Me gusta eso. ¿Entonces crees que es un grupo?

—No. Es demasiado concentrado como para que sea algo más que un hombre el que hace los planes y comete los homicidios. Creo que tiene algún tipo de red. Puede que no grande. Sino formada por personas que le deben favores, personas a las que paga, personas en las que podría confiar lo suficiente para que le proporcionasen las cosas que necesita. A lo mejor, sí, a lo mejor alguien le proporcionó una pistola que le gustaba y la sacó del contenedor de pruebas. ¿No te has parado a pensar ni un minuto en cómo podría alguien cometer cientos de homicidios en Manhattan durante Dios sabe cuántos años sin cargar con ninguno? ¿Ni uno?

El rumbo de los pensamientos de Tallow le habían llevado a ese punto sólo unos treinta segundos antes, pero no tenía la urgente necesidad de contárselo a Bat. Aquello no importaba. Tallow tenía la sensación de que volvía a pensar bien. Tenía la sensación como de que su cerebro había concluido aquello por la tarde cuando fue a Pearl. Se le ocurrió que aquél podría ser su pensamiento más brillante en años.

—Entonces una especie de red. Algunas personas que le podrían encontrar las herramientas adecuadas para el trabajo.

Como una pistola de chispa de Rochester. Si la investigación de ese asesinato va a ser tan fácil, Bat, entonces te apostaré diez dólares ahora mismo a que el asesinato con esa arma va a tener alguna relación especial con el primer asesinato del que hay constancia en Rochester.

—Aceptaré la apuesta —dijo Bat, alzando el labio. Eso reveló unos estrechos dientes afilados y unas encías grises—. ¿Y qué pasa con la Bulldog 44?

Tallow miró a Scarly. Ésta le respondió con una torcida sonrisa de complicidad y dijo:

—Yo añado diez a que dices que si no consigues joder masivamente a los de balística con tu ridículo truco de magia de hacerla disparar hacia atrás, entonces es el arma del hijo de Sam, y tenemos un caso mucho más importante y más siniestro de lo que habíamos creído.

Bat se rió, una especie de ladrido que expresaba más incomodidad que alegría.

—Entonces yo soy veinte pavos más rico, y ni siquiera tengo que pagar las primeras copas. He ganado. Los dos estáis chiflados, por cierto.

—Muy bien —dijo Tallow mientras Bat le daba un lingotazo a su vodka—. Cuéntame tú por qué nuestro hombre tenía una pistola de chispa en su escondite.

—¿Cómo coño voy a saberlo? No soy un lunático que montó una iglesia con las armas.

Tallow sonrió.

—Y por eso yo quería ese espacio de almacenamiento. Acepto tus opiniones acerca de que no hay que perderse en el bosque e ignorar los árboles. Pero el vudú de un policía puede ser poderoso también. Necesitamos estar en ese apartamento, como mejor podamos, y entender por qué guardaba esas armas y lo que pensaba. El apartamento también era parte de su plan.

Scarly se refirió a él como a un asesino en serie. Si eso es cierto, entonces debe de estar casi permanentemente en fase de tótem. Totalmente colocado por la adrenalina que le produce estar rodeado por sus trofeos.

—¡Ja! —aulló Bat—. ¡No! Porque si tú crees que está relacionando las armas con sus objetivos con tanto cuidado, entonces no experimenta la fase de búsqueda, ¿no? No anda por ahí en busca de asesinatos apetitosos. Se dirige de modo concreto a personas concretas. ¡Entonces no! —Puso un gesto desagradable a Scarly—. ¡Nada de eso!

—Vaya —comentó Tallow—. Entonces ahora te apuntas a nuestra idea.

—Sí. No. Sí. ¿Qué? Que te den por culo.

Scarly se partía de risa.

—Que te den por culo a ti, John —dijo Tallow despacio.

Bat alzó las manos, riendo.

—Muy bien, muy bien, John. Entonces no es un asesino en serie, y no está en la

fase de tótem, y tenemos que centrarnos exactamente en qué le pasa con independencia de si yo pierdo veinte pavos o no. Tú ganas. ¿Puedo tomar otra copa?

—Claro. —John se levantó y sacó veinte dólares de la cartera. Scarly le arrancó los dos billetes de diez de la mano con fuerza suficiente para dejarle la sensación de un rozamiento en las yemas de los dedos.

—Iré yo —dijo ella, levantándose—. ¿Qué quieres?

—Será mejor que me traigas dos de esas bebidas energéticas que tienen en la nevera con la cerveza embotellada.

—Hecho. —Ella se alejó a buen paso.

—¿Está casada de verdad? —preguntó Tallow a Bat.

—Sí, Talia es como esa amazona escandinava que puede partir rocas con las tetas. Podría caberle Scarly en el sobaco. A veces creo que le gusta Scarly porque era la lesbiana más portátil disponible.

—Entonces su mujer la podría matar. Por eso juega fuera de casa. Bien, la cosa tiene sentido.

Bat sonrió.

—Scarly sólo quiere el número de teléfono. Lo pondrá en un sitio bien visible de su casa. Talia lo verá. Talia se volverá loca. Quiero decir, cabreo, gritos, lágrimas, romper cosas, la de dios. Y luego le dará lo suyo a Scarly durante doce o veinticuatro horas. Se follará a Scarly hasta que ella no pueda ni andar, agua muy fría en la cara si se desmaya, puñetazos, patadas, le apretará el cuello, lo que se te ocurra. Como un lobo meando en su territorio, ¿entiendes? Sólo que con más consoladores de los de correa. Scarly volverá al trabajo después... y es divertido que eso siempre parece que pasa cuando se va a tomar un día libre... volverá con pinta de haberse puesto ciega de metedrina y enrollado bebiendo con un equipo canadiense de hockey sobre hielo. Que es lo que ella quería. Que es de lo que iba la cosa. Es lo único de Talia que puede controlar, y le encanta hacerlo.

Tallow pensó unos segundos en eso, y luego alzó el vaso con el resto de cerveza que le quedaba.

—Por los secretos que hay detrás de un matrimonio feliz en Nueva York.

Bat soltó una risotada y chocó el vaso de Tallow con el suyo.

Quince

El cazador se alejó del bloque y se acurrucó en la entrada de un local pequeño y abandonado que antes había sido una librería religiosa. Su rótulo desgastado y los carteles descoloridos y torcidos del escaparate le gustaron. Tenía la sensación de que estaba refugiado a sotavento del cadáver de algún animal extraño muerto que había llegado a la isla desde latitudes lejanas y había muerto antes de reproducirse o contaminar la tierra.

Contento, se subió las rodillas al pecho y dejó que el mundo moderno se hundiera volviendo a Mannahatta. Los edificios del otro lado de la calle se vinieron abajo y desaparecieron como empujados con suavidad por una mano gigante de los cielos, volviendo a reaparecer las colinas y laderas de la orilla del Viejo Manhattan. Anchas hileras de pecanas surgían en las pendientes, sus espigas sin abrir. Si miraba con más atención, concentrado, distinguía las largas lágrimas de la corteza de los pecanos que habían comido osos negros, y apreciaba el olor de la apetitosa savia oscura donde salía de la madera expuesta.

Magnolias silvestres brotaban alrededor de sus troncos como copos dispersos de ámbar. El cazador cerró los ojos, oyendo los gritos de las gaviotas de Delaware. Estaba cerca del agua. Una breve caminata le habría llevado a los montones permanentes, siempre en aumento, de conchas de ostra de la estrecha playa donde siempre se podían coger más.

Con la brisa se oía el rozar del pasto vainilla que él siempre encontraba tan tranquilizador. Podía tener cerrados los ojos una hora. Había tiempo para matar.

Cuando el cazador despertó, el cemento bajo su cuerpo estaba frío y húmedo, y espectros del odiado futuro le miraban lascivamente por el cristal del empañado escaparate de la tienda. Se puso de pie, hizo una flexión para librarse de la rigidez de su espinazo y alzó la vista al cielo. Podía determinar su posición y la hora que era hasta por la mezquina y desnuda visión de las estrellas que le ofrecía el Manhattan moderno. Había tiempo de sobra para trasladarse a su último destino de la noche.

Echó a andar, deslizando una mano dentro de su bolsa en busca de su cuaderno de viaje. El trayecto le llevaría unas dos horas y media. Podría hacerlo en menos de dos horas con toda facilidad de no ser por la lenta aparición de cámaras de seguridad en la ciudad. El cazador prefería que no le vieran. Su cuaderno de viaje estaba lleno de planos que había dibujado y que indicaban la situación de los aparatos de televisión de circuito cerrado y sus aproximados campos de visión. Las indicaciones del cuaderno habrían sido un misterio para cualquier otro, por supuesto. Y eso también estaba previsto. La intención del cazador siempre era no dejar rastro en la isla. Exceptuados los cuerpos de sus presas. En el improbable y desgraciado caso de que le mataran mientras cazaba, en su cuerpo no habría nada que significara lo más mínimo

para nadie. Y lo único que lamentaría de su muerte sería que no le iban a enterrar del modo correcto. De su cuerpo no quedaría ningún alimento que fortaleciera su espíritu durante el recorrido por la Vía Láctea hasta el cielo. No habría nadie que gritara su nombre, y tampoco nadie que le cerrase los ojos y los labios en señal de duelo y nunca volviera a hablar. Eso, reflexionó, no estaba tan mal. Nadie sabía su nombre para decirlo mientras ahora estaba vivo. Su nombre no moriría con él porque ya estaba muerto, y, en cierto sentido, también lo estaba él.

Se decía que el espíritu se quedaba cerca del cadáver durante los once días posteriores a la muerte. A lo mejor, incluso sin cuerpo, conseguía encontrar un modo de matar gente. Ésa fue una idea que hizo aflorar una leve sonrisa en sus labios mientras caminaba.

Rebuscó en su bolsa mientras avanzaba pasado Grand en su camino de bajada hacia el Bowery, caminando a la luz de los escaparates de las muchas tiendas con la luz eléctrica encendida que bordeaban la calle. Allí dentro tenía unos trozos de carne de ardilla seca, envueltos en plástico y tela. El cazador, recurriendo sólo al tacto, atrapó un trozo pequeño y volvió a cerrar el envoltorio. Dio un bocado y masticó lenta y metódicamente, acompasando la acción a sus pasos. El sabor era el de algo entre muslo de pollo y conejo. Había mejores ardillas en la parte más alta de la isla; los animales de Central Park era inevitable que estuvieran más contaminados, y eso volvía su carne más insípida y a veces más amarga de lo que en realidad debería haber sido. Pero eso le permitió seguir moviéndose, y activó el flujo de saliva, lo que le evitó sentir sed y no disminuyó sus reservas.

Un poco menos de dos horas después, el cazador entró en Central Park por la esquina de la Quinta Avenida con la calle Sesenta y uno Este.

Continuó moviéndose hacia el norte. Subiendo en paralelo con la calle Setenta y tres, los senderos se volvieron una maraña oscura que se movía en torno al amenazador bosque nocturno. Aquello era el Ramble. El cazador hizo un último cálculo por medio de las escasas estrellas del cielo, agarró el cuchillo dentro de su bolsa una vez más y se deslizó entre unos sicomoros.

Aquí y allá percibió miradas de hombres parados solos o en parejas que se mantenían en los bordes de los senderos, reuniéndose de vez en cuando como polillas en torno a las farolas. El cazador no tenía nada que ver con los hombres, de los cuales, veinte años antes, había aprendido que se deberían llamar dos espíritus. Había un dos espíritus de la nación Crow al que el cazador admiró, un hombre cuyo auténtico nombre se traducía por «Encuéntralos y mátalos»^[2]. Cuando sus ojos se encontraban con los del cazador, los apartaban. Él no era uno de ellos. Cuando le miraban a los ojos, ellos se alegraban de que no lo fuera.

Al rodear una gran montaña de árboles Cafetero de Kentucky, el cazador vio al que había venido a buscar al Ramble. La sincronización era exacta. No un hombre

alto, pero sí fornido, y daba sensación de tamaño y solidez incluso sin tener gran estatura. Un hombre que parecía trabajar con las manos, y con peso. Unas botas militares que sorprendieron al cazador, confuso como se encontraba ahora en el presente, como algo de ciencia ficción. Vestimenta negra para correr, supuso el cazador, aunque la tela y el corte sugerían más bien ropa de camuflaje. La chaquetilla con la cremallera abierta dejaba ver una camiseta blanca resplandecientemente limpia. Espeso pelo oscuro que podría estar cortado como el de un marine de bastante edad. Andaba con el porte de un soldado. Paseaba una perra. Una absurda perra blanca peluda que no llegaba al medio metro de altura. Hizo que el cazador pensase en un lobo que había sido cruzado con un peluche en un laboratorio.

El hombre que paseaba la perra tenía una pistola dentro de una pistolera debajo de su sobaco izquierdo. Algo de cañón recortado y fácil de sacar rápidamente, a juzgar por el bulto de su chaqueta. El peso que el hombre estaba soportando sugería un arma más potente de lo necesario. Una 327 Federal o algo parecido con el cañón recortado y la potencia de un 357 Magnum, con un retroceso que producía moratones, y un ruido de trueno en la bocacha. El arma de un hombre que quería ejercitar una fuerza muscular importante para mantener el arma apuntada a pesar del retroceso, que se consideraba lo bastante fuerte para disparar sin protección en los oídos ni gafas. El arma de un hombre que pretendía que su protección personal fuera prudente y disimulada y «sólo por si acaso».

El cazador se replegó, atravesando una mancha de algo como plantas de guisante que no eran nativas de la isla, y se lanzó por una plantación de fragantes virgalias para llegar a otra espiral gris de camino pavimentado. Sabía exactamente dónde iba.

Central Park llevaba siendo su fuente de alimento desde hacía mucho tiempo.

Salió de la negrura total a la luz ambiente, justo delante del hombre con la perra, que permitiría identificar su cara.

El hombre dejó de andar. Reconoció con claridad al cazador instantáneamente, recordándolo a pesar de los años desde su último encuentro. La correa de la perra la llevaba cogida con la mano derecha. Cambió con habilidad la correa a la mano izquierda. El cazador levantó su propia mano izquierda, mostrando que la tenía abierta y no había nada en ella.

El cazador miró a la perra. La perra mantuvo la mirada y meneó el rabo. El cazador extendió la mano alzada, con la palma hacia abajo, y la bajó poco a poco. La perra se sentó. El cazador bajó su mano un poco más. La perra se tumbó a lo largo, con la cabeza en las patas, completamente en paz. El cazador centró su atención en el hombre.

—Usted es Jason Westover. ¿Sabe quién soy?

Jason Westover asintió con la cabeza, una vez, despacio. Volvió su mano izquierda para que encarase al cazador y soltó la correa de la perra.

El cazador dio un paso hacia delante, limitando el espacio donde podía moverse Westover.

—Es muy probable que usted esté armado. Yo estoy sin duda armado. No crea que puede moverse más rápido que yo. No crea que le va a oír nadie si grita. Ni que les importe que lo haga. El Ramble tiene esa fama.

—Usted planeó esto —dijo Westover, inexpresivo. No hacía una pregunta. El cazador apreció el respeto que eso suponía.

—Siempre me importó estar al tanto de dónde y cuándo encontrarle si era necesario. Tiene un horario para pasear a su perra...

—La perra de mi mujer. —... su perra que ha resultado inalterable durante los dos últimos años. Muchas veces está visiblemente contrariado cuando la pasea. Elige el Ramble, y a esta hora de la noche, porque cree que la confluencia es intrínsecamente peligrosa. Es por lo que va armado. Puede que crea que eso contribuye a que se mantenga en forma después de un día en la mesa del despacho. Puede que ande buscando problemas.

—Si ha venido a matarme —dijo Westover—, entonces haga el favor de seguir con ello. Si ha venido a hablar conmigo, entonces diga algo interesante. Si quiere mi ayuda para algo, entonces déjese de jodidos rodeos y pídale.

El cazador sonrió. Westover tembló involuntariamente de modo visible pero mantuvo la columna vertebral recta y los brazos alerta junto a sus costados.

—Siempre me trató con una evidente menor condescendencia que los demás. Westover no se movió.

—¿No hay respuesta? —dijo el cazador, alzando divertido una ceja.

—Ninguna que le interese oír. ¿Qué ha ocurrido de malo para que se haya puesto en contacto directamente conmigo en plena noche?

El cazador tomó aliento.

—Todas las cosas que he hecho por usted. Todos los esfuerzos realizados. Cada uno de esos actos está relacionado con algo. Cada una de esas cosas estaba guardada en un mismo sitio especial. Estaba bien segura, pero, como sin duda usted sabe, nada se puede asegurar de modo perfecto. Penetraron en el sitio. Las cosas que había dentro ahora están en posesión de la policía.

Westover frunció el ceño, movió la cabeza de un lado a otro.

—Lo juro, con los años sólo se ha vuelto usted más esquizofrénico, joder. No tengo idea ni de lo que me está hablando.

—Piense en ello —susurró el cazador.

Westover lo hizo. El cazador casi podía ver que el corazón de Westover le subía a la boca.

—Dios mío. Está usted más loco de lo que creía.

—¿Está loco un hombre que va a la iglesia? ¿Que cuida la tierra que le da

alimento?

—De acuerdo. De acuerdo. Yo no puedo hacer nada al respecto. Agradezco la advertencia. Dígame lo que necesita para tener seguro su silencio. ¿Qué le puedo proporcionar? ¿Un billete de avión? ¿Un pasaporte?

La mano del cazador aún seguía dentro de su bolsa. Consideró la posición de Westover. Éste, aunque estaba distraído, permanecía preparado para algo violento.

—Estoy sacando algo de mi bolsa. No es un arma.

El cazador extrajo el trozo de servilleta en el que había escrito antes, lo estiró y se lo puso en los dedos a Westover.

—Quiero saber —dijo el cazador— de quién es ese coche y dónde vive el dueño. Eso, estoy completamente seguro, está a su alcance. Con los años he notado, no siempre con agrado, hasta dónde puede llegar su empresa.

Westover miró el papel.

—¿Quién es?

—Un inspector de policía, creo. Quiero que esa información esté lista para mañana a esta hora, en este mismo sitio. Le habría llamado, pero su teléfono ya no funciona.

—En estos tiempos cambio de número con frecuencia —murmuró Westover, todavía mirando la servilleta—. Un policía. ¿Por qué me está contando esto? Yo no soy el que...

—Creo que sería mejor que lo hiciera —dijo el cazador—. Quiero mantener a ese hombre de permiso, por ahora. También creo que él se negaría, y eso nos obligaría a hacer algo breve y desagradable. ¿No le parece?

Westover asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Lo puedo hacer. Con menos complicaciones que antes, en realidad. ¿Qué hará con la información?

—Mi objetivo fundamental sería la recuperación del mayor número de herramientas posible —dijo el cazador—. No me apetece empezarlo todo otra vez. Pero lo haré si es necesario. La supresión de ese hombre puede contribuir a que se compliquen las investigaciones de la policía. O puede que eso sólo suponga tener que empezar de nuevo. Total... no lo he decidido todavía. No he decidido cómo se podría hacer. La información que consiga también me ayudará.

—¿Cómo?

—Se lo dije, señor Westover, allá cuando emprendimos este camino juntos. No me pregunte nunca por mis métodos. No necesita saberlos. Y no quiero que usted los sepa. No es cuestión suya.

Westover se guardó la servilleta en el bolsillo.

—De acuerdo —dijo una vez más—. Mañana por la noche. Tendrá un nombre, una dirección y todos los detalles sobre ese hombre que pueda conseguir. ¿Entonces

qué pasa?

El cazador volvió a considerar atentamente a Westover durante unos segundos.

—¿Por qué no tiene a alguien que le pasee a la perra?

—¿Qué?

—Usted es un hombre rico, señor Westover. Lo sé perfectamente. Después de todo, yo contribuí a ello. Y no les he perdido de vista a todos ustedes, desde hace años. Además, yo paso mucho tiempo en Central Park, y sé perfectamente que los ricos de esta ciudad pagan a gente para que les pasee a sus perros. Entonces, ¿por qué no tiene a nadie que lo pasee? ¿Es sólo por la emoción ilícita ante la idea de que un día alguien intentará asaltarle y usted lo tumbará de un tiro? ¿O es por otra cosa?

Westover cambió el peso de un pie al otro.

—Quiero saber qué pasará entonces. Quiero saber de lo que me tengo que proteger, y para qué tengo que estar preparado.

—Contésteme antes.

—Me permite alejarme un rato de mi mujer. Tan sencillo como eso. En cuanto a lo otro: yo dirijo una compañía de seguros.

No haría bien ese trabajo si no me ocupara de mi seguridad personal.

—¿Por qué se quiere alejar de su mujer? Ella no parece encontrarse bien desde hace un año o así. Hubiera creído que quería cuidar de ella por la noche. A menos que pague a alguien para que lo haga.

Interesante, pensó el cazador. La mano derecha de Westover quería ir, en aquel momento, no a la pistola sino a la parte inferior de la espalda, encima de los pantalones. El cazador estaba bastante seguro que no había pasado por alto las señales de una segunda pistola. Un cuchillo, entonces. Probablemente algo casi sin peso, como titanio o acero quirúrgico. Probablemente algo corto. Probablemente una hoja plegable. El aspecto de la cara de Westover. Iba instintivamente por algo que tenía que usarse desde muy cerca, con brutalidad. Con movimientos que golpearan, desgarraran, cortasen. Con odio.

El labio de Westover se contrajo.

—Mi mujer. Es. Era. Una mujer lista. Con los años hizo preguntas sobre lo bien que me iba en los negocios. Hubo una mala noche. Hace más de un año. Nos peleamos. Yo quería... —Westover miró hacia los árboles y la noche, mordiéndose el labio.

Sus ojos estaban extrañamente brillantes al resplandor ambiente de las luces del camino—... yo quería hacerle daño.

Asustarla. Hacer que cerrara la boca. Es lista, pero, no sé. No tiene mundo. La pelea se puso fea. Y. Bueno. Como dije. Así que se lo conté.

—Se lo conté. —El cazador mantuvo la voz inexpresiva, sin inflexiones. No era así como se sentía.

—Se lo conté todo. Para asustarla y que se callase. Para que no lo sacase a relucir todo el puto tiempo. —Sin preocuparse momentáneamente de mantener las manos a la vista y de moverse despacio, Westover se pasó casi convulsivamente la mano derecha por los ojos. La cabeza se le balanceó, y el cazador pudo ver tendones tensos en su cuello. El cazador esperó—. Bien, pues la cosa funcionó —dijo Westover con una risa forzada, de enfermo—. La dejé tiesa de miedo. Ella, bueno. Tuvo un pequeño ataque. Así que, sí, cabrón, no ha estado bien durante el año pasado o así. No sé si va a volver a estar bien alguna vez. Y yo paseo a su estúpida perra por la noche porque no puedo soportar que me mire todas las jodidas noches. ¿De acuerdo? Y ahora quiero saber qué pasará después de que le consiga esa información. ¿Va a seguir viniendo a verme aquí? ¿Tengo que darles su descripción a los guardias de seguridad de mi edificio de apartamentos?

—Eso —murmuró el cazador— sería lo más inteligente que podría hacer esta noche.

—Responda a mi pregunta, joder.

El cazador contuvo su repentina necesidad de hacerle tragar a Westover su atrevimiento por utilizar aquel tono con él. La contuvo y la situó en un cadáver lejano del fondo de su mente, por ahora, guardándola en secreto para futuras oportunidades, como una nuez almacenada para el invierno. El cazador dio un paso atrás y dijo:

—Responderé a su pregunta. Seguiré protegiéndole, y cobraré su contribución por la caza, como he hecho siempre.

Pretendo recuperar mis herramientas, en la medida de lo posible, y dificultar al máximo cualquier investigación sobre ellas para que la policía la abandone. Tengo la esperanza de que mi trabajo y nuestra relación vuelvan a ser normales muy pronto.

Lo único que puedo predecir con facilidad es que usted y los demás nunca estarán satisfechos de su lugar en la vida, sin que importe lo alto que pueden tener el culo. Aunque debemos tener en cuenta la posibilidad de que yo pueda ser visto y se me conozca.

Westover ladeó la cabeza y entrecerró los ojos, tratando de mantener los ojos del cazador dentro de su campo visual. El cazador se desplazó unos diez grados, apartándose de la poca luz que había, y la oscuridad le envolvió.

—De pasar eso —dijo el cazador—, ¿todo lo que he conseguido desde la primera vez que hablamos se perdería para siempre y yo perdería la libertad de mi isla? Entonces usted tendrá que morir. Y ahora, su mujer también. ¿Lo entiende?

—No tiene que morir nadie —dijo Westover.

—Siempre tiene que morir alguien —dijo el cazador, y dio un segundo paso hacia atrás con el que consiguió que se lo tragasen los árboles y desaparecer.

Dieciséis

Tallow, Scarly y Bat salieron apresuradamente del Fetch algo después de las once. Tallow no estaba borracho, y no estaba completamente relajado a propósito, pero se sentía mejor con respecto al mundo que cuando había entrado en el local. Bat y Scarly, sin embargo, estaban en un estado de razonable confusión muy animada.

Scarly se metió las manos en los bolsillos y sonrió a Tallow.

—Ahora nos vamos a casa. Yo voy a casa con mi mujer, y Bat va a su casa a hacer lo que haga cuando no está mirando nadie.

—Guarda el número de teléfono para la noche antes de tu próximo día libre, ¿quieres? —Bat sonreía.

—Es increíble lo cabrón que eres. Eso mismo. Pagarás el taxi, y el taxi me dejará en casa a mí primero.

—Lo que sea —dijo Bat, todavía sonriendo mientras empezaba a andar calle abajo—. A ver si encontramos un jodido taxi.

Buenas noches, John.

—Buenas noches. —Tallow sonrió y los miró cuando se alejaban dando tumbos. Delante de ellos distinguió a un hombre con pantalones color rosa y una capa y un gorro de punto que cojeaba y medio saltaba hacia la pareja, cantando algo que Tallow no pudo entender. Otro hombre de la calle. Con deportivas una distinta de la otra. Evidentemente un enfermo mental y, por el modo en que doblaba las piernas, también físicamente enfermo. Scarly debió de lanzarle su mirada para acojonar, porque Tallow vio que el pobre hombre daba un rodeo evitándola a ella y a Bat como si estuvieran en llamas.

Tallow se rió, en silencio, se quedó allí un momento más, delante del callejón, y alzó la vista al cielo. Unas cuantas estrellas asomaron abriéndose paso entre las nubes dispersas y la contaminación lumínica. Pensó, brevemente, en esos sitios de los que había oído hablar, donde de noche uno podía ver todas las estrellas. Algunas personas le habían contado que era posible ver la Vía Láctea. Él ni siquiera podía imaginar cómo era posible eso.

Para él había estrellas suficientes.

Notó que una mano daba un tirón al maletín del ordenador portátil que sujetaba.

El hombre de los pantalones color rosa y la capa de punto estaba al lado de él; con una mano, trataba de llevarse a la fuerza el maletín de Tallow. Su boca emitía un gruñido sostenido, y Tallow olió a etanol y eucalipto en el jadeo que se le filtraba por entre los dientes. Era tremendamente fuerte. Volvió a tirar, y Tallow notó que sus dedos se cerraban en torno al asa del maletín.

Que todavía tenía su arma de fuego dentro.

Entonces Tallow vio, en la otra mano del hombre, una corta regla de plástico

verde de niño, con un extremo roto en forma de punta, que parecía haber sido frotada toscamente en el borde de la acera para afilarlo. Durante un milisegundo Tallow se fijó en la cara de un jefe indio de dibujos animados impresa en el plástico, justo encima de donde lo agarraba el hombre, que sonreía y hacía el signo de la paz.

En ese momento Tallow dejó de pensar. Puso su otra mano en torno a la nuca del hombre y usó el impulso de éste al tirar del maletín para hacerle girar de modo que chocara de cara contra la pared del callejón. Tallow oyó que al hombre se le partían los dientes y la nariz se le aplastaba. El hombre hizo un ruido como el de un tubo de buceo que trata de chupar aire entre el alquitrán y se derrumbó.

Tallow oyó que Bat decía más cerca de lo que él esperaba:

—¿John?

Se dio la vuelta y vio que Bat y Scarly habían vuelto corriendo junto a él.

—Mi pistola está en el maletín —dijo Tallow, respirando entrecortadamente—. La metí dentro cuando entré en el bar.

—Hostia —dijo Scarly, mirando al hombre hecho un gurrño a la entrada del callejón. Tallow se preguntó por qué parecía tan impresionada.

El cerebro de Tallow volvió a ponerse en acción.

—¿Veis alguna cámara de vigilancia por aquí? No quiero que se haya visto.

Bat encontró el estilete verde. No lo tocó, se limitó a empujarlo con el zapato.

—Dios santo, mira esto. ¿Por qué te importa que alguien lo haya visto? El muy cabrón podría haberte matado.

—Porque mi arma no estaba asegurada, porque el muy cabrón ya no tiene cara y porque me han encargado el caso de la calle Pearl para que fracase. Me están tendiendo una trampa para que puedan quitarme de en medio alegando estrés postraumático. —De pronto estaba helado, el ritmo de su corazón era como el de un corredor y estaba hablando demasiado.

Eso no estaba bien. Tallow contuvo la respiración y se cerró a todo, mirando a su atacante inconsciente. Fue algo que habría hecho Jim Rosato, pensó.

Scarly ya había estado mirando arriba y abajo de la calle.

—No hay cobertura de cámaras de vigilancia. Pero cuanto más nos quedemos aquí hablando como subnormales, más posibilidades hay de que salga alguien más del bar o pase por aquí.

—Dame tu encendedor —dijo Bat. Había un acusado tono de valoración profesional en su voz que hizo que Tallow se lo entregara sin preguntar.

—Sólo es uno desechable —comentó Tallow.

—Bien —dijo Bat, arrancando la parte de arriba con unos dedos sorprendentemente fuertes—. ¿Tú sólo le tocaste la nuca?, ¿no?

Tallow asintió. Bat vació el contenido del encendedor sobre la nuca del hombre. Luego dio una patada al estilete para que quedara al alcance potencial del hombre.

—¿Vas a prenderle fuego a su nuca? —preguntó Tallow, sin estar completamente seguro de que quisiera preguntarle eso a uno de la científica o recibir respuesta.

Bat tiró las dos partes del encendedor dentro del callejón lo más lejos que pudo.

—No. El butano joderá cualquier célula epitelial que puedas haber dejado en su nuca. Sólo por si alguien decide remover la mierda para saber que le pasó.

—Vete a casa, John —dijo Scarly—. Ahora mismo.

Y Tallow lo hubiera hecho de estar menos fascinado por la súbita transformación de sus compañeros.

—¿Qué piensas? —preguntó Bat, dando un paso atrás para examinar la escena.

Scarly se echó a un lado, entrecerrando los ojos.

—Dale una patada en la cabeza para que la cara no le asome desde el callejón. Parecerá más que está durmiendo la mona.

Bat utilizó el pie para mover la cabeza del hombre. Éste se quejó.

—Joder —dijo Bat, y le dio una patada en la sien. La cabeza del hombre se dio la vuelta; ahora quedaba de cara al callejón.

—Basta ya. Vete a casa, John. Y si sacas otra vez tu pistola por cualquier motivo, te pegaré un tiro yo misma y luego haré como que te has suicidado. ¿Estoy siendo lo suficientemente clara?

—Sí —dijo Tallow.

Ella le dio un empujón en el hombro para que echase a andar por la calle.

—Nos veremos por la mañana. Vámonos, Bat, tenemos que encontrar un taxi.

Tallow se detuvo, se volvió hacia ellos y, sin encontrar nada con lo que contribuir, se limitó a decir:

—Gracias.

Bat le sonrió de un modo raro.

—Oye. Ahora somos socios.

Tallow volvió a su coche y se dirigió a casa, habiendo decidido de una vez por todas que los de la científica estaban completamente locos.

Diecisiete

Tallow aparcó, agarró unos cuantos libros de la parte de atrás de su coche patrulla y entró.

Su apartamento, a su regreso, olía extrañamente a humedad. Como si durante años no lo hubiera ocupado un hombre vivo.

Pasó unos minutos andando por la casa, mirando los monumentos megalíticos y los túmulos de CD y libros como un arqueólogo desconcertado que ha dado casualmente con un yacimiento antiguo no visto por ojos humanos desde antes de que dios fuera Dios. No estaba seguro de si no pasaba bastante tiempo allí o si simplemente no pasaba bastante tiempo presente del todo allí.

Inició su ordenador portátil, buscó su habitual servicio de música y compró un MP3 de 320k de «Heart of Glass». Lo puso en repetición y dejó que sonara en la habitación mientras encontraba un atlas enorme que serviría de mesa, ponía encima un gran montón de libros y vaciaba el contenido de su chaqueta encima. Los libros del coche y la tableta del maletín los colocó junto a su cuaderno de notas y el paquete de cigarrillos. Acercó su silla y se sentó delante de todo. Y entonces se levantó, frunciendo el ceño, en busca de una copa y un cenicero. Encontró una lata de café helado pudriéndose al fondo de su pequeña nevera y un recipiente de aluminio para comida todavía con arroz descolorido pegado en la basura. Tallow se volvió a sentar, disponiéndose a pensar, y entonces se dio cuenta de que le había dado su encendedor a Bat.

Se echó hacia atrás en su silla, dándose golpecitos distraídos en la cara interior de los muslos, dándole vueltas al problema. Había decidido, se dijo, que no quería un cigarrillo. Apestaría el apartamento. Se controlaría e ignoraría que sus pies ahora golpeaban repetidamente el tacón contra el metatarso.

Luego fue a la cocina, consiguió encender con dificultad su cigarrillo en el fogón, hizo fuerza para abrir la pequeña ventana de la cocina y se inclinó asomándose por ella como un suicida indeciso que contempla la caída, dando chupadas con desagrado. Iba a tirar el paquete por la mañana. Después de todo, razonó, ya ni siquiera tenía encendedor, así que carecía de sentido quedarse con los cigarrillos. Los tiraría ahora, pero iban a ponerse rancios dentro del paquete cuando estuvieran en la basura, y volverían a apestar la casa. Tallow quedó encantado con su razonamiento y fumó.

Tras sentarse de nuevo, abrió el café frío, dio un trago y decidió que si la Madre Teresa había servido alguna vez café frío en las profundidades de Calcuta, probablemente no habría sabido tan mal como aquél. De todos modos, dio un segundo trago y se volvió para revisar su cuaderno de notas. Encendió su tableta y copió algunos dibujos de bolsas para el tabaco sagrado en una carpeta, subrayando

que se tenía que acordar de preguntarles a Scarly y Bat de qué estaba hecha la pintura encontrada en alguna de las armas.

También copió lo que esperaba fueran los detalles importantes sobre aquel asesinato histórico de Rochester. Con las manos recorriendo la tableta, pinchó un par de resúmenes genéricos de los asesinatos del hijo de Sam e hizo lo mismo con ellos. Justo entonces, los dos sucesos formaban parte de la misma fantasía. Tallow sabía que no había avanzado nada con el caso, pero el mismo hecho de considerar aquellos otros casos le hizo sentir que todavía pensaba, y si tenía la mente en acción, entonces estaría en situación de captar los auténticos detalles cuando se presentasen.

Tallow volvió al maletín del ordenador portátil. Los documentos que le había dado la teniente aquella mañana aún seguían allí. Todavía no los había revisado como es debido.

La primera arma investigada. Una Bryco modelo 38, calibre 32. Básicamente una pistola barata, pequeña y distribuida al por mayor. Nada especial sobre ella. A no ser que el informe decía que habían manipulado el ánima del cañón. Tallow tomó dos notas: quería ver fotos del proyectil y quería ver el ánima del cañón. A lo mejor Bat lo podría abrir al tiempo que satisfacía su deseo de rajarse el cañón de la pistola de chispa.

El muerto relacionado con la pistola: Matteo Nardini, Lower East Side, 2002. De entrada, nada llamaba la atención de lo escrito en el papel. Tallow puso la hoja a un lado.

Luego estaba la Lorcin 380 semiautomática. Tallow había encontrado Lorcin en la calle. Eran pistolas de treinta dólares, más para posar con ellas que para usarlas debido a su increíble falta de fiabilidad. Durante unos años, en el departamento eran conocidas como pistolas matachulos. Estaban hechas de una aleación de cinc que se partía como una galleta si las mirabas raro. Recordó a uno de esos chulos muy pobres que llevaron a la comisaría porque había hecho la idiotez de abrir fuego contra la policía con una Lorcin, y sólo había conseguido que el mecanismo que se deslizaba saliera disparado hacia la parte de atrás de la pistola y le golpeará en la frente, dejándolo inconsciente.

El informe señalaba que el arma había sido modificada a fondo. Su hombre había recurrido una vez más a una pistola que ninguna persona cuerda usaría para un asesinato, y la había remodelado y restaurado hasta que garantizara un buen resultado.

Lo que indicaba que, de nuevo, el uso de aquella pistola en concreto había significado algo para aquel hombre. ¿Pero una Lorcin? ¿Qué se le escapaba a él de una Lorcin?

—Ninguna persona cuerda. —Se dijo Tallow para sí mismo, y soltó a medias una carcajada nada alegre.

Mordiéndose el labio, puso la marca de la pistola en la búsqueda de su tableta y leyó por encima los resultados. Una frase le sobresaltó. Una pistola corriente en la calle, debido a la escasa seguridad legendaria de la empresa que la fabricó durante unos cuantos años. Tallow ya lo sabía —en realidad, se lo había dicho Rosato una vez—, pero verlo allí le permitió situarlo en un contexto nuevo.

Tallow siguió leyendo y se enteró de que Daniel Garvie, encontrado en la Avenida A con una bala en la nuca en 1999, era cliente habitual del Departamento de Policía de Nueva York. Condenas por pequeños robos.

Tallow se echó hacia atrás en su silla y se contó una breve historia.

Un arma robada para matar a un ladrón.

Poco claro.

Pero en cierto modo se ajustaba a la historia que había empezado a elaborar hoy en torno al caso.

Pistola tres: Ruger de nueve milímetros, aguja del percutor limada, Marc Arias, Williamsburg, 2007, sin resolver. Tallow hubiera querido saber más de armas. Hubiera querido saber a quién había matado la pistola de chispa.

Pistola cuatro: una Beretta M9. Para Tallow no significó nada.

Puso la tableta en modo descanso, y luego puso el ordenador personal en modo descanso, y luego dejó caer su ropa como un sendero de muerte y se puso a sí mismo en modo descanso.

Dieciocho

[mostrar conversación mensaje directo]

D MACHENV: LLÁMAME A UN TELÉFONO SEGURO AHORA MISMO.

D WESTO911: ¿teléfono seguro?, ¿es que soy una jodida campana?

D MACHENV: HAZLO, TUVE UNA VISITA DE UN VIEJO AMIGO.

D WESTO911: mierda.

BBMensaje [timestamp]

[JW] Llámame ahora

[AT] Ceno con comis y wanda la loca entre otros. ¡Puede que tenga que hablar sobre ella!

[JW] Tenemos un problema al respecto.

[AT] Jódete.

[JW] Estoy camino del centro. Sal de ahí ahora.

Entrada de blog [usuario: emilyw] [cerrado]

Cualquier interés por las finanzas se convierte en interés por el poder, e interés por el lugar, creo. Cuando empecé a trabajar en Wall Street, me interesaba sobre todo hacer mi trabajo bien en un ambiente de mucha presión. Pero fui comprendiendo, rápidamente, que haría mejor mi trabajo si tenía información de los auténticos flujos de moneda, y los actores y lugares en torno a los cuales gravitaban y giraban. Y creo —¡incluso podría ser demasiado obvio manifestarlo!— que eso te lleva al estudio de la historia.

Allí estaba yo, planificando colapsos financieros en todo el mundo, sin darme cuenta de que me encontraba en el lugar del colapso americano original. El propio Wall Street, llamado así por el muro que construyeron los holandeses para defender el asentamiento de Nueva Ámsterdam contra los nativos, un muro que al final se extendió hasta lo que ahora es la calle Pearl, la antigua orilla. Fue aquí en Wall Street donde los operadores listos del siglo XVII buscaban hacer negocios con los nativos, la gente de Werpoes y las demás aldeas lenape que ellos llamaban Mannahatta.

Los europeos se habían fijado en que los nativos americanos parecían conceder gran valor a algo que llamaban wampum o «cuerdas blancas». Eran hileras de abalorios hechas con conchas y tejidas unas a otras para formar cintas o cinturones. Tenían muchos usos. La complejidad relativa conseguida por forma y color significaba que los wampum se podían utilizar como medio de comunicación y como registro de acontecimientos, de modo no muy distinto a un sencillo tapiz.

Se han conservado fotos de cinturones wampum hechos para sellar y conmemorar tratados. Se usaban como instrumentos para conservar y transmitir historias de

generación en generación, un elemento crucial en sociedades por otra parte orales. Los wampum desempeñaban infinidad de otras funciones sociales. En resumen, en la sociedad nativa americana el wampum poseía un valor apreciable.

Cuando llegaron los europeos, buscaron inmediatamente algún modo de establecer contactos comerciales con los nativos, y cuando vieron el intercambio de wampum, tuvieron la sensación de haberlo encontrado. Por tanto, empezaron a fabricar sus propios wampum. Al principio debió de resultar difícil, en esencia porque trataban de crear una moneda sin entenderla de verdad, pero los europeos tenían una ventaja importante. Los nativos de Mannahatta tenían una cultura que seguía anclada en la Edad de Piedra. Aquellos europeos del siglo XVII poseían herramientas metálicas y todas las ventajas de proceder de un mundo situado a menos de un siglo del momento álgido de la Revolución Industrial.

A los nativos, al principio, debió de parecerles un modo raro fuera de su alcance. Los europeos hacían wampum, cargados de recuerdos y significados culturales, y querían dárselos a cambio de pieles y comida. Me pregunto si los nativos se sintieron obligados; si consideraron que tenían que aceptar aquel wampum extraño e inútil y cambiarlo por los bienes que los europeos necesitaban para sobrevivir.

Pronto, como es natural, sucedió lo inevitable. Los holandeses inundaron aquel primitivo y minúsculo mercado de wampum falsos. Los sobreproducían en grandes cantidades, a gran velocidad, y las aldeas de Mannahatta no podían absorber más que una parte de ellos. Wall Street originó y presidió el primer colapso financiero de Estados Unidos. Pero las pieles y los alimentos y los demás bienes conseguidos de los lenape con moneda falsa permitieron que el muro de Wall Street creciera hasta rodear y tragarse aldeas como Werpoes. Ésta todavía permanece allí enterrada, un espacio oculto de poder. Yo no creo que se haya incorporado al nuevo poder de Wall Street.

Creo que permanece a la espera, brillando con la media vida de sus lecciones aprendidas y su venganza pendiente.

Se suponía que no me acercaría a Werpoes. Si una puede ver esa entrada cerrada a los amigos, entonces sabe que hay cuestiones en mi vida de las que sólo puedo tratar de las maneras más indirectas. Pero invento nuevos motivos, semanalmente, para acercarme un poco más. Comprar flores en una tienda concreta. Adquirir comida en un determinado café. Me acerco cada vez más, a pesar de los riesgos, porque mi interés principal estaba en el poder. Y Werpoes fue la primera comunidad que conozco que fue aplastada por el tipo de desmán financiero que es mi forma de vida. Una forma de vida que, en realidad, me proporcionó, por completo, la vida que tengo ahora.

He tenido que aprender mucho sobre la cultura de los nativos americanos desde aquellos días.

Me siento atraída por ella, fascinada por ella. Y espero que lo que he aprendido me proteja en los años venideros. Pero también me lleva hacia el poder, y en eso hay poder.

No vayas a Werpoes. No es seguro.

Diecinueve

Tallow se despertó hacia las seis de la mañana, con una sensación como de que por la noche hubieran rodado rocas por encima de él.

La ducha no sirvió de mucho. Soportó una sesión breve pero explosiva en el retrete, y cuando se volvió a vaciar la cisterna había sangre en la taza. Se vistió, volviendo a meter algunas cosas en el maletín del ordenador portátil, y salió.

A las siete estaba delante de una gran floristería que conocía, en Maiden Lane. Estaban abriendo, y descargaban plantas de camiones aparcados temporalmente en doble fila en la calle de tres carriles. Tallow entró por la puerta principal, pasando junto a dos hombres insultantemente sanos con camisas sin cuello y pantalones de chándal que cargaban con palés de pesados tiestos como si fueran bandejas de una cafetería. Una mujer delgada lo distinguió en la separación entre dos enormes e insufribles monolitos de vegetación que podían haber sido trífidos y dijo:

—Lo siento, todavía no hemos abierto.

Con simulado pesar, Tallow le enseñó la placa.

—Lo sé. Sólo tengo que hacer una pregunta rápida sobre algo.

La mujer anduvo a su alrededor, secándose las palmas de las manos en unos pantalones vaqueros que no eran azules desde hacía cinco años. Era blanca como las azucenas, y esbelta, y su pelo tenía el brillo pálido de las rubias que han trabajado mucho tiempo al sol.

—¿Qué quiere saber, inspector? ¿Es una pregunta rápida sobre su mujer, una novia o su madre?

—No le he enseñado la placa para que me trate de un modo especial, lo prometo. Necesito ver una planta del tabaco. Si tiene una.

Sus ojos decían que tenía cuarenta y tantos, pero sólo se le marcaron dos arrugas en la frente cuando frunció un poco el ceño pensativamente.

—Hmmm. Creo que tengo. Venga conmigo.

Le hizo pasar por cuatro o cinco etapas de vida vegetal, siguiendo un pasillo, hasta una pequeña jungla de arbustos. Tallow vio que bajaba la vista y recorría tres estantes. Se detuvo en un tiesto pequeño que contenía una colección de varas de aspecto enfermizo coronadas por unas pocas cabezas blancas.

—Tabaco de mujer —le dijo—. Los nativos americanos usaban las hojas para aliviar los trastornos menstruales, las molestias postnatales y los problemas de estómago.

Tenían tan pocas hojas que Tallow no quiso tocarlas por miedo a matar la planta.

—O ésta es —dijo la mujer, levantando un tiesto más pesado lleno con unas plantas de un vigoroso follaje verde que tenían unas flores como trompetas blancas cuyas bocas eran de un rosa cálido—. La básica *Nicotiana tabacum*, tabaco cultivado,

pariente lejana de las semillas de tabaco que los taínos amerindios dieron a Cristóbal Colón, que se convirtieron en las plantas que Jean Nicot proporcionó a la corte francesa, donde la gente quedó tan malditamente encantada por el efecto que las hojas molidas producían en su cabeza que pusieron su nombre a la planta.

Tallow frotó una de las hojas entre el pulgar y el índice. Percibió, sí, lo que era un pariente lejano de aquel olor penetrante, que apenas sugería el del tabaco de los cigarrillos, que había notado en el apartamento 3A.

—Ésta es —dijo—. Creo. A lo mejor si la machaco y la quemó.

—La machacará y la quemará si la compra —dijo la florista, con una sonrisa.

—Perdón —dijo Tallow—. Es por algo en lo que estoy trabajando, créalo o no. Parece conocer bien esta planta.

Ella paseó la vista por la habitación.

—Es lo que corresponde, ¿no cree?

—Perdón. Perdón. Todavía no estoy despierto del todo. ¿Sabe si este tipo de planta del tabaco podría haber crecido de modo natural por aquí, y hace cuánto tiempo?

Ella se mordió la mejilla, haciendo girar el tiesto en sus manos manchadas de tierra. Tenía las uñas más largas y más fuertes de lo que él habría esperado para alguien con aquel trabajo.

—Bueno. Es cultivada, como dije, y algunas personas creen que tiene otro par de plantas de tabaco mezcladas. Pero claro, algo bastante parecido a ella podría haber crecido por aquí. El tabaco de mujer también podría ser nativo de por aquí. Se podría haber encontrado en las laderas que bajaban hacia donde están ahora la calle Pearl y la calle Water, allá en los tiempos en que los nativos vendieron ese sitio a los holandeses.

Tallow tomó una decisión.

—Quiero comprar ésta, hum, ésta con flores de aquí.

—La *Nicotiana tabacum*.

—Sí.

Ella alzó una ceja, con escepticismo.

—Yo no hago descuento a la policía. Y las mujeres en realidad prefieren rosas.

—Estoy seguro de eso. Pero yo creo que la persona que ando buscando prefiere la *Nicotiana tabacum*. Y no acepto descuentos por ser policía.

Lo que era una maldita mentira, porque en el último par de años había aceptado muchos, y él lo sabía, y ella lo sabía sólo por la mirada de los ojos de Tallow, pero éste pagó el precio íntegro de la planta y una bolsa de saquitos para abonarla, y le gustó mucho hacerlo. Dio las gracias a la mujer y se marchó, esquivando otra exhibición de levantamiento de peso cuando se iba.

La parada siguiente de Tallow fue en el café, donde compró una bandeja de cartón

con la especialidad de las seis de la mañana, un café helado, en el grotesco recipiente, que sólo estaba hecho con excesivos toques de expreso y nata congelada al fondo. La media docena de cafés venían en recipientes de lechoso plástico biodegradable translúcido grabados con el dibujo de un hombre desnudo conectado a la línea eléctrica por los genitales y saltando de alegría encantado por el voltaje. Tallow hizo sitio en el asiento trasero del coche y colocó la bandeja allí. La planta de tabaco la puso en el espacio para los pies del asiento del pasajero. No eran todavía las ocho. Hasta entonces Tallow se había acordado de todo excepto de la comida.

Imaginó que podría sobrevivir hasta la hora de comer y dirigió el coche hacia Jefatura.

Tallow entró en el despacho de Bat y Scarly y encontró a Bat desplomado en una silla con la cabeza encima de la mesa de trabajo, dando la espalda a la puerta, mientras Scarly afilaba con cuidado una vieja navaja de afeitar en un gastado suavizador, contemplando atentamente a su camarada.

—Yo no creo que necesite las cejas, ¿no crees? En mi opinión, no desempeñan una función inmediata ni nada así —susurró.

—No estoy dormido —protestó Bat—. Me limito a descansar el cerebro. Y si te me acercas con esa cosa, te afeitaré la cara hasta llegar al cráneo con ella. O puede que te escupa en los ojos.

Tallow dejó el maletín del ordenador portátil pegado a su silla, descargó la planta en el suelo al lado de ella y puso la bandeja con el café frío en la mesa junto a la cabeza de Bat.

—¿Tienes espacio en tu nevera para la mitad de esto?

La cabeza de Bat se alzó lentamente sobre su delgado cuello, como una gallina sedada. Volvió la cabeza con un desplazamiento mecánico, examinando la zona cercana, hasta que sus ojos distinguieron el café.

—Dios santo —rogó Bat—. Te quiero. Dejaría que me follaras y todo. Pero estoy muy cansado y preferiría no tener que moverme.

Scarly quitó la tapa de un vaso con dedos de fiera y acabó con la mitad de su contenido. Sus ojos se desplazaron de un modo extraño dentro de sus órbitas.

—Vaya, esto llega de lo más a punto. Es perfecto.

Bat manoseaba sin fuerza la tapa del vaso que tenía más cerca. Tallow se estiró, quitándola, preguntándose de un modo abstracto si aquello era parecido a lo que se sentía al ser padre. Bat dio unos sorbos como un raquítico niño de Dickens.

Tallow casi esperó que dijera suspirando: «Dios os bendiga, a todos».

—Que me follen —jadeó Bat—. Es como si un ángel me cagara arcoíris de helado de café en la boca.

—Un poco —dijo Tallow, mientras la momentánea ilusión de que era padre se atomizaba. Abrió su propio vaso y bebió—. ¿Todavía no tenemos nada de esa

Bulldog?

—Nada de nada —dijo Scarly, doblándose y guardando tres de los vasos dentro de una pequeña nevera que había estado oculta por la basura general del despacho—. Un par de horas.

—Bien. Escuchad —dijo Tallow, agachándose y sacando los documentos de la teniente de su maletín—, ¿qué sabéis de las Ruger de nueve milímetros?

—Pon los papeles donde yo los pueda ver —dijo Bat—. No quiero quemar unas preciosas moléculas de cafeína al moverme.

Tallow hizo lo que se le había dicho. Bat inclinó la cabeza sobre los papeles, tratando de conseguir una gravedad que le ayudara a tener los ojos abiertos y trabajar.

—La Ruger nueve. Scarly, ¿qué sabes tú de una Ruger nueve con un cerrojo circular en el culo de la carcasa?

—Que será la Ruger reglamentaria de la policía. Luger trabajó con ellas para convertirlas en unas del nueve fiables.

Hicieron todo tipo de modificaciones raras durante un tiempo, tratando de vendérselas al gobierno. —Se levantó y miró a Tallow—. Ruger tenía mucha fama por la Ruger Super Blackhawk. Decían que era un arma estupenda para parar trenes, porque la disparabas en un tren y se detenía. Una cosa enorme la cabrona, con cañón de diecinueve centímetros, pero precisa de verdad, y no te rompía los dedos o la muñeca cuando disparabas una carga de Magnum 44. Por eso fue, ya lo sabes, un arma especial para la policía que fabricaron los que hicieron aquella arma de la hostia tan grande como un elefante de la que habían oído hablar todos. Así estaba el campo.

—¿Entonces ese tipo disparó un arma de la policía?

—Una que en cualquier caso fue vendida a la policía. ¿Por qué?

—Pensaba en lo que estuvimos hablando ayer por la noche. Hasta es posible, pongamos por caso, que nuestro hombre en realidad relacione sus armas con sus asesinatos por algún motivo.

—Digamos que es así —dijo Scarly—. ¿Qué sacas de ello?

—Un ladronzuelo liquidado con una mierda de pistola que probablemente fue robada en la fábrica donde la hicieron.

—Es poco —opinó Scarly.

—Lo sé. Pero ahora quiero saber más sobre la víctima de la Ruger.

—Eso lo podemos hacer aquí. ¿Quieres mirar abajo primero?

—Claro. Oye, probablemente sea una pregunta estúpida, ¿pero tenéis alarmas para el humo aquí?

—Nada que no pueda ser desconectado —dijo Bat, removiéndose—. Pero es probable que no consigas meter de extranjis un cigarrillo ahí abajo sin que alguien lo note.

Tallow levantó la planta.

—No. Quiero machacar algunas de estas hojas y luego quemarlas.

Bat la miró y quedó asombrado ante la aparente pérdida de cordura de Tallow.

—Tranquilo. Entonces compraste otro encendedor, ¿eh?

—No, mierda —dijo Tallow, que no lo había comprado.

Bat se rió.

—Por Dios, John. Es que no se te puede perder de vista, ¿verdad? Cálmate. Esto es la policía científica. Tenemos cosas de sobra para quemar esa mierda. Coño, aquí no tenemos muchas cosas que no quemem mierda.

Scarly soltó un gruñido.

—Es la verdad. El mes pasado se prendió fuego el adaptador de un ordenador y le quemó las piernas a Brendan Foley.

—Y aquel microondas que explotó en Navidades.

Scarly hizo un gesto de desagrado de la mano.

—El cabrón de Einar, hasta arriba de alcohol por enésima vez, soltó: «No soporto vuestras bebidas americanas heladas, soy de un país muy frío y no tengo ganas de meter más hielo dentro del cuerpo». ¿Sabes lo que le hicieron en la cabeza?

—¿Qué?

—Bien, le injertaron piel, pero, ¿sabes?, se lo hizo básicamente el napalm, de modo que no quedaba mucho debajo de ella.

Así que le inyectaron ese mejunje facial tan raro que se hincha y reafirma con rayos UV y que lo que hace es volver a inflar la cabeza o algo así. Fue tremendo.

—¡Sí! ¡Y el viejo terminó explotando el verano pasado!

—¡Eso mismo! ¿Viste las piernas de Foley el otro día cuando estaba dando ese puto paseo triunfal sin pantalones por los laboratorios principales? Las piernas parecían las de una jirafa muerta.

—¿Bajamos? —dijo Tallow, rogando con voz suave.

El ambiente abajo era cavernoso: cemento al descubierto con manchas, columnas grises sujetando un techo ennegrecido que tenía flotillas destrozadas de tubos fluorescentes que navegaban por él en perezosas ondulaciones. Al salir del ascensor, Tallow vio un conjunto de paneles con ruedas y grandes mantas de capas de plástico en el suelo. Acercándose más, distinguió debajo del plástico grandes fotos satinadas y sujetas con chinchetas a los paneles.

—¡Dios mío! —dijo Tallow.

—Sí —dijo Scarly—. Nos pusimos a ello temprano. No es que él sirviera de mucho. Conseguimos ayuda y lo terminamos.

Los de la científica habían sacado copias de todas las fotos, y una a una las dispusieron por el suelo y en los paneles de acuerdo con los planos de pruebas del suelo. Desplegaron la capa de plástico encima de las fotos del suelo para que pudieran andar por encima. Era lo más fielmente que se podía conseguir reproducir el

apartamento 3A entero, con los paneles haciendo de paredes y tabiques.

Había una mesa a un lado, con papeles dispersos encima. Tallow dejó su café frío y el tiesto con la planta allí, se dio la vuelta y examinó el espacio. Scarly depositó al lado las cosas que había traído, conseguidas tras excavar en su despacho. Un antiguo mortero con su mano, una bandeja de aluminio que tenía granos de arroz integral en estado fósil filtrados con una servilleta húmeda que tampoco era nueva y un pequeño soplete. Tallow había aprendido a no hacer determinado tipo de preguntas sobre el modo en que hacían las cosas los de la científica.

—Es asombroso —dijo Tallow, y lo dijo sinceramente. No sólo estaba admirado por lo bien, y lo correcta e inteligentemente que lo habían hecho. Estaba auténticamente sorprendido de que lo hubieran hecho. Tallow había imaginado que tendría que pasar toda la mañana allí abajo haciéndolo él mismo, y no esperaba lograr hacer coincidir tan meticulosamente las fotos con los planos y claves del suelo, por no hablar de que hubiera tenido que rebuscar para conseguir chinchetas y adhesivos en las oficinas de la científica. Al recorrer el perímetro de aquel espacio, comprendió de inmediato que él no habría podido hacerlo tan bien. Extender aquella capa de plástico por encima de las fotos del suelo era un acierto, y a Tallow nunca se le habría ocurrido.

—¿Para qué es esa planta? —preguntó Bat, inclinándose y observándola con desconfianza—. Yo no me fío de las plantas.

Hay cosas de comer que proceden de ellas.

—Es una planta del tabaco. Tengo la impresión de que el olor del apartamento podía ser de un tipo de tabaco.

Bat dirigió una mirada crítica de reojo de las suyas a Tallow.

—Eso pertenece a tu vudú particular de policía.

—Bueno —dijo Tallow—, hay que tener esperanza. Pero esto es realmente increíble. Muchas gracias.

—De nada. —Scarly sonrió—. ¿Te apetece quedarte a solas con tu planta?

Tallow anduvo hasta el centro del cuarto de estar simulado.

—Durante un par de horas. Hasta que traigas de vuelta la Bulldog de balística. Luego voy a querer hablar de las manchas de pintura.

—¿Quieres dedicarte a la decoración? —preguntó Bat, alzando la voz. Tallow estuvo completamente seguro de que se había pasado los últimos treinta segundos amenazando a la planta con unos susurros intimidantes.

—Vi cosas pintadas en el apartamento. Quiero saber más sobre esas pinturas.

—Suenas como un hombre que va a resolver un caso —dijo Scarly.

—Yo... no. Todavía no. Soy un hombre que justo ahora se está contando una historia.

Tallow advirtió que su voz se iba apagando al mirar a su alrededor. No vio que

Scarly y Bat intercambiaban una mirada de inteligencia, sólo oyó decir a Scarly:

—Volveremos a por ti —cuando los dos se dirigían al ascensor.

Casi se habían ido ya cuando él se volvió para darles las gracias de nuevo.

Dio un primer paseo por la simulación. No había visto una cama en aquel apartamento, y la cocina hacía tiempo que había sido suprimida por su hombre. No había más que armas. Al bajar la vista encontró la pistola de chispa en el centro de una gran espiral de armas. Un ojo de cabra en medio de un resplandor de armas metálicas.

Los de la científica habían hecho un trabajo increíble, ingenioso. Todo estaba puesto en el sitio correcto. Al volver a entrar en el cuarto de estar, Tallow tuvo una perspectiva nueva. El arco de detrás de la puerta de entrada tenía que estar, y estaba, libre de armas, en otro caso la puerta no se abriría. Si Tallow se quedaba en el arco, podía ver un espacio cerca del centro de la habitación al que se podía llegar pasando por lo que ahora eran dos aberturas en medio de tantas armas, cada una lo suficientemente grande para que cupiera un pie.

Hizo la prueba. Llegó al espacio central. Se sentó allí con las piernas cruzadas. Su posición le dejaba de frente a la amplia pared junto a la puerta. Sentado, miró la pared, con las manos en el regazo. Estudió el mosaico de fotos. Se esforzó por ver en ellas algo más que las armas dispuestas en orden por un lunático muy cuidadoso que había estado matando gente en Manhattan y saliéndose con la suya durante diez o veinte años.

Nada. Nada todavía, se dijo, y fue a recuperar su café. Sabía que no había posibilidad de reproducir la iluminación, lo que era una pena. En realidad a Tallow le había dado la impresión como de estar en una iglesia cuando estuvo en aquel apartamento de la calle Pearl por primera vez. Quizá si pudiera poner un CD de música ambiental inspirada en la clásica, pensó, y sonrió un poco ante aquel pensamiento. Quizá pudiera enterarse de cuál era la música ambiental que sonaba en el vestíbulo de Vivicy.

Tallow se volvió a sentar en el espacio virtual del suelo del apartamento simulado mirando las fotografías de las armas del asesino y trató de entender dónde estaba él de verdad y lo que de verdad eran.

Veinte

El cazador despertó gradualmente de un sueño plácido al romper el alba, cuyos rosados dedos le tocaban con suavidad la cara mientras dormía debajo de un gran ciprés de Central Park junto al agua. Se sentó, con las piernas cruzadas, en silencio, respirando profundamente mientras el sol naciente le calentaba. El cazador luego se puso de pie, arrancó unas hojas del ciprés, las aplastó en su mano para que soltasen sus aceites y se frotó los sobacos para disminuir su olor.

Al andar calladamente por el parque, recogió brotes de espadaña en la orilla del agua, hojas de huauzontle, hongo maitake, un manojo de menta y aleluya y volvió a su sitio debajo del ciprés para comerlo con un trozo de carne de ardilla. Siempre tenía cuidado de no tomar demasiada cantidad de una planta. Era cazador, y eso significaba que nunca sabía cuándo podría tener que depender de la búsqueda de comida para vivir. En el momento que se permitiera creer que el movimiento de las estaciones se repetía de modo perfecto y era ampliamente predecible, estaría creando las condiciones para su propia muerte.

Habiendo comido, el cazador empezó a andar. Salió de Central Park a la calle Setenta y dos Este.

Unos minutos después el cazador estaba donde quería estar: a la vista de la Torre Aer Keep, una aguja de cristal de cuarenta y cuatro pisos hundida profundamente en la isla. Ahora en su visión no había superposición estroboscópica del Viejo Manhattan. Algo de aquella abyección contemporánea lo había empalado a la actualidad.

El edificio le repelía a un nivel básico. Nada de lo que tenía procedía de la naturaleza, ni su brillo extraño ni su forma generada por ordenador. Era una cosa creada en un laboratorio. No tenía sitio en su mundo verde. Era la estratagema de un invasor.

Recorrió andando su perímetro. Estaba rodeado por elevados muros de cemento armado, un búnker urbano que se defendía del asalto visual del colegio público cercano, carente de encanto auténtico para los ojos sin protección de los habitantes de la torre. La visión de los residentes no empezaba hasta más arriba, donde todas las calles y los edificios cercanos ya no eran más que bonitos edificios lejanos extendidos a sus pies. La cómoda perspectiva de gigantes.

No había auténtica entrada para los peatones. El único modo de entrar y salir era por el garaje subterráneo. Si querías salir a pie, tenías que emerger desde debajo del edificio y recorrer la entrada para coches hasta las puertas principales. El diseño era evidente que disuadía a los ricos más aventureros de que hicieran un safari andando. Mucho mejor salir en convoyes de todoterrenos negros con los cristales tintados y debatir en bares y gimnasios acerca de que la posesión de dinero los convertía en

prisioneros de la ciudad de Nueva York.

O quizá no, pensó el cazador, vigilando las puertas principales. Puede que se consideraran una nueva oleada de colonos que habitaban dentro de una atmósfera hermética y exploraban la luna de Manhattan.

Allí era donde vivía Jason Westover. Jason Westover y su mujer.

El cazador observó durante un rato los coches que atracaban y desatracaban de la estación espacial del Upper East Side, calculando sus trayectorias.

Veintiuno

Cuanto más miraba Tallow la pared, más le parecía que las armas de algún modo estaban relacionadas unas con otras.

Los vacíos en la superficie que cubrían estaban empezando a parecerle claramente omisiones deliberadas, espacios que esperaban las formas que les correspondían. Un reloj inmenso que esperaba los engranajes adecuados sumido en el sueño de lo que está por venir hasta el día que se instalaran las piezas correctas y todas las ruedas pudieran girar al fin.

Una voz dijo:

—John.

Él estaba tan perdido en el mecanismo de las armas que le llevó unos segundos percibir la voz y entender que estaba diciendo su nombre.

Scarly se encontraba de pie junto a la mesa. Tenía la cara demacrada, y Tallow distinguió sus latidos en el cuello. Sujetaba una hoja impresa.

—Esto ya no es tan divertido.

—¿Qué?

—La Bulldog 44. Es el arma del hijo de Sam.

—¿De verdad?

—Las mismas balas que extrajeron a Donna Lauria y Jody Valenti en el verano de 1976. Esas balas fueron a la base de datos de balística cuando el fiscal del distrito de Queens decidió que se volviera a abrir el caso a finales de los noventa. John, esto no puede ser.

—En todos los aspectos. —Tallow se levantó, con las rodillas protestando. Supuso, dado que Scarly estaba allí, que él debió de haber estado sentado durante un par de horas, pero no tenía la sensación de que hubiera pasado el tiempo.

—No, escucha —dijo Scarly, en voz baja y perentoria—. Si alguien hubiera matado con esta arma, se habrían encendido las luces de alarma. Habrían extraído la bala del cuerpo y la habrían estudiado, y habrían descubierto que había posibilidades de que tuviera relación con una de las balas del hijo de Sam de la base de datos. Hay muchas. Incluso hubieran relacionado las balas, que estaban tan deformadas, con el arma que estaban estudiando y las habrían añadido al conjunto de datos de balística sobre ella. No tenemos cuerpo para esta arma.

Tallow se estiró, y lo lamentó al instante. Haciendo una mueca, dijo:

—Entonces nuestro hombre extrajo sus propias balas de algún pobre hijoputa. Porque, y te lo digo yo, no es posible que ningún arma de ese apartamento no esté relacionada con un cuerpo.

—Nuestro hombre tiene a alguien en el Depósito General, John. Y no me refiero al depósito de aquí, de Jefatura. Me refiero a los jodidos almacenes centrales. A un

hombre que trabaje allí, con acceso a miles de pistolas. Incluso a aquellas a las que otra persona no perdería ojo, como la del hijo de Sam, hay que joderse. Un tipo allí dentro que las repara y se las da a nuestro hombre para que mate a gente con ellas. Y si las armas son demasiado conocidas, extrae de los cuerpos las balas y se larga. Este hombre, nuestro hombre, ya me está empezando a asustar un poco.

—¿Un par de cientos de muertes a sus espaldas no te asustaban ya?

—Bah. Yo sueño que mato a doscientas personas todas las puñeteras noches.

—¿Sabes? —dijo Tallow—, cada vez que estoy a punto de olvidar que eres de la científica, tú encuentras el modo de recordármelo. Viendo el lado bueno, ¿ahora no te debe Bat diez pavos?

—Tallow. Escucha. Yo no voy a ser quien le diga a mi jefa que nuestro jodido ninja en serie contó con alguien que le robó un arma conocida de un archivo de pruebas y liquidó a una persona con ella y recogió la bala y por eso tenemos por lo menos un caso completamente irresoluble en la lista.

—No —dijo Tallow, arrancando la hoja impresa de las manos de ella y agarrando su maletín—. Voy a hablar primero con mi jefa de esto.

Tallow esperó hasta que estuvo fuera del edificio principal para llamar a la teniente. Marcó el número de su teléfono móvil. Era media mañana, y a aquella hora del día sus movimientos no resultaban predecibles. Su teléfono sonó. Sonó tanto que él esperaba oír el buzón de voz. Entonces ella respondió con inseguridad.

—¿Diga?

A él se le frunció el ceño.

—Soy Tallow. ¿Dónde estás? —Por los ruidos del fondo él podía asegurar que estaba en la calle.

—¿Qué importa dónde esté?

De acuerdo, pensó él.

—Bien, me gustaría reunirme contigo en cuanto sea posible. Tengo algo sobre el caso que necesita tu contribución antes de seguir adelante. ¿Puedo pasarme por tu despacho dentro de media hora y que nos veamos allí?

—No. No estaré allí durante un tiempo.

—Necesito tu ayuda de verdad, teniente. ¿Dónde estás? Podríamos vernos ahí si es más fácil.

—Dios —dijo ella.

—¿Pasa algo malo?

Tallow la oyó respirar a fondo, entrecortadamente.

—Estoy en el entierro de Jim, John.

—¿Cómo?

Todo se inclinó, y Tallow perdió pie hasta que su espalda encontró una pared. Tensó las piernas y apretó su espalda con fuerza contra ella.

—Lo siento, John.

—No lo entiendo.

—Su mujer... quería un entierro rápido. Y, bueno, me temo que dijo que no quería que asistieras tú. Lo que intento decir es que está muy afectada, y si hubiera decidido esperar una semana, estoy segura de que todo habría sido diferente.

Lo único que se le ocurrió decir a Tallow fue:

—Nunca nos hemos visto. Nunca la he visto.

La voz de la teniente sonó algo crispada cuando dijo:

—Sí, ella también me lo dijo.

—¿Qué dijo?

—Mejor que no lo sepas, John.

Tallow se dejó resbalar por la pared hasta que quedó con las rodillas en alto y el culo en el suelo.

—¿Qué dijo?

—Dijo que no quería a un desconocido en el entierro de su marido, y que no quería ver al hombre que debería haber salvado a su marido, y que no quería ver al hombre que debería haber muerto en lugar de su marido.

Tallow le había pedido que se lo dijera. Él había insistido para que se lo dijera. Pero no le gustaba que lo hubiera dicho. Y no se gustaba a sí mismo porque al oírlo la odiara. No le gustaba nada. Se tapó la cara con la mano libre.

—¿John?

—Me gustaría que la gente dejara de decir eso. A veces me gustaría que la gente no supiera cómo me llamo.

—¿John? ¿Qué?

—Yo era su compañero. Yo era su amigo. Dile a ella... —Se contuvo. Hizo acopio de lo que llevaba dentro, lo atenazó en un puño y lo empujó hacia abajo, donde lo guardaba todo—. No. No le digas nada. No me menciones siquiera.

—Como quieras, John —dijo la teniente, indecisa.

Sí —pensó él—. Háblame de ese modo. Háblame como si yo fuera un caso perdido. Háblame como si yo fuera un idiota.

—Háblame como si ya estuviera dejando la policía. —Se pasó la lengua por los labios como un lagarto, con la cara tensa y solidificada en planos afilados, refocilándose en el odio que estaba empezando a azotarle en su interior. También fue consciente de eso, pero decidió empujarlo fuera.

—Debes estar en tu despacho dentro de una hora. Tengo el arma del hijo de Sam.

Esperó lo bastante para oír el comienzo de la reacción de ella y cortó la llamada del teléfono.

Tallow anduvo hasta su coche, salió de Jefatura, se detuvo en una tienda y compró dos encendedores.

Homicidios, en la plaza Ericsson, estaba vacío cuando llegó Tallow. Todos estaban en el entierro de Jim Rosato.

La teniente no se encontraba en su despacho. Tallow entró en el despacho y se quedó allí esperando.

No se movió. Miraba fijamente la pared del fondo del despacho. Imaginó las armas de la calle Pearl allí. Las conjuró con su visión, y continuó examinándolas en busca de claves, pruebas, sentido.

Diez minutos más tarde la teniente se deslizó dentro de la habitación, enfadada y angulosa con un traje pantalón de lana negra y cuello estilo Nehru que se cerraba de modo marcadamente asimétrico por delante. Tallow se preguntó si aquél también era nuevo. Descubrió que no le interesaba.

—No me gusta el modo en que me estás hablando últimamente, inspector —soltó ella, rodeando su mesa.

Tallow soltó su maletín, sacó las hojas impresas y las tiró encima de la mesa.

—¿Me has oído?

—Lee eso.

—Tallow, ¿quieres que te despidan? ¿Quieres que te quite la placa y la pistola ahora mismo y haga que salgas de las instalaciones?

—Lee eso.

—Tallow, tú...

—Teniente, te tengo mucho respeto. Haces un trabajo duro, en todos los sentidos, y controlas la presión que te llega de todas partes bastante mejor que muchos de los jefes que he tenido. Pero me encasquetas esto, y sólo cuentas los días hasta que me supere, y tanto yo como el caso nos perdamos de vista. Lo puedo entender. Pero hasta que lo que me has encasquetado me hunda, me tratarás como a un inspector del Departamento de Policía de Nueva York. ¿Quieres? Lee. Eso.

Ella le miró durante largo rato. Luego dirigió su vista al impreso, pero Tallow pudo ver que su interés se desvanecía, pudo ver que ella no iba a echarle más que una ojeada antes de olvidarlo, tirándolo a la basura y dedicándose a la cuestión más inmediata de qué hacer con Tallow. Éste dirigió sus pensamientos a algo que pudiera escucharse en ese momento en el cielo por encima de la plaza Ericsson.

Los ojos de la teniente se apartaron de la página, y quitó el papel de su mesa, preparándose para hacer una bola con él.

Miró a Tallow, y luego volvió a mirar el papel, cerrando la mano.

Se detuvo. Se fijó en algo de lo que estaba escrito. Deslizó los dedos de las dos manos por los lados de la página, manteniéndola quieta y estirada.

La teniente volvió a dejar la página sobre la mesa como si estuviera haciendo tictac.

—¿John?

Ahora él era John. Estaba impresionada. Aquello se limitaba a seguir, pensó Tallow, hasta ver cuánto podía aguantar ella.

Su carrera podía haber terminado en las dos frases siguientes, y Tallow lo sabía.

—¿Sí?

—¿Estás seguro de que los de la científica no nos están haciendo una jugarreta?

—Ayer estuve con el de la científica que hizo la prueba. Un trozo del arma salió disparado hacia atrás y le arrancó parte de la oreja. Terminaron con su investigación hace poco más de una hora. Creo que es justo decir que su miedo no podría pasar fácilmente por una jugarreta.

—¿Quién más ha visto esto?

—Esos dos de la científica. Yo. Tú.

La teniente le lanzó una mirada que decía que lo estaba volviendo a evaluar.

—¿Estás seguro?

—Por completo.

—Bien —dijo ella—. Bien. ¿Quieres sentarte?

—Estoy bien de pie. —Tallow dejó que su voz trasluciera frialdad cuando lo dijo. Ella lo notó.

—Sobre lo del entierro, John...

—Olvídate del entierro. ¿Qué pasa con esto?

Ella se echó el pelo hacia atrás, preocupada, mientras sus ojos recorrían con rapidez la página que estaba sobre su mesa.

—Dime qué crees que significa.

—Creo que significa que el dueño del apartamento 3A de la calle Pearl tiene o tuvo un contacto en el Depósito General y convenció a esa persona de que robara la pistola para un homicidio en concreto. Sabiendo lo absolutamente identificable que es esa arma, luego extrajo la bala o balas de sus víctimas. De modo que tenemos un arma que podemos suponer razonablemente que nuestro hombre usó para el homicidio, pero no una víctima con la que se utilizó. Mi opinión es que usó esa arma porque creyó que tenía alguna relación histórica, temática o personal con el asesinato. —En aquel momento Tallow tuvo una intuición. O hizo una suposición demente—. Igual que descubriremos que Marc Arias, asesinado en Williamsburg en 2007, tiene alguna relación con la policía.

A la teniente se le alzaron las cejas.

—¿Cómo imaginas eso?

—Lo mataron con una Ruger reglamentaria de la policía, un arma fabricada para vendérsela a las fuerzas del orden, me dijeron que con no muy buenos resultados. Marc Arias va a resultar que es un tipo relacionado con la policía. Probablemente no sea un agente con dedicación plena.

Tallow sabía que se estaba arriesgando mucho en aquel punto. Tallow también

sabía que su cerebro funcionaba a gran velocidad, y notó que pensaba como no lo había hecho en años. Se sentía como un corredor cuyo trayecto por la mañana había sido duro y espantoso pero que había llegado a un punto en que la carrera era agradable y rápida.

Ella se volvió hacia su ordenador.

—¿Sabes cómo se solía llamar al personal de la policía del Depósito General? El grupo de la Pistola de Goma. Por entonces sólo usaban a policías con funciones limitadas o bajo sanción.

Tallow la vio buscar en la base de datos de la red. Vio que enarcaba las cejas de nuevo cuando el sitio del Centro de Delitos en Tiempo Real escupía resultados al instante. Ella se los leyó de la pantalla.

—Marc Arias, en 2007, fue un agente licenciado del Departamento de Policía de Nueva York cuyo último destino en el cuerpo fue... miembro del personal del Depósito General.

—Teniente, tú me pusiste esto en las manos cuando yo todavía tenía sangre de mi amigo en la ropa y dijiste que me ocupara del caso. Me estoy ocupando de él. Pero he llegado a la fase en que necesito tu ayuda. ¿Me vas a ayudar o me las tengo que arreglar yo solo?

—No hagas que parezca que eres un vaquero solitario aquí en pleno desierto, John. Pero —dijo ella, alzando una mano mientras su boca se abría— entiendo tu postura. Y aunque yo considere que esto es algo bastante endeble, y podría ser completamente casual, lo que no admite duda es que la pistola tendría que estar en el Depósito, no en un apartamento de la calle Pearl.

—¿Qué vamos a hacer con eso, teniente?

—Necesito hablar con alguien que esté más arriba de la cadena de mando, y muy bajito. Ésta no es una noticia que deba circular por ahí. —Descolgó su teléfono de la mesa—. Sal de aquí, John. Voy a intentar acaparar los próximos cinco minutos del capitán, y luego echarle a perder el día.

—Puedo ir contigo, ayudar a explicar todo esto y cómo llegamos aquí.

—Vuelve al trabajo, inspector. Tú no tienes experiencia en explicarle cosas al capitán hablándole como a un bebé para que así él pueda explicar cosas al ayudante del fiscal de Manhattan Sur y no sonar como una persona mayor con un kilo de vicodina en el organismo. Lo que en esencia es. Ahora esto es trabajo mío. Vete a hacer el tuyo.

—Muy bien —dijo Tallow, agarrando su maletín y saliendo de la oficina. Cuando pasaba por la puerta, la teniente dijo a sus espaldas con voz suave:

—Siento de verdad lo de antes. El entierro.

Los pasos de Tallow se interrumpieron sólo un momento, y luego continuaron por el pasillo y salieron del edificio antes de que todos los amigos y compañeros de

trabajo de Jim Rosato volvieran de dejarle descansar en paz en la cálida y acogedora tierra del continente.

Veintidós

El cazador necesitaba hacerse con un arma.

Había unas cuantas condiciones desagradables que influían en su tarea inmediata. Necesitaba el arma para mañana. Era bien consciente de que tenía una suma de dinero limitada en su escondite de aquí, el sur de la isla. No podía soportar meterse en el metro. Y sabía que la respuesta a su próxima caza sería inmediata y difícil.

El cazador siguió andando hacia el oeste. El hombre moderno que había en él comprendía que estaba entrando en la parte del Nuevo Manhattan llamada Hell's Kitchen («Cocina del Infierno») por la mayoría, y Clinton en los anuncios de los escaparates de las agencias inmobiliarias, pero dejó que el Viejo Manhattan le difuminara la visión durante un momento y siguió alegremente el torrente que los primeros holandeses de la isla llamaron el Great Kill (o «Gran Arroyo»; Great Creek en su idioma).

Llevó la mano a su bolsa, localizando y sacando primero un par de guantes de piel fina y luego un anillo. El anillo era la pieza de artesanía más hermosa que había visto nunca, o incluso que hiciera nunca él. Era de cable enrollado, lo bastante ancho para que entrara en el enguantado dedo índice de su mano derecha; y en el tosco pero ajustado engarce había un trozo de cuarzo que encontró junto a la boca del Harlem River Ship Canal. El cazador lo había trabajado cuidadosamente. Sobresalía lo suficiente de los agarres de cable del engarce del anillo y estaba afilado hasta tal punto que lo convertía en un punzón que funcionaba como arma de último recurso. El cazador en una ocasión lo había usado para abrir de un golpe una yugular, y en otra, para destrozar una laringe.

El cazador se puso los guantes, y luego el anillo.

Despejando de mala gana su vista de ese Mannahatta, empezó a abrirse camino entre almacenes, aparcamientos de barro gris y talleres de reparación de coches. Aquello, tuvo la sensación, estaba tan desolado como este final de la isla se merecía.

Encontró el sitio que quería: un edificio de cinco pisos cuya fachada era una pizzería cerrada con tablones clavados. La puerta lateral, que daba a la escalera que subía a los pisos altos del edificio, estaba, como siempre, ligeramente entreabierta.

Uno se ponía delante de ella, y entonces la puerta se abriría crujiendo y dejaría ver a un hombre alto con una pistola mal disimulada asomando a sotavento.

Y así fue como se abrió la puerta y quedó a la vista, en la penumbra, un esperpento con un mugriento chándal naranja y el pelo negro, que crecía de modo irregular en una cabeza que parecía que en algún momento había caído dentro de maquinaria agrícola, o la había atrapado. Era como si su cara hubiera sido alguna vez una cosa blanda que alguien hubiese revuelto con el dedo antes de quedar fija.

—Quiero ver al señor Kutkha —dijo el cazador.

—Aquí no hay ningún Kutkha —dijo el esperpento, de modo predecible.

—Dile que ha venido a verle un antiguo cliente y lejano miembro de la vieja tribu.

—¿Tiene nombre?

—Di que preguntaste el nombre y que te dije que soy un ser humano.

El esperpento se encogió de hombros y subió el corto tramo de escaleras hacia atrás, sin apartar la mano del arma que abultaba en la parte trasera de su cinturón. En el descansillo, todavía manteniendo sus ojos hundidos en el cazador, pasó la información.

El cazador oyó inmediatamente una risa como de huesos siendo agitados dentro de una lata y luego el duro chasquido de una voz que gritaba:

—¡Déjale entrar, déjale entrar!

El esperpento hizo gesto al cazador de que subiera con una garra cuya forma se perdía entre pliegues de carne. En el descansillo el cazador vio a un segundo hombre, más bajo que el esperpento, con un corte de pelo militar. Su cuerpo estaba pasado de forma, como les pasa los modernos narcisistas de lo físico, y era un hombre que sabía el nombre de la mayoría de sus músculos. Extendió una mano hacia la bolsa del cazador, que éste le entregó sin resistencia. Al cazador lo encaminaron en silencio hacia la puerta de la habitación más grande del piso, una habitación que zumbaba con el sonido de maquinaria. Éste no ahogaba por completo un repentino conjunto de sonidos procedentes del piso de arriba: chillidos como de gato al que desmiembran, un profundo golpe que hizo estremecerse el techo, el ruido de alguien que intentaba gritar aunque era incapaz de respirar.

El cazador no mostró signos exteriores de haberlos oído. Dejó que el hombre del corte de pelo militar le diera una palmadita en la espalda.

Lo primero en lo que se fijó el cazador al entrar en la habitación fue en un chico de dieciséis años, con poca frente y nariz ancha, parado junto a la puerta con la expresión de un cachorro al que le han dado una buena paliza. El cazador no podía ver las manos del chico, y por eso se dispuso a matar al chico.

La voz de Kutkha le detuvo.

—¡Chico! ¡No te quedes ahí cuando en una habitación entra un hombre de verdad! ¿Quieres morir?

Kutkha era delgado como una aguja, con una cara tallada en pedernal. Estaba sentado con aplomo regio en un pequeño sofá extravagantemente adornado, flanqueado por dos altos ventiladores funcionando, uno a cada lado de su asiento, y dos aparatos de aire acondicionado en el suelo delante de él como esclavos arrodillados. El cazador conocía a Kutkha desde tiempo atrás: el hombre se quejaba de tener siempre mucho calor, pero adoraba la ropa, así que estaba sentado allí con unos pantalones sui géneris hasta media pierna de algodón fino y seda blanca y un

chaleco con complicados dibujos y nada más, mientras, para su delicia, le machacaban los vendavales de la tundra de unos aparatos de aire acondicionado muy nuevos.

Kutkha todavía se estaba carcajeando ante el terror que inmovilizaba al chico cuando se levantó para estrechar la mano del cazador.

—¡El ser humano en persona! ¡Mi pariente lejano! —Y luego, al chico—: Un ser humano, ¿ves? Es de la tribu de los lenni-lenape. ¿Sabes lo que significan esas palabras? ¡Los «seres humanos»! Él y yo somos de la misma sangre. ¿Tu familia? —Escupió en el suelo—. Tu familia es una mierda.

Kutkha se volvió otra vez hacia el cazador.

—Mi hermano se folló a una moscovita. Qué se le va a hacer. Hay gente que se folla al ganado si los animales están lo bastante quietos. Esa familia sigue mandando a estos pequeños espermatozoides a la B para rogarme que no me enfade, que vaya a Brighton Beach, en Brooklyn, coma kielbasa que hacen con jodidos perros y les oiga hablar de cómo les puedo dar todo mi jodido dinero. Esa gente lleva jodiendo a mi pueblo desde hace tanto que podrías mirar mi jodido ADN con un microscopio y ver a alguien de Moscú meándose en mis genes y llamando a eso lluvia de verano.

Kutkha acosó de nuevo al desventurado chico.

—¿Ves? ¡Yo soy itelmeno! ¡Los míos recorrieron Alaska y bajaron a América y se convirtieron en sus habitantes! Él es más de mi sangre que tú. Tú eres como las cosas que me caen del culo cuando como comida italiana.

Kutkha regresó a su asiento. No había más sillas en la habitación, pero el cazador ya se lo esperaba. Conocía a Kutkha. Se quedó de pie entre los aparatos de aire acondicionado, una posición de suplicante ante el trono. El cazador había notado que sentía algo de remordimiento, como una piedra. Se convirtió en polvo dentro de su corazón mientras estaba allí parado como un campesino entre los aparatos que zumbaban.

El ruso hizo un gesto con la mano hacia al chico.

—Puedes hablar delante de él. Ni siquiera estoy seguro de que conozca el idioma.

El cazador examinó al chico brevemente y luego decidió hablar.

—Necesito una pistola. Me gustaría mucho una pistola de la policía.

—¿Y eso?

—Una pistola relacionada con la policía. Que la utilice la policía.

Kutkha se dirigió al huraño chico.

—Las colecciona, ya ves. Sabe lo que quiere, sabe lo que le gusta. Un hombre al que le interesa la historia. Tú podrías dedicarte a esa mierda. Sabes dónde has estado y verás adónde vas. Me serías útil si pudieras demostrar que sabes pensar. O contar. No tienes que volver a Brighton Beach y que te la meneen unos viejos con banyas que apestan a meados. Diré que yo te puedo enseñar cosas aquí en Manhattan que en

Brighton Beach se han olvidado hace tiempo.

El cazador dijo:

—No tiene que ser nueva. Prefiero algo en perfecto funcionamiento.

—Verás —Kutkha pensó—. Estoy casi seguro de que tengo un Colt reglamentario de la policía. De hacia 1950.

—¿De qué es la empuñadura?

—De madera ajedrezada.

—¿Y cómo es el cañón?

—De quince centímetros, diría yo. Lo recuerdo porque mi especialista, al que le gusta la historia como a nosotros, vio esa pistola y se balanceó un poco, lo que significa que está contento, y me contó muchas cosas sobre el arma hasta que le tuve que decir que le iba a pegar un tiro para que se volviera a callar.

—Me quedaré con ella —dijo el cazador.

—Una buena compra. Un arma como ésa es como un buen reloj, de la época en que todavía tenían partes mecánicas de las que se ocupaba la gente. Podría haber encontrado una SIG, pero a fin de cuentas no es lo mismo, ¿verdad? El Colt procede de la cartuchera de un auténtico policía de Nueva York, pero no te lo venderé. Si lo quieres, es gratis, pero no aceptaré tu dinero por él.

—¿Por qué?

—No lo han usado. Es de la cartuchera de repuesto. Y te contaré una cosa que me contó mi especialista porque me divirtió.

Los policías tenían que forzar esas cartucheras. Parecían de cuero, pero sólo eran de cartón tratado. De modo que necesitaban meter a la fuerza una botella de coca-cola y mantenerla dentro de la cartuchera una semana para ensancharla lo suficiente y que así entrara la pistola. Si metías la pistola sin forzarla, tenías que cortarla para sacarla. O dejar que te pegaran un tiro. Pero forzarla estropeaba tanto la cartuchera que se destrozaba en seis meses. Me contaron esto: en los años setenta, hombres como nosotros podían arrancar los Colts de las cartucheras. Sólo con romper la cartuchera, tirar del arma y disparar al policía.

Aquéllos eran tiempos más agradables, si te olvidabas de la ropa.

El cazador contuvo las ideas y actos que le hervían en las entrañas.

—¿Cuánto?

—No aceptaré más que cien dólares por esa pistola —dijo Kutkha, con el pecho hinchado de orgullo ante su propia generosidad—. Incluirá veinticuatro juegos de munición.

—Eso es muy amable —dijo el cazador—. Gracias.

—La pistola tiene que venir de New Jersey. Haré una llamada. Estará aquí esta tarde hacia las siete. Llegará con mi envío de la tarde. Yo mismo la recogeré del vehículo para asegurarme de que todo es correcto.

—Eso es muy profesional y muy rápido. Gracias —dijo el cazador—. Estaré aquí con el dinero.

Y sin duda podría haber estado.

Kutkha no se volvió a levantar para estrechar la mano del cazador, sino que agarró su teléfono móvil y marcó un número mirando al cazador y esperando que éste fuese lo bastante observador para saber que su audiencia había terminado. El cazador asintió con la cabeza y dejó la pequeña corte del ruso. En el vestíbulo agarró su bolsa al militar, que le siguió con la vista mientras bajaba la escalera hasta el esperpento, que le abrió la puerta delantera y le vio salir.

Lo que sabía el cazador era que estaban el esperpento, el militar, Kutkha, el chico y por lo menos un hombre más en el piso de arriba. Todos menos el hombre u hombres de arriba le habían visto. Cuando volviera, habría por lo menos otro más, fuera quien fuese el empleado de New Jersey que hubiera venido con su pistola, y con cualquier otra cosa que Kutkha hubiera encargado con anterioridad para que le trajeran en su «envío de la tarde». Humanos, supuso el cazador. Dentro de su bolsa estaba el cuchillo y algunos objetos útiles para vivir en el bosque. Un saquito con yesca, algo de cuerda, y pocas cosas más.

Llevaba su anillo en el dedo.

Anduvo hasta el final del bloque, asegurándose de que no estaba a la vista, y se puso a buscar acceso por la parte de atrás del edificio de Kutkha.

En el lado este-oeste del bloque, cinco o seis puertas antes de una pequeña tienda de comestibles, encontró una ferretería abandonada; las ventanas encaladas con descuido, los marcos de los pisos de arriba en su mayor parte sin cristales. Un cartel que parecía oficial estaba pegado a la puerta, pero el paso del tiempo había emborronado muchas de sus palabras. No había nadie que le viese meter su cuchillo en la cerradura y forzar la puerta para abrirla. Dentro, cerró la puerta con cuidado y encontró un expositor de aglomerado de pie que apoyó en ella. Parecía que al dueño le habían obligado a abandonar aquel sitio a toda prisa. Todavía quedaban algunas mercancías y muchas herramientas. El cazador se agachó durante un momento en la penumbra, escuchó y olisqueó. Podía apreciar un leve olor a excrementos humanos, pero antiguos. En la actualidad no había nadie que estuviera de okupa allí. Buscó lo que quedaba del fallido intento del dueño de vivir según los tramposos principios de intercambio de Manhattan. Lo que él cogiera era justo. Mannahatta se la habían robado a los lenape con un trueque fraudulento. El cazador no era un delincuente. Lo que quedara de la ciudad de aquella isla era suyo con pleno derecho.

El cazador encontró, entre otras cosas, más cuerda y bandejas correderas con tuercas y tornillos que hubieran merecido que el dueño emplease su tiempo en empaquetar y llevarse. Se le ocurrió una idea, y cortó dos metros de cuerda, recogió un puñado de tuercas y unos cuantos tornillos y buscó acceso a la escalera hasta los

pisos de arriba y en último término el techo.

Allí arriba tuvo una visión esquinada de la parte de atrás del edificio de Kutkha y vio con claridad su patio de carga asfixiado por hierbajos, y el callejón de acceso por donde entraban los coches. Las ventanas de los tres pisos de arriba del edificio tenían cortinas improvisadas sujetas con chinchetas por dentro.

El cazador se agachó detrás del aparato de ventilación del techo, apartado de la vista directa del edificio de Kutkha, y se puso a hacer nudos en el trozo de cuerda. Sujetó los tornillos más pesados a cada extremo de la cuerda. Para probar, giró unos treinta centímetros de cuerda con el puño, el tornillo del extremo hizo que la cuerda trazase un tenso arco. Bastante bien.

El cazador se levantó, encaró el edificio de Kutkha, haciendo girar la cuerda con el peso hasta que zumbó, y la lanzó hacia el piso de arriba del inmueble. Observó cómo volaba y luego se agachó tras el aparato del techo y miró desde el ángulo más oculto que pudo encontrar.

La cuerda con el tornillo golpeó contra la ventana de arriba. No lo suficientemente fuerte para romperla. Sólo con la fuerza necesaria para hacer un ruido penetrante y armar estrépito en la ventana de abajo, la del cuarto piso, y otra vez en el tercero, antes de caer, aterrizando en una espesa mancha de malas hierbas del patio.

Apartaron una cortina en el quinto piso. Otra en el cuarto. Dos en el tercero. Unas cabecitas se asomaron tratando de ver qué había provocado ese ruido.

Cuatro personas más. También los que tuvieran guardados allí. Por lo menos habían atrapado a una mujer. El cazador suspiró, retirándose de la vista. Aquello se había puesto más complicado de lo que debía ser.

Se preguntó si el esperpento dejaría su puesto alguna vez para comer. El esperpento no parecía una persona que pudiera olvidarse de su comida.

El envío de New Jersey era evidente que entraría por el camino de acceso al patio, a la luz mortecina del atardecer. Era un espacio bien protegido. A no ser que uno estuviera en un techo cercano, claro, pensó el cazador con una risita ahogada.

Su plan original había sido pagar el arma, marcharse, volver unos momentos después y matarlos a todos. Ahora había demasiados figurantes, todos demasiado dispersos, para que eso funcionase. El cazador tenía que minimizar el escenario.

Tenía que aislar a Kutkha. No quería que todo se apoyase en que Kutkha hubiese recalcado que se haría cargo de la pistola en el coche para comprobarla él mismo.

Dicho esto, el cazador tuvo que admitir que era el tipo de cosas que Kutkha haría, y él habría actuado de forma similar en el pasado. El hombre se había, si no esforzado, al menos hecho lo posible por presentarse como un delincuente caballeroso que obraba de acuerdo con alguna tradición respetable que en líneas generales sólo existía en la cabeza de Kutkha.

El cazador miró el sol y calculó la fase del día. Siguió con la vista la hilera de techos, se detuvo para contar sus latidos y coordinar sus sonidos internos con un ritmo en su mente. El cazador luego, manteniéndose lo más agachado que se atrevió, corrió y saltó y volvió a correr por los techos hasta que llegó a la esquina que había doblado antes. Confió el tiempo transcurrido al dispositivo de almacenamiento de la memoria y se arrastró hasta el borde de aquel techo nuevo. Tenía una visión oblicua de la puerta principal del edificio de Kutkha; lo suficiente para apreciar si salía alguien.

Al cazador se le daba muy bien esperar. El techo se convirtió en la cima suavemente ondulada de una colina, y estaba mirando un sendero despejado allí abajo, el asfalto parcheado se convertía con tanta facilidad en un terreno sombreado por árboles que sonrió, amplia y auténticamente, ante su elemental belleza. Había ratones de patas blancas que saltaban en la hierba acá y allá, y la sombra de un gavián se cernió durante un corto y exquisito momento por encima de su cabeza. Había manchas de cleomes, de un violeta pálido tan encantador como un cielo de verano al atardecer, cuyas semillas eran sagradas.

Todo era sagrado en aquel tiempo de espera. La vida era perfecta.

El sol acababa de dar un paso hacia su cumbre del mediodía cuando el cazador se sobresaltó al cambiar a la visión ucrónica de un esperpento del siglo XXI con un chándal naranja con manchas de comida que andaba por el sendero de un bosque del Mannahatta anterior al siglo XVII. Casi vomitó debido al sobresalto perceptivo.

El esperpento siguió el sendero que había tomado el propio cazador. Dobló la esquina del bloque. Su único destino posible era la tienda de comestibles. El cazador, parpadeando de vuelta a la historia, observó el rápido caminar del hombre, y cuando dobló la esquina, el cazador corrió por el techo del que había venido, al ritmo que golpeaba dentro de su cabeza.

El cazador estaba en el piso bajo y preparado en cuatro minutos. Rezó para que eso fuera suficiente. Movié el expositor y abrió la puerta delantera. La calle todavía estaba completamente despejada. Aquélla no era, a fin de cuentas, una parte de la ciudad a la que uno viniera si no tenía que hacerlo. Se quedó detrás de la puerta, entreabierta, y volvió a esperar. Esta vez estaba tenso. No era posible que el esperpento pudiese comprar comida y volver a doblar la esquina en cuatro minutos. El individuo no se movía tan deprisa. La calle tenía que seguir despejada. Llevar a cabo aquella caza era bastante arriesgado.

El esperpento se entretuvo al pasar delante de la puerta del cazador.

El cazador contó dos pasos más, para darse mayor espacio antes de actuar, y abrió la puerta y se movió.

Una vuelta doble de cuerda se enrolló en torno al cuello del esperpento, y un brutal tirón hizo un complicado nudo rápidamente tenso. El cazador enrolló la cuerda

en la mano izquierda y tiró del individuo hacia atrás. El cazador valoró que intentara alcanzar su pistola con la mano derecha mientras trataba de meter la izquierda debajo del nudo. El cazador tiró más de él y dirigió su mano derecha a la sien del esperpento. El cazador notó que el hueso cedía como una cáscara de huevo al ser golpeada por la punta de cuarzo.

Las piernas de la presa se volvieron puré. El cazador recurrió a todas sus fuerzas y arrastró a la presa hacia atrás hasta la oscuridad de la ferretería. Apretó la presa de cara contra la pared lo suficiente para cerrar la puerta lo más en silencio que pudo.

La presa pataleó.

El cazador estaba desequilibrado y todavía no había alcanzado su cuchillo, que colocó en el mostrador. Cayó hacia atrás con la presa encima, que daba sacudidas como un toro herido. Años atrás el cazador podría haber asfixiado a su presa a base de fuerza. Pero no era arrogante con respecto a su edad y bastaba con apretar la rodilla en la espalda de la presa para aumentar la fuerza que podría estrangularla. En esa posición, cuanto más se resistía la presa, más deprisa se asfixiaba con la cuerda.

Las rodillas de la presa se deslizaron al suelo, y se hundió. Lo pagó. Pero el cazador se dio cuenta de que la presa estaba haciendo sitio para lo que podría ser un intento con éxito de agarrar la pistola de la parte trasera de su cinturón. El cazador aún no había tenido la oportunidad de apoderarse del arma.

El cazador tuvo arcadas y tiró a la presa encima de su tripa. Todavía sobre su espalda, el cazador le dio cuatro o cinco puñetazos más en el lado de la cabeza. Empezó a bombardearse sangre débilmente por el agujero dentado de la sien de la presa, y ésta comenzó a gemir y darse por vencida. El cazador se apoderó de la pistola. Resistió la tentación de pegar con ella a la presa hasta matarla. Tenía planes para el arma y no quería estropearla.

Así que se puso de pie y colocó la pistola en el expositor. Agarró su cuchillo y volvió a la presa del suelo.

La presa se levantaba e iba a por él. Uno de sus ojos estaba lleno de sangre. No podía hablar, sino sólo soltar gemidos y gritos ahogados, y la espuma de su boca era roja. Se había meado en los pantalones. Una de sus gigantescas manos, temblando espasmódicamente, fue a por la cara del cazador y la encontró.

El cazador hundió su cuchillo debajo de las costillas del hombre. Éste emitió un sonido entre un alarido ahogado y un silbido. El cazador volvió a hundir la hoja. La presa sufrió un violento movimiento de tripas. El cazador hundió su hoja una tercera vez, más arriba y con más fuerza, y notó a lo largo de ella su resistencia al unirse a una carne densa que se desgarraba.

El cazador retorció la hoja.

La boca abierta de la presa se convirtió en un charco inmóvil de sangre.

Murió, y cayó, y se fue, y dejó de resultar interesante.

Veintitrés

Tallow condujo por el Primer Distrito durante un rato, hasta que estuvo seguro de que su cerebro hacía tictac con tranquilidad. Era pasado el mediodía. Sabía que debería comer. También se le ocurrió que debería seguir domando a sus fieras de la científica.

La gente que no conocía bien a John Tallow muchas veces se sorprendía cuando él manifestaba cierto poder adquisitivo, e incluso se sorprendía más cuando se enteraba de que vivía en la isla. A veces la gente suponía que sacaba tajada de un modo misterioso que no requería su energía ni interés. El hecho simple era que Tallow no gastaba mucho dinero, nunca. Hasta lavaba su ropa en el fregadero de la cocina con jabón en polvo barato. No salía mucho. No comía mucho. Conseguía cosas de leer y música muy baratas o gratis a través de internet.

Muy de tarde en tarde John Tallow, abandonando la cronología de su vida actual, imaginaba a su yo de joven, descalzo en arena de playa adolescente, mirando hacia delante al hoy y viendo su vida futura hundirse en sí misma como una estrella moribunda. Su vida futura se hacía pequeña y oscura y densa, su gravedad aparentemente sombría e ineludible.

Muy de tarde en tarde John Tallow gastaba algo de dinero en una botella de vodka y se la bebía en casa en sólo una hora.

Se detuvo en un puesto de sándwiches que conocía justo antes de que empezaran las prisas de los almuerzos, aparcando su coche algo detrás de un monovolumen flamante que, con su considerable altura y sus dorados, cromados y enormes neumáticos podría haber sido una versión superevolucionada de un vehículo lunar. El local mismo era poco más que un agujero en la pared con un contrato de alquiler de seis meses, y el surtido era «minimalista», pero la comida era fantástica, cuidada y notable. Tallow sacó su teléfono y llamó a Scarly.

—No soporto eso —respondió Scarly—. Es como un monitor de tobillo por el que tienes que pagar, joder. A no ser que sea tu mano. Cállate. ¿Qué quieres?

Tallow notó que le empezaba a doler un poco la cabeza detrás de su ojo derecho, que tenía un tic.

—Quería saber si queréis que os lleve algo de comer cuando vuelva.

—Oye, Bat. ¿Quieres algo de comer? —gritó Scarly, sin apartarse el teléfono de la boca.

Mientras Tallow movía la cabeza de un lado a otro, oyó que Bat se quejaba al fondo.

—La bolsa duele. La comida es un truco de los mamíferos. La bolsa es la muerte, Scarly. La comida es la muerte.

—Él no quiere comer —dijo Scarly—. Pero de todos modos tráele algo. O se lo come y lo mata o no querrá tocarlo y me lo comeré yo. ¿Dónde estás?

—En un sitio de la Primera que conozco. ¿Qué tal un filete frío en lonchas dentro de pan reciente con salsa de cebolla roja que hacen con cerveza?

—Coño, sí. Suena a comida rica de verdad, joder.

—Dame veinte minutos.

—Gracias, John.

—BOLSA DE LA MUERTE —gritó Bat a lo lejos.

John se apeó del coche, y casi tropezó con un hombre alto, fibroso, con una chaqueta de ante marrón y un sombrero hongo con manchas de guano y tres largas plumas de pavo pegadas a una banda improvisada hecha con cinta adhesiva.

—Hay que joderse con el mierda —gruñó el hombre. Tenía unos dientes color barro.

Tallow le enseñó la placa impasible.

—Lo siento, la hostia —dijo el hombre; tocó con los dedos el ala de su sombrero y se alejó arrastrando los pies.

Tallow se dirigió al despacho de venta. Había leído en alguna parte que en Nueva York había no menos de cuatrocientas mil personas registradas con importantes desarreglos psicológicos, y Dios sabía cuánta de la gente de la calle de quien no se informaba a nadie y que escapaba de la destrozada red siniestramente llamada División de Higiene Mental y de los millares de organizaciones pagadas, se suponía, para retirar a los locos de las aceras e integrarlos. Se pagaba a muchas personas.

Cualquier idiota que anduviera por el Primer Distrito podía darse cuenta de las pocas que en realidad hacían su trabajo. Si estabas lo bastante loco para almacenar las armas que preparabas de modo ritual para matar gente, entonces en Nueva York te podías ocultar a plena vista. Tallow pensó que, por todos los datos que tenía, el hombre fibroso con el sombrero hongo manchado con cagadas de pájaros podía ser ese hombre.

En el estrecho local había una mujer con una especie de chaqueta negra muy arquitectónica, joyas color turquesa y unas poco corrientes botas con suela de cuña que hacían que pareciera que se estaba balanceando sobre gruesos trozos de oro. Los dos tipos que se ocupaban del negocio, siempre con el uniforme moderno de Williamsburg consistente en camisas de manga corta y barbas cuidadosamente recortadas que parecían sujetas con pegamento para postizos, no prestaban, como siempre, ninguna atención a nada que no fuese la comida y el dinero. Tallow imaginó que contaban su dinero todas las noches sintiéndose orgullosos de no haber cruzado la mirada con nada humano. Música sintética new age era difundida suavemente con fallos técnicos y ritmo entrecortado por un iPod que estaba encima del mostrador.

La mujer llevaba gafas de sol, y su pelo suelto le enmarcaba la cara, pero aún así Tallow pudo ver que estaba pálida. No pálida como la florista. Aquélla no era una mujer que se expusiera a la luz. Era una mujer que se desmoronaba un poco bajo su

acción, cuya piel estaba seca y demacrada por su exposición al mundo. Una crema no disimulaba lo suficiente sus labios mordidos y con ampollas. Tallow decidió que le alegraba no verle los ojos.

Pagó en metálico con el dinero que sacó de un manejable cilindro de cuero colgado del brazo derecho, no mayor de lo necesario para una cartera, tarjetas de crédito, teléfono y llaves del coche. Cuando se dio la vuelta, Tallow vio el broche de su pecho, un disco de piel áspera de animal en una montura dorada con una imagen dorada de la cabeza de un alce en el centro, enmarcada por dos plumas doradas. Ella le vio mirar, y se pasó la mano por él con unos dedos nerviosos con uñas falsas que daban golpecitos al oro, y se marchó. Tallow se fijó en que el anillo de casada de su dedo parecía un poco grande.

—Tres sándwiches de carne, por favor.

—Marchando —dijo Barba Número Uno, haciendo un gesto con la cabeza a Barba Número Dos, sin mirar ni una vez a Tallow. Juntos, cortaron, prepararon y envolvieron los sándwiches en unos veinte segundos. Lo hacían muy deprisa. A juzgar por el cliente anterior, Tallow pensó que se había corrido la voz sobre el local. Imaginó a la pareja entrenándose de noche, oyendo Animal Collective sin parar mientras preparaban sándwiches calculando el tiempo con el mismo cronómetro que usaban para medir lo que les llevaba recortarse la barba.

Tallow pagó, se colocó los sándwiches bajo el brazo y oyó el alarido.

La mujer de la chaqueta negra estaba agachada en la acera delante del monovolumen y gritaba mientras el hombre del sombrero hongo estaba delante de ella agitando los brazos y chillando como un bebé.

Tallow se cambió los sándwiches al brazo izquierdo y gritó al hombre del sombrero para atraer su atención. El hombre se dio la vuelta y miró. Tallow abrió su chaqueta con intención de enseñarle la pistola al hombre. El hombre vio la pistola. Dejó de chillar.

—Yo sólo le pedí fuego. Ella se puso a gritar. Imaginé que gritar era lo que tocaba hacer hoy.

—Fuera de aquí. No voy a hacerle la oferta dos veces.

El hombre corrió calle abajo y se alejó, sujetando su sombrero con las dos manos.

Tallow suspiró, miró a su alrededor y dejó sus sándwiches en el capó del monovolumen. Un buen policía nunca enseña sus armas a menos que lo tenga que hacer, lo sabía, pero era algo rápido, fácil y funcionaba. Se sentiría jodido más tarde. La mujer ahora se balanceaba y sollozaba, jadeando, sin que le quedara aire en los pulmones para gritar.

La capacidad de comprensión de Tallow llegaba como mucho a hacerse cargo de una situación y poco más. Si hubiera sabido que Bobby Tagg estaba tan angustiado y en pleno derrumbe psicológico, él muy probablemente no habría sido capaz de

transmitir consuelo y calma al hombre. Jim Rosato era un policía obtuso, pero a la gente le gustaba más. Por eso, pensó Tallow, formaban un buen equipo.

Tallow tuvo un repentino recuerdo desagradable de la teniente sugiriendo que Tallow se había estado engañando sobre eso.

Se agachó junto a la mujer.

—Está arreglado, señora. Soy agente de policía. ¿Puede contarme lo que ha pasado?

Ella se sujetó la cabeza con los brazos y se balanceó, soltando ahogadamente las palabras:

—Creí que era él —una y otra vez.

Tallow dijo:

—Está arreglado, señora —y le puso la mano en el hombro para probar. La mujer soltó un alarido y se apartó bruscamente con terrorífica repugnancia, casi cayó al suelo y empezó a toser además de a llorar. Ser asfixiada por sus propios músculos y fluidos del cuello parecía impedirle la fuga. Se tambaleó sobre sus piernas, aquellos extraños tacones dorados que se zarandeaban en la acera. Él la volvió a tocar, esta vez bajo su antebrazo, con suavidad. Ella volvió sus gafas de sol negras con montura dorada hacia él y le permitió que la dirigiera y sujetara suavemente hasta levantarse. Empezó a sollozar de nuevo, y cayó encima de él. Tallow se las arregló para ponerle un brazo extraterrestre alrededor, y miró el suelo. Su bolso cilíndrico estaba en la acera, sin abrir, junto al sándwich envuelto. Él hizo un pequeño esfuerzo y dio con el pie al bolso, haciendo que rodase hacia él.

—Lo siento —dijo la mujer al pecho de Tallow, sonando como desde un millón de kilómetros de distancia.

—Está arreglado —repitió él.

—No lo está —dijo ella, luchando por respirar sin ahogarse—. Sólo me pidió fuego. Pero vi las... las plumas, y su ropa, y... —Volvió a romper a llorar, pero ahora su llanto era más claro, más fluido, más liberador. Estaba llorando para fuera, volviendo a sí misma.

—¿Cómo se llama, señora?

—Emily. —Las manos le temblaban como las de un epiléptico, y el brazo de Tallow estaba proporcionado menos apoyo emocional que físico... Se dio cuenta de que se dedicaba más que nada a sujetarla.

—Déjeme que la siente —dijo él, y la llevó con dificultad hacia su coche. La columna vertebral le crujió al estirarse para abrir la puerta del asiento del conductor. La abrió y bajó a la mujer de lado en el asiento.

—Un segundo —dijo, él, y recogió el bolso y el sándwich de ella, recuperó los que había comprado, abrió la puerta de atrás y puso (y tuvo que preguntarse: ¿Qué le estaba pasando que trataba a tres sándwiches como un frágil tesoro?), su preciosa

comida encima del maletín del ordenador portátil. Cuando se volvió hacia ella, la mujer se había quitado las gafas arreglándoselas para meterlas en un bolsillo de su chaqueta. Emily no tenía los ojos de quien duerme en paz o con frecuencia.

—Dios mío —dijo Emily con voz ronca—, míreme las manos. —Las venas de los dorsos se alzaban como cables, y sus manos estaban temblando tanto que casi resultaban borrosas.

Tallow le dio su bolso. Ella lo agarró con dificultad, pero se sujetó a él. Tallow miraba. El temblor disminuyó, pero no desapareció. Él se puso en cuclillas al lado de ella, apoyándose en el coche.

—¿Puede hacer otro intento y contarme lo que pasó, Emily?

Tallow se sintió extrañamente triste al ver desconcierto sobrevolando los ojos de la mujer como nubes de lluvia.

—Yo... yo... no lo sé —dijo Emily—. No he estado, supongo que no he estado bien durante un tiempo. Un... bueno, no estoy segura de cómo lo llamará usted... un problema emocional, cuestiones mentales. No sé, cualquier cosa que diga me suena a cosa de locos, ¿no? Las cosas me superan a veces. Me asusto con facilidad. Y ese hombre. Él sólo. Un mal momento.

Bajó la vista hacia su broche y tiró de él con odio, soltado una carcajada y un sollozo, todo con un sonido espantoso y descorazonador.

—Y este objeto estúpido, no... —Le miró y se recuperó un poco—... no importa.

Tallow señaló su bolso.

—¿Tiene su teléfono ahí?

Ella asintió con la cabeza, abrió la cremallera y lo sacó. El teléfono era muy nuevo, un modelo que sólo conocía por lo que había leído: una loncha fina de plástico a prueba de arañazos con una ingeniosa serpentina de cable de antena unida a la parte de atrás.

—Nos dan prototipos las empresas telefónicas —dijo Emily, a modo de explicación o disculpa.

—¿Cómo se llama su marido? —preguntó él, agarrando el teléfono.

—Jason. Jason Westover —balbució ella.

Él abrió los contactos del teléfono, encontró el nombre Jason y apretó Llamada. El calor de su mano activó algo en la estructura del teléfono, y éste se adaptó a su mano, adquiriendo la curvatura de un antiguo auricular.

—Sí, Em, qué pasa —dijo una voz cansada de hombre. No una pregunta, más una expresión resignada.

—Soy el inspector Tallow, del Departamento de Policía de la ciudad. ¿Es el señor Westover?

—Oh, Dios mío.

—Todo va bien. No pasa nada. ¿Hablo con Jason Westover?

—Sí. Sí. Yo no...

—Todo va bien, señor. Estoy con su mujer. Se ha llevado un buen susto, y no considero que esté en condiciones de volver conduciendo a casa con seguridad. Está muy alterada. Si me puede decir dónde vive y quedamos para vernos allí, se lo agradecería.

—Ah. Sí. Entiendo —dijo Westover—. Claro que sí. Gracias. Vivimos en el Aer Keep. Iré a casa en cuanto pueda y nos veremos en el vestíbulo principal. ¿Qué pasa con el coche?

—Está cerrado y las llaves las tengo yo. Comprendo que es una molestia...

—No, no, no se preocupe. Llevaré a alguien conmigo a casa y le daré las llaves para que se haga cargo del coche. ¿Dónde está?

Tallow le dio la dirección y oyó el arañar de Westover al escribirla con un lápiz muy afilado en un papel de barba.

—Gracias —dijo Westover—. Gracias por ocuparse de esto. Saldré ahora para casa.

—Vamos a su encuentro. Gracias, señor —dijo Tallow, y terminó la llamada. Emily parecía más abatida.

—¿Estaba enfadado?

—Estaba contento de que usted esté a salvo. ¿Y ahora puedo pedirle que se traslade al asiento del acompañante? No me permiten que la deje conducir.

Ella casi sonrió al oírlo. Pero entonces, pensó Tallow, aquello casi sólo era una broma. La ayudó a levantarse, hizo que rodeara el coche hasta el asiento del acompañante y la instaló en él. Al ocupar el asiento del conductor y ponerse el cinturón, se le ocurrió algo.

—Tengo que preguntarle una cosa. Si usted vive en el Aer Keep, ¿por qué hace todo el camino hasta aquí?

Ella señaló el local.

—Tienen los mejores sándwiches —dijo.

Tallow dirigió el coche hasta la parte alta de la ciudad.

—Es usted muy amable de verdad por hacer esto —dijo Emily.

—No podría dejarla tirada en el Primero, y la verdad es que no creo que sea una buena idea que conduzca usted.

—¿El Primero?

—El Primer Distrito. La policía de Nueva York divide la ciudad en zonas, distritos, y justo ahora estamos en el Primer Distrito.

—Qué raro —dijo Emily, sin sonreír—. Muros invisibles de Wall Street.

—Eso supongo —dijo Tallow.

—Wall Street, la calle del Muro. La llamaron así por el muro que levantaron los holandeses para mantener fuera a los nativos americanos.

—¿Le gusta la historia? —preguntó Tallow.

Emily se metió un poco en sí misma.

—Desde el año pasado o así he estado leyendo mucho. La verdad es que no me gusta bajar aquí. No está lejos de Werpoes.

—¿Werpoes?

—Fue un poblado nativo americano importante. Justo al lado del Collect Pond. Si te pones a mirar el pequeño parque que hay allí casi puedes imaginar que lo estás viendo un poco. Pero yo sólo fui hasta allí una vez.

Estaba frotando el broche de nuevo, con la barbilla clavada en el esternón, y mirándolo como si esperase que surgiera un genio de él. No, algo más triste: como si supiese que, a pesar de que le hubiesen contado una historia, del objeto no iba a brotar nada.

Cuando cruzaron Broadway, Emily preguntó:

—¿Todavía estamos en el Primer Distrito?

—Lo acabamos de dejar.

—Éste fue un antiguo sendero lenape. Así que uno de los límites de su Primer Distrito es el camino más antiguo de Manhattan.

—Mapas fantasmas —se dijo Tallow.

—¿Qué? ¿Fantasmas? —La voz de la mujer dejó traslucir que estaba auténticamente preocupada, con los ojos muy abiertos.

—Nada —dijo él—. Pensaba en voz alta. ¿Qué le llevó a interesarse por la historia de los nativos americanos? ¿O sólo se trata de los nativos americanos de Nueva York?

Tallow era incapaz de decir si estaba menos tensa o se desmoronaba otra vez. No miraba fuera de las ventanillas, como si ya no esperara un ataque al coche, pero las manos le temblaban mucho y tenía los ojos húmedos.

—Sólo algo que me dijo una vez alguien —dijo al final—. ¿Parecía Jason muy enfadado?

—Más bien sorprendido.

—No me mire de ese modo. Él no me pega ni nada así.

—No la miraba por eso.

—Jason tiene que ocuparse de un montón de cosas. Más de las que puede asumir nadie. No me gusta hacérselas más complicadas.

—Entiendo.

—No. Usted no entiende. —Al mirarle, los ojos de ella brillaron como el agua de un pozo—. Pero quiere entenderlo, ¿verdad?

Tallow no tenía nada que responder a aquello. Mantuvo los ojos en la calzada y continuó acelerando ciudad arriba. Notaba que ella le miraba, luego apartaba la vista, y luego volvía a mirar, como si mantener sus ojos en él fuera más seguro que mirar

fuera. Tallow empezó a notar que debería decir algo.

—Mapas fantasma —dijo.

—¿Qué?

—Es lo que dije para mí mismo hace unos minutos. Usted creyó que dije fantasmas. Mapas fantasma. Ayer estuve con un hombre que dirige una de esas grandes empresas financieras de Wall Street. Ya sabe, de esas que uno llama empresas financieras pero en realidad no entiende del todo a qué se dedican de verdad.

La sonrisa de Emily era un fantasma en sí misma.

—Supongo que debe parecer algo así —dijo.

—Me lo pareció a mí, en cualquier caso. Él me habló de que hay un mapa invisible de conexiones por todo el distrito financiero que hacen transacciones a la velocidad de la luz, y que el mapa no se corresponde con el territorio. Algo que está físicamente más cerca de la Bolsa no está de modo necesario... informativamente más cerca.

—Está hablando usted de redes de baja latencia —dijo Emily con una sombra de sorpresa en la voz.

—¿Hago eso?

—Era el tipo de cosas a las que me dedicaba cuando dejé esa actividad —dijo ella—. Latencia ultrabaja y comercio algorítmico. Latencia ultrabaja significa mandar la información comercial rápidamente, rápidamente de verdad. El comercio también está usando códigos cibernéticos especializados para dividir cada transacción en centenares de otras pequeñas. Puede considerar que es como la lluvia, una lluvia fuerte de verdad que golpea contra las ventanas de la Bolsa. La lluvia al final formará un charco muy grande, pero uno no se fija en eso. Se fija en la lluvia. La transacción importante queda oculta a la vista.

—¿Trabajó usted en Wall Street?

—Trabajé en una de esas empresas financieras tan misteriosas, Vivicy.

—Nunca he oído hablar de ella —dijo Tallow—. ¿Por qué lo dejó?

—Conocí a mi marido allí. Bueno, algo así. Le conocí por medio de mi jefe. Ellos eran viejos amigos. Y después de casarnos, Jason me dijo: Andy es demasiado gilipollas para que trabajes con él, y ahora el negocio va bastante bien, ¿por qué no trabajas por tu cuenta, como yo? De modo que ahora soy una consultora financiera independiente, lo que significa que puedo trabajar desde casa con mi perra e ir en coche a la parte baja en busca de buenos sándwiches en lugar de ser uno de los brujos de Andy. No tengo que hacer cosas mágicas para él. Pero no puedo aprender las cosas mágicas que necesito saber.

Joder...

Emily empezó a golpear el salpicadero con los puños, gritando joder una y otra

vez. Tallow echó una mirada fuera, hizo girar el volante del coche y consiguió detenerse a un lado sin originar un atasco. Se estiró en el asiento y la agarró por las muñecas. Ella todavía intentaba dar puñetazos al salpicadero aunque él la sujetaba. Tallow tiró de los brazos de ella y chilló:

—¡Míreme!

Ella se agitó, y sus ojos parecieron rodar hacia el interior de su cabeza durante un momento antes de volverse hacia él.

—Lo siento —dijo Emily en voz baja—. No se lo cuente a Jason, por favor. Se preocupa mucho.

—Ya le he contado todo lo que necesitaba saber. Lo demás queda entre usted y él.

—Sí —dijo ella, pero Tallow tuvo la sensación de que quería decir otra cosa. Se sentó rígida, quedándose quieta, con cara aterrorizada.

Tallow volvió a adentrarse en el tráfico.

—¿Pescaban los nativos americanos? Aquí en Manhattan, me refiero —dijo Tallow.

Los ojos de Emily ahora estaban cerrados.

—Sí, claro. También cogían ostras. Cuando llegaron los holandeses, encontraron montones de conchas de ostra y las aplastaron para pavimentar... —... la calle Pearl — dijo Tallow. —Justo. —Tuvo una repentina sensación insufrible de que le rodeaban redes enormes, tan finas que eran invisibles hasta que la luz incidía en ellas. Sacó su teléfono.

—¿Scarly?

—La comida se retrasa, Tallow.

—Lo sé. Tengo que ocuparme de algo, voy a llegar un poco tarde. Escucha. La pintura. A cada una de esas armas la limpiaron antes de almacenarla, pero él debe de haberlas pintado con los dedos. Antes que nada, debes identificar la pintura, analiza el ADN y cualquier cosa más que se te ocurra. ¿De acuerdo?

—Me pongo a ello. Trae la comida.

—Me pongo a ello. —Tallow interrumpió la llamada con el pulgar y echó un vistazo de soslayo a Emily para calcular su estado de alerta—. Emily —dijo—, ¿sabe qué usaban los nativos americanos para pintar?

Ella mantuvo los ojos cerrados.

—Ocre. Ocre rojo, de por aquí, creo. Es lo que más fácilmente se puede encontrar en la Costa Este. Se trata de un pigmento basado en arcilla. Lo usaban para todo tipo de cosas, incluido para pintarse el cuerpo y darle color al pelo. Hay quien dice que algunos de los primeros nativos americanos que se encontraron con europeos se pintaban con él, y de ahí es de donde procede «piel roja».

Tallow sabía de historia. No en profundidad, pero sin duda conocía la historia de la ciudad. Sabía que hubo minas por toda la zona. Staten Island, en contra de la

creencia popular, no estaba construida sobre restos de un basurero. Los holandeses tuvieron minas allí muy pronto. La mente le daba saltos, buscando asidero.

—¿Algo más? —preguntó.

—Arcilla azul. Conchas machacadas para el color blanco. Secaban cosas al sol, o las quemaban, para conseguir los colores que querían. Carbón vegetal, evidentemente. Savia de árboles, bayas. ¿Por qué? —Abrió los ojos y le miró.

—Sólo para que no deje de hablar —dijo Tallow—. Ha sufrido una conmoción, después de todo. ¿Dónde está su perra?

—Tengo a una que la saca a pasear de día. Se llevó a la perra y yo fui a por algo que comer. Mi marido pasea a la perra de noche.

Emily parecía deslizarse hacia un estado de... él no diría indiferencia, pero sin duda de distanciaci3n y apatía. Su voz procedía de alg3n sitio profundo de su interior, un sitio polvoriento que tenía que hacer un largo recorrido para hacer acto de presencia en el mundo. El mismo punto lejano del que a veces, durante los últimos años, en raros momentos de consciencia de sí mismo, había oído que procedía su propia voz.

Los dos últimos días habían devuelto a Tallow al mundo. Dos días antes, él habría fingido que no era policía para así ignorar los gritos de Emily y meterse en el coche con su comida. En la época anterior a esos dos últimos días, lo hacía todo de otra manera. Lo que significaba que hacía lo menos posible. Los casos se solucionaban porque no eran muy complicados.

Estaba de vuelta en el mundo, pensando activamente, interesado por la gente, y se dio cuenta con una sensación de frío vacío en las tripas de que era eso lo que estaba haciendo que los fragmentos dispersos de aquel espantoso caso capaz de terminar con una carrera se fueran reuniendo lentamente. Sus tripas se congelaron más y se fue sintiendo peor según seguía pensando.

—¿Entonces quién era el hombre? —dijo Tallow, en voz baja.

—¿Qué? —Ella estaba lejos, y el miedo estaba echando a perder repentinamente el decorado exterior.

—El sin techo que le asustó. ¿Quién creyó que era?

—Nadie —susurró Emily, y apartó su cara de él.

Tallow condujo para entrar en el Aer Keep. La puerta principal era un puesto de control al que no avergonzaba su aspecto típico de la Guerra Fría. Tallow enseñó su placa a la guardia de seguridad, fijándose en que la mujer llevaba la misma insignia de Spearpoint que los inútiles de Vivicy. La guardia se inclinó y miró dentro de su coche.

—Señora Westover, ¿va todo bien? —preguntó.

—Sí, Hannah, estoy perfectamente. Me encontré mal y este amable policía dijo que me traería a casa. ¿Ya ha llegado mi marido?

—Sí, señora. ¿Necesita algo? ¿Debería mandar al médico del edificio que subiera a su casa?

—Estoy bien, Hannah, en serio. Puede que me haya olvidado de comer o algo así. Pero gracias.

La guardia sonrió de un modo que daba a entender que esperaba que había hecho lo suficiente, por si alguien que controlaba su puesto de trabajo pudiera preguntárselo más tarde, y la barrera se levantó admitiendo el coche dentro del Keep.

—Baje al garaje —dijo Emily. Tallow condujo hasta la entrada de éste, desde donde bajó hasta las tripas del Keep, y se detuvo. Rebuscó en su cartera y sacó una de sus tarjetas. Extrajo su bolígrafo del bolsillo interior y escribió el número de su móvil en la tarjeta.

—Tome —dijo, poniéndosela en la mano—. El número que acabo de escribir contacta con mi teléfono móvil, día o noche.

Y no duermo mucho. Si hay algo por lo que me quiera llamar alguna vez, algo que le preocupe alguna vez, algo que le pase y por lo que necesite ayuda, llame a ese número. Ese número es su nuevo 911, ¿entendido? Incluso si sólo quiere hablar de historia. Ese número.

—Entendido —dijo ella—. Muy bien. —Cerró con una cremallera uno de los curiosos vestíbulos de su chaqueta con la tarjeta dentro.

Tallow bajó hasta la isleta. Allí abajo había luz, y Tallow volvió a pensar en las minas. La calzada se bifurcaba; fue por la derecha, lo que les llevó haciendo una curva hasta las resplandecientes puertas del vestíbulo principal. Allí había más guardias, y uno se acercó al coche cuando Tallow se apeaba.

—Aquí no puede aparcar, señor.

Tallow enseñó su placa al hombre.

—Sí, yo puedo.

—En realidad, señor... —empezó el hombre, pero Tallow ya estaba rodeando el coche para ayudar a que saliese Emily. El guardia la vio; sus rasgos se crisparon de frustración, y se mostró obediente sólo en la voz. Tallow sabía cuándo alguien grababa en la memoria su cara con objeto de hacerle algo primitivo más tarde, y el guardia le estaba lanzando una prolongada mirada hostil. Tallow le dio a Emily su bolso y, con una sonrisa, su sándwich. La agarró del codo, con cuidado, y la llevó sorteando al guardia. Tallow también le lanzó una buena mirada al guardia, y le dedicó una sonrisa inexpresiva de tiburón, sólo para joderle.

Los resplandecientes cristales del frontal del vestíbulo se deslizaron para abrirse y admitir a Tallow y Emily. Nada más entrar, un hombre sólido unos centímetros más bajo y kilómetros en mejor forma que Tallow estaba hablando con un hombre más joven de una delgadez atlética con un elegante traje negro y un auricular Bluetooth. Tras un par de pasos por el vestíbulo, Tallow vio la insignia de Spearpoint muy

discreta en la solapa del más joven.

Jason Westover recibió a su mujer con un cálido y comprensivo:

—¿Las llaves del coche?

Emily las sacó torpemente de su bolso y se las entregó a Westover, que se las tiró al hombre más joven. El hombre más joven hizo una inclinación de cabeza a Westover, otra vez discreto y con algo de servilismo, y se marchó rápidamente.

—Usted es el inspector... Tallow —dijo Westover. Tallow sintió un hormigueo en la piel. Algo no acababa de ir bien, y no estaba seguro de qué.

—Eso mismo. Y aquí tiene a su mujer, sana y salva.

—Por supuesto —dijo Jason Westover, y estiró una mano hacia ella. De modo parecido a como lo haría alguien al que se le acabara de informar de que había dejado su teléfono móvil encima de la mesa, pensó Tallow. Westover la estaba examinando con los ojos de un hombre que busca fugas en un recipiente.

—Sólo por curiosidad, señor Westover. ¿A qué negocios se dedica?

—Dirijo Spearpoint Security. Fundador y dueño. ¿Por qué?

—Como le digo, sólo por curiosidad. Por suerte pudo abandonar la oficina con tanta rapidez. Pero cuando uno es el dueño de la oficina, supongo que es más fácil. Bien, su mujer está entera. Sinceramente, ha sido una compañía estupenda, y un placer conocerles a los dos.

—Es usted muy amable —mintió Westover.

—Sólo me alegra haberles servido de ayuda. Su mujer sufrió un sobresalto, y la verdad es que estaba preocupado por la posibilidad de que ella volviera conduciendo a casa. Tengo entendido que en el edificio hay un servicio médico, ¿no? No estaría mal que la reconociera alguien. Los sustos pueden resultar cosa fea. Pueden afectarle a uno de improviso.

—Sí —dijo Westover, sin entonación, tratando de no apartar los ojos de Tallow cuando ella se daba la vuelta—. Gracias.

—Se aseguró de que ella veía una sonrisa en su cara que dijera que estaba bien y se dio la vuelta también con un: —Que pase un buen día.

Tallow dejó que las puertas se deslizaran al abrirse de modo que el sonido siguiese en el aire, pero se detuvo para mirar a Westover, que llevaba rápidamente a su mujer hacia los ascensores. Le hablaba de modo tenso e insistente. Tallow vio que la mano libre de ella se cerraba en un puño.

Tallow fue a su coche. El guardia todavía estaba parado junto a él. Tallow volvió a sonreír, y movió la cabeza a un lado y a otro.

—Vine a dejar a una residente —dijo—. No hay motivo para estar tenso, ¿vale? Me marcho.

—Aquí tenemos leyes —dijo el guardia, estirándose e hinchando el pecho.

—¿Leyes? —preguntó Tallow, riendo—. ¿Aquí? Suena como si este sitio no

formara parte de Nueva York, colega.

El guardia, ante el asombro de Tallow, dio un paso hacia él.

—Y no forma parte. Lo que pasa es que se encuentra allí. Y mi trabajo es mantener la ley aquí. Colega.

Tallow dejó de andar. El guardia dio otro paso hacia él.

—Oye —dijo Tallow—, ¿sabes la diferencia que hay entre tú y yo?

—No hay ninguna diferencia —dijo el guardia—, como no sea que aquí soy yo el que te dice cuál es la ley.

—No —dijo Tallow—. La diferencia es que a veces tú te quitas ese resplandeciente uniforme que algún mentiroso probablemente te dijo que era antibalas, y esa enorme pistola que nunca ha sido disparada contra nada que no sea un blanco de papel, y te vistes como un tipo normal y tienes tus días libres y andas por ahí como si fueras una persona como las demás. ¿Entendido? Yo soy un agente de policía de la ciudad de Nueva York. No vivo como una persona normal. No tengo días libres. Nunca. Así que cuando me veas por la calle, piénsate dos veces lo que has estado soñando con hacer los últimos cinco minutos. Piensa un poco en eso antes de que alguna vez des un paso más para acercarte a mí.

El guardia dio un paso atrás.

—Que lo pase usted bien lo que le queda de guardia, señor —dijo Tallow, y se montó en su coche y se alejó lo más despacio que pudo. Nunca entendería por qué todos querían encasquetarle los malos rollos con los que cargaban.

Veinticuatro

Tallow dobló la esquina para entrar en el despacho de Bat y Scarly y lo recibió un gran robot japonés de plástico encima de la mesa que movía los brazos y gritaba: Di hola a mi amiguito, con una voz procesada electrónicamente, mientras un pequeño pene de plástico sobresalía repetidamente en su entrepierna por medio de una especie de émbolo metálico.

Bat surgió de detrás de aquella cosa.

—No pienses mal —dijo—. Me aburría.

—¿No tienes bastante que hacer? —preguntó Tallow, dejando los tres sándwiches encima de la mesa al lado del robot, que resultó que estaba conectado a una caja plana color crema situada detrás de él.

—Oye, uno nunca sabe cuándo podría necesitar en el futuro un Robot Jódete gigante conectado a un detector de movimientos tuneado. También conseguimos los resultados de la investigación de esa jodida pistola de chispa absurda.

—¿Qué conseguisteis?

—¿Has traído la comida?

—Tú no aguantas la comida.

—La bolsa de la muerte piensa por sí misma. Dame la comida.

—Está encima de la mesa. Cuenta.

—Hay un motivo para que montase el jodido Robot Jódete.

—Habla o te pego un tiro.

—Víctima, Philip Thomas Lyman, con residencia en Rochester, Nueva York. Es bastante raro, pero dirigía una empresa de seguridad que se llama Varangian. Por entonces le iba bien con ella. Murió en el centro de la ciudad mientras hacía una visita de negocios.

Tallow agarró uno de los sándwiches y salió de la habitación, diciendo únicamente:

—Estaré abajo.

Tallow anduvo por la reproducción del apartamento, comiendo su sándwich sin saborearlo, examinando la falsa habitación desde fuera, poniendo a prueba sus estructuras mentales. Los cimientos de los hechos, los andamios de la especulación.

Intercambiaba adornos y placas, recomponía lo que sabía y lo que sospechaba en distintas configuraciones. Terminó el sándwich y tiró el envoltorio, dirigiéndose a la mesa. Arrancó un par de hojas de la planta de tabaco, las deshizo hasta que los trozos eran demasiado pequeños para manejarlos con los dedos y los dejó caer en el mortero. Tallow machacó los trozos con el mango, dándose prisa, sin dejar de pensar, con ganas de tenerlo terminado. Los aceites desprendidos por las hojas le picaron la nariz. El olor no estaba bien. Puso los trozos en la bandeja de estaño, la inclinó, sacó

su nuevo encendedor y les prendió fuego, moviendo la llama hasta que la sustancia machacada verde empezó a humear.

Llevó la bandeja hasta la reproducción y la dejó en el centro. El humo subía. Ascendía y daba vueltas como un delgado árbol oscuro, y cuando sobrepasó a Tallow, éste empujó las espirales hacia el techo con las yemas de los dedos, y lo supo.

Tallow se quedó quieto entre el humo, y lo respiró, y el olor estaba cerca de ser el adecuado, estaba cerca del matiz dominante que percibió en el apartamento de Pearl, y poco a poco fue girando y vio las armas que envolvían la habitación, formando contornos y espacios para contornos futuros pero dando vueltas, girando y deslizándose por encima de las paredes del apartamento y el suelo.

Tallow sabía que conocía al hombre que disparó todas aquellas armas.

—¿Qué estás haciendo, John? —preguntó Scarly. Él tampoco había oído el ascensor esta vez, y eso supuso una advertencia: estar en el mundo. No quedar atrapado.

—Pensando —dijo—. ¿Qué has conseguido tú?

—La pintura. Un grano en el culo, es lo que eres. La pintura blanca parece que son conchas de ostra machacadas y huevo. ¿Dónde coño se consiguen conchas de ostra para que las machaque un hombre de las cavernas?

—El cualquier contenedor de basura de la calle Mulberry. Y no es pintura de hombre de las cavernas. ¿Algo más?

—Arcilla. Zumo de mora para el púrpura. Ese tipo de cosas.

—¿ADN?

—Estoy por lo menos a un día de saber eso. Y claro que es pintura de hombre de las cavernas.

—Es pintura de nativos americanos. Nuestro hombre cree que él es un nativo americano. O quiere ser un nativo americano.

—¿Cómo has concluido eso?

—Y esto. Y algo más. Y también lo he visto.

Scarly se metió en la reproducción.

—¿Qué acabas de decir?

—Creo que lo vi. Ayer. Estaba sentado frente al edificio de Pearl cuando fui allí para echar otra ojeada a la escena. No estaban los de recogida de datos, era un cambio de turno, y los siguientes se retrasaban. Me gorroneó un cigarrillo. Me habló de cosas sobre los nativos americanos. Sobre el tabaco, y el fumar. Era él. El motivo por el que me retrasé con la comida es que conocí a una mujer que creo que marginalmente está relacionada con todo el asunto. Un sin techo pasa con plumas en el sombrero como en una comedia de indios, ella se descontrola y le oigo decir, al menos una vez: «Creí que era él».

—John, si te encontraste con ese tipo, de verdad, podría haberte matado. Coño, no

sé por qué no te mató.

—¿Es que no lo entiendes todavía, Scarly? No me podía matar. No tenía el arma adecuada. Mira todo esto. Todo esto es la prueba de que se trata de un hombre que empareja sus armas con sus asesinatos de acuerdo con alguna lógica compulsiva, demente. Mató a un sujeto dueño de una agencia de seguridad de Rochester con la pistola que se usó para cometer el primer asesinato en Rochester. Tenemos su colección. Él no esperaba encontrarse conmigo en la calle. No tenía el arma adecuada para matarme.

—Eso es una puta suposición.

—Parece la adecuada.

—Me refiero a lo del arma. —Scarly frunció el ceño—. Podría haber decidido sin más que tú eras un animal o un estorbo y darte una puñalada.

Tallow se quitó con la lengua un poco de cebolla de los molares izquierdos.

—Eres un rayito de sol, Scarly.

—¿Quieres a alguien que lo dibuje? ¿Probar con un diseño digital?

—Fuiste tú la que le llamó fantasma. No. Tenemos que esperar que haya dejado algo de su ADN en la pintura. —Tallow volvió a examinar la reproducción—. Esto va de fantasmas. Y de planos. Voy a necesitar un plano. Un plano la hostia de grande de la parte baja de Manhattan. Y algunos libros más.

—¿Te sirve esto de algo? —preguntó Scarly, recorriendo por su cuenta la habitación.

—Ayuda.

—Me gustaría ver el sitio de verdad.

—A mí también. Se podrían haber identificado algunos de los olores, por lo menos. Y todavía no sé cómo funcionaba esa puerta.

Scarly dio unos pasos hasta las fotografías de la parte interior de la puerta principal del apartamento.

—Sí —dijo—. Bat estuvo mirando éstas. Creyó que conseguiría resolver el rompecabezas si las pudiera ver como es debido, pero las fotos no contienen información suficiente. —Volvió a mirar a Tallow, ojos entornados—. ¿Crees de verdad que estuviste con él?

—Estuve de verdad.

—Hay que joderse. No se lo cuentes a nadie más, ¿entendido? No querrás ser el que habló con el sospechoso y dejó marchar al muy cabrón, supongo.

—No —dijo Tallow, sintiéndose de nuevo al nivel del suelo con un estremecimiento gélido—. No, supongo que no quiero.

Scarly pasó junto a él camino del ascensor, dándole un golpecito en el brazo.

—Así debe ser, coño.

—Gracias por apoyarme.

—Tienes toda la razón, John. Además has traído cosas ricas para comer. Aunque fuera un poco tarde. Ven. Terminaremos con la sesión de toqueteos con el robot de mi retrasado mental preferido y podrás llevarnos en coche a la calle Pearl. Le echaremos una ojeada a esa puerta. Es alguna de esas mierdas de máxima seguridad, y por lo menos quiero saber cómo funciona.

Las palabras máxima seguridad resonaron dentro de la cabeza de Tallow. Uno de los invisibles engranajes de la última composición mental que había hecho se hacía más sólido.

Fueron a recoger a Bat, que estaba encorvado encima de la mesa mirando unos documentos y encogiéndose de hombros.

—Recibimos algunos informes más de balística. John, ¿conoces a un individuo que se llama Delmore Tenn?

—¿Del Tenn? —dijo Tallow—. Claro que sí. Fue durante un tiempo ayudante del fiscal de Manhattan Sur. Hace años.

Hubo algún accidente, lo jubilaron... Quiero decir que mataron a su hija pequeña. O algo así. El jodido cabrón quedó destrozado.

—Sí —dijo Bat, sin apartar los ojos del papel—. Una bala perdida durante una pelea entre bandas. A su hija le dieron un tiro en la cabeza. Pero nunca encontraron el arma.

—¡No!

—Una pistola Kimber Aegis. Le hicieron algo raro, como si hubieran querido joder el cañón. Tendría que haber una señal que hiciera coincidir la bala con la pistola. Si se encuentra la pistola alguna vez.

—¡Dios mío!

—¿Sabes qué es lo peor? —dijo Bat; su voz se fue apagando y quedó sin entonación—. La niña se llamaba Kimberly.

Nadie hubiera pensado dos veces en ello en aquel momento. O como mucho hubiera hecho un chiste. A Kim la mataron con una Kimber.

Tallow no tenía nada que decir.

Bat se abrazó el cuerpo con fuerza.

—¿De qué hostias nos estamos ocupando? ¿Qué coño está pasando?

Scarly le rodeó para agarrar un abrigo ligero que estaba caído junto a la mesa de trabajo.

—Vamos a echarle una ojeada al apartamento de Pearl.

Bat quiso protestar, o quizá explicar algo, pero perdió de modo visible la energía incluso para eso cuando abrió la boca.

Así que se levantó, fue a una hilera de cajones con una tambaleante pila de papeles y carpetas puesta encima, abrió el segundo cajón y sacó una pistolera. Se sujetó en silencio la pistolera con el arma al cinturón, agarró un mugriento macuto de

lona de detrás de la mesa de trabajo y luego se la puso en bandolera al pasar junto a Scarly y Tallow camino del ascensor.

Scarly miró cómo se iba y luego, con la boca formando una delgada línea, fue al cajón de arriba, sacó una pistolera y se la sujetó al cinturón. Se echó por los hombros su abrigo ligero, arqueó una ceja en dirección a Tallow como desafiándole a que dijera algo y pasó junto a él hacia los ascensores.

Tallow se levantó y recolocó su propia arma.

—Joder, no me dijiste que trajera una pala —dijo Bat.

—Métete de una jodida vez en la parte de atrás del coche —dijo Scarly.

—Lo haría, pero no he traído ninguna jodida cuerda. En serio, John, ¿cómo te arreglas para que tu parachoques trasero no vaya arrastrándose por la jodida calle?

—Bat, sólo... no sé, sólo hay que darle un empujón a todo.

—¿Y si se produce un corrimiento de tierra? Puede que no se me volviera a ver. Dios, ¿qué son todas estas cosas?

Tallow se pasó una mano por el pelo.

—¿Es que vosotros trabajáis en el retrete de los hermanos Collyer y por eso os molesta tanto eso? Empújalo a un lado.

Sube.

—¿Los Collyer quién?

—Súbete atrás o métete en el maletero, Bat.

—Vale, vale. Pero lo que te digo es que creo que veo los rollos del mar Muerto en el fondo de todo esto, y sólo me subo aquí porque me da miedo lo que haya en el maletero.

Scarly se subió al asiento del acompañante, lo que a Tallow le resultaba casi tan raro como la insistente extrañeza que le producía estar él en el asiento del conductor.

—¿Quiénes eran los hermanos Collyer? —preguntó ella.

—Langley y Homer Collyer. Primera mitad del siglo xx. Dos ermitaños de Harlem, que vivían en el puto extremo de la Quinta Avenida.

Tallow empezó a conducir el coche, alejándose de Jefatura.

—Lo de ser raro venía de familia. Su padre iba al trabajo remando en una canoa East River abajo hasta la isla Roosevelt.

En algún momento hacia 1925, el padre desapareció, la madre murió, y a los dos hermanos les dejaron esa casa. Los vecinos creyeron que eran unos ricos excéntricos y empezaron a husmear por la casa, y trataron de romper una ventana o dos. Pero los Collyer en realidad eran muy pobres y encima estaban un poco locos. Así que cerraron las ventanas clavando unas tablas, instalaron cepos, y sólo salían de noche. Andaban evitando a la gente y recogían cosas que les parecían útiles o interesantes o capaces de convertirse en trampas o armas, y se las llevaban a casa. Que no es, por si no lo sabéis, muy diferente de vuestro asqueroso despacho, excepto en que a vosotros

os llevan las cosas.

—¿Entonces es de eso de lo que tienes lleno el coche? —dijo un encogido Bat desde la parte de atrás, con aspecto de ser el origami más feo del mundo—. ¿Historia del Nueva York oculto? Da lo mismo. No suena tan mal. Me encanta no hacer nada excepto reunir mierdas el día entero.

Tallow soltó una risita seca.

—Entonces en 1947 toda la manzana queda invadida por aquel hedor espantoso. Los únicos que no se quejan de él son los Collyer. Así que al final la gente entra. Y descubre que toda la basura que habían estado tirando los de la manzana durante los últimos veinte años la habían recogido y almacenado los Collyer. Ciento treinta toneladas de basura. Veinticinco mil libros, catorce pianos, la mayor parte de un coche, partes de personas, incontables periódicos y cajas. Sólo se podía andar por allí por túneles y a gatas. A Homer Collyer lo encontraron muerto de un ataque al corazón por culpa del hambre. Quince años antes sus ojos habían sufrido hemorragias que lo dejaron ciego, y había quedado completamente paralítico debido a un reuma sin tratar. A Langley Collyer lo encontraron en uno de los túneles. Daba la impresión que le estaba llevando comida a Homer cuando tropezó con una de sus propias trampas y murió aplastado por una pesada maleta y tres enormes fardos de periódicos.

El origen del hedor era él. Al ciego y viejo Homer le llevó otra semana morir.

—Posiblemente preguntándose dónde estaba su hermano con la comida —dijo Scarly—. Por eso tú tienes que llamar a la gente cuando traes sándwiches y te vas a retrasar, John.

—¿Partes de personas? —preguntó Bat.

—Órganos humanos en botes, cosas de ese tipo. Su padre era médico, pero ginecólogo. Así que supongo que no eran recuerdos de familia suyos. Ah, y, claro, también encontraron un gran depósito de armas y municiones. Al final tuvieron que tirar abajo la casa entera.

—Así será el aspecto del segundo apartamento de nuestro hombre —dijo Bat, tratando de quitarse las rodillas de debajo de la barbilla.

—¿Cómo?

—Bueno, él no dormía en el 3A, ¿verdad? Y no iba a dormir en la calle. Tiene que tener un segundo apartamento, y cuando lo encontremos, estará lleno de revistas y recortes y mierdas así sobre armas. Ese sujeto sabe de armas y es muy capaz de investigar sobre ellas. Si no, no habría encontrado la de Rochester. Hostias, no debe de haber sabido nada del hijo de Sam.

—Sí de cuestiones de nativos americanos —comentó Scarly.

—No importa —dijo Bat—. Él puede creer que es Gerónimo o lo que sea, pero no puede huir de lo que le demuestran sus ojos el cien por cien del tiempo. El muy

cabrón se maneja demasiado bien para eso. Hasta el hombre que creía que su mujer era un sombrero sabía dónde estaba. Hasta si está tan loco como se pueda estar las veces que se maneja bien... y esto significa que se pase incluso seis horas al día haciendo pequeños penachos de guerra para sus propios zurullos y los manda a Central Park para que ataquen a Custer... todavía es consciente de que está en el mundo moderno y tiene que estudiarlo con objeto de servirse de él del modo adecuado.

Un mensajero en bicicleta pasó disparado junto al coche, tratando de meter la nariz en el mejor ángulo de ataque del puente de Brooklyn. Tallow pisó los frenos para dejar que el ciclista le adelantase. Éste no dio las gracias a Tallow, pero Tallow no lo había hecho por él.

—Él se fija en la historia moderna —dijo Tallow, después de pensar—, pero no vive en ella. Yo conozco la historia moderna de mi ciudad, pero él vive en una historia profunda. Yo no le vi, y él no me vio a mí, porque nos movemos por dos ciudades distintas.

—¿Cuándo tuviste tiempo hoy para colocarte? —dijo Scarly—. ¿Y por qué no fumaste con nosotros? Creí que contabas con nosotros. Cabrón.

—¿Él no te vio? —preguntó Bat con tiento—. Eso significa que te vio, ¿no? ¿Lo viste tú?

—Eso cree él —dijo Scarly, rápidamente—. Y nos lo guardamos para nosotros.

Para impedir de momento que la conversación siguiera tratando de aquel asunto, Tallow encendió bruscamente la radio. Al instante la emisora de la policía soltaba horrores.

Un niño de diez años muerto por un tiro en el sur del Bronx. Según la conversación que se mantenía al respecto, los tres que le atacaron habían intentado pegar a su padre. El padre estaba empujando un cochecito de bebé. El bebé de dentro estaba muerto, conservado y pintado, con paquetes de heroína dentro de su estómago vaciado.

Una pareja de viejos de Queens encontrada muerta como si a los dos los hubieran ejecutado en su propia cama. Alguien se había acercado a la cama y les había disparado en la cabeza mientras dormían. Había semen reciente esparcido sobre las heridas. Su hijo había desaparecido.

Un hombre despedazado hasta morir con una pala afilada por un vecino suyo en Brooklyn, supuesta conclusión de una riña por una barbacoa prestada. La víctima estaba arreglando su coche en el momento del ataque.

Un obrero de la construcción empujó a una enfermera dentro del servicio de un bar de Hell's Kitchen. La enfermera podría haberse defendido, dijo el agente que respondía, pero el compañero de éste podría perder un ojo.

Un agente en Briarwood se ocupaba del explosivo descubrimiento de que en un

pequeño restaurante guardaban armas y al menos un kilo de coca en la parte de atrás. Estaban distribuyendo la coca allí mismo, en la cocina, y mandando papelines con los pedidos de comida.

—¡La madre que los parió! —dijo Scarly.

El violador en serie al que algunos graciosos estaban empezando a llamar «El del cristal por el culo» había vuelto a actuar en Park Slope a primera hora de la mañana. Terminaba sus agresiones introduciendo en la vagina de la víctima un tarro o una botella de cristal que luego rompía. Tensión en las voces de los agentes: nadie vio nada, nadie sabía nada, a nadie le importaba una mierda.

Habían arrojado un envase con ácido para baterías y amoniaco a la cara de un agente de la autoridad portuaria, allá donde la Avenida Doce se cruza con la autopista Joe DiMaggio. A los policías que acudieron les daban arcadas cuando mencionaban que la cara de aquel hombre se había vuelto un queso blando caliente y se le pegaba a los hombros y el pecho.

Según los testigos, un hombre intentó atracar una sucursal del Chase Bank en la Quinta Avenida cerca de la calle Veintisiete Este, luego declaró que era un «ángel del matadero», salió fuera, disparó a uno de correos que pasaba, apretó su arma contra su propio ojo, exclamó en voz alta: «Disneylandia también era una mierda», y apretó el gatillo.

—El tipo tenía su punto —dijo Bat—. Barrio Sésamo también me producía pesadillas. ¿Aquello que vivía dentro del cubo de basura? Juro que fue eso lo que me inclinó a hacerme policía.

Tallow examinó a Bat por el espejo retrovisor en busca de más signos de enfermedad mental.

—Te estás quedando conmigo.

—Aquello vivía dentro de un cubo de basura, comía mierda e insultaba a la gente. ¿Cuántos más delitos quieres? Apaga ese puto aparato. Deprime.

—Me gusta —dijo Tallow—. ¿Sabes que una vez hubo un sitio web que ponía música ambiental en la frecuencia del Departamento de Policía de Los Ángeles? Intenté probarlo en el coche, con un lector de CD. Fue agradable.

—¿Es que te dejan tener lectores de CD en los coches patrulla? —preguntó Scarly.

—En realidad, no. Es por lo que lo arrancó mi compañero. Por eso y porque no le gustaba la música. Yo no le dejaba poner una radio por satélite para que escuchara sus tertulias para retrasados, así las llamábamos, y sólo escuchaba la frecuencia de la policía. Como digo, llegó a gustarme. Muchas informaciones.

—Mucha mierda —murmuró Bat—. Me saca de quicio escuchar eso todo el puto día. Es como una corriente continua de:

«Oye, esta cosa tan loca y desagradable acaba de pasar, y oye, aquí hay otra, y

otra, y otra. ¿Todavía no te echa humo el cerebro?». Es como ese porno de las catástrofes o algo así.

Tallow tuvo que reconocer, aunque sólo para sí mismo, que las cosas sonaban peor que ayer. Se lo quitó de encima encogiéndose de hombros mientras metía el coche en un espacio detrás de la furgoneta de los de recogida de datos en la calle Pearl. Al bajarse tuvo que mirar a su alrededor para ver si había cerca un hombre con un pesado abrigo de ante parado a la espera. Cuando estuvo seguro de que no, precedió a los dos de la científica hacia el edificio.

Las puertas se abrieron violentamente antes de que Tallow llegara a ellas, y los dos de recogida de datos que había visto el día anterior se abrieron paso tropezando, encorvados y cabreados por la acera con su carro de mano de dos ruedas lleno de cajas de plástico apilables.

—Cabronazo —le dijo uno a Tallow.

—Encantado de volver a verte —dijo Tallow—. ¿Qué es esto? ¿El descanso para comer o el cambio de turno?

—Nada de eso. Nos largamos.

—Esto es lo último con lo que cargamos —dijo el otro—. Nuestros conocimientos tienen que utilizarse en otro sitio.

Nuestros conocimientos le han limpiado el culo a los de la científica.

Tallow lanzó una mirada que incluía a Bat y Scarly y decía: No, eh. Ellos enseñaron los dientes como perros mal adiestrados a los que se dice que no comen al bebé de los vecinos. Tallow se dio la vuelta hacia los de recogida de datos, que estaban cargando sus cajas en la parte trasera de la furgoneta.

—Nosotros no hemos terminado aquí —dijo Tallow.

—Bueno —dijo el primero—, pues nosotros hemos terminado del todo con esto, joder. Recibimos orden. Por qué no dieron la orden hace dos días, cuando empezamos a trasladar tu puta coleccioncita, no lo sé, joder. Pero alguien ha visto la luz, y nos ha liberado.

El segundo ya se había subido al asiento del conductor.

—Y os quedáis jodidos. Pero no nos importa. ¿Qué clase de gilipollas va a dejar esta clase mierda en el Departamento de Policía de Nueva York?

—Vosotros —dijo el primero, señalando a Tallow con el dedo y subiéndose al asiento del acompañante de la furgoneta.

Se alejaron.

—¿Qué coño está pasando? —preguntó Scarly.

Tallow sacó su teléfono.

—No sé —dijo—, pero mi jefa por lo menos se puede enterar.

Mientras llamaba, se detuvo otra furgoneta en el espacio que había dejado vacío el vehículo de los de recogida de datos.

Tallow la miró, se fijó en lo que estaba mirando y canceló la llamada. La camioneta llevaba el logotipo de Spearpoint en los lados.

Tallow, con voz tensa, dijo rápidamente:

—Dejadme que hable yo. Vosotros no digáis ni palabra. —Ellos notaron el tono, asintieron con la cabeza y dieron unos pasos atrás.

La conductora se bajó, una mujer atlética con uniforme de Spearpoint que llevaba el pelo muy corto y tenía una cicatriz ondulante que le recorría un lado del cuello y no se molestaba en ocultar. Llevaba una pistola extraña de aspecto brutal dentro de una cartuchera con bordes metálicos que estaba hecha de modo que el arma se pudiera sacar con facilidad a pesar de los extraños accesorios que colgaban debajo del cañón. Miró a Tallow cuando empezaba a andar hacia la parte trasera de la camioneta.

—Haga el favor de apartarse, señor —dijo, de manera no poco amable.

Tallow le enseñó la placa.

—Todavía no. ¿Puedo ayudarle en algo?

—¡Oh! —exclamó ella, con una sonrisa—. ¡Sí! Hemos venido a ocuparnos de la escena de un crimen de este edificio de aquí.

—¿De verdad? —preguntó Tallow.

—De verdad —dijo el otro empleado de Spearpoint mientras se bajaba del asiento del pasajero, un hombre de menos de uno ochenta de estatura que muy probablemente sabía el nombre de la mayor parte de los músculos de su cuerpo. Hizo el sencillo acto de pestañear como si estuviera quemando odiosas células de grasa—. ¿Hay algún problema, agente?

Tallow vio que los dos llevaban unos aparatos sólidos con pantalla táctil en el cinturón. Auriculares Bluetooth, y unas extrañas tiras con pantalla táctil sujetas al pecho donde deberían haber estado normalmente las placas con sus nombres.

—Inspector —dijo Tallow—. ¿Y sabe una cosa? Yo todavía no lo sé. Estoy acostumbrado a que las escenas del crimen las investiguen los de la unidad de recogida de datos. ¿Qué tal si me dicen por qué han venido aquí y nosotros nos ocupamos de las cosas de allí?

El tipo abrió las puertas traseras de la camioneta, evidentemente molesto porque no le permitían echarse encima de ellos y morderles.

—Nuestro jefe nos dijo que apareciésemos por aquí a recoger la basura del apartamento 3A.

La mujer era evidente que había decidido ocuparse de la defensa, y se puso entre Tallow y su compañero, aunque Tallow no se había movido.

—Nuestro jefe llamó a su jefe, supongo. Todo el mundo sabe que los de la científica están agobiados de trabajo, ¿no? Por eso se montó la unidad de recogida de datos, y ahora la unidad de recogida de datos está agobiada de trabajo. En especial

con un trabajo como éste, por lo que he oído de él. Así que nuestro jefe llamó a su jefe y ofreció utilizarnos... bueno, a nosotros.

—Bien —dijo Tallow—, es una actitud increíblemente amable. Pero tenemos que seguir procedimientos en una escena del delito que son un poco más complicados que «recoger la basura», por lo que este tipo de cosas no se subcontratan.

—Estamos perfectamente preparados —dijo el hombre, levantando una bolsa de deporte—. Por eso nos mandaron los de la oficina. Hemos hecho cursos y conseguido certificados. Coño, probablemente demos más en el clavo que esos de los científicos suyos. Ya sabe cómo es esa gente.

Tallow se movió entonces, para interponerse entre los de Spearpoint y los de la científica.

—Voy a tener que saber con quién habló su jefe.

Ella miró a su compañero, pasándose la lengua por los dientes. Él sacó una complicada carretilla cromada, volvió la vista y se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo ella, y dio un golpecito en el extremo derecho de la tira de cristal de su pecho. Inclino la cabeza, tocó con un dedo su auricular, y dijo:

—Operaciones, por favor.

—¡Ay, Dios mío! —dijo Bat muy bajo—. Tiene una chapa comunicadora como la de Star Trek.

—No, no la tiene —dijo Tallow—. Hay cosas muy parecidas que llevan años probando para uso de hospitales, con control de voz pero de una tecnología más básica. He leído algo al respecto en una revista. Sólo estamos viendo la versión más actualizada.

—Yo quiero una —dijo Bat.

—Podrás quitársela a su cadáver en cuanto haya terminado con ella —siseó Scarly.

—Portaos bien —susurró Tallow.

La mujer terminó una breve conversación e hizo un gesto a Tallow.

—Nos da vía libre para trabajar un tal capitán Waters del Primer Distrito.

Tallow se tragó la protesta que iba a hacer al oír el nombre, respiró y adoptó una máscara sonriente.

—Es el jefe de mi jefa. Iremos al apartamento con vosotros. No os perderemos de vista —dijo, alzando las manos.

Hemos venido para comprobar de nuevo la escena.

Ella sonrió con cierto alivio y, siguiendo el impulso de hacerse un amigo, tendió su mano.

—Guay. Yo soy Sophie.

Él le estrechó la mano, imitando la fuerza con que se la agarraba.

—Yo soy John. Éstos son mis colegas Scarlatta y Bat.

—¿Bat? —sonrió ella al de la científica, que estaba examinándole el pecho con objetivos tecnológicos—. ¿De qué es diminutivo?

—De Batimóvil —dijo él.

—Pórtate bien, maldita sea —dijo Tallow, avanzando para abrir las puertas del edificio de apartamentos.

Sophie se dispuso a agarrar la bolsa de deporte e hizo una mueca.

—Dios santo, Mike. ¿Has metido tu coche aquí dentro?

—Oye, no es problema mío si tu entrenamiento no fue tan duro como el mío.

Sophie levantó la bolsa de deportes. Al mirarla, Tallow se dio cuenta de que aunque para ella no era demasiado pesada, él mismo no habría sido capaz de levantarla de la acera. Mike cargó cajas de plástico plegadas en la carretilla, y Tallow mantuvo las puertas abiertas.

—Mike —dijo Mike, sin mirar a Tallow.

—John —dijo Tallow—. Bonita pistola.

Mike se detuvo cuando llegó al vestíbulo del edificio y apreció lo dicho por Tallow.

—Te has fijado, ¿eh?

—Me he fijado. No conozco la marca o las prestaciones.

—No podrías, colega. Éstas sólo las hacen para Spearpoint.

—¿Tenéis armas especiales? —preguntó Scarly, interesada a pesar de sí misma.

Mike disfrutó con la atención de Scarly.

—Claro. ¿Quieres verla?

—Mike —advirtió Sophie.

—Sólo era amable —dijo Mike, poniendo de pie la carretilla y sacando la sorprendente pistola.

—¿Es una SIG? —dijo Scarly, insegura, haciendo subir y bajar la pistola para examinar el objeto desde distintos ángulos.

—Es una SIG Sauer X911. Fabricada en exclusiva para Spearpoint. Fíjate. Está chapada por encima y en la empuñadura de ahí. Y fíjate en la empuñadura. Es de madera de granadillo negro africano. Esa mierda es tan dura que tienen que trabajarla con carburo de wolframio. Y el carburo de wolframio es la mierda que usan para los taladros de minas.

—¿Pero qué es lo que lleva encajado debajo del cañón, en el riel?

—Una cámara. ¿Que quiero aclarar algo? La cámara se pone en marcha y manda un vídeo al centro de operaciones de Spearpoint que corresponda. Que quiero abarcar esa sección, ¿ves? Se pone en marcha cuando alcanza la vertical, y eso, justo delante de los visores, es una pantalla de visión nocturna. La cámara sabe cuándo está oscuro y cambia a visión nocturna por su cuenta. Visión con láser en la parte delantera superior, ahí, ¿ves?

—Dios. Eso es una locura. Pero ¿todo eso no hace pesado el morro de esa cosa?

—Todo son materiales superligeros. Si hace algo, es facilitar la puntería. ¿No te he contado que he visto que estaban probando un modelo nuevo? ¿Un prototipo? Dispara cohetes.

—Te estás burlando de mí. ¿Como las antiguas Gyrojet?

—De ésas no sé. Pero he visto hacer pruebas con esta tan pequeña, y no tiene retroceso. Dispara un cohete del calibre 50 sin retroceso.

—¿Cuándo vas a dejar de presumir de los juguetes? —dijo Sophie, intentando ignorar que Bat estaba parado muy cerca de ella.

—Cuánto me gustaría casarme con tu pecho —dijo Bat.

—Bat. Ya está bien —soltó Tallow. Y luego a Sophie—. Se refiere a tus aparatos para comunicarte. A Bat le gusta la electrónica.

—En cualquier caso, no es muy apropiado —dijo Sophie, alejándose de Bat.

—Es de la científica —dijo Tallow con una sonrisa que no era la sonrisa maligna que esbozaba por dentro—. ¿Qué se le va a hacer? Ya sabes cómo son. —Tallow lamentó su segundo inmaduro placer cuando vio la cara de pena de ella. Había intentado ser atenta, y él la pisoteaba. Tallow deseó, y no por primera vez, comportarse mejor con la gente. En realidad, nunca le había pasado eso antes de estar en aquel sitio. Entonces se dio cuenta de que detestaba aquel edificio, aquel espacio sin aire con su pátina de mugre humana.

—¿Dónde está el ascensor? —preguntó Mike, enfundando su arma. Tallow se sintió un poco mejor al decirle a Mike que no había ascensor y fijarse en la cara que ponía. Pero entonces Mike agarró su carretilla, con cajas y todo, con una mano, le quitó la bolsa de deporte a Sophie con la otra y empezó a correr escalera arriba con un:

—El tercer piso, ¿no?

—Ahí va —dijo Scarly— un hombre que sabe los nombres de todos sus músculos.

—Acabo de pensar eso mismo —dijo Tallow—. Una auténtica rata de gimnasio.

—No, lo que digo yo es que les pone nombre a sus músculos. Que es un hombre que llama Steve a uno de sus músculos.

Tallow hizo un gesto con la mano a Sophie, diciendo:

—Tú primero —y luego agarró a Bat con firmeza por el cuello cuando trataba de seguirla—. Mantén el control, Bat.

—Sólo quiero tocarle la entrepierna. Donde tiene el aparato del cinturón.

—Yo te tocaré la entrepierna con mi pistola si no te dejas de esas mierdas, Bat —dijo Tallow, en voz menos alta—. No quiero que ninguno de los dos os perdáis ni uno solo de sus movimientos. Haced como si la escena del crimen fueron ellos.

—¿Todavía no nos quejamos? —dijo Scarly.

—Cuando lleguemos arriba. Pero que no sea como si te estuvieras quejando, ¿entendido? Que sea como que hacéis preguntas, aprendéis sus procedimientos, os preguntáis si su inteligente compañía os proporciona buenas ideas. ¿Estás conmigo?

—Vale, John.

Los dos de Spearpoint estaban mirando por el agujero de la pared del 3A.

—Hay que joderse —dijo Mike, arrancando la reciente cinta aislante de la policía—. Parece que se podría hacer en un par de viajes.

—Entonces —dijo Scarly—, ¿qué es lo que piensas hacer, Mike? Me refiero a cuando te hayas hecho cargo de las armas y cargado con ellas. ¿Vas a llevármelas directamente a la Jefatura de Policía? Tenemos un buen café.

—No —dijo Mike, con las manos en las rodillas, inclinado y mirando la habitación—. Ya es demasiado tarde. Esta noche las vamos a llevar a un almacén y las acercaremos mañana.

—Que las vas a llevar... —empezó Scarly. Tallow le puso una mano en el hombro. Ella se la quitó, pero sabía lo que significaba aquello... Muy bien. Sólo iba a decir que añade más eslabones a la cadena de pruebas, lo que significa más papeleo para los tuyos. Sería mucho más fácil llevarlo directamente a Jefatura.

—Tenemos gente que se encarga del papeleo —comentó Mike, distraídamente.

—Tienes que recordar —dijo Sophie, montando una caja de plástico— que contamos con mucho más personal que vosotros. Spearpoint invierte hasta el punto de hacer un trabajo como éste a favor de la ciudad sin cobrar nada.

—¿No le pasáis la factura al ayuntamiento? —dijo Tallow, auténticamente sorprendido.

—¿Por qué lo íbamos a hacer? Mal negocio.

—Yo tenía entendido que el mal negocio era que no te pagasen —dijo Bat, sin molestarse en congraciarse montándole otra caja a Sophie.

—Así no es como funciona. No terminas con tus competidores cobrando más. Bajas los precios, te haces útil, luego indispensable y luego sólo ofreces un servicio adicional por un poco más de dinero. Y luego otro. Y luego otro. Y antes de que los que mandan se enteren, te están dando todo su dinero y todos tus competidores han desaparecido.

Sophie se dio cuenta de lo que estaba diciendo y sonrió disculpándose.

—Ya sé a lo que suena, y lo siento. Pero la policía privada es el futuro. Y no es que ya no haya aquí policía privada, después de todo. Big Six Towers Public Safety, en Queens. Co-Op City DPs, en el Bronx.

—Aer Keep —dijo Tallow.

—¡Aer Keep! Eso somos nosotros, ¿sabes?

—¿De verdad?

—Sí. Por eso Spearpoint nos prepara para recogida de pruebas, y control de

multitudes, y ese tipo de cosas. Ya sabes.

Cuestiones policiales. Porque tiene mucho más sentido que lo hagamos nosotros. Y, ¿sabes?, somos totalmente de fiar, en aspectos que vosotros no lo sois. Me refiero a que pueden demandarnos por no prestar el servicio adecuado. A vosotros no pueden.

—¿Entonces así es como Spearpoint se convirtió en un gran negocio? ¿Mató a sus competidores uno a uno?

—Sólo estoy diciendo —dijo Sophie— que así es como se hacen las cosas. Y que a eso es a lo que tiende el futuro. Los servicios públicos no tienen los medios precisos, ¿sabes? Fíjate en esto. —Se señaló el aparato del cinturón—. ¿Ves esto de aquí? Por medio de esto los de operaciones saben en cualquier momento dónde estoy. Tiene una cerradura biométrica, así que sólo funciona conmigo. Tiene sensores del ambiente. Registra mis constantes vitales. Recorre la zona de modo general en busca de picos del nivel sonoro. Yo formo parte de la red de Spearpoint, y formo parte del mapa de Spearpoint.

—El mapa de Spearpoint —repitió Tallow.

—Claro. Es como... aquí estoy, en plena ciudad. Pero también soy un punto en el mapa que la recubre. Nuestro mapa.

Tenemos todos los datos sobre la circulación. Toda nuestra gente y unidades son puntos móviles del mapa. Tenemos zonas de seguridad por toda la ciudad; no están señaladas para el público, así que sólo las puedes ver si formas parte del mapa de Spearpoint. Tenemos registros con webcam que se corresponden en el mapa con... ¿cómo se llama, Mike?

—Seguridad ambiental —murmuró Mike desde dentro del 3A.

—Exacto. Seguridad ambiental. Por un precio simbólico, algunos dueños de tiendas tienen una pegatina en el escaparate que dice algo como «Este establecimiento está protegido por Spearpoint», y una tarjeta webcam con memoria wi-fi en ella. Y a lo que lo dispara lo llamamos el contacto. El contacto pasa de vuelta a nuestros servidores y es examinado por un lector de algoritmos, que es un elemento del software que puede ser tan listo como un cachorrillo. Está en guardia y ladra cuando pasa algo anormal de verdad en su campo de visión. Pero lo importante es que Spearpoint tiene cámaras funcionando en todo Manhattan, instaladas detrás de los escaparates de las tiendas, que nos mandan todo lo que ven. Vosotros eso no lo podéis hacer.

—Claro que no podemos hacer eso —dijo Bat—. Esa mierda del Gran Hermano ahora es cosa vuestra.

—Puede, si eso lo impone el Estado. Pero en este caso es un efecto secundario de una transferencia de poderes en materia de seguridad. Protección.

Bat soltó un bufido.

—¿Protección gangsteril? No. El cambio de poderes en materia de seguridad es

un efecto secundario de que tengáis vuestro sistema privado de cámaras instalado por todo Nueva York.

—¿Qué hostias? —dijo Mike.

Tallow entró en el apartamento delante de los demás y encontró a Mike con los brazos en jarra, mirando la parte interior de la puerta de entrada al apartamento. Bastantes de las armas de esa zona se las habían llevado los de recogida de pruebas, y Tallow no tuvo que andar de puntillas o estirarse para llegar ahora hasta allí.

—Sí, yo dije algo parecido —le dijo Tallow a Mike—. ¿Alguna idea de cómo funciona la cosa? Me tiene desconcertado.

—Claro —respondió Mike—. Es una de las nuestras. ¿Cómo coño la trajeron aquí?

Tallow había estado sintiéndose mal desde que se encontró con aquellos dos. Ahora en sus tripas sólo había hielo y acidez.

—Espera. ¿Me estás diciendo que éste es un sistema de seguridad de Spearpoint?

—Claro que lo parece, coño. ¿Sophie?

Sophie ya estaba allí, parada detrás de ellos.

—Sí. Yo creo que es la Spartan Wave, la séptima versión. De hace un par de años. De la mayor calidad.

Mike estaba tan pensativo como Tallow suponía que estaría él, buscando en su memoria como si realizara una labor manual.

—Claro. Una vez vi cómo instalaban una. Para un banquero. Le estábamos poniendo uno de éstos en la parte interior de la puerta de una habitación del pánico.

—Cuéntame cómo funciona —dijo Bat, inexpresivo, desde el otro lado de la puerta.

Mike quitó frotando algo de polvo del aparato. Scarly, en la visión periférica de Tallow, se encogió.

—Es un sistema de tarjetas mágicas. Lo que hemos hecho es coger la puerta que había y reformarla. Acero por dentro, sujeciones eléctricas...

—No sé lo que es eso.

—Unas barras que salen del interior de la puerta y se encajan en el marco y la cierran herméticamente —dijo Mike—. Y otras cosas, pero lo más importante es una batería de larga duración que alimenta un sensor de baja energía. Donde está tu compañero delgado, allí, te pones allí y mueves tu llave de tarjeta como una varita mágica, y la puerta se desbloquea.

—¿Entonces la tarjeta también tiene una fuente de energía?

—Sí, pero es como... ¿has visto esas deportivas que llevan los chicos con luces intermitentes en los talones? Funcionan con la energía que recogen al andar. Pues lo mismo con la tarjeta. La agitas un poco y recibe suficiente energía y la tarjeta abre la puerta. ¿Sin la varita mágica? Nadie entra en este apartamento. Puedes disparar un

lanzagranadas contra esta puerta y todavía te estará haciendo un corte de mangas cuando se despeje el humo.

—Imanes —dijo Bat. Tallow se alejó unos pasos, miró por el agujero y vio a Bat rebuscando en su macuto, con una tarjeta de crédito entre los dientes. Sacó una antigua lata redonda de tabaco a la que le había hecho algo. La lata tenía enroscadas tiras de metal y cables. La abrió y sacó un disco negro de metal con algunos elementos electrónicos ocultos pegados por detrás. Bat pulsó un pequeño interruptor pintado de rojo y pasó el disco desde el borde izquierdo de la puerta hasta la mitad.

Se oyó un clic. Hizo varios pases más a los dos lados y de arriba abajo. Bat puso el disco desactivado dentro de la lata y colocó la tarjeta de crédito en el lado de la puerta que contenía la cerradura original. A los diez segundos la puerta se abrió.

—¡Qué cojones! —exclamó Mike.

Bat se quedó en la puerta abierta y dijo:

—Yo soy un inspector de la unidad de policía científica del Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York, y tú un monstruoso mongólico de mierda, y puedo hacer lo que quiera.

—Creo que es hora de irse —dijo Tallow—. Encantado de haberos conocido —dijo a los de Spearpoint, y fue directamente a la escalera, sin mirar el sitio de la pared donde todo el contenido de la cabeza de su amigo Jim Rosato se había desparramado deslizándose hacia abajo.

Tallow no dejó de marcar el paso hasta que llegó al coche. Los de la científica iban diez segundos detrás de él, furiosos.

—Entrad —dijo Tallow—. Os llevaré de vuelta a Jefatura. Y luego voy a ver a mi teniente.

—Parece que más bien necesitas ver a tu capitán —refunfuñó Scarly.

—No. Necesito a mi teniente para entendérmelas con el capitán. Entrad.

Entraron. Tallow pisó a fondo. Scarly y Bat intercambiaron una mirada inquieta, pero ninguno de los dos preguntó a Tallow qué prisa había. En lugar de eso, Bat dijo:

—¿Hasta qué punto estamos jodidos? En una escala de uno a diez.

Tallow se tragó su primera respuesta después de masticarla un poco.

—Iba a decir trece. Pero, francamente, podríamos haber estado ya en trece incluso antes de que echaran a los perros nuestra colección de hipótesis. No tengo más que relaciones que no puedo demostrar que existen porque, oye, no hay pruebas.

Ni siquiera sabemos cuándo fue el asesinato más reciente de nuestro hombre. Los criminólogos se pondrían malos de risa ante cualquier cosa que les dijera en este momento.

Al mirar por el espejo retrovisor, Tallow vio que Bat jugueteaba con su tableta y su wi-fi Pod.

—Eh, Bat, la pregunta la has hecho tú. Escucha por lo menos.

—Estoy escuchando. Puedes seguir.

Tallow se dio cuenta de que no podía hacer más que seguir con aquello.

—Que como no encuentres algo de ADN en esa pintura, o la investigación de otra serie de armas no nos lleve a un asesinato de la semana pasada, lo que tenemos todavía tardará un tiempo en sernos útil. No. Deja que añada algo. Si las armas no nos llevan a algunos asesinatos más que puedan alumbrar un poco el escenario.

—¿Todavía quieres hablar con alguien del Depósito General? —preguntó Scarly.

—Mi teniente quiere trabajar siguiendo los canales autorizados. Pero en este momento basta con saber que el hombre tiene un contacto en ese depósito. Por cierto, ¿te has fijado en el olor del apartamento?

—Allí me distraje un poco, John —dijo Bat.

—Sí, lo imaginaba —dijo Tallow—. Hay que joderse.

—Me gustaría saber si alguien de Spearpoint tuvo un pequeño accidente en los dos últimos años —dijo Scarly, despacio—. Puede que uno de instalaciones.

—Coño —se las arregló para carraspear Tallow—. Has dado en el clavo.

—Tal vez nuestro hombre conoció a un técnico en instalaciones de Spearpoint en un bar y dijo: Oye, por dinero en mano y una generosa propina, a lo mejor me podrías ayudar. Y una puerta de seguridad pasó sin más de su almacén a la furgoneta del de instalaciones, y una tarde tranquila, o un domingo, instaló la puerta. Pero la cuestión es que el de instalaciones habrá visto a nuestro hombre. Lo mismo que el policía del Depósito General habrá visto a nuestro hombre. Y ese policía está muerto.

—Varangian Security —dijo Bat desde la parte de atrás—. Fundada en Rochester, Nueva York, por Phil Lyman hace unos veinte años, proporciona servicios de seguridad privada en toda la ciudad; su expansión quedó interrumpida por la trágica muerte del carismático Lyman en bla bla bla... adquirida por e integrada en Spearpoint Security dos años después.

—¿Qué? —dijo Tallow.

—¿Qué de qué? Estoy leyendo eso en Wikipedia. A propósito, tienes jodida la pantalla de tu tableta. Es como tratar de leer con una capa de semen seco por encima. Da lo mismo. Trabajemos con las pruebas que tenemos, ¿entendido? Encaja lo del loco.

Tallow se detuvo en un cruce. Pasó un ruidoso autobús. El anuncio digital de su costado destellaba. Al parecer había otra comedia musical basada en una antigua película de Disney que se estrenaba en Broadway. Una animación parpadeaba en su pantalla: la princesa «india» más guapa, más blanca que hayas visto nunca, se arreglaba las plumas del pelo antes de mirar por encima del hombro a Tallow, sonriendo y guiñando el ojo.

Tallow reemprendió la marcha.

—Mientras tienes la tableta encendida, Bat, búscame Werpoes.

Bat hizo un clic. Chasqueó la lengua.

—La jodida autocorrección. ¿Wempus? ¿Cómo se escribe eso?

—Dios, no lo sé. Ella dijo Werpoes. W-e-r...

—Espera —dijo Bat—. Espera. Joder. Párate a un lado.

—¿Qué?

—Párate, joder.

—Coño, Bat... —Tallow se fijó en sus espejos retrovisores y se detuvo a un lado al cabo de unos comprometidos veinte segundos.

Bat se echó hacia delante y puso la tableta delante de Tallow y Scarly. Había dejado fija la imagen en la red de un abalorio de algún tipo, una ancha tira de conchas con antiguos dibujos y formas y el correspondiente ángulo mal terminado.

—Lo llaman wampum —dijo Bat—. Cinturón wampum.

—¡Joder! —exclamó Scarly, viéndolo de inmediato.

—Dice que los nativos americanos hacían estas cosas con cuentas como registro de la historia y las leyes, para señalar acontecimientos sociales, transmitir información... las hacían aquí en Manhattan, antes de que llegaran los europeos. Y cuando vinieron éstos, vieron el gran valor que daban los nativos al wampum y empezaron a hacerlo ellos, como dinero. —Bat daba golpecitos a la pantalla con una uña mal cortada—. Estas cosas eran arte, registro e instrumento. John, los cinturones wampum eran la memoria.

Tallow se frotó los ojos. Volvió a mirar la foto del cinturón wampum. Podía distinguir semejanzas. El cinturón de cuentas fotografiado era un trabajo delicado, y las espirales eran más difíciles de hacer... pero el que hubiera hecho aquel cinturón no estaba loco. Las semejanzas eran llamativas. Su asesino había convertido todo el apartamento en un engranaje de memoria, utilizando armas.

Los dos le miraban.

—Muy bien —dijo Tallow—. Ahora sabemos por qué lo hizo. Su motivación más allá de la fase tótem. Es un elemento de información más. Pero no es una prueba concreta. Os dejaré a los dos en Jefatura. Ya os lo dije antes... sois los de la científica los que resolveréis este caso. Y hasta ahora no me he equivocado.

—Eres un gilipollas muy vago, John —dijo Scarly, pero estaba sonriendo.

Veinticinco

La emisora de la policía no callaba durante el trayecto desde Jefatura hasta la plaza Ericsson.

Un hombre muerto encontrado dentro de una maleta que habían dejado en la parte trasera de un edificio abandonado de Williamsbridge. En principio se suponía que llevaba allí tres meses.

Una mujer encontrada muerta delante de la iglesia St. Brigid en el East Village. Los policías encargados comentaban que no sabían qué había estado bebiendo, pero no parecía tener estómago.

Un hombre muerto encontrado en un apartamento del Bronx, asesinado a puñaladas la semana anterior, el trabajo de los forenses se complicaba porque el cuerpo había sido devorado en parte por ratas y un perro pequeño de la casa.

Un individuo desconocido, hombre o mujer, se había hecho saltar por los aires en la ensenada de Bushwick. Otra víctima: el brazo del individuo había salido despedido como una bala, atravesó la ventanilla de un camión aparcado y le partió el cuello al conductor.

Tallow apagó la radio. Había dado un pequeño rodeo en su camino hacia la plaza Ericsson, subiendo por Fulton, y ahora quería concentrarse. Conducía despacio y miraba las fachadas de los edificios del otro lado de la calle donde estaba el Fetch.

El miedo le agarrotó el pecho cuando vio la pegatina de PROTEGIDO POR SPEARPOINT SECURITY en el cristal del escaparate de una zapatería barata casi enfrente del Fetch.

Tallow miró e hizo unos cálculos. La zapatería no estaba enfrente del lado del Fetch que tenía el callejón pegado. Había muchas posibilidades de que una cámara inteligente instalada en la tienda no hubiera captado nada.

También se fijó en que no había cinta de la policía cerrando la entrada al callejón, ni había avisos para testigos potenciales pegados cerca.

Tallow siguió conduciendo, perfectamente consciente de que otra vez se había puesto en juego su suerte.

Su teléfono móvil sonó justo cuando estaba aparcando en la plaza Ericsson, y lo dejó torpemente encima del volante tratando de hacer dos cosas a la vez cuando ya tenía la cabeza en siete sitios distintos al mismo tiempo. Tallow se las arregló para mantener el teléfono pegado a la oreja al tercer intento.

—¿Diga?

—Inspector.

—¿La señora Westover?

—Sí. —Emily Westover soltó una risita que le inquietó—. Sólo quería darle las gracias otra vez. Ya sabe, por cuidar de mí.

Tallow prestó atención al sonido de fondo de la llamada. La mujer se encontraba en su apartamento. Su voz estaba amortiguada por gruesos cristales, de los que silencian el exterior de la ciudad y absorben el sonido interior. Había algún tipo de música sonando en otra habitación. Cantos de nativos americanos, se dio cuenta, pero sin ninguna autenticidad. Era uno de esos discos de los años noventa, donde las fuentes sonoras étnicas originales tenían el ritmo enmudecido y toques electrónicos tranquilizadores.

—Me alegro mucho, señora Westover. ¿Puedo hacer algo por usted?

—No vaya a Werpoes —dijo ella muy deprisa.

—¿Qué? ¿Por qué no debería ir? —dijo Tallow, pensando: Ya veremos.

—No es seguro. Me preocupa lo que quizá le haya hecho pensar yo sobre ese sitio.

—¿Su marido ha vuelto al trabajo?

—Sí. Él no sabe que le estoy llamando. Supongo que podrá enterarse cuando reciba los recibos del teléfono, ya sabe, las facturas en que se detallan los números. Pero le estoy llamando para darle las gracias.

—Señora Westover, tuve intención de preguntárselo antes. Ese broche de su chaqueta. ¿Qué es?

—Es un símbolo del arce. Es... ¿promete no reírse?

—Lo prometo —dijo él, dejando que ella oyera la sonrisa de su voz.

—Es algo que protege. Protege mágicamente. En la medicina de los nativos americanos, el alce protege de lo desconocido.

Tallow sintió un repentino arranque de profunda piedad por Emily Westover. Aquel broche debió de costarle quinientos dólares. Probablemente tenía un montón de CDs y una unidad de memoria llena de MP3 que no tenían de música nativa americana más que lo que estaba sonando en aquel momento. No pudo dejar de pensar en Vivicy, en los misteriosos brujos que contrataba Machen pero de los que no entendió nada de nada, en la oficina que proclamaba el dinero que había costado aunque careciera del toque básico de estética y orden que la naturaleza otorgaba incluso a la rata común y en la música que evocaba algún cielo prefabricado cuyos muebles se compraban en tiendas de marcas blancas.

Así que allí estaba ella, viviendo una ficción, con su riqueza comprando únicamente cosas falsas bonitas, encerrada en un castillo de cristal donde todos los vigilantes trabajaban para su marido.

—Entiendo —dijo Tallow—. Señora Westover, ¿por qué no me cuenta lo que le preocupa de verdad?

Ella estaba intentando contarle, en su estilo defectuoso, lo que sabía. Que por algún motivo se había enterado de que Westover y el asesino estaban relacionados, y que ella no podía hacer nada aunque lo supiera. Aquello la tenía destrozada.

Todo lo que podía hacer era aprender lo más posible sobre lo poco que había descubierto. Trataba de aprender cosas sobre los nativos americanos. Y lo que en definitiva había conseguido era que ahora le asustase todo.

Volvió a soltar aquella risa de cristales rotos.

—Las cosas que de verdad me preocupan. Dios santo, inspector, esta llamada podría durar el día entero. Pero luego pienso, ya sabe, ¿de qué me tengo que preocupar? Conozco a todos los que me rodean. Sólo es que a veces tengo la sensación, bueno, de que todos los que conozco me rodean. No sé si sabe lo que quiero decir. Digo eso mucho. Estoy preocupada porque últimamente la gente no siempre sabe lo que quiero decir. Me parece que no hablo con tanta claridad como solía. Ni que pienso con tanta claridad. Pero eso es duro, porque la vida antes siempre era más sencilla y no había muchas cosas en las que pensar. Es como recorrer la ciudad andando, por la acera, una sólo tiene que pensar en una cosa cada vez. Pero si anda por el sendero de un bosque profundo, tiene que pensar en tres o cuatro cosas al mismo tiempo...

—Yo nunca anduve por el sendero de un bosque profundo —dijo Tallow—. ¿Va usted al campo mucho?

—Me gustaría que la gente entendiese lo que quiero decir —continuó Emily, con un tono melancólico. A Tallow le pareció que su estado de ánimo cambiaba por momentos, y que su voz no hacía más que subir y bajar. Pensó en Bobby Tagg y apretó los labios para evitar un ataque de bilis. —Todos decimos eso, ¿no?— dijo ella. —Decimos: «Entiendo lo que quieres decir», y es la metáfora de tenerlo claro. Pero a veces querría que la gente viese las imágenes del interior de mi cabeza en lugar de tener que describirlas con palabras. Las palabras son insuficientes. Me gustaría comunicarme con imágenes.

—Como los cinturones wampum —aventuró Tallow, para hacer la prueba.

—¡Yo sólo quería un amigo que no informase al cabrón de mi marido! —gritó ella, y cortó la llamada.

Tallow miró el teléfono un momento, dudando si volver a llamarla o no para disculparse de lo que hubiera hecho o dicho mal. Se convenció de que casi nada conseguiría hacerla cambiar. Pensaría en eso más tarde. El número de ella estaba registrado en su teléfono, y lo añadió a la página de contactos y lo grabó.

La oficina principal estaba llena de gente, pero nadie miró a Tallow cuando entró. El despacho de la teniente tenía todas las persianas bajadas. Tallow se detuvo delante de la puerta del despacho de su teniente, y llamó con los nudillos.

—Dije que ésta era una reunión privada.

—No he venido aquí por eso, señora. Perdone.

—¿Tallow? ¿Eres tú?

—Sí, señora.

—Entra, haz el favor.

Tallow abrió la puerta, notando los ojos de las personas de la oficina exterior clavados en su espalda. En apariencia les resultaba más seguro mirarle cuando él no las podía mirar.

—Es usted excesivamente educado para ser un policía inconformista en peligro, inspector —dijo el capitán con una sonrisa, tendiendo una mano frágil. Sus dedos parecían moverse con el viento como ramas quebradizas asfixiadas por lianas.

—El único peligro que me acecha es el de quedarme sin cenar, señor. Hola.

—John no encaja muy bien con el modelo del policía enrabiado —dijo la teniente desde el sillón de su mesa de despacho—. ¿No es así? Es demasiado vago para eso.

—Tienes suerte de que yo sepa que ella está de broma —dijo el otro hombre del despacho. Ese hombre no extendió la mano. Parecía estar esperando algo.

—Subdirector —dijo Tallow, ofreciendo su mano.

El subdirector de policía Allen Turkel era el oficial al mando de Manhattan Sur, con diez distritos a su cargo, incluido el Primero. Sus dos estrellas estaban muy relucientes. Tan relucientes, en realidad, que a Tallow le pareció que las había bañado en oro.

—Inspector —dijo el subdirector, con una mínima inclinación de cabeza y un estrechamiento de manos débil, somero.

Tallow tuvo la impresión de que esperaba un saludo. Tenía la postura de un hombre que habitualmente mete el estómago.

—Imagino que ha venido para hablar con su teniente de su encantador apartamento de la calle Pearl.

—Entre otras cosas, señor, sí.

Había dos sillas de plástico, para el capitán y el subdirector. No había una tercera. Ellos volvieron a sus sillas. Tallow decidió quedarse de espaldas a la puerta cerrada, una posición desde la que los veía de perfil. Unió las manos detrás, examinando el despacho.

El subdirector decidió ocuparse de la teniente.

—Tiene usted una teniente muy lista, ¿sabía eso, inspector? La teniente más lista de todos mis distritos. Me gusta pensar que algún día estará trabajando conmigo en Jefatura. Y luego pienso: ¿Por qué quitar a mi teniente más lista del puesto donde lo está haciendo tan bien?

Se rió. La teniente lo hizo entre dientes. Algo como un sonido de ramas secas que se partían salió de la boca del capitán. El significado de lo que pretendía el

subdirector no se le escapó a nadie. Comprobó la hora que era en su reloj mientras todos los demás fingieron por obligación que les hacía gracia. Tallow miró el reloj. Parecía un Hublot, un aparato suizo de oro rosáceo pulido, con engaste y esfera de cerámica negra, decorado con tuercas, rejas y pistones que evocaban la estética constructivista de la ciencia ficción de la década de 1920 propia de la película *Metrópolis*. La correa era de goma negra. No era un reloj de policía. Era un fetiche. Tallow había leído que los Hublot ahora tenían tarjetas de seguridad electrónicas para que pudieras demostrar en internet que tenías uno.

—Se lo agradezco, señor —dijo la teniente—. Y agradezco que haya venido hasta aquí en persona. No tenía por qué hacerlo.

Tallow no sonrió ante el golpe tan bien colocado, pero le apeteció hacerlo.

—Pues he venido, como debía hacer —protestó el subdirector con un fingido orgullo—. Es de mi competencia. Es mi obligación. Sólo consideré que usted merecía una explicación directa sobre todo esto.

—Bien, pues gracias.

—No es necesario. Quiero decir, ya sabe, que aquí Charlie —señalaba al capitán— sabe que le daré a usted todo lo que necesite para que se haga un trabajo. Pero tampoco debemos perder de vista el futuro. Y en un caso como éste... ya, sí, sí, Charlie, sé que es una auténtica pesadilla... tenemos que prestar atención a los recursos. Las unidades de recogida de datos fueron una buena idea, y contribuyeron a equilibrar la carga, pero un caso como éste lo desbarata todo por completo.

El capitán miró, según advirtió Tallow, como demasiado débil para hablar. Sólo era diez años mayor que Turkel, pero llevaba treinta y cinco años en el cuerpo, y Turkel, veinticinco, y los últimos diez le habían dejado sin fuerza de un modo que Tallow desconocía. En aquella ocasión dejaba que la teniente se las apañara con el campo de minas que había instalado Turkel.

—Ninguno esperábamos que a los de recogida de datos se les sometiera a un esfuerzo semejante, por supuesto —dijo ella—. Y yo no me opongo, en principio, a la idea de que recibamos ayuda del sector privado. Me gustaría saber cómo va a funcionar la cadena de pruebas, señor.

—No es necesario, no es necesario. Considérelos simplemente un eslabón o dos más de la cadena. Conozco a Jason Westover desde hace mucho, mucho tiempo. Comprende perfectamente nuestras necesidades.

Tallow sintió un pinchazo.

—¿Y es...? —preguntó la teniente.

—El fundador y director general de Spearpoint Security. Nos estamos yendo muy atrás. —El subdirector dijo eso de un modo despectivo que significaba que no se debía pasar por alto y que en realidad era muy importante que todos supieran que él conocía a personas ricas y que imponían.

—He conocido a Jason Westover hoy mismo —dijo Tallow.

A Tallow, en aquel segundo, le pareció que unas bombas fantasmas estaban colgadas de hilos invisibles en el techo del despacho: como si la cascada de circunstancias le hubiera llevado a una trampa cuando todo el rato él pensaba que se estaba abriendo paso con gran dificultad hacia la luz. Como si el prometedor amanecer al final de todo aquello resultara ser el resplandor de cuerpos ardiendo y una casa en llamas.

—¿De verdad? —dijo el subdirector, con la ceja a medio levantar fingiendo cierto interés. Tallow podía leer en la cara de aquel hombre. Estaba muy interesado.

—Sí. Y a su mujer.

—Ah, sí, sí. Emily. Últimamente no ha estado bien. Espero que no fuera algo, bueno, profesional.

—En realidad, no un asunto del que ocuparse aquí, señor.

La cara de Turkel se iluminó.

—Justo. Sí. Gracias.

—Bien —dijo Tallow—, tengo a dos empleados de Spearpoint cargando literalmente mis pruebas en cajas y tratando de llevárselo todo a uno de sus puntos de almacenamiento en un par de viajes.

—¿Te dijeron ellos eso? —dijo la teniente, poniendo cara de cierto desagrado.

—Sí, señora. Inmediatamente después de contarme que el complicadísimo mecanismo de seguridad de la puerta del apartamento procedía de Spearpoint.

—¿Qué?

—Eso mismo, señora mía. Lo que, en un mundo ideal, nos llevaría a los registros de datos sobre ventas e instalaciones de Spearpoint que permitirían ponerle nombre a nuestro hombre. Pero estamos en el mundo real, y espero sin la menor duda que los de la científica al final encuentren un arma de las requisadas que se corresponda con un empleado de Spearpoint muerto que hacía trabajos por su cuenta. Lo mismo que encontramos muerto a uno del Depósito General cuando buscábamos una explicación de cómo la pistola del hijo de Sam se encontraba entre las requisadas.

Tallow se dio cuenta de que el capitán le estaba mirando, con una expresión en la cara difícil de interpretar.

—¿Puede repetir su nombre, inspector?

—Tallow, señor.

—No. El nombre y el apellido.

—John Tallow, señor.

—John Tallow. Muy bien. Siga.

Tallow no tenía idea de sobre qué.

—Bien, no tengo mucho más que decir en este preciso momento. El subdirector es evidente que no podía saber que la oferta de su amigo procedía de la misma

empresa que proporcionó los cierres a la puerta de nuestro hombre. Puede que eso no importe. Dicho esto, la misma empresa que tiene un sistema de seguridad que sacaron de su almacén y fue instalado en la puerta de un supuesto asesino en serie pretende proteger casi todas nuestras pruebas de la noche a la mañana.

—Inspector —advirtió la teniente.

El capitán se movió inquieto.

—Yo creo que John sólo está planteando las preocupaciones evidentes, teniente.

—Sí —dijo Turkel—. Bueno. Fue una oferta muy amable por parte de una empresa que quiere contribuir al servicio de la ciudad y de un departamento de policía ya superado por la gran cantidad de casos de que se debe ocupar. No creo que podamos rechazar ese tipo de ofertas basándonos en suposiciones sin suficiente fundamento.

Turkel se levantó, añadiendo:

—En cualquier caso, el seguimiento de todo este caso resulta un tanto quijotesco.

Eso no se le escapó a nadie.

Tallow decidió poner una trampa y ver qué atrapaba.

—A propósito, teniente —dijo Tallow, amablemente—, tenemos otra relación establecida por balística. Nuestro hombre mató a la hija del subdirector Tenn.

El subdirector actual dejó de moverse.

El capitán parpadeó lentamente, como un lagarto que toma el sol, y abrió sus ojos amarillentos en dirección a Tallow.

—¿La pequeña de Del Tenn?

—Eso es, señor.

—Fue una bala perdida durante una pelea entre bandas.

—No, señor —dijo Tallow, hablando al capitán pero arriesgándose a mirar de modo directo al subdirector—. Tenemos el arma entre las requisadas en la calle Pearl. Nuestro hombre se limitó a esperar el momento más oportuno para hacer el disparo. El caos de un tiroteo. Disimuló su asesinato entre todos los demás. Exactamente igual que todos los demás asesinatos que cometió.

—Hay que fastidiarse —pensó en voz alta el capitán, hundiéndose en su silla—. ¿Saben lo que me gustaba de Del Tenn?

Una vez me dijo: Todos me dicen que puedo seguir ascendiendo y ascendiendo hasta que al final no haga nada de nada. Yo protejo Manhattan Sur, donde nació y nació mi padre. ¿Por qué querría otro trabajo?

—Yo no le conocí —dijo la teniente.

—Un tipo maravilloso —dijo el capitán—. Se vino abajo cuando se quedó sin su pequeña. En el entierro me dijo que era como si Manhattan le hubiera traicionado. Nunca le volví a ver.

—Sí —dijo el subdirector—. Vamos a ver.

Tallow le sonrió con amabilidad sin soltar el garfio con el que le sujetaba la mirada.

—Quijotesco, señor, sí. Pero como puede ver, estamos componiendo una imagen de nuestro hombre. El modo en que opera.

—Sí —dijo el subdirector—. Veamos.

—El tipo de gente con la que trata.

—Sí —dijo el subdirector.

—¿Conoció usted al subdirector Tenn, señor?

—No, inspector. Bueno. No bien. Marcus Casson ocupó el puesto de Tenn, y yo ocupé el de Casson.

—Sí, eso mismo —dijo el capitán en voz baja, como si hablara desde una cueva lejana—. Casson pasó a Tráfico como jefe de departamento. Después de la muerte de Beverly Garza.

Los hilos de la red —pensó Tallow— son tan finos que resultan invisibles, hasta que la luz incide sobre ellos.

—¿Cómo murió, capitán?

—Si me perdona —dijo el subdirector. Tallow todavía estaba parado delante de la puerta.

—Lo siento, señor.

—Si me perdona —repitió él—. Tengo que volver a mi despacho.

—Ah —dijo Tallow—. Sí, señor. Tiene que volver al trabajo. —Dio un paso a un lado y le abrió la puerta a Turkel—. Gracias por venir a explicarnos las cosas. Muy amable por su parte. Creo que ahora todos sabemos dónde estamos.

El subdirector Turkel clavó una dura mirada en Tallow. Tallow vio a un hombre sin sentimientos. Había oído que los había. Podía fingir que los tenía si le era necesario, pero no sentía nada por nada que no fuera él mismo. Miraba a Tallow como si éste fuera un animal muerto a un lado de la carretera.

—Está trabajando en este caso solo, ¿no?

—Sí —dijo Tallow.

—¿No necesitaría dejar la calle?

—Se me dijo que en realidad no tenían recursos para eso, señor. Todo el sistema está superado de trabajo, a fin de cuentas.

Así que me pusieron donde haré las cosas mejor.

—Puede ser —dijo el subdirector, y salió. Tallow cerró la puerta.

—John Tallow —dijo el capitán—, no sabía que fueras tan listo.

—Eso habría que discutirlo —dijo la teniente.

El capitán soltó una risa que fue un susurro, poniéndose de pie con dificultad.

—¿Sabes? —dijo—, si hubieras sido tan listo todo este tiempo, yo habría oído hablar de ti. Pero te voy a contar una cosa.

Cuando yo era inspector, tuve de compañera a una dama lista. Muy lista. Tan lista que la ascendieron y la perdí de vista por ahí arriba. Mi compañero siguiente, Dios le proteja, era tan estúpido que en el escuadrón hubo que inventar palabras nuevas para describirlo. Era como si no tuviera compañero ni nada. Y fue en ese momento, John Tallow, cuando al final empecé a aprender a ser policía. Tú probablemente eras un chico listo cuando te destinaron aquí. Pero tengo la sensación de que sólo ahora estás empezando a ser un hombre listo.

El capitán se dirigió a la puerta con visible dolor. Tallow se la abrió. El capitán le miró amablemente.

—Yo no te puedo cubrir las espaldas, John. Me marcharé de este despacho y volveré a aprobar la compra de clips o alguna maldita cosa parecida. Ser el capitán del Primero ni siquiera me convierte en el encargado más importante de la zona en la compra de artículos de oficina. Eso lo es algún Master of the Universe de Wall Street. No tengo modo de sacar tajada, y una panda de miembros del personal sólo esperan que cualquier mañana me dé un ataque al corazón en los servicios. Entiendo adónde quieres llegar con esto. Lo único que te voy a decir es: Resuélvelo, es lo mejor para ti, joder.

Tallow dijo:

—Capitán, ¿cómo murió Beverly Garza?

El capitán sonrió, muy débilmente.

—Estaba destrozada. Una cosa bastante fastidiada para ser jefa de tráfico, ¿no? Pero te diré algo. El patólogo juró arriba y abajo que encontró residuos de un disparo de bala en lo que le quedó de cabeza. Como si le hubieran disparado y luego la atropellaran con un coche. Los de la científica incluso encontraron un proyectil aplastado en el lugar. No se siguió ninguna de esas líneas de investigación, date cuenta.

—¿La conocía usted bien?

—¿Lo dices porque me acuerdo tan bien? No. Me vino a la cabeza por esa bala. Una del 357 disparada por un revólver restaurado de un solo disparo. El antiguo jefe del turno de noche de la científica se lo tomó como una cuestión personal durante seis meses. Lo recuerdo porque vino con la cosa más extraña. Pensaba que procedía de una pistola Pinkerton. Del tipo de las que usaba la policía del ferrocarril en el siglo XIX. Pero el antiguo jefe de la científica quería algo concreto. Él estaba unido a Beverly. No yo. Yo nunca estoy unido a nadie. Nunca lo estuve.

El capitán se marchó; no le quedaba energía para despedirse de la teniente.

—Cierra la puerta, John —dijo ésta. Él la cerró.

—Siéntate, John —dijo.

—Prefiero estar de pie.

—Siéntate.

—Tienes unas sillas que son una mierda, teniente.

Ella rompió a reír.

—¿Qué me acabas de decir?

—En serio. Me duele el culo cuando me siento. Por eso las tienes. Así nadie se queda demasiado tiempo en tu despacho.

—Eres increíblemente gilipollas —dijo ella, sin dejar de reír—. ¿Cómo se te ocurrió eso?

—La primera vez que tuve que estar sentado en una más de cinco minutos me llevó lo que quedaba de día que la rabadilla se me enderezara.

—¿Estás esperando que te traiga un bonito cojín muy blando, inspector?

Tallow se sentó.

—¿Adónde quieres llegar con eso? ¿Cuántos problemas más me vas a crear hoy exactamente?

—No tantos como los que creo que me he creado a mí mismo.

—Ya, el subdirector dejó bastante claro que va a buscar modo de joderte, sí.

—Eso no es lo que me preocupa de verdad —dijo él, y luego se interrumpió. Tallow midió mentalmente la tela de su caso y cortó el trozo que pretendía enseñarle. Ella no necesitaba verla todavía entera, decidió, y, de hecho, eso podría ser contraproducente.

—Muy bien —dijo, tomando aire—. Al final del día de hoy, con un poco de suerte, tendré más pruebas que respalden la idea de que Spearpoint tiene que ver con esos asesinatos.

—Dijiste que su puerta de seguridad del apartamento probablemente era una casualidad.

—Es probable. Sin embargo, nuestro hombre mató a uno de los competidores de Spearpoint. Puede que también sea una casualidad. Pero te apuesto lo que quieras, te apuesto lo que cueste un cojín bonito para esta silla, que el subdirector está en su despacho llamando ahora mismo a su buen amigo Jason Westover. Y el bondadoso Jason Westover se estará preguntando cuánto puede tardar en ponerse en contacto con nuestro hombre.

La teniente se cruzó de brazos.

—No tienes pruebas de que Westover conozca a nuestro hombre.

—No —se mostró de acuerdo Tallow—. Lo que tengo es que Spearpoint sale a relucir demasiadas veces en las conversaciones sobre este caso. ¿Por qué esa empresa, Vivicy, compra el edificio? Westover conoció a su mujer a través de Vivicy. Su mujer tiene una fijación tremenda con la cultura nativa americana, hasta el punto de que pierde el control en la calle cuando ve a un sin techo con aspecto de ser el explorador indio peor vestido en la película del oeste más chabacana que hayas visto nunca en la tele a las dos de la mañana. Nuestro hombre también tiene fijación con la

cultura nativa americana. Yo...

Tallow se interrumpió un momento, buscando las palabras bajo la atenta mirada de la teniente. Luego dijo:

—La lluvia oculta cosas.

—No te sigo.

—A veces la lluvia es tan fuerte que miramos las gotas que caen cuando deberíamos estar mirando la forma del charco que se forma con ellas. Todo esto ha sido lluvia. Lleva veinte años lloviendo, y todos miraban las gotas que caen mientras toda esa otra gente se movía sin que la vieran. Ni siquiera andan por las calles que conocemos nosotros. Y la lluvia es tan fuerte, sobre toda la ciudad, que nadie mira hacia abajo y ve las pisadas llenas de agua. Yo estoy empezando ahora a ver la forma que tienen. Necesito ser capaz de ver los planos.

—Baja un poco a tierra, haz el favor, John.

Tallow se pasó los dedos por el pelo.

—Nada es una coincidencia. Estamos metidos en una red, como un cepo del bosque. Si nuestro hombre hubiera tirado su pistola al río después de cada asesinato, nunca sabríamos nada. Yo creo que nuestro hombre es un asesino dirigido.

Contratado puede que no sea la palabra exacta. Y es tan bueno, tan bueno, que una o todas las personas que le dirigieron sabían que sus asesinatos sin resolver al final serían incorporados al conjunto de casos anuales sin resolver dentro de un espacio metropolitano tan denso y cargado de delitos. Sabían que, mientras nadie tropezara con su red tan fina, toda la operación sería invisible. Resulta que lo único que tenemos de nuestra parte fue que el asesino estaba tan loco que guardó las armas.

—¿Por qué? Quiero saber por qué conservó todas esas armas. ¿Sólo es una especie de extraño trofeo de un asesino en serie?

—Para él no. Ese apartamento es lenguaje visual, la codificación de algo que quiere decir en imágenes. No sé exactamente lo que quiere decir. Pero cuando nos llevamos las pistolas de allí para estudiarlas, echamos a perder el trabajo de toda su vida. Como si se borrara una obra maestra de pintura o deshiciera un tapiz.

—John. En serio. ¿Hasta qué punto estamos cerca de encontrar a ese hombre? Porque el capitán acaba de decirte que no te puede cubrir las espaldas, y estoy segura que no te las puede cubrir, y el subdirector sabe que tiene modo de apartarte del caso y dejarte dentro de tu apartamento para el resto de tus días. Y seré sincera contigo. Yo misma he pensado en hacer eso más de una vez. Si el subdirector cree que puede hacer que todo esto desaparezca... y puedes estar puñeteramente seguro de que lo piensa, y mucho... lo hará. Así que necesito algo concreto. No tienes ADN ni nada excepto una maraña de circunstancias, un puñado de pistolas y unas especulaciones brillantes, fascinantes incluso, pero en líneas generales disparatadas. Dime. ¿Hasta qué punto estamos cerca de encontrarle?

John Tallow cerró los ojos y respiró a fondo.

—Probablemente no tan cerca como él está de encontrarme a mí, teniente.

Veintiséis

El cazador vigilaba desde el tejado de la esquina. El militar echó una rápida ojeada a la manzana de casas y luego volvió a entrar en la casa de Kutkha.

La tienda de repuestos para coches cerraba a la hora de comer. El cazador encontró el callejón de acceso detrás de la ferretería, rodeó la manzana, forzó la entrada a la tienda de repuestos para coche y cogió unas cuantas cosas que no echarían de menos inmediatamente, entre ellas una cazadora y una gorra de béisbol que habían estado metidas en una bolsa del fondo.

Apeataban a maquinaria, pero él quería llamar menos la atención en sus idas y venidas en las próximas horas, así que se las puso con la idea de llevar de vuelta su envoltorio con el botín a la ferretería.

A la fresca sombra de la tienda abandonada, el cazador empezó a hacer herramientas.

Enrolló con cuidado largos trazos de cuerda y los puso a remojo en la lata de gasolina de la que se había apoderado en la tienda de repuestos.

La cosa muerta ahora no era más que materia prima. El cazador cortó pequeñas tiras de su ropa, después de mirarlas y constatar que había demasiados polímeros en el tejido de su traje naranja. El cazador empapó las tiras en la sangre. Una vez que estuvieron bien mojadas, el cazador las metió en dos de las tres botellas de agua vacías que encontró en la habitación del fondo de la tienda, junto a un puñado de bolas de poliestireno que había recogido del suelo.

El cazador no consiguió encontrar una sierra para metales decente, y en cualquier caso podría hacer demasiado ruido. Se movió lentamente por el local en busca de las tuberías de cobre que parecieran menos resistentes y pasó unos minutos arrancando dos de ellas con paciencia de las paredes lo más silenciosamente posible. Pasó un rato afilando la punta de un tornillo, y luego lo usó para hacer unos respiraderos a lo largo de las dos tuberías. Luego metió un trozo de cuerda en cada una de las tuberías. Tenía que ser consciente del paso del tiempo. Ese tipo de trabajo le reconfortaba y le abstraía tan maravillosamente que podría haber pasado días haciéndolo. Preparar herramientas le resultaba hermoso, aunque se tratase de herramientas improvisadas como aquéllas. Hacer un nudo alrededor de una tuerca era un acto de devoción y de conservación de oficios sagrados como lo era la fabricación de lazos de oración con hojas de tabaco. Mezcló gasolina con la sangre, tela y poliestireno y ató el cabo libre de la cuerda alrededor del extremo de la cañería para así no perderla cuando introdujera el cabo anudado de la cuerda dentro de la botella. Empujó siete o diez centímetros del extremo más cercano de la tubería dentro de la botella y la selló con cinta aislante robada en la tienda de repuestos para coches. Un cabo de la cuerda estaba dentro de la botella, con el peso de su tuerca; el otro todavía estaba suelto en

torno al extremo de la tubería. Repitió la operación con la segunda botella.

Calculó el peso de uno de sus arpones de cobre para probar. La longitud estaba bien. Luego buscó cosas para contrapesar los extremos sueltos de las botellas y determinar con más precisión cómo se alzaban.

La puerta delantera de la vivienda de Kutkha todavía era un problema. Una vez que las botellas tuvieron un peso a su gusto, el cazador merodeó por el edificio en busca de más ingredientes.

Se tropezó con una vieja escoba; el mango estaba astillado, y sus cerdas imitación de crin de caballo escaseaban y eran frágiles. Aquello resolvía otro problema de su lista. Dividió lentamente el mango por la mitad —no quería que hiciera ruido al partirlo con rapidez— y con su cuchillo empezó a cortar en capas el extremo de arriba de la madera convirtiéndolo en yesca mientras recorría el desierto edificio.

A los diez minutos el cazador había encontrado un recipiente medio vacío de gel antiséptico para manos, un frasco casi lleno de desatascador de cañerías, un tubo doblado de potente pegamento y un encendedor desechable al que parecían quedarle cinco milímetros de gas en el fondo. El cazador se quitó los guantes y se echó una gota del gel antiséptico en la yema del dedo. La olió y luego la frotó enérgicamente con el pulgar. Una base de alcohol. Sólo el cielo sabía qué podía ser el otro olor, pensó amargamente. Sabía que tenía unos cuantos clavos en el piso de abajo. Volvió a agarrar su cuchillo y lo hundió en las paredes de la habitación donde estaba hasta que encontró los cables de la luz y tiró de varios metros para separarlos del yeso.

Abajo, puso su yesca boca abajo y agarró la pistola que le había quitado a la cosa muerta del suelo. Era una versión de una Beretta 92, una nueva copia que nunca había visto. Resultaba más ligera en la mano de lo que había esperado, dado la marca.

Tenía algunas partes de plástico, como verificó al examinarla más de cerca. Sin lugar a dudas, una Beretta 92, pero de nueve milímetros y que funcionaba bien. La corredera era fuerte y suave. Sacó el cargador de la pistola y extrajo una bala. El cazador cortó la parte de arriba de la tercera botella, echó lo que quedaba de la lata de gasolina, desenroscó el brazo dispensador de gel antiséptico y echó un chorro encima de la gasolina. Fue en busca de los clavos. Para su gran placer, diez minutos de búsqueda le permitieron reunir una cierta cantidad de clavos de aluminio. Fueron dentro de la botella.

Mientras la cosa muerta se ponía rígida y luego blanda en el otro lado de la habitación, el cazador trabajó con su cuchillo en la bala, los cables y otras cosas, y se le aligeró el corazón.

Fue a última hora de la tarde cuando terminó su trabajo a su entera satisfacción. El cazador entonces se dedicó, metódicamente, a la preparación de yesca. Moviéndose lo más en silencio que pudo, deshizo el expositor de aglomerado y se puso a usar sus piezas. Preparó y cortó más yesca, asegurándose de que podría

alcanzarla con facilidad hasta que empezara a añadir más madera.

Haría una gran hoguera. Una hoguera que podría convertir a la cosa muerta en un montón de palos negros, con los restos de su ropa de poliéster mezclados con ellos.

El cazador entonces se detuvo, sacó su último trozo de carne de ardilla y dedicó un tiempo a masticarla, considerando desde todas las perspectivas lo que había hecho y lo que iba a hacer.

El sol ya estaba bajo. El cazador dispuso sus armas junto a la puerta de atrás y subió al techo para vigilar y esperar. Tenía una razonable buena visión desde el techo de la esquina de la manzana. Sabía cómo llegar a la calle lateral y al patio trasero de Kutkha desde el callejón de acceso a la ferretería.

El sol bajó más. En la calle aumentó el silencio.

El militar abrió la puerta delantera, tiró dos bolsas de basura y volvió a cerrar la puerta con un clic audible.

El cazador se movió.

Cinco minutos más tarde, e intensamente consciente del paso del tiempo, el cazador resultaba invisible en la puerta delantera de la casa de Kutkha. Metió un clavo bajo el marco de la puerta delantera, dio una patada a una bolsa de basura. — ¡Qué suerte!, pensó— para ponerla delante e introdujo en la misma una botella llena de agua que contenía improvisadas divisiones. Extendió los cables que salían de la botella y enrolló uno de ellos alrededor del clavo de la parte de abajo del marco de la puerta. Introdujo otro clavo junto a la cerradura, enrolló el otro cable a su alrededor, y se alejó rápidamente.

En la oscuridad de la ferretería, el cazador produjo unas chispas. La pira que rodeaba a la cosa muerta se prendió inmediatamente. Sacó más yesca por la puerta trasera en una de las pequeñas bandejas para material de la tienda. Fuera oyó un coche. El cazador dejó de moverse y escuchó, con atención. Oyó que el coche bajaba al camino de acceso, doblaba, tomaba el pasadizo hacia el patio trasero y se detenía.

El cazador produjo chispas en su yesca e hizo fuego. Prendió fuego a las puntas de la cuerda empapada que asomaban por los extremos de las dos cañerías y se deslizó por la puerta de la cerca que le separaba del camino de acceso. A los cinco pasos quedó fuera de la vista del patio trasero pero tenía una línea de visión clara de la parte posterior del edificio de Kutkha.

Levantó su primera lanza y la lanzó por encima de la cerca hasta que atravesó una ventana del tercer piso. Agarró la segunda mientras la primera iba por el aire, hizo cálculos sobre la dirección correcta y la fuerza necesaria y atravesó con la lanza una ventana del quinto piso. Distinguió pequeños parpadeos de luz por los agujeros que habían hecho las lanzas mientras las mechas empapadas en gasolina ardían en dirección a la botella. Hubo un sonido seco en el tercer piso, como si un gigante golpeará el suelo con la palma de la mano. Napalm de fabricación casera —sangre

coagulada, plástico y gasolina— entró en erupción, y él recibió el premio de unos gritos en el tercer piso. Una ventana del quinto piso explotó cuando reventó la segunda bomba de napalm.

El cazador sacó la Beretta y entró en el patio trasero.

Allí estaba aparcado un coche grande de siete asientos. El cazador distinguió las pequeñas caras de cuatro personas pequeñas en la parte trasera del vehículo, y vio que las puertas estaban cerradas. Dos hombres estaban parados junto a la aleta izquierda del coche, dándole la espalda al cazador.

Atravesó de un tiro el cuello del primero. El proyectil recorrió la cara del hombre y destrozó la articulación derecha de su mandíbula cuando salió, de modo que la mandíbula inferior se balanceaba como colgando de una bisagra hacia el cazador.

Atravesó de un tiro la nuca del segundo y oyó el choque de un trozo de cerebro del tamaño de la mano de un bebé que golpeaba contra la pared del edificio.

Kutkha tenía un maletín en la mano. Detrás de él estaba el chico idiota. A su lado el militar, ya en movimiento, buscaba el arma oculta.

El cazador atravesó de un tiro la frente del militar. Durante un largo segundo el hombre se negó a morir. Los ojos le brillaron indignados. Abrió la boca como para decir lo que pensaba de la intromisión y por ella salió un cuarto de litro de sangre rojo brillante. Le cedieron las piernas y cayó al suelo enrollándose, como una serpiente apaleada.

El cazador bajó su pistola y pegó un tiro en la entrepierna de Kutkha, castrándole con gran precisión. Apartó al ruso que daba gritos y disparó dos veces al chico en el cerebro, sonriendo cuando se dijo a sí mismo que el segundo disparo era por si acaso no había dado en el cerebro la primera vez.

El tercero y quinto pisos del edificio ya estaban completamente envueltos en llamas. El coro de gritos tenía una o dos voces menos.

El cazador se trasladó rápidamente a la pesada puerta trasera del coche, guardando la pistola en el bolsillo izquierdo de su chaqueta; ahora estaba demasiado caliente para meterla en el cinturón. Sacó un puñado de cables cortos del bolsillo derecho y lo empujó bruscamente dentro de la cerradura. Metió lo que quedaba del tubo de pegamento en la cerradura detrás de los cables, llenándola lo mejor pudo. Volvió a empuñar la pistola y esperó treinta segundos, manteniendo un ojo en Kutkha, que gritaba y se agitaba.

Desde dentro alguien intentó abrir la puerta trasera. Pero no consiguió que funcionase la cerradura. El cazador oyó arañazos. Luego nada.

Se dirigió a Kutkha y le pisó el cuello mientras se hacía con el maletín. No estaba cerrado con llave. Dentro había dinero y, en dos bolsas de plástico, una pistola reglamentaria de la policía y veinticuatro proyectiles. La reglamentaria de la policía era un arma extrañamente atractiva. La acarició por encima del plástico. Sería

maravillosamente útil. Era la herramienta perfecta para el trabajo siguiente.

Decidió llevarse un fajo de billetes. Tenían su utilidad.

—¿Por qué? —balbuceó Kutkha—. ¿Por qué? Hacemos negocios.

—Lamento que, en esta ocasión, no pueda pasar por alto que me hayan visto, Kutkha.

Hubo una potente explosión. Alguien había abierto la puerta principal del edificio, activando el improvisado artefacto explosivo del cazador. Líquido antiséptico para las manos mezclado con clavos de aluminio, un gel con alcohol, algo de agua y un poco de gasolina se incendiaron con pólvora negra y gas butano. Al cazador le gustaría poder haber visto aquello. La bola de fuego y el estampido caliente de gas, el gel en llamas y la granizada de clavos ardientes. Debió de haber sido bonito el resplandor en las sombras de la tarde. Ahora las bolsas de basura también estarían ardiendo. Del edificio no conseguiría salir nadie.

Kutkha se arrastraba hacia el cadáver del militar. Kutkha debería saber dónde llevaba la pistola. El cazador volvió a poner el pie encima de Kutkha. Kutkha lloró desesperado.

—¡Somos de la misma sangre! ¡Los de mi tribu vinieron caminando a América y se convirtieron en los de tu tribu! ¡Somos iguales!

—No —dijo el cazador—. No lo somos.

Disparó a Kutkha en la nuca. El ángulo estaba desviado. La coronilla de Kutkha se separó, y la materia húmeda y blanda del interior del cráneo salió despedida al suelo y se dispersó alejándose unos veinte o veinticinco centímetros como una criatura marina.

El cazador se dio cuenta de que le estaban observando. Cuatro pares de ojos que brillaban dentro del coche.

El cazador soltó un suspiro, sacó su cuchillo y cortó dos trozos de tela de los absurdos pantalones cortos de Kutkha.

Regresó al camino de acceso y recuperó su bandeja con yesca. La yesca seguía ardiendo, el plástico de la bandeja se ennegrecía y burbujeaba.

La llevó al coche, abrió el tapón de la gasolina, metió los dos trozos de tela dentro y les prendió fuego con la yesca. Tiró la bandeja con yesca y la Beretta debajo del coche y se alejó, negándose a escuchar los pequeños puños que golpearían las ventanillas del coche, las voces ahogadas; negándose a ver los ojos.

El cazador ya había recorrido la mayor parte del camino de acceso cuando el coche saltó por los aires. La ferretería ya estaba en llamas. Había sirenas, pero no llegarían a tiempo. Nunca llegaban.

Se dirigió a la orilla, se sentó junto al agua y miró cómo brillaba la Gran Asesina en la oscuridad mientras las casas de sus enemigos ardían a sus espaldas.

Veintisiete

Tallow se alejó de la plaza Ericsson conduciendo su coche patrulla, con los huesos doloridos, decepcionado de un modo impreciso y sintiéndose mucho menos seguro de lo que le había dado a entender a la teniente. No tenía pruebas. Sólo una teoría que se hacía más dispersa, peor trabada y bordeaba la locura según pasaban los días. Trató de concentrarse en una cosa —aparte de en conducir— y se ocupó de los momentos en que creyó haberse topado con el hombre que vivía en el apartamento 3A. Tallow intentó recordar todos los detalles de su encuentro con el hombre. El color de su pelo y barba. Su olor. Su lenguaje corporal. El modo en que arrancó el filtro y se lo metió en el bolsillo.

—El muy hijoputa —murmuró Tallow para sí mismo. Puede que sólo fuera lo que hacía un hombre al que no le gustaba el tabaco con filtro. Pero, pensó Tallow, no habría estado mal volver para recoger aquel filtro, con una preciosa huella dactilar en el papel que lo envolvía.

Tallow hizo un rápido viraje, se subió a la acera con una rueda, pisó el freno a fondo y evitó por muy poco producir un accidente múltiple. Ni siquiera oyó el efecto Doppler del coro de cláxones de los coches que pasaban a su lado.

El hombre arrancó el filtro. Pero se fumó el jodido cigarrillo. Tenía que haber dejado una colilla. Aunque hubiera tenido tanto cuidado con el filtro, puede que no hubiera recogido el resto del cigarrillo y guardado la colilla en el bolsillo. ¿Podría ser? No. El hombre no olía mucho. Aquello habría apestado dentro de su bolsillo, y Tallow no consideraba que fuera de esos hombres que quieren que los huelas cuando se acercan. Tenía que haber aplastado la colilla con el pie. O haberla tirado y esperado a que se consumiera entera.

Era una esperanza disparatada y estúpida.

Tallow volvió a unirse a la circulación y se dirigió lanzado hacia la calle Pearl.

Aparcó al otro lado de la calle del edificio. Sacó de la guantera unos guantes, una bolsa que se cerraba con cremallera y unas pinzas. Se detuvo donde había estado cuando se encontró con el hombre. Miró a su alrededor y pensó, frenéticamente. Él se había marchado antes de que el hombre hubiera terminado su cigarrillo. Puso los pies en la posición que creyó que había ocupado el hombre. Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta, para hacer como que guardaba el filtro. Las pinzas hicieron de cigarrillo. Separó el cigarrillo imaginario del extremo que ardía, como había hecho el hombre.

Hizo como que estaba terminado el cigarrillo. El cigarrillo iba ardiendo hacia sus dedos. Aquel día, Tallow ya había pisado el suyo. Tallow miró la alcantarilla. Había tres colillas dispersas entre unas cuantas hojas secas, un trozo de cristal deshecho, una moneda y una bolsa pequeña de patatas fritas. Cada colilla arrugada y retorcida por múltiples encuentros con cosas mucho mayores que ella. Todas tenían los filtros.

Tallow se puso en cuclillas y miró. Una de ellas era de la marca que había fumado él.

Tallow paseó la vista, recorriendo atentamente los sitios donde podría meter la colilla de un cigarrillo sin quemarse los dedos.

No.

Se agachó otra vez encima de la alcantarilla. Agarró la bolsa de patatas fritas.

Tallow alzó la vista al cielo, respiró a fondo y contuvo el temblor de sus dedos.

Durante unos segundos repulsivamente lentos, con la decepción como de una serpiente a la espera de morderle el corazón, desenvolvió y abrió la bolsa. La habían levantado de la alcantarilla, plegado, atado haciendo un nudo, aplanándolo para que pareciera algo que se había aplastado de modo natural, y tirado otra vez a la calzada para que nadie se fijase en ella, pisada y barrida.

Había una colilla de cigarrillo en el centro del nudo.

Tallow se rió.

Sacó la colilla, la dejó caer en la bolsa con cremallera y cerró ésta. Tallow volvió al coche con ella y la bolsa de patatas fritas, que introdujo torpemente en otra bolsa con cremallera cuando entró.

Lo único que quiero, le dijo Tallow al hombre, es una prueba de que no eres también invisible.

Al desplazarse por el vestíbulo principal de Jefatura, Tallow, todavía en un estado de percepción hiperagudizada, captó un ambiente extraño. La gente le estaba mirando por primera vez desde que el caso había empezado a llevarle por allí. Tallow aceleró sus pasos, con el maletín del ordenador portátil en la mano, y se dirigió al ascensor más cercano que pudo encontrar.

Se movió por la científica dando largas zancadas. Bat estaba inclinado sobre la mesa de trabajo en su guarida, y la de Scarly, llena de basura, y ni siquiera alzó la vista cuando él empezó a hablar.

—Bae Ga —dijo Bat—. De veinticuatro años. Nacido en Incheon, Corea del Sur. Asesinado en la Kitchen hace año y medio. Matemático. El arma usada fue una Daewoo DP-51. Que es una pistola coreana.

Tallow dejó su maletín con cuidado encima de la mesa.

—Un matemático. ¿Estaba estudiando aquí?

—Estaba trabajando aquí. En algo relacionado con las finanzas. En una empresa que se llama Stratagilex. Fondos de inversión o algo así. Yo nunca entiendo bien eso de las finanzas.

—Dame un nombre de esa empresa. Un jefe. Y un número de teléfono. ¿Dónde está Scarly?

—Detrás de ti.

—Dios santo. Muy bien. Tengo algo para ti. Bat, sólo estás sentado ahí.

—No se corresponde con lo previsto, John. Es un resultado sin sentido. Simuló un

atraco a un mago de las matemáticas coreano y le pegó un tiro con una pistola relacionada con él, pero la víctima no tiene nada que ver con nada de lo que hemos visto hasta ahora.

—No estoy de acuerdo —dijo Tallow, abriendo el maletín—. Scarly, mira esto.

—¿Qué coño tienes ahí?

—Te conté que creía que había estado con nuestro hombre. Le di un cigarrillo. Él arrancó el filtro y se lo guardó en el bolsillo. Fumó el cigarrillo. No pudo guardarse la colilla en el bolsillo, porque apestaría, y él tiene cuidado con esas cosas.

Así que tiró la colilla dentro de una bolsa de patatas fritas para que volara por la calle, porque ¿quién va a estar lo bastante loco para volver y buscar en la basura una colilla que al final habría volado lejos de donde la tiró?

Scarly le miró con dureza.

—¿Quién está lo bastante loco para creer que puede obtener algo de una colilla que probablemente quemaba cuando la tiró dentro de la bolsa y por lo tanto deshizo el plástico?

—Yo. Mira. Dejó una colilla grande. La dejó, ¿no? No tenía filtro. Y de todos modos no le gustaba mucho.

Scarly se volvió para mirar la prueba.

—Mierda. Tenemos dos cosas. Bat, que los de la jodida cámara estéril se aseguren de que el plástico ha sido radiado.

Bat estaba en el ordenador personal, escribiendo en la parte de atrás de un posavasos usado. Pasó la delgada tarjeta a Tallow, andando a su alrededor.

—¿Qué tenemos?

Scarly estaba sacando unos guantes de látex de un bolsillo del pantalón.

—Tenemos papel de cigarrillo para buscar huellas dactilares, y quiero cortar el extremo y probar con el método rápido de proteinasa EA1.

—¿El rápido? —dijo Bat. Tallow veía que estaban en un plan de lo más profesional.

—Sí. No creo que tengamos tiempo para otra cosa.

—Cortarlo va a ser un problema. Necesitamos un centímetro cuadrado de papel para el rápido, y eso va a eliminar el espacio de las huellas.

—No, si cortamos el extremo todo alrededor tendremos un centímetro entero. Guardaremos el tabaco por si acaso tenemos algo más de tiempo.

—No tan deprisa —dijo Tallow—. ¿Más tiempo? ¿Método rápido?

Scarly soltó un suspiro.

—A mi jefa su jefa le ha dicho que el caso está utilizando demasiados recursos. Nos van a apartar de él más pronto que tarde.

—¿Y quién hará lo que hago yo?

—Nadie, John. No sé lo que pasa, pero no estamos viviendo en el mismo mundo

de hace dos días. Se nos perdonan todos los pecados, y el caso va a ser hundido en el mar en cuanto algún gilipollas encuentre un ancla lo suficientemente grande para que lo sujete. Posiblemente una de tu tamaño.

Tallow se apoyó en la mesa de trabajo.

La cara de Scarly se endureció.

—Así que sí. Estamos esperando que nos lo digan. Pero entre tanto seguimos trabajando en el caso. De modo que usaremos el método rápido y los de la jodida cámara estéril que hagan lo que se hace en la cámara estéril, y nosotros conseguimos todo lo que podamos lo más rápido posible. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Adelante.

—Ya estaba en ello.

Bat extendió sus alas y metió prisa a Scarly para que saliera de la habitación.

—El hombre está tratando de hacer su trabajo, Scarly. No lo frustres.

—No lo hago.

—Lo hacías.

—No es culpa mía. Soy una jodida autista...

Tallow leyó la información que le entregó Bat y marcó el número. Noventa segundos de conversaciones bastante cortantes con secretarías interpuestas concluyeron con la voz de una ejecutiva que se llamaba Benson.

—Ms. Benson, gracias por atenderme. Vayamos rápidamente al grano: estoy investigando un homicidio, y parece que ahora se relaciona con la muerte de su antiguo empleado Bae Ga. La cuestión es sencilla. Necesito saber qué tipo de trabajo realizaba.

—¿Bae? Bae era muy brillante. Nos preparaba algoritmos. —La mujer tenía, pensó Tallow, una voz como la de Lauren Bacall, toda tabaco y brandy, con edad suficiente para saber cómo es el mundo y lo bastante joven para que aún le decepcione—. Era de la nueva generación. Hablaba un inglés excelente... procedía de una ciudad portuaria, ya sabe, de ambiente muy internacional... y era muy brillante y tenía grandes dotes. Y era un descanso trabajar con él. Antes de trabajar con él tuvimos que recurrir a físicos rusos para el trabajo con algoritmos. Lunáticos, en su mayor parte. Bae estaba consiguiendo que alcanzáramos otro nivel.

—¿Se está refiriendo usted al comercio con algoritmos?

—Sí.

—¿Intentó contratarle alguna vez otra empresa?

—Todas lo intentaban. —Se rió la mujer—. Goldman Sachs, Vivicy, Blackrock, la que se le ocurra. Pero no se quería ir.

Era lo bastante joven para creer en la lealtad, por suerte para él.

—A usted le gustaba.

Ella se volvió a reír.

—Le cuidaba. A veces me pregunté qué habría pasado si no le hago salir del armario, como pasó. Aquella noche iba a una fiesta en uno de esos espantosos edificios de Clinton, ya sabe, para reunirse con su novio. También era un joven encantador, estudiante de arquitectura. Yo animaba a Bae para que saliera de su cueva de mago de vez en cuando. Le dije: has encontrado a un joven encantador que quiere lucir a su brillante novio en las fiestas, así que vete.

Hizo una pausa. Cuando volvió a hablar, su voz era más baja y más dura.

—Y entonces. Lo mataron como a un perro.

—Una última cosa. Y ésta sólo por curiosidad, pero me gustaría tener respuesta. ¿Hasta qué punto afectó la muerte del señor Ga a sus negocios?

Ms. Benson se rió.

—Andy Machen me estaría limpiando los zapatos si hoy todavía tuviera a Bae, inspector. Era, y es, irremplazable. Sólo se tiene la suerte de encontrar una mente como la suya en una generación.

—Gracias por el tiempo que me ha dedicado, Ms. Benson.

—Si descubre algo...

—Si surge algo nuevo, por supuesto que la llamaré.

—Gracias. Al negocio no le afecta, ya ve. Seguiremos adelante, claro. Pero le echo de menos. Y no merecía lo que le pasó, nada de nada.

—Gracias, Ms. Benson.

Tallow colgó y metió el trozo de cartulina en su maletín antes de dirigirse a los ascensores y bajar al mapa de la habitación de un asesino, en el sótano.

El subdirector de policía Allen Turkel estaba parado junto a la reproducción.

Tallow se aseguró de no dar un traspie al ver al hombre.

—Señor —dijo, con un asentimiento de cabeza. Y avanzó hacia la mesa que quedaba fuera de la reproducción.

—Inspector John Tallow. Esto es un trabajo impresionante.

—Gracias, señor. ¿En qué le puedo ayudar?

—En realidad todavía no estoy seguro, inspector. Sólo quería ver lo que había hecho aquí abajo, en este espacio robado a mi edificio.

Turkel sonreía, dando la impresión de que sólo se estaba burlando de Tallow. Éste todavía estaba en guardia. Se fijó en lo desgastado que estaba el anillo de boda de Turkel. Era un hombre que se lo quitaba muchas veces. No sólo para ducharse. Se lo guardaba en el bolsillo muchas veces. Turkel pagaba de modo regular una buena cantidad de dinero por cortarse el pelo, y tenía los dientes arreglados como preparación para un trabajo en el que estaba delante de las cámaras y del público con frecuencia. Sus zapatos estaban hechos de cuero flexible con unas fibras cuidadas, y una cadena de plata en la parte delantera de cada uno.

—Prestado, señor. Y no pude trabajar en la auténtica escena del crimen. Habría

supuesto retrasar todavía más la recogida de pruebas.

—Bien, eso demuestra que le importan una mierda los recursos del departamento, inspector. Dígame: ¿piensa alguna vez en un ascenso?

Tallow se limitó a mirarle.

—No es más que una pregunta, inspector. ¿Piensa seguir de detective toda la vida?

—Con toda sinceridad, señor. No pienso mucho en eso. Pero ya que lo pregunta: no, no pienso en un ascenso.

—Conozco a policías como usted —dijo Turkel, alzando la barbilla y sonriendo con la efusividad de un hombre que cree saber dónde está el que manda en una habitación—. Siempre pensé que había tres tipos de policías. Policías como usted, que creen que han nacido para el trabajo que tienen, y que lo harán hasta que les mate o ellos lo dejen. Y policías como su teniente, que quieren ascender porque los ascensos están ahí, y se imaginan que lo que hay que hacer es ascender. No me sirven los policías así. Claro, su teniente es una buena gestora, y me será muy útil, pero, estrictamente hablando, ella no está aquí para ser una buena policía. Está aquí para ser una buena candidata a un ascenso.

Turkel hizo una pausa y Tallow recibió aquella opinión con falso agrado.

—¿Y el tercer tipo? ¿Señor?

—El tercer tipo es el de los policías como yo. Policías que necesitan ascender porque comprenden cuál es el trabajo auténtico. A un policía que anda por la calle a veces le resulta difícil ver las cosas de ese modo, inspector, pero los policías como yo son los auténticos idealistas de este trabajo. Somos las personas que de verdad tenemos una visión de cómo se puede adaptar y cambiar el departamento y servir mejor a la ciudad. Por eso es por lo que yo quiero ascender. Todavía quiero.

Porque quiero cambiar y que mejore su vida.

—Mi vida.

—La vida de los policías a mi mando. Como usted. Pero también tengo una responsabilidad con las personas de esta ciudad. A fin de cuentas, son los que nos pagan de modo indirecto. Y un día puede que nos paguen directamente. De modo que tengo que ocuparme de los recursos. Como en este caso. ¿Con qué objetivo se gastan?

—Es de lo que trata el caso, señor —dijo Tallow.

—Yo creía que se trataba de un montón de homicidios sin resolver que usted volvió a abrir.

—¿De verdad que quiere hablar de eso, señor? Me refiero a ¿hablamos de eso de verdad?

Turkel lanzó una mirada de igual a igual a Tallow.

—Sí —dijo, al cabo de un momento.

—Muy bien, entonces. Se trata de una serie de homicidios sin resolver, claro que sí. Para nosotros. Pero para él se trata de esta habitación. Los asesinatos fueron un medio para este fin.

—No entiendo —dijo Turkel—. Los asesinatos fueron el fin. Sólo tuvo que conservar las armas después, así no se encontrarían.

—No, señor. Esta habitación es lo importante. Para él. Déjeme...

Tallow entró en la reproducción y miró hacia donde estaba parado Turkel.

—No. Fíjese en esto. Mire esta pared. Y luego siéntese.

Turkel le frunció el ceño.

—Me quedaré de pie.

—Muy bien. —Tallow salió del perímetro de los paneles—. Fíjese en el centro de esa pared. —... Es una forma.

—Sí, señor. Ahora recorra con la vista la habitación, dirigiéndose a la izquierda. —Tallow anduvo en torno a la reproducción, con la sensación de ser un animal que se mueve fuera del alcance de la hoguera del campamento.

—¿Todo alrededor?

—Sí. Verá dónde detenerse.

—Dios santo. Forma un dibujo, en cierto modo. Es como si las pistolas estuvieran relacionadas unas con otras, o casi. Hay espacios vacíos, pero...

—Eso mismo, señor. Hay espacios vacíos. Cada uno de esos espacios es un asesinato futuro.

—Dios. Dios santo. Rodean el suelo.

—Y hay más espacios vacíos, señor. Y la disposición sigue en las otras habitaciones, da la vuelta y vuelve.

La voz de Turkel fue muy baja.

—¿Qué es esto, Tallow?

—Es información, señor. Es la obra de un demente muy metódico, muy disciplinado, que estaba escribiendo un libro con los aparatos que matan a gente. Es un flujo de información, es un código, es un pictograma, algo matemático que no significa nada salvo para él. La obra de un asesino en serie en una fase tótem permanente, y permanentemente en acción, permanentemente dedicado a ello y permanentemente trabajando para completar su mensaje a la historia. Eso es lo que ha andado suelto por Manhattan durante estos veinte últimos años, señor.

Turkel pareció que iba a vomitar.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce a Andrew Machen, señor? —preguntó Tallow.

—Ya hace más de veinte años —murmuró Turkel abstraído, con los ojos todavía clavados en el cinturón de metal que componían las armas de la habitación—. ¿Por qué? ¿Qué?

—¿Diría a usted que conoce a Jason Westover desde hace el mismo tiempo?

—¿Cómo? —Turkel se recuperó un poco, y paseó la vista buscando a Tallow. Tallow estaba rodeando la reproducción.

Turkel sólo podía ver al inspector entre las separaciones de los paneles.

—¿Por qué cree que Andrew Machen compró el edificio, señor?

—¿Cómo? ¿Adónde quiere ir a parar? ¿Por qué compró el edificio?

—Por indicación de sus magos, señor. Para que sus compradores algorítmicos continúen haciendo mapas invisibles por todo el Primer Distrito y ganen dinero a escondidas.

—Está diciendo cosas absurdas. Quédese quieto, maldita sea. Por qué iba a comprar Machen...

—Verá, eso es lo que me ha estado inquietando, señor. Pero se me ocurrió, sólo hace cinco minutos, que todos ustedes están tan ocupados haciendo sus mapas invisibles de la ciudad que... bien, ninguno de ustedes puede ver los planos de los otros.

—¿De qué coño está hablando, Tallow? —Tallow pensó que Turkel estaba empezando a sonar un poco descompuesto. El sonido contribuyó a que Tallow suprimiese el susurro interno de su propio miedo.

—Andrew Machen no vio los planos de la ciudad que dibuja el asesino. Compró el edificio de la calle Pearl de acuerdo con las necesidades de sus propios planos, sin enterarse de que el asesino que tiene contratado usaba el inmueble para guardar todas las armas que había utilizado alguna vez. Prefiero pensar que eso le supuso una conmoción.

Tallow entró en la reproducción, detrás de Turkel.

—Todo es un plano, señor. Esto es un plano. El plano de una habitación.

Turkel se volvió hacia Tallow, con los ojos a punto de salirse de las órbitas, pensando lo más rápido que podía.

—¿Está diciendo que Andy Machen contrató a ese hombre para que matase a todas esas personas? ¿Está diciendo eso de verdad? ¿Qué pruebas tiene? ¿Dónde hay algo que lo apoye?

—¿Todavía estamos hablando con toda sinceridad, señor?

Turkel tomó aire, se enderezó y recuperó el valor de modo visible.

—Sí.

—Y no nos puede oír nadie.

—Así es, Tallow.

—Entonces le gustará oír mis impresiones sobre el caso.

—Que le den por culo, Tallow. No seguirá en el caso lo suficiente para que eso importe.

—Muy bien —dijo Tallow, haciendo un pequeño círculo al andar en torno al

subdirector—. Hace veinte años, usted probablemente fuera un patrullero, Jason Westover probablemente acababa de dejar el ejército y Andrew Machen, no sé, vendía en la calle coronas de oro para los dientes de las viejas. Y se conocieron unos a otros. Puede que se hicieran amigos tomando unas copas. Puede que fueran amigos de infancia. ¿Quién sabe? Lo averiguaré. Y todos eran jóvenes, y bastante arrogantes y ambiciosos, y tenían hambre y un poco de avaricia, y estaban un poco molestos por lo lentas que pueden resultar las cosas incluso en una gran ciudad. Y una noche, uno dijo: ¿Qué os parecería matar a todos los gilipollas que se interponen entre nosotros y las cosas que queremos? Y se rieron entre ustedes, y tomaron otra cerveza. Pero la idea quedó ahí, ¿verdad?

No se la podían quitar de encima. Y ustedes, un policía, un soldado y un banquero, no pudieron evitar ponerse a hablar de cómo se podría hacer algo así. ¿Qué pasó después? ¿Conocía uno a un tipo? ¿Buscaron un tipo? Alguien en el que en cierto modo tuvieran confianza total. Alguien al que pagarían para que se dedicase al trabajo y que permaneciera, y aquí surge la palabra de nuevo, invisible en la ciudad el mayor tiempo posible. Y eso siempre parecía llevar más tiempo del que creían, ¿no? Siempre había otro al que eliminar en su constante progreso. Y usted conocía las estadísticas, ¿verdad, señor? Usted sabía cuántos homicidios sin resolver podían estar ocultos en la maraña de cifras anuales. Pero lo que nos ha traído hoy a este sitio, señor, son las cosas que usted no sabía. No sabía que su hombre estaba quedándose con las pistolas y escondiéndolas en un apartamento de la calle Pearl. Jason Westover sin duda no sabía que los dispositivos de seguridad ante cuya desaparición hacía la vista gorda iban a blindar la puerta de ese apartamento. Y Andrew Machen no sabía que en realidad estaba comprando lo que dejaría al descubierto todo el plan.

Turkel tuvo convulsiones y vomitó.

Cuando el hombre estaba a cuatro patas vaciando las tripas, Tallow tuvo que contener un deseo muy intenso de darle una patada en su jadeante estómago. En lugar de eso, se alejó unos pasos del fregadero.

Tallow había introducido tres extemporáneas invenciones en su relato, incluida la de que Westover sabía lo de la puerta de seguridad del 3A. Su instinto le había dicho que aquellos tres hombres hablaban de modo regular, y un poco de información errónea podía funcionar a su favor a largo plazo. Si es que había largo plazo.

—¿Qué coño está pasando aquí?

La enérgica vomitona de Turkel había conseguido apagar el sonido de las puertas del ascensor que se abrían. Tallow conocía la voz y sabía la cara que iba a ver. La cara de una mujer que siempre tenía el aspecto de acabar de tomarse un buen lingotazo de whisky escocés.

—La comisaria jefe —dijo Tallow.

La mujer estaba flanqueada por dos mujeres policía de paisano, y se movió con

rápidas pisadas por la habitación, pasando junto a Tallow.

—No hablo contigo. Al, levántate del jodido suelo.

—Comida envenenada —dijo Turkel con voz ronca, levantándose y buscando un pañuelo de papel.

—Bien. A lo mejor te mata eso y no lo tengo que hacer yo. ¿Qué coño estás haciendo, Al?

—Wanda...

—Te diré lo que estás haciendo. Intentas mandarme a la puta calle. No creas que no te conozco, Al Turkel. Debería agarrarte por el cuello y sacarte los ojos ahí mismo de rodillas. Si quieres mis cuatro estrellas, sé hombre y consíguelas a punta de pistola, cabrón.

—Ay, Dios santo —dijo el subdirector—, ¿qué está pasando?

—Lo que está pasando es que intentas enterrar el caso de la calle Pearl la misma jodida semana en que ha salido a la luz, eso pasa. Intentar enterrarlo y abrirte con él, sabiendo perfectamente que si el comisario se hace cargo de él por orden del alcalde o Dios sabe quién, no se cagaría en tu cara, se cagaría en la mía, porque para eso está una comisaria jefe. Jodido mamón.

—Estás loca, Wanda.

—¿Quieres saber quién está loco? El capitán del Primero, un hombre al que puede que le queden cojones, que ha estado ahorrando para la jubilación anticipada con paga completa dos años antes de lo que le corresponde y se la juega hoy por este chico —señalaba a Tallow sin mirarle y sin embargo refiriéndose indudablemente a él — después de conseguir el informe de tu mesa en el que pedías que enterrasen el jodido caso.

Tallow se balanceó un poco sobre sus talones.

—Yo no tengo que recurrir a ti para que arregles mis distritos, Wanda —dijo Turkel, poniéndose tembloroso de pie.

—Tus distritos. Mi ciudad. ¿Qué hostias estás haciendo?

—No se puede resolver. Es desperdiciar recursos. Tengo recogidas todas las pruebas, y la científica continuará la investigación como una labor no prioritaria hasta que se encuentre una base sólida.

—Al, eres un jodido subnormal. Un tipo mató a un policía con una pistola robada de las pruebas pertenecientes al hijo del jodido Sam. ¿Qué crees que pasa cuando eso se filtra, y lo hará inevitablemente, joder? ¿Es a ti a quien van a hacer preguntas?

No. Algún mierda va a apuntar encantado con una cámara a la comisaria justo después de pasar una hora dándole al alcalde puñados de billetes de mil dólares... — o lo que hostias tenga que hacer la comisaria para conservar su puesto semana a semana—, va a apuntar con una cámara y decir: Oiga, he oído que su departamento se desentiende del caso de un asesino en serie que robó el arma a otro asesino en serie

de su depósito de material y la usó para matar a un policía, que era sólo uno entre los doscientos homicidios o así que se las arregló para no darse cuenta de que estaban relacionados. ¿Algún comentario?

—Wanda —dijo Turkel, cansinamente—, ¿no deberías estar medicada en días como éste?

—Que te den por culo. Tu orden ha sido anulada.

—No puedes hacer eso.

—Puedo y lo he hecho. Sé que quieres mi puesto, Al. Sé que también quieres el puesto de jefe superior. Y eres muy bueno.

Cometes pocos errores, y has ido ascendiendo de cargo con bastante rapidez. Pero te diré una cosa, y gratis: estás pensando como un gerente. Crees que a tu nivel todavía es todo cuestión de liquidaciones y de ocultar las estadísticas que no puedes aclarar. Eso está bien para el CompStat y las revisiones de ascensos. Pero cuando se llega a mi nivel, Al Turkel, es necesario tener una perspectiva más amplia. Tienes que cargar con el mochuelo, o si no te crucificarán los medios y los políticos. Y en este caso, todos los policías del departamento, que preguntarán qué pasa si a ellos en un mal momento les pegan un tiro con una pistola que no quieres reconocer que anda por ahí suelta.

Escupió en el suelo al lado de Turkel. Tallow empezó a entender por qué la comisaria jefe siempre se desplazaba con guardias de seguridad.

—Que te jodan —le dijo a Turkel—. Sé un policía, coño.

Se dio la vuelta sobre los talones y salió por donde había llegado, pasando junto a Tallow. Al mirarle cuando se acercaba a él, dijo:

—¿Tú eres John Tallow?

—Sí, señora.

—Pues eres un gilipollas —dijo ella cuando daba una patada al ascensor.

—Sí, señora.

Tallow mantuvo los ojos clavados en Turkel y oyó que la comisaria jefe se marchaba. Contó otro minuto mientras Turkel se arreglaba la ropa y se levantaba, y entonces Tallow se dirigió al ascensor.

Turkel no dijo nada, como esperaba Tallow. Al cabo de un par de minutos más, volvió el ascensor, y las puertas se abrieron haciendo ruido.

Tallow entró. Turkel, sin mirarle, habló entonces lenta y pausadamente, como con cristales rotos en su voz:

—Yo podía haber impedido esto. Recuérдалo cuando vuelvas a casa esta noche. Podría haber impedido lo que pasará después. Pero ahora no quiero.

Las puertas se cerraron con un estremecimiento. La electrónica del ascensor vaciló durante un momento antes de ponerse en marcha. Durante unos segundos, allí todo quedó a oscuras.

Tallow pasó quince minutos intentando atemorizar a un ordenanza para que limpiase la reproducción, y cuando éste lo hizo, terminó teniendo que untarle con diez dólares.

—No creo que tenga que untarte para que hagas tu trabajo —dijo Tallow.

—Y sin embargo, aquí está, pagándome por hacer el trabajo por el que ya me han pagado —dijo el ordenanza, arrebatando el billete de los dedos de Tallow—. El mundo del comercio es una cosa misteriosa y aterradora, y no nos toca ni a usted ni a mí ocuparnos de él.

—Podría haberme limitado a decirte que lo hicieras, joder —comentó Tallow.

—A lo mejor podría. —El ordenanza sonrió, guardándose los diez dólares en el bolsillo—. Estoy seguro de que había algún modo de que usted hubiera podido dar la orden que me habría obligado a hacerlo sin dejarle con diez pavos menos.

Pero nunca se sabe, ¿verdad?

A Tallow se le pusieron vidriosos los ojos cuando pensó en las palabras de Turkel.

—Ese hijoputa —dijo, y se marchó.

Su teléfono sonó cuando había vuelto al departamento de la científica. Era la teniente.

—Sólo se aplaza —dijo él.

—¿El qué?

—La orden del subdirector quedó anulada. Pero lo único que significa eso es que mañana va a dar otra orden, una redactada de modo diferente, probablemente a través de otro canal, y eso será todo. Es probable que ahora mismo esté ocupándose de cómo hacerlo.

—Tallow, ¿qué coño está pasando ahí?

—Juro por Dios que sólo vi a la comisaria jefe aplastar al subdirector Turkel delante de mí.

La teniente soltó una explosiva risa de sorpresa.

—Oh, Dios santo. ¿Llevaba puestos esos zapatos planos para hacer senderismo?

—Los llevaba. Andaba como si estuviera aplastando hormigas.

—Me encanta —dijo la teniente—. La verdad es que espero que llegue a jefa de todo algún día.

—Turkel conoce a Machen —dijo Tallow—. A Machen, cuya empresa está comprando el edificio de la calle Pearl.

Machen, que es tan buen amigo de Jason Westover que presentó a éste a la que sería su mujer. Machen, que trató de contratar a un mago coreano de las matemáticas de otra empresa y fracasó, y poco después al mago de las matemáticas coreano lo encontraron muerto, liquidado con una pistola coreana.

—Por el amor de Dios, John —dijo la teniente—, proporcióname alguna prueba, joder, no quiero más conjeturas.

—¿Crees que estoy equivocado?

Oyó que la teniente respiraba profundamente.

—No del todo, no. Pero esto se está haciendo muy grande y muy caótico, y va muy rápido, y tú no lo mejoras viendo relaciones en todas partes. Tráeme algo que se pueda ver a simple vista. Porque si aciertas en una cosa, John, entonces es probable que el subdirector encuentre otro modo de enterrar el caso. Y pasará si tú le dejas. No tienes nada concreto, y él dará carpetazo a cualquier cosa que le parezca susceptible de ser aclarada...

—Ah, coño —dijo Tallow—. Y la comisaria se lo puso en bandeja. Le dio cuatro gritos sobre la Bulldog 44.

—Dame algo. Pronto. Porque el capitán ha empezado a meter las cosas de su mesa de despacho en una caja, John. Está acabado, y sólo espera que le digan que está acabado. Se interpuso en el camino de una bala dirigida a nosotros. No les dejes que disparen otra. Porque yo no la voy a recibir por ti.

—Entendido. Pero te das cuenta de lo grande que se está haciendo esto, ¿verdad, teniente? Ves que todo está relacionado.

—No me hables así, John. O mi conclusión definitiva será que estás loco y deberías haber estado de baja.

—Muy bien. Muy bien. Hablaré mañana contigo —dijo Tallow, terminando la llamada y sabiendo que podría haber dicho una mentira. Sabía perfectamente que cualquier cosa que le pasase tendría que producirse aquella noche. Considerando eso, con su teléfono en la mano, Tallow se pasó revista. Era una especie de miedo tranquilo el que sentía un vacío en el pecho y una velocidad parpadeante en sus pensamientos. Aquello todavía tenía sentido para él, pensó, y la mano no le temblaba. Un tipo de miedo útil, por tanto.

Tallow quedó paralizado durante un momento por un recuerdo despertado por los sentidos: él tenía unos cinco o seis años, volvía a casa del colegio. Su madre le estaba esperando al otro lado de la calle. Lo podía ver. Una intersección en forma de T, donde él tenía que cruzar la calzada, que era la raya vertical de la T. Primavera. Las tardes se alargaban, y también los augurios de estar levantado hasta más tarde y hacer más cosas y emplear las horas de cálida luz dorada en divertirse y pasarlo bien; o incluso sólo los de aumentar las ocasiones de estar con sus padres. Los augurios nunca parecían llegar a hacerse realidad, pero en primavera bastaban sin más para ponerle contento. Su madre estaba atenta a la circulación. Alzó los brazos en dirección a él. Era seguro que cruzase. Aquella mañana ella le había dicho que iba a ir a la compra, y que aquella noche tendría helado a la hora de cenar. Corrió hacia ella. Cuando quedaba una tarde buena por delante, con luz todavía en el cielo, era si como uno robara un tiempo extra al mundo.

Tropezó. Tallow lo recordaba perfectamente. Tropezó en mitad de la calzada y

cayó sobre el pecho. Si su cabeza no hubiera ido por delante debido a la emoción de correr hacia mamá y de que empezaba la tarde, es probable que se hubiera abierto la barbilla o quedado sin dientes. Pero cayó sobre el pecho, con las palmas de las manos chocando contra el alquitrán, y se golpeó las dos rodillas. Miró a su madre. Su madre estaba mirando una furgoneta Volkswagen que doblaba la calzada.

Era azul y blanca. Podría reconocer el tono exacto de azul en una carta de colores si le enseñaran una en este mismo momento.

Podría ver las manchas de óxido del escudo de Volkswagen de la parte delantera de la furgoneta. Lo conducía una mujer corpulenta; tenía un pelo grisáceo con un corte de pelo cuadrado, y llevaba puesto un grueso jersey verde.

El miedo estaba allí, dentro de su pecho, aquel horror hueco de una sensación. Sus pulmones habían desaparecido, se desvanecieron. El cuerpo le decía que no tenía sentido respirar porque no tenía pulmones. Sus pensamientos eran una procesión temblorosa, un praxinoscopio de imágenes y cálculos y saberes sencillos.

La furgoneta frenó. La madre de Tallow ahogó un grito y corrió a la calzada para levantar a Tallow. Tallow se podía mover perfectamente, pero su madre le cogió en brazos y lo llevó a la acera, haciendo gestos y dándole las gracias a gritos a la sonriente mujer detrás del volante. Tallow miró a la conductora, y ésta parecía más agradecida que su madre. Tallow recordó que acariciaba su volante, respirando temblorosa. El alivio de una mujer que, después de todo, no había atropellado a un niño que volvía a casa. Tallow había pensado en ello, por la noche en la cama, toda la semana. La mujer daba las gracias a su furgoneta por ser lo bastante buena como para haberse detenido cuando ella se lo dijo.

Tallow pensaba en ello, él con cinco o seis años, mirando el techo donde su padre había pegado unas estrellas de plástico hechas con un material que brillaba en la oscuridad formando unas desordenadas galaxias. Y también pensó en que se había dado cuenta de que, a pesar del miedo o debido a él, había conseguido escapar de la trayectoria de la furgoneta. Se dormía sonriendo con la absoluta certeza de que él habría sido capaz de levantarse y evitar la furgoneta.

Llevaba sin estar asustado de verdad mucho tiempo, John Tallow llevaba tiempo así. Ahora lo estaba, con tanta claridad y frialdad como lo había estado aquel día de su infancia.

Tallow encontró la guarida de Scarly y Bat. Bat estaba dentro, tecleando en su ordenador personal.

—¿Dónde está Scarly?

—Ocupándose del papel de fumar —dijo Bat, sólo parcialmente interesado—. No le gusta que la ayude con eso. La operación en su conjunto me produce tos, y una vez... bueno, estábamos tomando unas pizzas de mierda y se me metió algo entre los dientes. Y estábamos haciendo humo en busca de huellas, y yo tosí, y ella me gritó, y

yo tosí, y aquel trozo de anchoa me salió volando de la boca y de algún modo entró directamente en la suya.

—¿Por eso no te deja ayudar?

—No mucho. Estoy tratando de obtener algo del ADN del trozo cortado.

—¿El método rápido?

—No tan rápido —dijo Bat—. Pero me las puedo arreglar con el ordenador desde aquí. Con la mejor voluntad del mundo y toda la suerte que sea posible, llevamos buscando al menos una hora. Y no tengo suerte y trabajo en el Departamento de Policía de Nueva York, ¿entiendes?

—Sí —dijo Tallow—. Pero escucha. ¿Podría tenerte a mi disposición durante una hora?

—¿Qué necesitas?

—A ti. Y algunas cosas tuyas.

—Te expresas como un hombre que tiene una estrategia, John.

—Hemos abandonado las estrategias y estamos en un territorio que requiere que hagamos el último esfuerzo. O puede que caídos en una carretera mientras una furgoneta avanza hacia donde estamos.

—Bien, vale. ¿Dejas que hable antes con Scarly?

—¿De qué? —preguntó Scarly, apareciendo detrás de Tallow. Tenía los ojos brillantes y su respiración era rápida y superficial.

—¿Qué has conseguido? —le dijo Bat, y luego a Tallow—: Conozco esa mirada. Ha conseguido algo. Lo sé.

—Acertaste, coño —dijo Scarly—. Tengo una huella.

—Hay que joderse —dijo Bat.

—No es una huella muy buena —dijo Scarly, rápidamente—, pero es una huella. Y creo que es lo bastante buena como para que si nuestro hombre ha sido un cliente habitual de la policía de Nueva York, podamos encontrar a quien corresponde.

Tenemos una jodida huella, John. ¿Cómo coño llegaste a pensar en esto?

—En lo que yo estoy pensando ahora mismo es en conseguir un perito en huellas dactilares que confirme si tenemos datos de a quién corresponde —dijo Bat.

—No me jodas el plan, Bat. He conseguido obtener una huella en una colilla envuelta en una bolsa de patatas fritas.

Deberías prestarme obediencia ciega ahora mismo y buscarme unas putas.

—Todavía no necesitamos a un especialista que lo confirme —dijo Tallow—. Tenemos a quién corresponde la huella.

Conoceremos al hombre en cuanto lo veamos. Estoy condenadamente seguro de eso. Quiero que me prestes a Bat una hora.

Estaremos de vuelta enseguida. Nos vamos a quedar sin el caso mañana, Scarly, así que sólo tenemos esta noche para elaborar algo que parezca una teoría respaldada

por hechos. ¿Estás dispuesta a eso?

—John, tengo una mujer. No puedo pasar fuera toda la noche.

—Oye, Scarly. ¿Qué pasó hace cinco segundos cuando conseguiste la jodida huella? —preguntó Bat.

Scarly miró encogida y resplandeciente a John desde debajo de unas cejas bajadas cómicamente.

—De acuerdo. Lo reconozco. Estamos demasiado metidos en esto para detenernos ahora. Pero vamos a necesitar comer algo, y yo tengo que estar segura de que mi mujer no me vaya a tirar de cabeza por el retrete. Déjame que haga una llamada.

—Haz tu llamada —dijo Tallow—. ¿Están procesando la huella ahora?

—Sí.

—Vale, muy bien. Bat, me hace falta que traigas algunas de tus porquerías.

En el coche, Bat dijo:

—Estás completamente chiflado si crees que se va a conseguir algo.

—Estoy empezando a cansarme de que me digan que estoy loco.

—Bien, pues acostúmbrate. Verás, no quiero andar metiendo la nariz todo el rato en tus asuntos, pero ¿ya eras así antes de que muriera tu compañero?

—Yo creía que la autista sin aptitudes sociales era Scarly.

—No, no, no soy desconocedor de lo que estoy preguntando. Comprendo que todavía debe doler, ¿sabes? Pero es una pregunta razonable. ¿Tienes la sensación de que te comportas de modo distinto a como lo harías si estuvieras trabajando con tu compañero? Sólo que puede que haya una posibilidad de que... no quiero decir que estés traumatizado o necesites ayuda, joder, pero...

Tallow suspiró.

—¿Estás preguntando si el hecho de que viera cómo mataron a Jim me ha vuelto chiflado?

—Fundamentalmente —dijo Bat—. Sólo que planteado de un modo más amable.

Un policía de uniforme se puso en el centro de la calle, indicando que se detuviera la circulación. Detrás de él, una ambulancia estaba aparcada en la acera. Había un hombre ardiendo en la esquina de la calle. De rodillas, envuelto en llamas, ya muerto, se derrumbó por completo sobre sí mismo.

Un bombín con salpicaduras de guano y plumas de pavo en la cinta volaba por la calle detrás del agente de uniforme.

Tallow oyó una voz en su memoria reciente que decía: Yo sólo le pedí fuego.

—Estás preguntando si estoy un poco para allá —murmuró Tallow como para sí mismo.

—Sí, eso pregunto —dijo Bat—. Este plan es el plan de un loco.

—Y sin embargo aquí estás tú.

—Sí, aquí estoy. No digo que no me gusten los planes de un loco. Lo que digo es que esto no llevará a nada.

—Mira —dijo Tallow—, ¿puedes hacer lo que te pido o no?

—Sí. En realidad, será divertido. Sólo creo... bueno, coño. Un nativo americano de mierda, sin pruebas relacionadas, su historia-fu es más fuerte que la tuya, no tiene solución, etcétera, y de ahí para delante, joder. Te lo dijimos media docena de veces.

—Historia-fu —dijo Tallow, muy despacio.

—Ya sabes a lo que me refiero. Aunque pregunto por qué historia-fu te paró en seco y al nativo americano de mierda sólo se lo llevó el viento.

Tallow respiró a fondo.

—Muy bien —dijo, con la temblorosa expulsión del aire—, ése es el trato. Mi apartamento tiene tres salidas. Por delante, por detrás y por la escalera de incendios...

El trámite llevó menos de una hora, al final. Bat se entregó lleno de ánimo a llevarlo a cabo y terminó el trabajo con una mueca de hiperconcentración que hizo que Tallow se preguntase si a fin de cuentas Scarly no era la autista del equipo. Bat todavía vibraba de alegría en el trayecto en coche de vuelta a Jefatura.

—Así que has disfrutado con el plan de un loco —comentó Tallow.

—¡Ja! Por eso me dedico a este tipo de trabajo, tío. Es donde está la mierda adecuada.

—Te hiciste policía porque... ¿te gusta el edificio?

Bat se volvió a reír, retorciéndose en el asiento del acompañante.

—No. ¿Quieres saber por qué me hice policía?

—Claro.

—Por las series de policías.

—Te burlas de mí —dijo Tallow. Ya había oído esa explicación antes y nunca se la tragó. Si eres tan idiota como para creer que las series de policías eran como el trabajo de un policía, razonó Tallow, entonces nunca entras en el cuerpo porque se te exige que des muestras de la inteligencia suficiente para vestirte.

—Para nada. El tao de las series de policías, tío. Todas esas series de policías con las que me crié, en especial las del 2000 hasta el 2009, dicen lo mismo. Si eres bastante listo, y tu Ciencia, con C mayúscula, no está mal, y si te niegas a rendirte y sigues aplicando la Ciencia al problema, éste romperá aguas y lo podrás resolver. Y el problema siempre es el mismo: el mundo ha dejado de tener sentido, y los policías tienen que usar la Ciencia para obligarlo a que lo tenga. Ésa es la clave de todas las series de policías. Sigue con atención una serie de policías durante una hora y ésta te presentará un desarreglo ético, y el proceso por el que se produjo ese desarreglo, y cómo se recompone y se impide que vuelva a repetirse. Por eso les gustan a todos. Nos cuentan cosas que hacen sentir que todo está jodido, y luego te enseñan lo que hay que hacer para descubrir lo que pasó de verdad... simplificar el mundo... y

entonces bregas con ello. Porque todo el mundo sabe que... oye, ¿tú nunca engañaste a una novia?

—Una vez —dijo Tallow, por seguirle el rollo, aunque nunca lo había hecho. En especial porque nunca se presentó la oportunidad.

—Entonces lo sabes. Uno rompe esa parte de lo que es ético, la regla básica que dice: no hagas eso, y sólo resulta difícil una vez. Cuando el sol no desaparece porque te has portado tan mal... bueno, la siguiente vez es más fácil. Y la siguiente vez.

Así que todo el que ve una serie policiaca sabe que el malo no va a hacer esa cosa mala sólo una vez. Tiene que ser eliminado de las calles. Eso es lo que yo quería ser. Me fascinaba la idea de ser el que elimina a ese tipo de las calles sin utilizar más que el cerebro y las manos. Te contaré un secreto. —Bat sonrió—. No digo nunca a la gente que soy policía. Le digo que estoy en el servicio de investigación criminal.

—Es lo mismo.

—¿Sabes una cosa? No te lo tomes a mal, pero no quiero que sean lo mismo. Yo estoy en la científica. Resuelvo cosas.

Persigo y reconstruyo y resuelvo cosas con la ciencia. ¿Sabes lo que hace un policía de Nueva York? Pega a los que protestan.

Viola mujeres.

—Oye.

—Eso no me lo puedes discutir, John. ¿Te acuerdas de aquel inspector que violó a aquella mujer en el portal del edificio de apartamentos donde ésta vivía en el Bronx? ¿Te acuerdas de lo que dijo ella que le dijo él? «No soy tan malo como esos otros policías que violaron a esa otra chica». ¿Te acuerdas de cómo acabó Ocupa Wall Street? ¿No acorralaron a mujeres y luego las fumigaron con pimienta? ¿No pegaron con porras a periodistas? ¿No le abrieron la cabeza a un concejal? ¿No levantaron a la fuerza a mujeres en sillas de ruedas? Eso es lo que es un policía de Nueva York. No somos unos héroes, joder.

De modo que no, no le digo a la gente que soy policía. No me gusta andar por las calles. Me gusta estar en mi piso de Jefatura, donde recurrimos a la ciencia y resolvemos cosas sin tener que salir por ahí a partirle la cara a alguien por estar en un sitio que no debe y decir las mierdas que nos merecemos de sobra...

—¿No quieres tomar un respiro, Bat?

Bat ni siquiera se molestó en fingir que sonreía por compromiso.

—¿Sabes por qué a los de la científica les joden tanto los policías y los inspectores que pegan? Porque nos recordáis en lo que estamos trabajando.

—Sí —dijo Tallow—. Persiguiendo al nativo americano ninja.

Ante eso Bat soltó una risita nasal, mirando por la ventanilla.

—Oye —dijo—. ¿Dónde estamos?

—Dando un pequeño rodeo. Quiero ver algo.

Bat miró a su alrededor como si tratara de seguir la trayectoria al azar de una mosca.

—¿Es eso de ahí el parque Collect Pond? Yo creía que tenía un estanque de verdad.

—Lleva años en obras —dijo Tallow—. Había un estanque pequeño añadido hace poco, y luego lo vaciaron y ahora están volviendo a excavarlo o algo así.

El parque Collect Pond era una deprimente plaza adoquinada, tan gris que las vallas pintadas de amarillo amontonadas durante una u otra fase de la construcción le daban un toque alegre.

—Eso —dijo Tallow— es Werpoes. Un arroyo corría desde la calle Spring, por el canal que excavaron y que dio nombre a la calle Canal, hasta un estanque que al final se llamó Collect Pond. Hacia 1800 o así, el estanque sólo era un depósito de venenos, así que excavaron en el canal para drenarlo. Luego lo rellenaron, y luego hicieron la calle Canal encima del canal. Y todo eso era Werpoes, el poblado principal de los nativos americanos de la parte baja de Manhattan, en las orillas del estanque. Lo que queda es, bueno, pues eso. El agujero del estanque, los restos de las casas abovedadas de Werpoes, y cualquier otra señal de que aquí hubo alguien antes que nosotros quedó bajo tierra. Debajo de ese trozo de parque, y por ahí.

Tallow señaló en otra dirección, y Bat siguió su dedo.

—Las Tumbas —dijo.

—Sí. The Tombs, las Tumbas, el centro de detención de Manhattan se construyó encima de Werpoes y el Collect Pond.

Igual que el juzgado de lo criminal. El centro de detención original de las Tumbas en realidad lo pudrió lo que quedaba del estanque... El drenaje se hizo tan mal que hasta cuando volvieron a llenar el agujero todo el terreno se convirtió en una ciénaga, y la humedad se filtraba a las Tumbas. Por eso me estoy preguntando...

—¿Es que tu cerebro está sintonizando un programa de la radio pública sobre historia sin interés en dosis masivas?

—Me estoy preguntando por qué me advirtió la mujer de Jason Westover de que no me acercara a Werpoes. Bat, también voy a recordar eso la siguiente vez que me digas que mi historia-fu es mucho más débil, porque leí acerca de este asunto por ese motivo. Lo que más claramente sugiere es que nuestro hombre frecuenta Werpoes. Pero mira alrededor. Las Tumbas, el juzgado, un parque en el que no se podría esconder un chihuahua, edificios de oficinas... ¿por qué va a vivir por aquí un tipo que guardaba sus posesiones más preciadas en una ruinoso casa de la calle Pearl sin ascensor?

—Y a muchos policías también —comentó Bat.

—Incluidos nosotros —dijo Tallow, avanzando con el coche.

Scarly estaba en la guarida-despacho que compartía con Bat, iluminada por la

pantalla de su ordenador.

—Lo localicé —dijo, sin alzar la vista. Su cara estaba extrañamente inexpresiva, de un modo que hizo que a Tallow le revolviere el estómago algún extraño presagio involuntario de miedo.

Bat saltó por la habitación, agitando los brazos y asintiendo con la cabeza.

—Lo localizaste. ¿Localizaste a quién? ¿Quién está localizado?

—Nuestro hombre —dijo ella, impasible.

—No lo creo —dijo Bat.

—Nuestro hombre se convirtió en cliente de la policía de Nueva York cuando empezó a llevarse un registro de ADN. Su hoja está en la base de datos. He establecido una relación. Lo localicé.

Bat miró la pantalla por encima del hombro de Scarly y dijo algo como:

—Jodeeeeer.

—John —dijo Scarly—, ¿quieres mirar esto? —Habló en tono de amenaza.

Tallow no quería.

Tallow quería mandar al carajo aquello, decirles que siguieran ellos, volver en coche al Primero, tomar un café y dejar que el mundo siguiera su curso. Ni siquiera ver cómo el mundo seguía su curso. Recordó los días en que el mundo sólo era un telón de fondo que se movía detrás de un escenario que únicamente ocupaba él, fuera cómodo o no el sillón que hubiera encontrado, y cualquier canción o estrofa que le divertían le daban vueltas en la cabeza el tiempo que duraba el turno. Aquello parecía remontarse a veinte años atrás. Sabía que sólo era la última semana, pero era incapaz de ordenar la última semana con claridad. Parecía una imagen de un verano de su infancia... o puede que, más exactamente, una foto de la semana pasada emborronada y hecha con filtro y velada por un instrumento digital que imprimía la pátina de los recuerdos descoloridos por encima de ella.

Tallow se acercó y miró la pantalla.

Allí estaba el hombre con el que se encontró en el exterior del edificio de apartamentos de la calle Pearl.

Veinte años más joven, por lo menos. No tan apacible. Delgado, pero no tan duro. Con sangre en la cara. Y no sangre suya.

Había un nombre en la pantalla. El nombre no parecía importar.

Tallow se dio cuenta de que oía sus propios latidos. Cuando tragó saliva y cerró los ojos, la voz de Scarly se impuso al retumbar de sus oídos. —... ex soldado. El médico que lo reconoció puso una nota en la hoja diciendo que probablemente era esquizofrénico.

También hay una anotación escrita a mano en el papel, cuando se lo escanea.
¿LCC?

Tallow se limitó a sonreír.

—Tú no has pasado mucho tiempo en urgencias de un hospital.

—¿Qué significa?

—Es jerga médica de urgencias. LCC significa «loco como una cabra».

—Estupendo.

Tallow se inclinó. A su hombre lo habían detenido acusado de agresión, pero la víctima por alguna razón se había volatilizado. De modo que lo único que tenían era a un veterano de guerra lunático con sangre de otro encima encerrado en un calabozo atestado. Dada la situación general de hacinamiento y la sensación general de que había cosas más importantes en el mundo de que ocuparse, una nota añadida señalaba que los agentes que lo arrestaron se equivocaban y que era muy probable que lo que llevara encima aquel LCC fuera su propia sangre, y como no había víctima ni delito visible, al individuo en cuestión se le echaba a la calle una vez fichado.

—Las notas sólo dicen antiguo soldado —dijo Scarly—. Ni idea de si era un veterano o lo licenciaron antes de tiempo o qué. Un trabajo chapucero. Apostaría lo que fuera a que quien lo hizo sólo era una persona que decidió liquidar el asunto del modo adecuado, porque ha escrito frecuente cliente encima de él. Es probable que el mismo miembro de la científica que se había desentendido de lo de la sangre. La verdad, me gustaría ver su hoja de servicio.

—¿Puedes hacerlo desde aquí? —preguntó Tallow.

—Probablemente —respondió Scarly—. Pero no ahora mismo. Ya tenemos bastante en lo que pensar, y conseguir esa información llevaría horas, y tenemos sitios a los que ir. —Se sacudió como si tratara de despertar de un sueño gélido o intentara quitarse una lluvia fría de la piel—. Vamos. Moveos.

—¿Movernos adónde? —dijo Bat.

—Al coche, Bat, John puede seguirnos en el suyo. Vamos a mi casa, donde mi mujer nos dará de comer.

Tallow sintió una repulsión inmediata ante la idea.

—No quiero obligarte.

—John. Se trata de una orden directa. Vas a venir a nuestro apartamento y cenar con nosotros.

—Puedo conseguir algo...

—John —dijo Scarly—. He recibido órdenes. Si llego sin ti, me castigarán. No querrás que me castiguen, ¿verdad?

Tallow estaba a punto de contestar cuando vio a Bat, de pie detrás de Scarly, negando con la cabeza con breves movimientos rápidos que podrían transcribirse como no, John, no menciones eso que te conté en el bar y que está incitando tu deseo de decir: pero si te gusta que te castiguen, Scarly, no hacer eso tendrá terribles consecuencias.

—No creo que sea una buena idea —dijo Tallow, con la espalda apoyada en la

puerta.

—John. Hemos estado trabajando hasta tarde, y todavía tenemos mucho de qué hablar. Así que Talia se ofreció a prepararnos una cena. No es como si estuviéramos intentando que formaras parte de una secta.

—Y —dijo Bat— también tenemos cosas que hacer esta noche. ¿Verdad, John?

Scarly miró a Bat como si fuera un asesino.

—¿Cosas? ¿Todavía tenemos cosas que hacer?

—John tiene un plan —dijo Bat, con engreimiento por saber algo que no sabía Scarly.

Scarly dio unos pasos hacia John. Y clavó un dedo sorprendentemente duro en el pecho de Tallow.

—Ya está decidido. Bat viene conmigo. Tú nos sigues. Talia nos da de comer. Y tú me cuentas qué me estás ocultando.

—Yo no estoy ocultando nada.

—No es admisible que Bat sepa algo que yo no sepa primero. O por lo menos que yo pudiera asegurar de modo convincente que lo supe y luego lo olvidé, porque soy mucho más importante que él. —Scarly volvía a ser ella misma.

Además, estoy casi segura de que me robaste mi Twine, y hay un recipiente... no importa. Lo explicarás después. Ahora nos vamos.

—Pero...

—No hay pero que valga. Sólo hay que nos vamos.

Tallow quería esconderse en algún sitio y dejarse morir. La idea de aquella cena era completamente antitética con su vida tal y como él había decidido que fuera. La idea se arrastró como una araña y produjo una sensación de repulsión inmediata.

No quería formar parte de...

Tallow retuvo la idea dentro de la cabeza e hizo una pausa antes de terminar. La idea era: Yo no quiero formar parte de la vida de la gente.

Tuvo que darle vueltas a esa frase mentalmente para contemplarla desde todos los ángulos y analizar qué podría sugerirle cuando se había hecho tan precisa.

Tú estás completamente grillado, decía Bat en la memoria de Tallow. Tallow sabía que no lo estaba. Podía examinar la frase desapasionadamente y saber que él no estaba loco y que estaba bien mantenerse al margen de la vida de la gente. No necesitaba ver lo que le pasaba y la gente no necesitaba tenerle a él cerca. Pensó que nunca iba a conseguir que nadie más entendiera eso. Les dio vuelta a los argumentos de la gente y los echó abajo todos con una eficacia total.

Le llevó un largo segundo más que se le ocurriera que eso era lo que en realidad probablemente haría un loco.

—Muy bien —dijo Tallow—. Me gustará conocer a tu mujer. ¿Adónde nos dirigimos?

Tallow se felicitó, muy en silencio, por haber dejado abiertas todas las posibilidades. A lo mejor podía limitarse a decir hola y luego irse. Se dijo que no estaba obligado a meterse en la vida de otros.

Lo peor del tráfico sobre el puente de Brooklyn había terminado, y, en convoy, salieron más o menos directamente de la isla.

Tan preocupado estaba Tallow por la inminente amenaza de conocer a otras personas y por la desagradable idea de que quizá estuviera en realidad completamente loco, que le llevó al menos cinco minutos que se filtrase a su percepción que había encendido la radio como un acto reflejo.

Múltiples agresiones en el Bronx después de que al director de un colegio católico, expulsado después de que lo encontrasen con un terabyte externo cargado de pornografía infantil, lo dejaran libre sin cargos.

Un oficinista muerto a golpes en un sex shop del parque Sunset; embadurnaron con cruces hechas con la sangre del muerto el mostrador y los escaparates; al parecer habían robado pornografía alemana bastante brutal por valor de cuatrocientos dólares. El arma asesina se suponía que era un consolador de goma de siete kilos.

En Williamsburg, un chico de diecisiete años encontrado desnudo en la calle y sangrando por más de trescientos cortes.

Queens: casero asesinado por un inquilino de edad con un machete que luego intentó matarse a sí mismo para disimular.

Todavía estaba consciente cuando llegaron los de urgencias, a pesar de haberse convertido en lo que un ingenioso llamó «un dispensador Pez humano».

Cinco miembros de una banda, todos de menos de dieciocho años, encontrados unos encima de otros en una esquina de la calle Walkins, en Brownsville, a plena luz, todos muertos, todos castrados. Nadie vio nada.

También en Brownsville, una chica de dieciséis años degolló a una de trece, que murió a los pocos minutos. Hubo que impedir que la chica de dieciséis años se matara a sí misma, pues aseguraba que lo que intentaba era dejar marcada a la fallecida de tal modo que el chulo de ambas ya no la pudiera usar para los servicios importantes (de más de veinte dólares).

Un hombre fue encontrado masturbándose en el parque Prospect con el cañón de una pistola de nueve milímetros. Cuando lo descubrieron, disparó a un guarda del parque, a uno que pasaba corriendo y a una niñera, antes de pegarse un tiro en la boca abierta que le alcanzó el cerebro.

Unas cuantas risas se impusieron a las emisoras mal sintonizadas: el edificio de la Hell's Kitchen utilizado por un traficante de armas de poca monta al que llamaban Kutkha pero era más conocido como Antonin Anosov estaba en llamas en aquel momento. Muchos de los inspectores de la ciudad llegaron a conocer a Anosov con los años, y por lo general sentían un afectuoso desprecio por él. Era uno de los pocos

excéntricos de verdad que habían surgido en tiempos recientes dentro de la esfera del delito de la ciudad, y aunque a ninguno se le cogería diciendo que en realidad le caía bien, no cabía duda de que la mayor parte de los que trataron con él le apreciaban. En consecuencia, había un pequeño revuelo de bromas sobre cómo se había incendiado el sitio donde hacía negocios.

Unos minutos después llegaron informaciones de que se habían encontrado cuerpos. Muchos cuerpos. Las bromas adquirieron un tono amargo y fueron desvaneciéndose en las ondas de radio hasta desaparecer. Señales de humo.

Veintiocho

El cazador tenía tiempo para matar.

Estaba experimentando algo que había llegado a considerar agotamiento por asco. El desagrado existencial insoportable que internamente le provocaba agitación y pústulas, y le hacía estallar, le dejaba agotado durante extensos periodos. Sentir de modo constante, a cierto nivel, repulsión y malestar físicos hacia el extraño mundo con el que tenía que relacionarse, le consumía.

El agotamiento le asustaba. Le debilitaba mentalmente. Se deslizaba por el fondo de Mannhatta conforme andaba, tan al fondo que empezó a perder la capacidad para percibir las fuentes de luz modernas. La noche caía con rapidez, y la circulación se convirtió en el correr de lobos con ojos color ámbar. El cazador se movía entre los árboles lo mejor que podía, manteniendo las palmas de las manos en los sobacos para impedir que se percibiera el olor a miedo de su sudor. Ningún hombre se llevaba bien con los lobos. Los lobos devoran hasta a los cazadores nocturnos, pues entre los predadores no hay honor ni reglas, y las tripas de todo el mundo sueltan los mismos humores cuando se las desgarran una noche fría.

Un coche surgió de la espesura y casi cornea al cazador con sus cromados.

El cazador hizo una finta y se agarró a un arce rojo cuando el coche pasaba a gran velocidad junto a él y se dividía en una jauría de lobos plateados que se alejaban corriendo entre los oscuros árboles.

El cazador cerró los ojos con fuerza y luego los abrió poco a poco de modo experimental. Fue recompensado con una visión borrosa de lo que quizá fuera el 80 por ciento del Manhattan moderno y los latidos de un dolor de cabeza. Eso lo podía resistir: el dolor agudizaría su percepción durante un tiempo, antes de que su insistencia empezara a desanimarle más aún. A lo mejor desaparecía antes de entonces.

Comer ayudaría. No se atrevió a arriesgarse con comida de Manhattan. Una vez, en circunstancias desesperadas, había recogido una hamburguesa a medio comer abandonada dentro de una bolsa marrón encima de un cubo de basura. La carne contenía tanta sal que notó un espasmo en los riñones mientras masticaba, y tenía el inconfundible sabor de haber sido cortada de un animal cuyas propias heces habían formado parte de modo considerable de su dieta. El bollo dentro del que estaba, supuso, era primo lejano del pan de trigo, excepto por el sabor a amoníaco y tiza que tenía. Media hora después, vomitó todo lo que había estado en su estómago, con dolor y durante largo rato. Vomitó cosas de colores que antes nunca había visto salir de él, y estaba casi seguro, a los veinte minutos de vomitar, de que vio los restos ennegrecidos de un diente de leche que se había tragado cuando tenía seis años. Había vivido de los frutos de aquella isla de muchas colinas durante demasiado

tiempo y no podía metabolizar la porquería procesada por máquinas con la que sobrevivían los nuevos habitantes.

Ahora el cazador rebuscó en sus bolsillos y su bolsa y sacó un puñado pequeño de nueces negras cascadas y seis frutos verdes de almez envueltos en un trozo de papel de periódico, todo ello conseguido rebuscando en Central Park. Se puso a andar de nuevo, comiendo mientras avanzaba, masticando cada trozo pensativa y metódicamente antes de tragarlo, alternando las sabrosas y vinosamente ahumadas nueces con los dulzones frutos del almez que reventaban. Aquello le daría fuerzas para llegar a Central Park y recoger más comida con la que ir tirando lo que quedaba de noche.

Se daba cuenta de modo distraído de que estaba llorando al andar, pero decidió no ser consciente de ello. Aquello era una cosa perdida en las lejanías de su mente, en su visión periférica, en la que podía decidir no centrarse. Presente, pero no inmediato: el sonido de su propia voz gritando con desgarró que estaba loco, loco sin remedio, y que debería buscar ayuda, o tirarse delante de un coche, porque estaba viviendo como un animal demente, y cómo era que le pasaba aquello a él y por qué todo está mal y por qué las farolas de la calle echan humo y por qué están respirando los postes del teléfono y por favor y por favor y por favor...

En un cruce de calles, el cazador notó que la gente moderna le miraba de modo raro. Él la ignoraba. Por la expresión inquietante de sus caras, cualquiera pensaría que iba llorando y gritando por allí. Y eso, se dijo para sí, no es lo que hace un cazador.

Cruzó con cuidado la calle hasta el perímetro vallado de Central Park y se introdujo entre sus huesos como un cuchillo.

Veintinueve

Resultó que Scarly y Talia vivían en una imprecisa aglomeración urbana cerca del parque Slope: bastante cerca del distrito para reducir el estrés cultural de dos mujeres que vivían juntas, bastante lejos de sus fronteras establecidas para conseguir un apartamento asequible. Había, ante el asombro de Tallow, tanto un aparcamiento público enfrente de su edificio como espacios vacíos para aparcar delante del inmueble. En su calidad de habitante de Manhattan acostumbrado a caminar por lo menos cinco minutos desde el coche aparcado hasta el edificio de apartamentos, Tallow tuvo la sensación de que se la habían jugado, como si el Cielo hubiera estado todo el tiempo al otro lado del puente y nadie se lo hubiese dicho.

Aparcó detrás de Scarly y Bat delante del edificio de apartamentos, una casa ancha de ladrillo rojo de apenas cuatro pisos de altura.

Scarly y Talia vivían en el cuarto piso, y Talia estaba esperándolos en la puerta abierta del apartamento. Era tan alta como Tallow, y se encontraba en una forma infinitamente mejor. Tenía una melena como de alambre de cobre casi surrealista sujeta con gomas para el pelo que hacía que la parte de atrás de su cabeza pareciera una especie de cajetín para cables de teléfono.

Llevaba puesta una camiseta sin mangas gris que dejaba ver una musculatura poderosa, adecuadamente trabajada, y unos pantalones de faena que completaban la imagen de una agente de operaciones especiales fuera de servicio. Sus pies descalzos, mientras estaba parada en el felpudo ante la puerta principal, tenían tantos callos que Tallow supuso que sobre todo se entrenaba haciendo kickboxing. No llevaba maquillaje; tenía una piel tan pálida que parecía translúcida; y recibió el abrazo y el beso con cauteloso afecto, sin quitar un ojo a Tallow ni un instante.

—Gracias por esto —dijo Scarly.

—No hay de qué. Bienvenida a casa.

Apareció Bat, y Talia soportó un beso en la mejilla y un:

—Hola, Tallie.

Ella le dio un pescozón, no cariñoso del todo, mandándole dentro a trompicones.

Tallow tendió su mano, estableciendo un contacto visual directo.

Talia frunció los labios, mantuvo su mirada y luego le estrechó la mano enérgicamente. Él respondió a aquella fuerza y dijo:

—Soy John.

Hubo un amago de sonrisa en una de las comisuras de los labios de Talia, y asintió con la cabeza como diciendo Tú me servirás. Tallow había pensado un poco en la primera impresión que le causaría a ella, y aunque ahora la miraba a los ojos, dudó que Talia fuera tan poco inteligente para tragársela por completo, pero le alegró que pareciera apreciar el esfuerzo.

—Talia —dijo ella—. Entra, John.

El apartamento contrastaba completamente con la guarida para enanos en la que trabajaba Scarly. En el apartamento no había nada que no fuera bonito, o útil, o las dos cosas. Amplio y espacioso, pero cálido, era más un espacio dispuesto con cuidado y gusto que sencillo, frío y minimalista. En el aire había un dulzón y apetitoso olor a comida haciéndose.

Delante de ellos, al dirigirse a la cocina, Scarly dejó caer su abrigo en el suelo, junto al sofá.

—Scarlatta —dijo bruscamente Talia.

Scarly se detuvo en seco, volvió sobre sus pasos, agarró el abrigo, lo dobló y lo dejó encima del sofá.

—Te dejaré que lo pongas ahí en lugar de meterlo en el armario porque tenemos invitados. Ahora no estás trabajando.

—Bueno —dijo Scarly, con voz suave—. En cierto modo sí lo estoy.

Talia se dio la vuelta y alzó una ceja en dirección a Tallow.

—Si estoy de sobra —dijo Tallow—, entonces, en serio, me parece bien marcharme. De todos modos, tengo la sensación como de que he venido obligado. Todo está arreglado, de verdad.

—No me refería eso —dijo Talia—. Lo que quiero saber es de dónde sacas esos poderes mágicos que hacen que Scarly esté encantada, o al menos acepte trabajar un segundo más de su horario establecido.

Talia dio unos pasos hacia delante, puso una palma en la espalda de Tallow y empezó a empujarle por el apartamento.

—Quiero que te sientes a mi mesa, John, y me enseñes esos poderes mágicos, y así poder usarlos para conseguir que mi mujer recoja sus cosas y, ¿quién sabe?, a lo mejor lave algunas. Aunque eso podría poner a prueba hasta tus poderes mágicos.

Y luego a lo mejor me podrías explicar algo acerca de ese caso que hace que te dé de cenar, aparte de soportar quedarme sin mi mujer por una noche.

Llegó un grito de la cocina.

—Tallie. ¿Qué es lo que has hecho?

—¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que he hecho?

—Tallie, esto es demasiado caro. ¿Qué te dije?

Cuando Talia se alejó a largas zancadas, Tallow se puso a un lado y tuvo una visión esquinada del interior de la cocina, donde, encima de un papel de carnicería desenvuelto, había un montón de filetes de solomillo de primera calidad.

—Lo que me dijiste —dijo Talia— fue que las únicas cosas que habías visto comer a John eran hamburguesas y chuletas, lo que no era lo que se dice demasiada información para pensar en prepararle algo de cenar.

—Tallie, tenemos tantas cosas que pagar...

Talia se estiró hacia ella y puso las manos en los hombros de Scarly, haciendo que pareciese incluso más pequeña de lo que era.

—Sí, es cierto. Pero el carnicero me debía un favor, y fui a comprar a última hora. Éstos casi no cuestan nada, y lo mismo la chapata de pan. Me habría costado más preparar unos fideos chinos. No te preocupes demasiado, Scarly. Eso te llevará pronto a la tumba, y yo todavía no he terminado contigo.

Scarly soltó una sonrisita, y Talia le besó en la frente, despacio.

—Y te voy a decir otra cosa —sonrió Talia—. Ningún hipster con lamparones de un tugurio de mierda para turistas de la parte baja de Manhattan va a preparar mejores sándwiches de carne que yo. No paso por eso. John, ¿bebes?

—Conduzco —dijo él.

—A eso llego. Pero una cerveza no te va a matar. Tengo una importada que te podría apetecer probar.

—A lo mejor podría compartir una contigo.

—Hecho. Siéntate, siéntate. Oye, ¿cómo te gusta que esté hecha la carne?

Tallow se sentó en la mesa oval de la cocina. Era antigua y estaba muy gastada; es probable que fuera conseguida en un mercadillo o posiblemente sacada de un contenedor de basura. Habían cepillado los diversos cortes y arañazos, pero sólo para que los bordes ya no estuvieran afilados y ásperos. Daba la sensación de que la había pulido el aire libre.

—Normal, supongo.

—¿Normal? Dios santo, qué aburrido. Común y corriente. Normal es para la gente que no elige. ¿Muy hecha o poco?

—Ah... muy hecha, entonces.

—Muy hecha. Es decir, estropeada. Son unos filetes buenos. No paso por eso. La tomarás poco hecha y te gustará.

—Sólo sabe preparar los filetes poco hechos —dijo Scarly.

—Cállate, mujer —dijo Talia—. Como tenemos un invitado, haré un esfuerzo especial para prepararlos normales.

El olor dulzón era el de cebollas que se caramelizaban en una sartén. Una bandeja de beicon y champiñones troceados estaba debajo de la parrilla sin encender, y rebanadas calientes de chapata se estaban enfriando en el estante inferior del horno. Talia abrió una botella muy rara de cerveza con una etiqueta verde que decía ST. PETER'S SUMMER ALE y le sirvió la mitad de su contenido en un vaso largo. Brindó con él con la botella, un pliegue irónico en la ceja, y dio un trago mientras se volvía hacia el fogón, pinchaba las cebollas con una chuchara en punta y echaba un aceite de oliva intensamente afrutado en una pesada sartén.

Tallow dio un sorbo a su cerveza sin saborearla, evitando de momento los ojos de todos. Miró el aceite de la sartén.

Tardaba en calentarse debido al pesado fondo, pero se calentaba de modo regular. Levantó pequeños dibujos en espiral, como los de la arena cuando baja la marea. Vio que adquiría brillo, y luego resplandecía, con unas pequeñas crestas de espuma flameantes. El aceite formó ondas y brilló como el reflejo de una luna llena en un estanque verde. Talia cogió dos de los delgados filetes y los dejó con habilidad en la sartén. Hubo unos rápidos restallidos mientras se freían. Los pinchó levemente con la punta de las pinzas de acero, para asegurarse de que no se estaban pegando, y luego observó con atención cómo se freían. Tallow habría calculado que pasó un minuto exacto cuando les dio la vuelta. La grasa jaspeada se había puesto apetitosa, pero se preguntó cuánto tiempo llevaría Talia sirviéndole la carne ni mucho ni poco hecha a Scarly y diciéndole que estaba muy hecha.

Talia se dirigió al horno, sacó dos rebanadas de pan y las emplató, tiró de la bandeja más alta con las pinzas y puso algo de beicon y champiñones a un lado en la parte de arriba del pan, y luego agarró la cuchara y echó cebollas caramelizadas sobre cada rebanada. Por entonces el segundo minuto ya debía de haber pasado: Talia sacó los filetes, dejó uno en el fondo de cada rebanada y apretó los sándwiches antes de ponerlos delante de Bat y Scarly.

—Los nuestros después —dijo Talia a Tallow.

—Claro —dijo Tallow, que sin ningún motivo aparente se encontró deseoso de encogerse en un rincón oscuro y llorar con los ojos abiertos.

Aquello, sabía, era lo que había estado evitando. Ver a otras personas viviendo su vida. Algo tan prosaico y absolutamente soso y ubicuo en el mundo como ver a una persona preparar la comida para quien quería le estaba poniendo el corazón en un puño.

—Pareces a kilómetros de distancia —dijo Talia, poniendo un plato delante y sentándose a su izquierda, entre él y Scarly.

Tallow alzó la vista y se dio cuenta de que no estaba completamente seguro de cómo habían pasado los dos últimos minutos.

Pero ahora tenía comida delante, y Bat y Scarly estaban lanzándole aquella mirada de miedo que en los últimos días había comprendido que significaba que él se estaba portando de un modo extraño.

—Lo siento —dijo Tallow—. Hay mucho en qué pensar.

—Prueba la comida —dijo Talia, no sin amabilidad.

La probó. Estaba increíblemente rica y lo dijo.

—Toma —dijo Talia, volviéndose hacia Scarly—. Y ahora no quiero volver a oír mencionar que John te trae los mejores sándwiches de carne que existen. ¿Entendido?

—Entendido. —Scarly sonrió.

Tallow volvió a probar la cerveza, esta vez saboreándola, y constató que era rica, dorada, y una acompañante bien elegida para la comida.

—Bien —dijo Talia—. Dime en qué tienes que pensar. Y no acepto que digas que es un caso sin resolver y no puedes hablar de él, bla-bla-bla. Eso no vale en esta casa, ¿entendido?

—Entendido —dijo Tallow, y, entre bocados, le proporcionó un resumen a grandes rasgos del caso hasta la fecha. Iba a medias cuando notó que Bat y Scarly querían intervenir para añadir o ampliar algo. Talia dirigía la casa. Se le ocurrió que él estaba perdiendo pie y buscando su aprobación de modo impreciso.

Incluso la exposición poco detallada del caso tenía cierta fuerza, y Talia se balanceó en su silla mientras apreciaba sus efectos.

—Guau —dijo, al final. Mirando a Scarly, añadió—: Tienes razón. Es bueno. Pero no veo adónde quieres llegar desde ahí.

Acaba de decir que no hay posibilidad de encadenar una investigación que lleve desde la colilla hasta el tribunal.

—Siempre y cuando —dijo lentamente Tallow— creas que esto terminará ante los tribunales.

Los ojos de Talia se dilataron un poco al oírlo.

—Hay algo que no sabes —dijo Tallow a Scarly—. El subdirector Turkel me dijo más que nada que estoy en el corredor de la muerte. Si no me equivoco en mis apreciaciones, Turkel no se manchará las manos ni una vez. Eso significa que nuestro hombre...

—El LCC —dijo Bat con una irónica sonrisa sombría—... el LCC, pues. Eso significa que Turkel le va a encargar a LCC un nuevo trabajo. Lo que también implica que Turkel sabe dónde encontrarle. Lo que probablemente signifique que Westover y Machen saben dónde encontrarle. Pero aparquemos eso durante un segundo. Eso significa que el hombre del que andamos detrás estará pronto detrás de mí. Dada la aceleración de ciertos aspectos del caso, creo que ese pronto significa tan pronto como esta noche. Y seré sincero: no es probable que Al Turkel no sepa dónde vivo yo.

—Te prepararé el sofá —dijo Talia, y terminó lo que quedaba de su botella.

—Muy amable por tu parte —dijo Tallow—, pero no es necesario. Esta noche voy a ir a casa.

Talia golpeó la mesa con la botella como con un martillo.

—Nada de eso, coño. ¿Después de lo que me has contado? Mira, no te conozco, pero si estos dos dicen que eres bueno, para mí casi es suficiente. Y no te vas a desgraciar esta noche. Y aunque lo hagas, joder, no sería humano mandarte a un sitio que va a atacar un loco.

Tallow incluso les contó lo que él y Bat habían hecho antes aquella misma tarde. Le sorprendió que nadie pareciera más contento después de hacerlo. Ni siquiera Bat, que había hecho el trabajo.

—Vamos —dijo—. Al menos es un plan, ¿no?

—¿Café? —dijo Talia, levantándose y dirigiéndose a un lado del extremo de la encimera de la cocina que tenía un armatoste tecnológico imponente.

—Gracias —dijo Tallow.

—Todavía no lo has tomado —dijo Bat.

—Bat, tienes el sistema digestivo de una escuálida ardilla envenenada. John está hecho sin duda de un material más fuerte.

Aunque esté grillado.

—¿Por qué me llaman todos loco?

Talia, en la cafetera, dijo:

—¿Se te ha ocurrido durante sólo un momento que podrías convertir todo este asunto en un ascenso para ti, Scarlatta, y probablemente incluso para Bat?

Tallow dio un salto hacia delante en su silla.

—¿Cómo?

—Podrías haberle dicho fácilmente a ese subdirector: Muy bien, yo sé lo que te traes... ¿no te merece la pena estar seguro de que nadie lo descubrirá? Podrías haber dicho: Quiero ser comisario, o teniente, y a mi buena amiga Scarlatta le gustaría desempeñar el cargo de supervisora y tener un aumento de sueldo sustancial. Y a Bat le gustaría perder su virginidad. Podrías haber hecho eso. ¿Nunca has pensado en ello, John?

—No —dijo él, volviendo a sentarse—. Ni una vez.

—Ahora que has pensado en ello —dijo Talia—, ¿no te gustaría haberlo hecho?

Después de cierto tiempo, Tallow dijo en voz baja:

—No.

—Loco —dijo Talia—. Pero vale. Todavía puedes quedarte a dormir. Te digo, sin embargo, que imagino que tu vida como inspector se ha hecho innecesariamente difícil con los años.

—En realidad no —dijo Tallow, más que nada para sí mismo—. Hasta ahora no. Su teléfono móvil sonó.

Treinta

El cazador comió un poco más, se sentó en el interior de un oscuro grupo de árboles con objeto de recuperarse durante un corto periodo y después durmió durante un rato.

Despertó sobresaltado de un descanso inquieto, como si un sueño le hubiera atravesado con una lanza.

Alzando la vista y conteniendo cierto temblor en las manos, el cazador buscó unas cuantas estrellas y la luna para considerar el tiempo que había pasado, y calculó que su cita era inminente. Agarró la bolsa, comprobó su contenido —aun con la pistola y algunas cosas de las que se apoderó en la ferretería, todavía se sentía preocupantemente escaso de herramientas— y luego se levantó y se puso a caminar, librándose del frío húmedo de las piernas con cierta dificultad. Una vez que muslos y pantorrillas se desentumecieron, se introdujo en el espeso matorral colindante con el punto de encuentro previsto, desplazándose con los lentos y exagerados pasos del que ha trabajado la madera y acercándose en silencio e invisibilidad.

En el punto de encuentro había tres personas.

El cazador sonrió. Ellos todavía cabreados e inquietos como tres chicos nerviosos de veintipocos años. La reunión sin duda iba a estar más concurrida de lo que le habría gustado, pero pareció como si a aquello lo compensara la diversión.

Salió al sendero, dejándoles que le vieran. La reacción conjunta le gustó hasta casi sentir culpabilidad.

—Hola —dijo—. Veo que toda la banda está aquí.

Todos parecían enfermos en distintos grados.

—Ha pasado mucho tiempo desde que estuvimos todos en el mismo sitio —dijo el cazador—. Me pregunto por qué todos ustedes consiguen hacer que me sienta tan especial esta noche.

Westover extendió lentamente la mano, con un trozo de papel entre los dedos. El cazador, mirándole de modo condescendiente, lo agarró, con lentitud.

—Eso —dijo Westover— es el nombre y la dirección del policía en cuestión.

—¿No sabemos nada de sus costumbres? —preguntó el cazador, reparando en que la casa estaba a unas buenas dos horas de marcha.

—No hace vida social —dijo Turkel—. Al parecer pasa las noches leyendo y oyendo música.

El cazador se guardó el papel en un bolsillo.

—Estupendo. Entonces, ¿debo ponerme en camino?

—Yo creo que tenemos que hablar de cómo termina esto —dijo Westover.

—¿Que cómo acaba? Con la muerte del hombre del que me acaban de dar la dirección.

—¿De verdad? ¿Eso acaba con todo?

—Eso depende —dijo el cazador— de lo que quieran decir con todo. Lo que quiero decir yo es que espero que la muerte de este hombre dificulte tanto la investigación que termine con ella del todo.

—Eso no lo tengo claro —dijo Machen.

—Perdone —dijo Turkel al cazador. El cazador le dedicó una sonrisa tolerante, burlona, y le dio permiso para que terminase con un amplio movimiento de mano. Turkel tragó con dificultad y continuó—. Tallow es el caso en este momento.

Que yo sepa, no ha presentado ningún informe escrito. La muerte de Tallow borraría información suficiente para que se paralice cualquier investigación posterior. Y, con sinceridad, parece que él es el único interesado en continuarla. Tengo la sospecha de que es un enfermo mental. Hay otra cuestión que tiene que ver con una de las pistolas que se llevaron de un almacén oficial, pero investigar eso será...

—¿Un camino sin salida? —El cazador se rió—... va a ser improductivo —dijo Turkel, con un tímido desagrado en la cara cuando se volvió hacia el cazador.

—Ahí lo tenemos —dijo el cazador—. La muerte de ese hombre acaba con las dificultades que se nos han presentado. Pero no hablo del final de todo esto. Todavía hay trabajo que hacer.

—¿Qué trabajo? —preguntó Westover.

—Mi trabajo. Ha quedado sin terminar, y debe iniciarse de nuevo. Han penetrado en mi fortaleza, y han desmantelado y robado mi trabajo. Dudo mucho que recupere todas las piezas alguna vez, y en cualquier caso estarán tan contaminadas como para volver a reunir las. Debo empezar otra vez.

—Si le estoy entendiendo del modo correcto —dijo Machen—, reunir su... colección le llevó unos veinte años. Pero el trabajo está terminado.

—¿De verdad? —El cazador se volvió a reír—. ¿Ya han conseguido todos que se hagan realidad sus ambiciones? ¿Todos los sueños se han hecho realidad? ¿No hay nada más a lo que aspiren? Lo dudo. No creo que para ustedes tres la avaricia fuera algo con lo que cubrirse en los inviernos de su juventud para luego quitársela como un abrigo en una habitación caldeada. ¿De verdad pretenden decirme que no les queda ningún deseo por cumplir? Usted, señor Machen. Podría estar dirigiendo la gran trituradora financiera de esta ciudad. Dentro de veinte años podría ser el alcalde. Aquí, el señor Turkel, todavía no es comisario jefe, ¿o sí? Señor Westover... bueno, tiemblo al pensar en los horrores que todavía le quedan por hacer. Aunque, si soy sincero, no estoy muy impresionado por la seguridad de su casa.

—Usted no quiere parar —dijo Machen con una voz sin entonación.

—No quiero parar. Tengo que terminar una cosa. Y como también ustedes tres tienen cosas que terminar, me da la sensación de que eso nos viene bien a todos.

El cazador soltó una carcajada que le sorprendió incluso a sí mismo.

—Es un asunto serio —dijo Westover—. Lleva implícita la promesa de una

remuneración sustancial y de cualquier otra cosa que pueda necesitar que se le facilite.

—Podemos empezar hablando de medio millón de dólares en billetes no correlativos y usados —dijo Machen.

—Y, por supuesto, una garantía de que saldrá sano y salvo de la ciudad, proporcionándole un vehículo o un billete de avión —dijo Turkel.

—Bien, bien —dijo el cazador—. ¿Han estado hablando entre ustedes?, ¿no? Tres viejos gordos reunidos en un parque a oscuras que se preguntan cómo regatear para encontrarle una salida a la vida que ellos mismos eligieron. Esperando temerosos poder sobornar al responsable de su éxito.

—Le contratamos y podemos... —empezó Machen.

—¿Me contrataron y por tanto me pueden despedir? ¿Trabajo a sus órdenes? ¿Está diciendo eso? Son unos idiotas. Unas sabandijas estúpidas, sin ningún valor, que dan risa. Ustedes trabajan para mí. Encontré a tres personas tan desesperadas por ser alguien que me dieron dinero para el trabajo que yo ya pretendía hacer. No me utilizaron ustedes. Ustedes me resultaron útiles. Me apoderé del planteamiento de sus necesidades para usarlo yo. Ustedes están a mis órdenes y yo decido cuándo acaba todo. Los tres son igual de mediocres que cuando los conocí. Ahora sólo tienen unos zapatos mejores. Fíjense en ustedes mismos. Creen que maté porque me lo mandaron ustedes para hacerse importantes. No son importantes. No son más que las cosas que flotan en la superficie cuando todos los obstáculos han desaparecido. No me pueden comprar porque nunca fue cuestión de dinero. Era cuestión de trabajo. Seguirán pagándome según el acuerdo original, y continuarán proporcionándome más gente moderna a la que matar porque eso me divierte. ¿Me entienden?

Hubo un silencio, y el pestazo de su miedo.

—Nunca me conocieron en absoluto, ¿verdad? Nunca entendieron nada. Demasiado centrados en sus propias ganancias.

Westover se abrió la chaqueta.

La mano del cazador se introdujo en su bolsa, encontrando la culata de la pistola que le quitó a Kutkha.

Westover notó el movimiento, inclinó la cabeza un poco y desaceleró sus movimientos. Sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta y se lo tendió al cazador.

—Supongo que puede ir en coche —dijo Westover.

—Cuando tengo que hacerlo —dijo el cazador, retrocediendo a las sombras para disimular cualquier posible señal de asco que le produjera la idea. Palpó el sobre; dentro había algo de plástico, junto con el crujir de papel plegado.

Westover bajó la voz.

—El sobre contiene los detalles que necesitaría para recuperar al menos varias de

sus armas. Los nombres que hay son... prescindibles.

Turkel se volvió para marcharse.

—Bien —dijo el cazador. Tengo una noche muy ocupada por delante. Así que les dejaré que disfruten, caballeros, lo que queda de velada. Mañana quiero ver a alguno aquí. Pero sólo a uno. Elijan entre ustedes. Decidan cómo vamos a proceder en adelante. Todavía somos todos jóvenes, y aún queda mucho que conseguir aquí en esta gran isla. ¿No creen?

Turkel ya se alejaba, de espaldas al cazador. Machen y Westover le siguieron. El cazador les miró irse, cambiando de posición cada minuto durante cinco minutos hasta que estuvo seguro de que todos se habían separado y tomaban las correspondientes direcciones divergentes. Entonces encontró una fuente de luz que estaba lo bastante aislada para que pudiera abrir el sobre con seguridad y examinar su contenido.

Al cazador no le gustaba nada viajar en un vehículo de motor, pero aquella noche la velocidad de desplazamiento en un medio de transporte moderno sería indudablemente útil. Tenía que limitarse a decidir qué lugar ocupaba el inspector John Tallow en la lista de cosas que tenía que hacer aquella noche.

Treinta y uno

—Ayúdeme —dijo Emily Westover.

—¿Qué pasa? —preguntó Tallow, levantándose de la mesa y alzando la palma de una mano en dirección a las miradas interrogativas que le dirigían.

—Jason está abajo. Dijo que tenía que hablar con uno de los empleados. Dijo que va a salir esta noche pero que no sacará a pasear a la perra.

—No sé lo que significa eso.

—Sale todas las noches a las once menos cuarto con la perra, la pasea un poco por Central Park. Todas las noches. Esta noche dice que va a salir a las once menos cuarto pero que no puede llevar a la perra.

—Estoy seguro de que no hay de qué preocuparse, señora Westover.

—Ha recibido llamadas de sus dos amigos. Yo sé de qué se trata.

—¿Qué amigos?

—No debería decírselo.

—Señora Westover, con todos los respetos, tampoco debería hablar por teléfono conmigo. Ahora me está pidiendo ayuda.

No la puedo ayudar sin saber todo lo que pasa.

—Usted cree que estoy loca.

—Nada de eso, señora.

—Bien, pues debería. —Ella se rió. Fue una risita nerviosa, en realidad. El sonido, por algún motivo, hizo que Tallow sintiera frío—. Estoy loca. Pero no tan loca como para no saber que estoy loca, y creo que ésa es una diferencia importante.

Andy Machen y ese asqueroso cabrón de Al Turkel. Ha estado hablando con ellos. Esta noche está pasando algo serio. Jason me dijo que yo sabía de qué se trataba. Lo que significa que es sobre lo que... lo que... lo que hizo para llegar adonde está. Lo que hicieron ellos. ¿Entiende?

Tallow había entrado andando en la otra habitación. Vio su reflejo en un pequeño espejo de la pared y se observó críticamente antes de hablar.

—Señora Westover, ¿a qué tiene miedo en Werpoes?

—A él. Él vive allí.

—Werpoes está enterrado y han construido encima, y en esa plaza no se esconde nadie.

—Jason me dijo que me mantuviera lejos de allí.

Dado que lo encontrado en la calle Pearl parecía haberlos cogido a todos por sorpresa, ¿para ellos no tenía sentido creer que LCC vivía en otra parte? No. Ellos pagaban la casa de la calle Pearl y el propio Westover al menos era un cómplice que proporcionó una puerta de seguridad para el apartamento. Pero, entonces, LCC posiblemente no podía haber vivido en la calle Pearl, y era improbable que durmiera

todo el tiempo al aire libre.

Tallow había pasado algo por alto. Su hombre, el LCC, debía de tener más de un escondite. Es posible que incluso varios.

Si algo le iba mal durante esas dos décadas de actividad, necesitaría otros sitios donde esconderse. Puede que sitios que los que le proporcionaban el trabajo desconocían. Esto tendría sentido si esperaba que algún día cogieran a uno de ellos en un descuido. O si le daba un ataque de culpabilidad y hablaba con su mujer.

—El señor Westover le dijo a usted que no se acercara por allí porque él vivía en la zona.

—Vive allí. Jason no sabe exactamente dónde, pero... Werpoes. Él está allí.

—Dígame cómo la puedo ayudar, señora Westover.

—Salve a Jason. Por favor.

Las palabras de Tallow se le secaron en la garganta.

—Por favor. Usted me salvó. Salve a Jason. Todo esto es demasiado para él. Sávele. Él crió a esa cosa, a ese horrible manitú tan jodido, sacándole del polvo del Antiguo Manhattan, y le va a matar. Por favor, John.

La mente de Tallow estaba siguiendo caminos paralelos. Buscó un cuaderno y un bolígrafo. El apartamento no tenía teléfono fijo, así que no había mesa con papel para tomar notas.

—No estoy seguro de cómo hacerlo, señora Westover.

Se metió en la cocina e hizo gestos frenéticos de escribir. Talia abrió un cajón de la cocina y sacó un cuaderno y un lápiz. —No sé. Hable con él. Prometa que estará seguro. Razone con él. Algo. Quiere dejarlo, puedo verlo.

Talia puso el cuaderno y el lápiz sobre la mesa de la cocina. Tallow escribió con la mayor claridad y rapidez que pudo, e hizo girar el cuaderno hacia Bat y Scarly. Éstos asintieron, adoptando visiblemente una actitud profesional. Bat sacó un smartphone, lo enmudeció con el pulgar y empezó a teclear mientras Scarly se levantaba en silencio y dejaba la habitación.

—Puedo acercarme por ahí esta noche —dijo Tallow—, pero no ahora mismo. No se mueva de ahí. Prometo que iré. No le diga nada. Sería mejor que no le pusiera en guardia. ¿De acuerdo?

—¿Le salvará?

—Prometo que haré todo lo que pueda por salvarle.

—Gracias —dijo ella, soltando la palabra entrecortadamente, luchando de modo audible contra una espantosa necesidad de romper a llorar.

Tallow interrumpió la llamada.

Scarly ya estaba con un ordenador personal en la otra habitación.

—Era la mujer de una de las personas que creemos que han contratado a nuestro asesino —le dijo Tallow a Talia, lo bastante fuerte para que todos le oyeran con

claridad—. Quiere que convenza a su marido de que confiese su participación y salvarle de las consecuencias que tenga eso. También cree que Westover, Machen y Turkel se reúnen esta noche con el asesino, en Central Park.

—Estupendo —dijo Talia—. Manda a la caballería. Que los rodee y los atrape con las manos en la masa.

—Aunque supiéramos en qué parte de Central Park, que es un sitio puñeteramente grande y jodido para hacer operaciones de noche, y aunque pudiéramos localizar al personal, lo que es dudoso... mi capitán no tiene lo que hay que tener, mi teniente no me cree y yo no tengo amigos... no creo que eso funcione.

Tallow les explicó por qué creía que Westover le había dicho a Emily que no se acercara a Werpoes.

—Dios santo —dijo Talia, finalmente—. ¿Entonces qué vas a hacer?

Tallow se sentó con un profundo suspiro y esperó treinta segundos enteros antes de responder.

—Siento decirlo que hace años que no me sentía tan bien y que sé exactamente qué vamos a hacer. Lo único que no sé es si va a funcionar. Y tampoco sé si me he vuelto loco. Con una locura de las peores, de esas en las que uno no sabe que está loco.

Según he oído, es una diferencia importante.

—Estás loco —dijo Bat, sin alzar la vista de su teléfono.

—Gracias, Bat.

—¿Tenemos que irnos pronto? —preguntó Bat—. Porque voy a necesitar usar el cuarto de baño por culpa de la bolsa de muerte.

—No —dijo Tallow—. Quiero tener preparado todo primero. Tú tienes que encontrar lo que estoy buscando, y también debes ir a buscar algunas herramientas al maletero de Scarly. Que es donde supongo que las guarda.

—Él guarda todas sus mierdas en la parte de atrás de mi coche —dijo Scarly desde la otra habitación—. Hay unos calzoncillos pegados a mi rueda de repuesto.

—Bien. De paso, verifica tus armas.

Bat esta vez le miró. Tallow ignoró la mirada. Estaba pasando revista a todo lo que imaginaba que le podría ocurrir durante las próximas horas. Para lo único que no tenía planes, se dijo con una sonrisilla gélida, era para mañana por la mañana.

Treinta y dos

Había un guardia de seguridad de Spearpoint al volante del coche. Estaba exactamente donde la nota de Westover le había dicho al cazador que lo encontraría, a menos de quince minutos andando desde el Ramble. El cazador pasó cinco minutos más observando el coche desde cuatro posiciones diferentes antes de verificar satisfactoriamente que era seguro y acercarse.

El cazador pasó andando junto al coche una última vez y dio unos golpecitos en la ventanilla del conductor. El conductor intentó fingir que estaba preparado para eso. Éste se abrió y el cazador se subió y se sentó detrás del asiento del pasajero.

—¿Sabe adónde vamos? —preguntó el cazador. Le desagradaba el brillo de impaciencia y excitación que traslucían los ojos del conductor por el espejo retrovisor.

—Sí, señor. Al depósito de almacenamiento B de la parte baja.

—Entonces póngase en marcha.

—Sí, señor. —El conductor sonrió en el espejo.

—Le han dicho que no me mirase —soltó el cazador.

—Claro que sí, señor. Lo siento. Para mí todo esto es nuevo.

—¿No suele conducir?

El coche arrancó. El conductor seguía hablando.

—Yo, bueno, creo que me van a ascender. Habitualmente trabajo en seguridad del Aer Keep. Pero hoy eché a un policía, y creo que ha trascendido. Así que el señor Westover me dijo esta misma noche que tenía obligaciones nuevas, y que eran muy importantes.

El conductor estaba sonrojado de orgullo, y los ojos le brillaban con una nueva sensación de fuerza y dominio de la situación. El cazador estaba descontento.

—Limítese a conducir —dijo el cazador, echándose hacia delante y tapándose la cara con las manos. En ese momento la sensación de movimiento en un coche le resultaba un poco extraña.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el conductor.

—Intento no mirar por las ventanillas —contestó el cazador—. Y en general preferiría que no me vieran. Limítese a conducir.

—Sí, señor. No debo dirigir la palabra a una persona tan importante como usted. Debe de tratarse de asuntos de la mayor importancia para recurrir a un conductor privado a esta hora de la noche. Bueno, para eso estoy. Dígale al señor Westover que éste es el tipo de trabajo que puedo hacer perfectamente...

El trayecto duraba demasiado. El cazador no era capaz de seguir con exactitud el paso del tiempo, pero dada la corriente constante de ruido que producía el conductor, resultaba indudablemente largo. El viaje le estaba sentando mal, y aunque su estado

de ánimo hubiera sido más tolerante, no estaba lo suficientemente acostumbrado a soportar el ruido humano, y la charla constante le estaba provocando una rabia ciega.

Por fin se detuvieron en una calle silenciosa. El cazador miró a su alrededor y vio la ancha persiana del depósito de almacenamiento; básicamente un sitio donde se podían descargar y aparcar unas cuantas furgonetas por la noche.

—El sitio es éste, señor —dijo el conductor.

El cazador se estiró y golpeó al conductor tres veces con una fuerza brutal en el cuello, de modo que éste murió con un súbito estallido de agonía.

El cazador esperó hasta que cesaron sus espasmos y luego se bajó del coche y abrió la puerta del conductor para registrar el cuerpo en busca de un arma, conteniendo la respiración para defenderse del hedor a orina y excrementos que habían manchado sus pantalones. El arma era una pesada Beretta excesivamente recargada. Por sus lecturas en las bibliotecas, realizadas religiosamente los días en que no soportaba tocar un ordenador, el cazador supuso que era una Neos semiautomática. Le dio vueltas lo más rápido y en silencio que pudo: una en la recámara y nueve en el cargador. Tenía que andarse con cuidado con aquello. Era ese tipo de pistolas que aprovechaban los gases calientes producidos por el disparo para reactivarse y cargar un nuevo proyectil. La corredera producía espontáneamente un retroceso de cinco centímetros. Se guardó en el bolsillo aquella estúpida pistola y cerró la puerta.

La persiana del depósito de almacenamiento estaba bajada. Había una entrada para peatones al lado, en un recoveco.

Dentro del hueco encontró una cerradura que se abría con tarjeta. El cazador estaba teniendo serios problemas para controlar su estómago. Había una cámara de seguridad encima de la puerta. Según decía la nota de Westover, la luz chivato roja estaba desconectada. Dentro del sobre estaba la tarjeta de plástico que abría la cerradura. Tomó aire, la agarró, obligando a sus dedos a que le obedecieran, y metió la tarjeta en la ranura lectora. La puerta se abrió con un suspiro.

Dentro había cemento gris, una sola furgoneta con el distintivo de Spearpoint, una escalera metálica que conducía a las oficinas del piso de arriba y dos voces.

—Sophie —dijo una voz de hombre—, tenemos gente que se ocupa del papeleo. Me quiero ir a casa. Me he quedado sin hacer mis ejercicios físicos, me he quedado sin la puñetera cena, sólo quiero irme a casa y dormir.

El cazador se fue acercando por el lateral de la furgoneta. Las voces procedían de la parte de atrás del vehículo.

—Por el amor de Dios, Mike. Llevará un par de minutos. Si no lo hago ahora, me llevará diez minutos a primera hora de mañana, cuando algún zángano de la oficina decida... y siempre es un hombre... decida que quiere justificar su insignificante trabajo. ¿Dónde están las llaves?

—En el contacto.

—Por el amor de Dios, Mike. De verdad que eres un capullo gigante todo músculos.

Sophie rodeó la parte trasera de la furgoneta hacia la puerta lateral del conductor y se tropezó con el cazador. Quedó quieta, con la boca muy abierta, tragando suficiente aire como para gritar o golpear. El cazador le atravesó el paladar con el cuchillo empujándolo hasta su cerebro y lo hizo girar. La mujer murió allí mismo, y el único sonido que hizo fue el de toda la sangre de su cabeza al salpicar saliéndole por la boca antes de que cayera al suelo de cemento.

Mike apareció por detrás de la furgoneta, sonriendo. El cazador le atravesó el ojo, empujando con fuerza dentro de su cabeza, sujetó el cuchillo con las dos manos y lo levantó. Mike quedó colgando de la hoja, a cinco centímetros del suelo, y murió en quince segundos. El cazador le vació el cráneo como a una ostra y sacó la hoja. El cuerpo se derrumbó al suelo. Una rebanada de cerebro gris y húmedo le rezumó por el ojo destrozado.

No habían cerrado la parte trasera de la furgoneta. Ésta se encontraba llena en sus dos terceras partes de cajas de plástico.

Las cajas estaban llenas de pistolas. Sus pistolas.

El cazador se quedó quieto unos cuantos minutos, hipnotizado en la contemplación de esas cosas tan bellas echadas a perder. Su auténtico significado estropeado por unos idiotas que las habían degradado, metiéndolas dentro de unas cajas espantosas como si fueran aperos de labranza.

Pero todavía eran hermosas. Podrían volver a tener significado. Hasta aquel trozo en bruto amputado de su obra se podría usar aún.

En el sobre estaba el bulto de plástico que había palpado antes. Sacó la llave y la usó para abrir la cerradura de la persiana, que subió formando estrépito hasta el techo. El cazador cerró la puerta trasera de la furgoneta y se sentó al volante.

Aquello le resultaba espantoso, pero el trabajo lo exigía. Aquello ahora era, por lo que respectaba al cazador, un rescate.

Tocó la llave de contacto, todavía en la pequeña boca que accionaba los mecanismos del vehículo, rozándola para probar. La llave zumbó bajo las yemas de sus dedos con terror de insecto. El cazador cerró el puño, luego agarró la llave y la hizo girar con decisión. La furgoneta despertó: una repugnante parodia de vida animal congestionada. Hizo memoria de cómo funcionaba y manejó con cautela aquella cosa, saliendo con precaución del garaje a la calle. Experimentaba un amargo placer por haber recordado el modo correcto de conducir, algo que no había hecho en años, si no en décadas. Aparcó tres metros calle abajo, se apeó rápidamente, volvió a bajar la persiana y la cerró con llave.

El cazador condujo su vehículo hasta la casa de John Tallow, con las ramas negras

del bosque de Mannahatta clavándose con odio a los cristales y hojalatas del coche durante todo el camino.

Ningún desplazamiento en coche por Nueva York era corto, ni siquiera a aquella hora de la noche

—¿Qué hora era?, pensó, pues no podía ver las estrellas y en el salpicadero no había reloj, —pero tuvo la sensación de que cruzaba la espantosa matemática de la parte baja de Manhattan en un periodo razonable. Encontró aparcamiento en la calle desde la que veía el edificio de apartamentos de Tallow y consultó el sobre otra vez. Alguien— él supuso que Westover —había estado muy ocupado. Había trazado un plano a grandes rasgos de la planta en la que estaba el apartamento de Tallow, con indicaciones de la situación y salidas. El cazador sacó la cabeza por la ventanilla y, tras sólo unos cuantos segundos de esfuerzo, localizó el norte. Aplicándolo al dibujo, dedujo que debería ser capaz de ver la ventana del apartamento de Tallow.

Justo cuando descubrió la ventana adecuada, la luz del interior del apartamento de Tallow se apagó.

El cazador se apeó de la furgoneta, la cerró con llave y dio un paseo por la calle. Tenía tiempo, inteligencia y, dentro de su bolsa, la herramienta adecuada para el trabajo.

Cuando se acercó a la parte delantera del edificio, se dio cuenta de que la entrada principal estaba cerrada con llave. Pero antes de que pudiera alcanzarla apareció una pareja de unos veinte años razonablemente borracha que, riéndose por su torpeza para conseguir que sus dedos agarraran la llave del modo adecuado, tardaron un aprovechable minuto en abrir la puerta.

El cazador se les acercó por detrás, con la llave de la furgoneta en la mano, enseñando la parte metálica, sin levantar la cabeza y haciendo eses.

—Gracias. Me han evitado el problema de tener que intentarlo yo.

La pareja se rió, demasiado centrados el uno en el otro como para mirarle siquiera a la cara mientras se dirigían al ascensor. El cazador giró apartándose con rapidez y cruzó la puerta que llevaba a la escalera de incendios.

En el piso de Tallow, esperó detrás de la puerta de incendios que daba al pasillo un minuto o dos. Empujó con el pie la puerta de incendios y abrió una rendija por la que podía oír. Estaba a la escucha del sonido de alguien que se dispusiera a salir de su apartamento, tratando de distinguirlo entre el ruido del rugby y las conversaciones de un televisor y lo que supuso era algún tipo de videojuego. Los mismos sonidos que le ponían tan malo cuando pasaba demasiado tiempo en el edificio de la calle Pearl. Sólo cuando cubrió la superficie suficiente con pistolas de metal consiguió enmudecer el ruido.

Aquél era el momento.

El cazador encontró el apartamento de Tallow. Llegado a ese punto, tenía dos

opciones: entrar en silencio o atraer a Tallow hasta la puerta. Entrar en silencio siempre era preferible, pero a veces lo impedían las medidas de seguridad.

El cazador cogió la tarjeta que abría el garaje de Spearpoint, la dobló, frotó el borde con el pulgar mojado con saliva y la introdujo en el espacio entre la puerta y el marco. Aquello funcionó, con suavidad y paciencia, y en silencio, hasta que notó que el pasador empezaba a moverse. Con lentos y precisos esfuerzos, el cazador soltó el pasador de las agarraderas, mantuvo la mayor presión sobre él mientras se arriesgaba y abrió la puerta. No había cadenas ni cerrojos. Evidentemente John Tallow era un hombre que buscaba la comodidad y no tenía preocupaciones.

El cazador sacó el Colt reglamentario de la policía de su bolsa. La culata se adaptó a su mano y le produjo una cálida e inefable sensación de exactitud. Todo era perfecto.

Treinta y tres

Jason Westover abrió la puerta de su apartamento y descubrió que tenía visitantes. Tallow vio que Westover le reconocía.

Tallow vio que Westover reconocía la Glock que le apuntaba.

—Buenas noches, señor Westover. Si no le importa, saque con cuidado su pistola y las otras armas y déjelas en el suelo delante de usted, se lo agradecería.

Tallow vio que los ojos de Westover echaron una rápida ojeada a Emily, que estaba sentada y al borde de un ataque de llanto, con Scarly de pie junto a ella y Bat de pie detrás de aquel sofá con la mano en la culata de su pistola.

—No tiene escapatoria, señor Westover. Por favor, haga lo que le pido.

Westover cruzó su mirada con la de Tallow. Westover era un hombre que llevaba encima su orgullo como un caparazón.

Orgullo en su disciplina, inflexibilidad y espíritu práctico. Y todo eso se traslucía en su mirada.

Tallow se limitó a mirarle.

Westover se puso pálido, sacó despacio una pistola y una navaja y las dejó en el brillante suelo de nogal.

—Muy bien —dijo Tallow—. Y ahora, ¿por qué no se sienta en el sofá con su mujer y me cuenta dónde ha estado esta noche?

—Prefiero estar de pie —dijo Westover, con callado resentimiento.

—Bien. Cuénteme dónde ha estado esta noche.

—¿Por qué no se va a casa, inspector Tallow? —dijo Westover, con un esbozo de sonrisa.

—¿Le parezco cansado? —preguntó Tallow, apuntando la Glock al corazón de Westover—. Deje que le ayude a empezar.

Ha estado reunido con Andrew Machen, Al Turkel y otro hombre al que Turkel le descubrió y presentó hace unos veinte años.

La sonrisa de Westover se amplió hasta convertirse en algo altanero e infantil. Reafirmó los pies y puso las manos a la espalda como un soldado en posición de descanso.

—Las manos delante, por favor —dijo Tallow—. No me ponga a prueba, señor Westover. Ninguno de los que me ha puesto a prueba esta semana ha salido bien parado. Entre ellos el subdirector Turkel.

Westover alzó una ceja.

—Ah —dijo Tallow—. ¿No se lo contó? Trató de dar carpetazo a esta investigación. No tuvo en cuenta el hecho de que esta investigación ha llegado a ser lo único en la vida que me interesa de verdad. Así que me las arreglé para que la comisaria jefe le pusiera de cara a la pared un rato. La carrera de Al Turkel ha llegado

a un punto muerto. Le he encasquetado demasiados aspectos de este caso. Puede que sobreviva, pero su situación es muy comprometida. Mañana estará sentado en una habitación pequeña hablando con personas muy listas y bastante violentas. No le mencionó eso, ¿verdad?

Westover estaba inmóvil. Procesaba los datos.

—Esta noche he venido porque me llamó su mujer. Me llamó y pidió que le salvara a usted, señor.

—Es verdad —dijo Emily Westover con la típica voz ronca de una garganta que ha gritado mucho.

—Usted no me puede salvar —dijo Westover a Tallow—. Ni siquiera se puede salvar a sí mismo. Desde luego no me puede salvar a mí.

—Naturalmente que puedo —dijo Tallow—. No ha estado escuchando. La policía tiene a un solo agente para ocuparse de todo un distrito. Al otro policía lo mataron. Usted empezaba con su empresa de seguridad cuando se inició todo esto. Usted tenía algo de dinero y materiales que necesitaba Turkel para llevar a cabo sus planes. Pero es posible que usted no pudiera defenderse contra un hombre así.

A Westover se le estrecharon los ojos.

—A Turkel aún se le pueden encasquetar más cosas —dijo Tallow—. Para mí no sería un problema decirle a esa gente que a usted le obligaron a participar en el asunto.

—¿Por qué?

—Ella me pidió que le salvase. Mírela. Está trastornada desde que usted decidió hacerle daño contándole cómo había conseguido ascender en la vida. Es más lista que usted. Tiene más imaginación que usted. Por eso siente más intensamente que usted el miedo y la culpabilidad. Y yo creo que usted lo sabía. Lo sabía y se lo hizo de todos modos. Y ella todavía me ruega que le salve. ¿Se hace cargo lo que dice eso de usted? ¿Aunque sólo sea un poco?

Jason Westover no podía apartar la vista de Emily Westover. Emily Westover sólo podía mirar a Jason Westover.

Westover dijo en un susurro:

—¿Qué es lo que quiere?

Tallow sacó su teléfono del bolsillo superior de la chaqueta y miró el reloj de la tapa de la pantalla.

—Andamos mal de tiempo. —Usó el nombre auténtico del asesino y dijo—: ¿Dónde está ahora?

Westover bajó la vista, apartándola.

—Camino de la parte baja, en coche.

Conque así es como es, pensó Tallow, y dijo:

—¿Conduce él o le llevan?

—Conduce. Le presté un vehículo.

—¿A qué sitio de la parte baja?

—No lo sé. Dijo que tenía un sitio para esconderse. No quiso decirnos dónde era.

—¿Cerca del parque Collect Pond?

Westover gruñó:

—Él no iría allí.

—¿De verdad? Y sin embargo usted le dijo a su mujer que evitara esa zona.

—Duerme en algún sitio por allí. Es lo único que sé.

—¿Entonces su encuentro fue para proporcionarle un coche y...?

—Dinero. E insistir en la idea de proporcionarle un modo de abandonar las proximidades de Nueva York.

—Ya veo —dijo Tallow, que estaba notando el aire de la habitación denso y asfixiante debido a la sarta de mentiras que vomitaban los dos. Westover no le iba a decir nada que fuera verdad. Peor aún, iba a aderezar sus mentiras con unos pocos granos de verdad, y Tallow tendría que aplicarles el tamiz de lo que sabía que era cierto. Necesitaba sacarle a Westover algo más útil.

—Hábleme de esa cosa suya de Ambient Security. ¿Se tiene acceso a ella con aparatos móviles?

Westover frunció el ceño auténticamente desconcertado por el nuevo rumbo de la conversación.

—Claro. ¿Por qué?

—Deme doce horas de acceso a ella.

—Enséñeme su teléfono —dijo Westover. Tallow lo hizo. Westover lo aprobó—. ¿No es un poco caro para un policía?

—No compro mucha ropa —dijo Tallow.

—No, no. Imagino que no. Espere, traeré mi teléfono. —Westover se dirigió a una cómoda de barco hecha con madera cuidadosamente envejecida. O, pensó Tallow, puede que hecha de madera recogida de un antiguo buque naufragado. Tallow alzó la vista ante el sonido de un clic.

Scarly apuntaba a Westover con su pistola.

—Si de ese cajón sale algo más que un teléfono, señor, le parto por la mitad delante de su mujer.

—La cosa va bien —dijo Tallow—. Ahora el señor Westover está de nuestra parte. ¿No es verdad?

—Lo es —dijo Westover, apartándose del cajón con un teléfono que enseñó a Scarly.

—Encienda su Bluetooth, Tallow. —Al cabo de unos minutos de toques y manejos, en el teléfono de Tallow se copió una aplicación, y un código de registro y una contraseña se validaron.

—Ahí tiene —dijo Westover—. En la configuración estándar, le va a proporcionar lo que están recogiendo en este momento las cámaras de Ambient Security que rodean su localización con GPS. Pinche ahí y vaya a la configuración de reenvío. Tendrá lo que están recogiendo en este momento las cámaras a unos entre diez y veinte metros de su localización.

—¿Para qué es eso?

—Para seguir la pista —dijo Westover, mirando a Tallow como si éste fuera idiota—. ¿No entiende lo que hace mi empresa? Vamos a dejarle sin trabajo, Tallow.

—Yo creo que en la empresa ya me han dado una o dos clases sobre eso —murmuró Tallow.

—Exacto. Con Ambient Security puedo recibir datos directos que superan con mucho lo que se hace para seguir la pista de un delincuente en esta ciudad. El botón rojo envía una llamada a un operador activo de la sala de operaciones. No necesito un montón de policías ni de coches sobre el terreno. Podría perseguir y neutralizar a un coche en marcha con un operador que utiliza la configuración de reenvío y un dron.

—Muy ingenioso. Me aseguraré de contárselo mañana a la comisaria jefe. Necesitaré otro enlace en el departamento una vez que se haya ido Turkel, de todos modos.

—Vaya —dijo Westover, francamente sorprendido—. No había pensando en eso.

—No.

—No. Acierta usted. Gracias. ¿Entonces para qué necesita acceso a Ambient Security?

—Verá —dijo Tallow—. Quiero dar un paseo por el parque Collect Pond antes de irme a casa, echar una ojeada por allí, e imaginé que así no tendría que bajarme del coche. —Hizo a Westover un gesto amistoso y vio que éste aflojaba un poco la tensión—. También quería ver si usted cooperaba. Asegurar que está metido en esto.

—Y que eso está en su teléfono.

—Y que eso está en mi teléfono. Puede suprimir mi acceso dentro de doce horas, y yo lo consideraré una señal de que todo va bien.

—De acuerdo.

—De acuerdo —dijo Tallow—. Es hora de que vuelva a casa. Agentes. —Con eso se refería a Bat y Scarly, y ellos respondieron dirigiéndose obedientemente a la puerta.

—Señora Westover. —Tallow le dedicó la sonrisa más amable y cálida que pudo encontrar.

—Gracias —dijo ella entrecortadamente, y luego bajó la vista hacia sus manos.

—Saldremos por nuestra cuenta —dijo Tallow, y se marcharon.

En el ascensor, Tallow entregó su teléfono móvil a Bat.

—Westover puso una contraseña para entrar en esa aplicación. Cámbiala.

—¿Por qué? —preguntó Bat, casi titubeando.

—Porque si él sabe la contraseña, puede suprimir el acceso de la aplicación a Ambient Security.

—También podría desactivar el código de registro.

—Podría, pero le llevaría más tiempo, porque su propio acceso a Ambient Security está en ese código.

—La cosa no va tan bien como podría haber ido. ¿No? —dijo Scarly.

—No —reconoció Tallow—. No, él ha decidido que es un juego que se juega hasta el final. Imbécil. Lo siento por su mujer.

—Pues yo no estoy segura de sentirlo —dijo Scarly—. Salvo que tenga todos los síntomas clásicos de un brote psicótico sin tratar. Eso es lo que lamento. Todo lo demás, no mucho.

—No es culpa suya, Scarly.

—¿Tú crees? Tal como yo lo veo, cuando ella no se opuso y lo abandonó en el mismo momento en que él se lo explicó todo, se convirtió en culpable.

—Te olvidas —murmuró Bat, dando un toque al teléfono— de que si ella se hubiera opuesto y lo hubiera dejado, lo que habría pasado inmediatamente después sería que él habría dado su nombre y descripción al LCC. Me gustaría saber qué tipo de arma habría elegido el LCC para ella.

Scarly tomó aire preparándose para un estallido que Tallow esperó que contendría opiniones terminantes y autismo, pero luego se apoyó en la pared del ascensor y se desinfló.

—Sí.

—Ah, bien —dijo Tallow, cuando el ascensor se abrió en el piso bajo del Aer Keep—. Se está haciendo tarde. Es hora de irse a casa, me parece.

Treinta y cuatro

El cazador empujó la puerta un poco más para abrirla y entró en la habitación a oscuras.

Una voz inhumana chilló:

—Digo hola a mi amiguito.

Hubo una repentina ráfaga de detonaciones y relampagueos, y el cazador notó múltiples impactos en el pecho y la cara. Las luces se encendieron, con un brillo deslumbrante, cegando al cazador. Éste disparó el Colt delante de él, pero el espantoso sonido metálico no paró, y ahora estaba gritando:

—Jódete jódete jódete.

El cazador volvió tambaleante al pasillo, secándose la cara. Su visión resultaba incierta y borrosa, pero consiguió distinguir pintura de un naranja muy vivo en las yemas de sus dedos. Los gritos metálicos no paraban. El cazador corrió en busca de la salida de incendios, temiendo que el ruido atrajera a los vecinos al pasillo. El descansillo crujió y se ladeó en su visión, convirtiéndose en un túnel oscuro, y pudo ver los sonidos, de repente, como tentáculos metálicos resonantes, que se abrían paso los cabrones por la pared y desde el piso de abajo.

El cazador atravesó la puerta de la salida de incendios y bajó la escalera. En el descansillo siguiente tuvo que detenerse a vomitar. El vómito se extendió por el suelo y las paredes, convirtiendo la escalera en un tracto digestivo rojo húmedo. Siguió corriendo escalera abajo, a punto de resbalar un par de veces en su propio vómito, que se había pegado a la suela de sus zapatos.

El cazador irrumpió en el portal, todavía medio a ciegas, intentando no gritar al notar las magulladuras que se le iban formando y le tensaban la carne donde le había atacado la cosa. A través del cristal de la puerta de la calle vio una criatura alta que se agitaba, una cosa semihumana de alas negras que movía sus horribles y largos brazos y gritaba palabras que no podía entender.

Sin dejar de correr, el cazador disparó dos proyectiles por el cristal y alcanzó el pecho de la cosa, destrozó la puerta con la fuerza y el impulso y ni siquiera aminoró la marcha al pasar sobre el cuerpo del suelo mientras corría perdiéndose en la noche.

Treinta y cinco

Embutidos en el coche de Tallow, él y los de la científica estaban a cinco minutos de distancia del apartamento de Tallow cuando éste dijo:

—Apagad las luces.

Bat sacó su teléfono y tecleó algo en él.

—Eso es lo que le hiciste a mi Twine —se enfurruñó Scarly—. Y me costó cien pavos.

—¿Qué? —dijo Tallow.

—La cosa que conecté a tu circuito eléctrico. Me permitía apagar tus luces con internet.

—¿Eso cuesta cien pavos?

—Sí. Y tuve que esperar por él.

—Joder —dijo Tallow—. Espero que no le dispare.

—No tienes ninguna gracia. Tampoco me entusiasma que a mi paintball gear lo destrozara ese truco idiota.

—Oye. Tu despacho está lleno de porquerías peligrosas. Paintballs, tintes, cápsulas de detonador y Dios sabe qué más. ¿Tienes planes de usarlas todas algún día, verdad?

—Bueno —dijo Scarly—. En realidad, algunas de esas cosas Talia no me las deja guardar en casa.

Tallow soltó aire viciado de los pulmones, bajó la ventanilla y trató de respirar una bocanada de algo más agradable.

—Nuestro hombre hace dos cosas. Mata a gente y se esconde para que no lo vean. Quiero localizarlo. Si no se puede esconder, pierde fuerza. Si podemos anularle esa posibilidad, al final, al final tendremos ventaja sobre él. Sólo debemos tener paciencia esta noche.

—Y suerte —dijo Bat.

—Eso también —dijo Tallow—. Pero Turkel y Westover están bastante seguros de que voy a actuar esta noche. Me gustaría saber dónde está Machen.

—Meneándosela dentro de su cubo lleno de dinero —dijo Scarly.

Tallow encontró espacio para aparcar en la calle que quedaba frente a su edificio de apartamentos y dejaba éste a la vista.

Las luces del apartamento de Tallow estaban apagadas. Se detuvo y apagó el motor.

—Muy bien. Yo ocuparé la salida de atrás. Scarly ocupará la salida lateral. Bat puede ocupar la parte de delante.

—¿Por qué me toca la de delante a mí? —protestó Bat.

—¿Sin rodeos? Porque se trata de nuestro hombre, y no me pega que nuestro

hombre sea de los que por lo general salen por la puerta de delante. Es un cazador. Espero que entre y salga por la puerta de atrás, con la salida de incendios como medida secundaria.

—¿Es que ahora estás diciendo que yo no puedo enfrentarme al LCC?

—Decídete, Bat. Te molestaría que él pueda salir por delante y te molesta que yo crea que Scarly probablemente sea mejor tiradora que tú.

—Me pueden joder las dos cosas. Soy muy listo y capaz de hacer muchas cosas.

—Bájate del coche y revisa tu pistola, Bat.

—Ya la he revisado.

—Revísala otra vez.

Tallow se enfadó consigo mismo, a juzgar por los nervios que reflejaba su voz. Bat evitó mirarle a los ojos.

Se bajaron del coche. Tallow lo cerró, levantó y volvió a colocar su Glock, y entonces se dirigieron hacia su edificio de apartamentos.

—Guau —dijo Scarly—. Vives es un vertedero.

—Ponte en el lado —dijo Tallow, justo cuando la ventana de su apartamento saltaba en pedazos y un disparo de pistola golpeaba el aire con un sonido seco.

—Muévete —dijo Tallow, y echó a correr. Estaba aterrado de verdad. Intentó calcular el tiempo que tendría que pasar.

Confiaba en que el sensor de movimiento del Robot Jódete hubiera activado las cápsulas explosivas que estaban detrás de los paintball llenos de pintura, y que el disparo se debiera a que el hombre había apretado el gatillo instintivamente cuando las cosas le alcanzaron. Se habría dado cuenta enseguida de que Tallow no estaba en el apartamento y habría echado a correr hacia abajo. Tallow siguió calculando: ¿Con qué rapidez puede bajar alguien aquella estrecha escalera? ¿Habría intentado usar el ascensor su hombre? No mientras estuviese cubierto de pintura naranja fluorescente, probablemente, pero si había usado el ascensor antes de que llegase alguien a ver a qué se debía el ruido... aunque era un disparo, y la gente tendía a no abandonar la protección de sus puertas para contemplar armas de fuego en plena acción...

Tallow llegó a la salida de atrás, iluminada por una sola luz desde arriba y rodeada a los dos lados por vallas cochambrosas. Alguien que saliera por esa puerta sólo podía tomar aquel camino... que ahora mismo iba directamente hacia Tallow. Éste aplastó la espalda contra la pared al lado de la puerta, sacó su Glock y esperó.

Contó un minuto, aguzando el oído para escuchar el sonido que le indicase que se estaba utilizando otra salida, pero sus propios latidos apagaban cualquier otro ruido.

Tallow dio un salto al oír dos disparos y la rotura de un cristal.

—No, no —susurró, y luego echó a correr. Estaba seguro de que el sonido procedía de la parte delantera del edificio de apartamentos.

Tallow tuvo la sensación de estar moviéndose entre melaza, como si tuviera una

de esas pesadillas en las que apenas te puedes mover aunque esté pasando algo terrible. Cuando dobló la esquina del edificio, Scarly ya estaba ante la entrada principal destrozada, y Bat yacía de espaldas con dos agujeros en la camisa.

Tallow miró a su alrededor. Alguien bajaba corriendo la calle alejándose de él y pasaba junto a su coche. Cuando el hombre pasó por debajo de una farola, Tallow distinguió una fina nube de polvo naranja en torno a su cabeza.

Scarly abrió, rompiendo, la camisa de Bat.

—Idiota de mierda —decía—. Idiota de mierda.

Los dos proyectiles estaban enterrados en el chaleco antibalas bajo la camisa de Bat, uno de los chalecos que Tallow había insistido en que sacaran del maletero del coche de Scarly.

Bat tosió sangre y luego gruñó. El gemido le provocó convulsiones. Tallow supuso que tenía algún hueso roto. Scarly sacó su teléfono.

—Yo los llamo. Vete a matar a ese cabrón, John.

Tallow se lanzó detrás del cazador. Al llegar a su coche, miró calle abajo para ver por dónde corría su hombre. Luego Tallow abrió el coche, se montó, encajó su teléfono en el salpicadero, conectó con Ambient Security y giró la llave de contacto. Hizo describir al coche un amplio círculo, inclinándose con la rabia de su rotación, y luego Tallow pisó el acelerador a fondo.

Treinta y seis

El cazador no sabía qué estaba pasando. Sólo sabía que se tenía que esconder.

Corrió por el centro de la calle, zigzagueando cuando se acercaba a los semáforos, pues desde hacía tiempo sabía que muchas veces significaban que había cámaras de seguridad cerca. Distinguía los semáforos por sus tres ojos, dispuestos en vertical, y sus largos cuerpos negros preparados para atacar, como cobras. Un paso lo daba en el asfalto, el siguiente lo daba en tierra. Todo estaba mal.

Sabía dónde iba.

En la calle aún había gente, y le miraban. La pintura estaba por todas partes, encima de él, le impregnaba la ropa, le pegaba un párpado al otro. Percibió un minúsculo destello, una luz roja, en el límite de su visión periférica, y dirigió su arma hacia él.

No había nadie: el espacio entre dos árboles en sus ojos se convirtió en el escaparate de una tienda. Se acercó a él. La luz roja volvió a destellar. Una caja con cristal negro —un ordenador, se dijo— y un ojo encima. Cuando avanzó por delante de ella, la luz roja se volvió a apagar, debajo del ojo.

El cazador echó a correr. Tres tiendas más allá vio otra luz que se encendía y apagaba.

Había ojos en todos los escaparates.

Estaba atrapado en el futuro, y todos le estaban mirando.

El cazador cruzó por el paso de peatones. Un bisonte, gigantesco y negro y con la piel mojada de agua del estanque, se precipitó hacia él desde el otro lado del sendero. Sin dejar de correr, le disparó entre los ojos. Aquello dio un extraño bandazo y se golpeó contra un robusto arce negro de la esquina, se envolvió en torno a su tronco y echó humo cuando quedó quieto. El cazador ya se había ido.

Tallow pinchó el modo Forward de Ambient Security. El sistema empezó a recoger imágenes de la webcam activadas por el movimiento en las calles de delante. Había una imagen impresionante de un hombre enloquecido por el terror y cubierto de pintura naranja que miraba a la cámara y se daba cuenta de que le había grabado. Estaba tres manzanas delante de él. Eres rápido, ¿eh, hijoputa?, pensó Tallow, y se alegró de haber cogido el coche. Era imposible que le hubiera podido seguir a pie, y reconocía que en coche tampoco le iba tan bien. Trasladó la ubicación de la imagen al plano, consideró el funcionamiento del tráfico e hizo un viraje, con la esperanza de no haber deducido mal.

Vio un coche empotrado contra una farola. Habían disparado contra el parabrisas.

Un lince cruzó por delante del cazador, haciendo un ruido como el de una tempestad en el río. Lo montaba un ser humano con una cara plana de cristal.

El cazador intentaba encontrar frenéticamente los puntos de referencia que

recordaba, pero todo estaba en movimiento.

Distinguió el letrero de una calle que le proporcionó una señal entre el caos serpenteante de su visión, consiguió orientarse y se lanzó a toda velocidad por un callejón.

Tallow advirtió un borroso cambio de orientación en su teléfono, llevó los ojos al plano y supo adónde iba el cazador.

Conocía aquel callejón, sabía adónde llevaba y ahora estaba seguro del destino de la carrera del cazador. Tallow imaginó que su hombre, en realidad, estaba muy cerca de él.

El cazador surgió del callejón y vio una jauría de perros que doblaba la esquina de la calle a su izquierda lanzando unos chillidos terroríficos. El cazador movió la cabeza de un lado a otro, agarrando con más fuerza su pistola. La jauría se convirtió en un vehículo de motor que él conocía.

El coche se subió a la acera. El cazador no podía quedarse a luchar. Disparó al coche, se dio la vuelta y corrió a ponerse a salvo.

Era un disparo certero, y un buen recordatorio para Tallow de que el lunático salpicado de pintura de la calle era el asesino más prolífico y eficiente del que hubiera oído hablar nunca. El parabrisas enloqueció y la esquina derecha de su asiento explotó escupiendo trozos de plástico barato y gomaespuma amarilla. No veía nada y no tuvo más remedio que pisar el freno. Le dolía el hombro derecho, en la parte de arriba. Echó una rápida ojeada y vio un corte limpio que chamuscaba la hombrera de su chaqueta. Nada importante. Tallow dio un codazo, haciendo un agujero en el cristal del parabrisas, e intentó convencer al coche de que anduviera otra vez. El coche no tenía interés e hizo un sonido como de perro enfermo que mordisquea una rama.

El cazador se había alejado veinte o treinta pasos antes de darse cuenta de que no oía el coche en marcha. Estaba detenido, medio subido en la acera.

El cazador sabía que no podía parar. Medio minuto de sprint le dejaría por completo fuera de la vista de Tallow. Pero el coche no se movía. Podría haber herido a Tallow. Podría haber paralizado violentamente la maquinaria del vehículo. Debería correr. Pero a Tallow había que matarlo. Él quería matar a Tallow con todas sus ganas. Un cazador no abandona la presa así sin más. Habría sido de mal gusto alejarse.

El cazador se puso a andar de vuelta al coche, con rapidez.

El puñetero motor no quería ponerse en marcha. Tallow no sabía por qué. A Tallow no se le daban bien los coches.

Jim Rosato siempre había dicho que a Tallow no se le daban bien los coches. Por eso conducía él. Jim Rosato siempre había dicho que Tallow no era un policía de calle como él, y por eso él intervenía antes en cualquier situación que se presentase

en la calle.

—Jim Rosato está muerto —dijo Tallow, mientras hacía girar la llave de contacto y pisaba los pedales. El coche dio un salto hacia delante como un animal, desprendiéndose de un tapacubos cuando alcanzó la calzada.

El cazador hizo un disparo. No se fiaba lo suficiente de su visión para disparar a la cabeza, de modo que lo dirigió contra el bulto más grande que pudo enfocar.

El proyectil alcanzó el chaleco de Tallow, justo encima del corazón. Fue como si una pelota de béisbol dejara violentamente sin aire sus pulmones. El corazón se saltó tres latidos y el mundo se puso negro y rojo por los bordes. El coche dio unos bandazos, chocando contra la acera opuesta, y se llevó por delante un dispensador de periódicos antes de que Tallow consiguiera recuperar el control de la máquina y el suyo propio.

Otro disparo aulló por el capó. Esquirlas de metal caliente arrancadas por el proyectil a su paso salieron disparadas hacia el interior del coche y la cara de Tallow. Soltó un sonido como si estuviera rugiendo mientras enderezaba el coche calle adelante con impulsos homicidas.

El cazador no tuvo más remedio que darse la vuelta y correr.

Tallow intentó mantener el morro del coche detrás del cazador, pero el hijoputa hacia eses entre las farolas, los buzones y cualquier otra jodida cosa que se interpusiera entre él y el coche mientras corría como una gacela. Tallow iba sorteando los obstáculos, suponiendo lo que haría el otro. Estaba notando intensos pinchazos de dolor en el pecho cada vez que intentaba respirar.

El cazador dobló a la izquierda en el cruce siguiente, disparando otro proyectil sin mirar. La bala se hundió en la parte delantera del coche, hizo carambola con algunas piezas del motor y salió por la parte inferior del asiento del conductor.

Tallow soltó un alarido cuando un trozo de su pantorrilla derecha salió despedido. Maldijo y pataleó tratando de sacudirse el dolor. Tenía la cara mojada. Se secó el sudor en cuanto pudo, antes de que se le metiera en los ojos, y vio sangre en sus dedos cuando éstos se volvieron a cerrar sobre el volante. Maldijo dos veces. La sangre puso resbaladizo el volante, y resultaba difícil agarrarlo. Su pierna estaba llena de arenilla que quemaba y salía humo del capó del coche.

Tallow tuvo que conducir entre el tráfico para continuar la persecución. Evitó un choque lateral por centímetros y tuvo que subirse otra vez a la acera, regateando señales de tráfico mientras se metía disparado en el carril contrario de la calle siguiente y rezaba porque no viniera ningún coche de frente.

Las actualizaciones de Ambient Security disminuyeron. Las fachadas de las tiendas escaseaban. El cazador se había perdido de vista. Tallow tenía que fiarse de su conocimiento de la ciudad, de todo lo que había aprendido los días pasados y de su instinto. No quedaba nada más.

El cazador lo había conseguido. Sabía que sólo llevaba unos segundos de delantera a Tallow. Buscó a tientas la llave dentro de su bolsa, tocando la anilla cosida al fondo. No había nadie cerca: aquella fachada del edificio, la de atrás, siempre estaba en silencio a aquella hora de la noche, y él tenía recursos para entrar de los que echar mano. Pero necesitaba la llave.

Sólo llevaba encima dos. Una, la de la calle Pearl, y otra, la de aquella casa. Le habían dado las dos, y mantenía ambas a buen recaudo. Soltó la llave.

Tallow condujo el coche dando bandazos hasta la parte de atrás del Centro de detención de Manhattan. Había tres vías de entrada, cada una lo bastante grande como para permitir el acceso a un furgón con detenidos, todas cerradas con persianas verdes. A la izquierda de ellas, una sola puerta enmarcada en un hueco. Ningún policía por allí. De noche allí atrás no había circulación, como regla general, y un hombre con paciencia observaría el escaso ajetreo reinante antes de dirigirse a aquella puerta.

El cazador estaba allí, metiendo la llave en la cerradura. Si Tallow se detenía ahora, tendría un tiro fácil. Pero un tiro fácil a distancia, y su visión y fuerza para agarrar el arma estaban afectadas. Tenía que apuntar al pecho si quería asegurar el blanco.

Tallow quería matarlo.

Durante un segundo se vio en lo alto de la escalera del edificio de apartamentos de la calle Pearl mirando al hombre que había matado a su compañero y convirtiéndose en un ente descerebrado que empuñaba una pistola y que sólo mataba gente.

El hueco era estrecho.

Tallow aceleró el coche hacia allí de todos modos.

El cazador se dio la vuelta y vio una avalancha negra en llamas con ojos brillantes y soltando humo y algo cubierto de sangre cabalgándola hacia él y puso el grito en el cielo.

El coche embistió contra el hueco a la mayor velocidad que podía, aplastando los dos faros, hundiendo el radiador, arrancando grandes trozos del parachoques delantero y estrellando el morro contra el cazador, al que destrozó derribando la puerta.

El airbag envolvió a Tallow con nubes de plástico.

Tallow tuvo ganas de quedarse tumbado sobre él para siempre. No podía. El cazador tenía un arma. Lo único en lo que podía pensar era en que el cazador tenía un arma. Apartó el airbag y trató de abrir la puerta del acompañante. Le exigió mucha fuerza, y tuvo que empujarla con el hombro, que le dolía. Salió del coche y cayó allí mismo. Su pantorrilla no estaba haciendo una parte del trabajo esencial para mantenerlo de pie. Tallow se agarró a la puerta, poniéndose derecho con esfuerzo, y

se afianzó antes de sacar la Glock.

El cazador estaba tumbado de espaldas entre los restos de la puerta, inmóvil.

—No —dijo Tallow.

Tallow pasó por encima de lo que quedaba de la parte delantera del coche, haciéndose un corte en el muslo con un trozo saliente de la carrocería sin apenas darse cuenta. Ya no le preocupaba la pistola del cazador. Lo único que podía pensar era:

No te atrevas a morir.

El cazador no se movía. Y luego se produjo una dolorosa y estremecida inhalación. Y luego otra.

Ahora Tallow oyó sirenas. Momentos más tarde, había voces al alcance del oído, y sonido de armas que se montaban.

Tallow enseñó su placa, les dijo quién era y les dijo que necesitaba a los de asistencia médica allí desde hacía cinco minutos.

—Este hombre no tiene que morir. Ni tiene que escapar.

Tallow se apartó. La pistola del cazador estaba a la vista, lo que le gustó. También la bolsa del cazador. Tallow la recogió y miró en su interior.

Doblada en el fondo de la bolsa había una pequeña cartera negra que contenía una placa de inspector del Departamento de Policía de Nueva York.

Treinta y siete

Aquello todavía no era una cuestión de importancia, pero en cualquier caso ellos se la dieron.

Bat insistió en que a él le habían vendado más que a Tallow porque sus heridas eran más graves. Cuando le informaron, no de modo amable, de que Tallow también tenía una herida en la pantorrilla envuelta en vendas, las manos magulladas por sabe Dios qué motivo, medio hombro negro de cardenales y quemaduras, y que parecía como si le hubieran vaciado una pistola de clavos en la cara, Bat empezó a protestar porque alguien hubiera robado su Robot Jódete del apartamento de Tallow.

Añadiendo más mala leche, Bat además señaló que el Robot Jódete debía de ser lo único de valor del apartamento de Tallow cuando no habían robado nada más.

—¿Es que eres autista? —dijo Tallow. Scarly se rió y Bat le dijo que nunca volviera a presentarse ante ellos con mierdas de ese tipo.

El subdirector Turkel estuvo de baja durante esos cinco días posteriores a que Tallow estrellase su coche contra la parte trasera de las Tumbas. Se la habían concedido por la pérdida de uno de sus amigos más antiguos y queridos, Jason Westover, y también de la querida esposa de Jason, Emily. Se había producido en circunstancias tan trágicas —un pacto de asesinato/suicidio entre los dos, ¡y nada menos que en Aer Keep!— que Turkel se declaró incapacitado para el servicio mientras sufriera semejante dolor.

Extraoficialmente, Turkel se mantuvo muy entero durante dos días intensamente enervantes. Turkel no estaba al tanto de que Tallow había llevado al cazador al hospital Beth Israel y había pospuesto su propio tratamiento hasta que encontró un médico al que pudo convencer de que empezara a inyectar antipsicóticos a aquel hijoputa. Dos días después, el cazador empezó a manifestar cierto grado de sensatez y explicó a los agentes que le atendían que la llave y la placa se las había dado su buen amigo Al Turkel.

El propio Tallow se añadió al equipo encargado de registrar las zonas menos frecuentadas del sótano del Centro de detención. Resultó que había un sistema informal de trabajo según el cual a los policías cansados entre pesadas guardias se les permitía echar una cabezadita en celdas en desuso fuera de la vista de las actividades principales del centro. Tallow se sintió algo ofendido porque nadie le hubiera hablado nunca de eso.

Tres horas de registro (que fueron un infierno para la pierna de Tallow) dejaron al descubierto una celda en lo más hondo del centro que ofrecía indicios de haber sido utilizada de forma más regular. Alguien había estado pintando con los dedos en una pared. Espirales. Scarly encontró coincidencias entre estas pinturas y lo que se recuperó en la calle Pearl, y ellos ya fueron lanzados.

En ese punto, Turkel empezó a hablar tratando de salvar el pellejo, y explicó que le habían obligado a punta de pistola a llevarse la placa de un inspector muerto sin familia y darle la llave al cazador para que pudiera utilizar una celda del fondo de las Tombs como escondite. Tallow pensó que debía de haber sido muy agradable para el cazador poder esconderse tan cerca de la superficie enterrada de Werpoes. Puede que hasta se hiciera la idea de que estaba sentado dentro de un tipi o lo que fuera en el poblado de noche.

Machen, que inició involuntariamente todo el asunto, llevaba tiempo desaparecido. Había cogido un avión rumbo a México más o menos una hora después de la reunión en Central Park, y por el momento se desconocía su paradero. El paradero de una considerable cantidad de dinero también estaba siendo investigado. Tallow dudaba mucho de que volvieran a ver a Andrew Machen.

Lo que contaba Turkel se iba desmoronando a medida que el cazador seguía hablando. Éste hablaba como un hombre que no se había comunicado con nadie durante mucho tiempo y estaba decidido a resarcirse en el menor tiempo posible. Tallow, Scarly y Bat podían respaldar con pruebas gran parte de la historia que se estaba inventando el hospitalizado, y Turkel fue mantenido en arresto domiciliario.

Hoy, el caso se le había escapado a Tallow de las manos y ya estaba en aquellas enrarecidas alturas olímpicas de Jefatura, donde policías dioses decidían cómo ocuparse adecuadamente de los asuntos de los estúpidos mortales y los inspectores que cojean.

Tallow fue convocado a la oficina de su teniente en la plaza Ericsson para firmar de modo oficial un permiso de siete días.

Un permiso después del cual, le habían asegurado, se podría reincorporar. Pero él estaba en la calle Baxter aparcando un coche nuevo —nuevo para él, en cualquier caso, aunque parecía sacado de Los Picapiedra— y después dirigiéndose a las Tumbas.

—Gilipollas —murmuró un sargento cuando Tallow firmaba para entrar.

—¿Dónde está? —preguntó Tallow—. ¿En el mismo sitio?

—No sé de qué me hablas, tío —dijo el sargento.

Tallow firmó y leyó el nombre de la placa del sargento.

—Vale. Me aseguraré de dar tu nombre a la comisaria jefe cuando después me pregunte cómo van las cosas hoy por las Tumbas.

—Que te den por el culo —dijo el sargento—. Está en el mismo sitio. Justo detrás del patio. Gilipollas.

—Gracias, sargento —dijo Tallow animado, y se alejó cojeando.

El cazador estaba solo tumbado en un calabozo leyendo un libro. No tenía muchas más posibilidades que estar tumbado.

Sus muletas estaban apoyadas junto a su catre, tenía las piernas escayoladas casi

enteras y llevaba una faja y un collarín. Los del equipo de traumatología le habían dicho a Tallow que el cazador había salido bien librado, en el fondo, y que la mayor parte de los daños los había sufrido al ser empujado contra la puerta más que porque el coche le hubiera golpeado, debido a que las paredes absorbían la mayor parte de la energía cinética cuando un coche se estampa contra ellas. Habían puesto al cazador prendas de un traje de mala calidad. Sus zapatos habían desaparecido.

—¿Qué hay, inspector? —dijo el cazador—. Perdone que no me levante. Por el momento, necesito dos personas para conseguirlo.

—¿Qué tal? —dijo Tallow, que todavía era incapaz de obligarse a utilizar el nombre de aquel hombre. Eso en cierto modo empequeñecería al hombre, y Tallow no quería hacerlo.

—Acabo de volver del juzgado —dijo el cazador, sin levantar la vista del libro—. Resulta que voy a vivir una larga y productiva vida.

—Eso he oído —dijo Tallow. Ya se había llegado a un acuerdo. A cambio de cooperar, y para evitar discusiones sobre la enojosa cuestión de si a un esquizofrénico no sometido a meditación se le podía hacer responsable de sus actos de los últimos veinte años, el cazador era condenado a cadena perpetua sin posibilidad de redención de pena en un centro de máxima seguridad, probablemente Sing Sing.

—Veamos —dijo el cazador, con los ojos todavía en el libro—. ¿Vamos a hacer más preguntas hoy?

—Sólo una —dijo Tallow—. ¿Qué formaban las armas de la pared? ¿Un wampum?

Los ojos del cazador se volvieron hacia Tallow con agrado.

—¿Un wampum! ¡Usted lo supo!

—¿Un wampum en forma de cinturón que rodearía todo el apartamento?

—Muy cerca, inspector, muy cerca. Era un wampum. Y un wampum es información. Lo mismo que el arte es información, y el canto es información, y la música y la danza. Puede imaginarlo... y, coño, ahora lo puedo imaginar yo, con toda la medicación que me están metiendo... como un instrumento gigante. Un instrumento muy grande del tamaño de un apartamento, como los antiguos ordenadores que llenaban una habitación y disponían de su propio código.

—Pero no estaba terminado, ¿verdad? —dijo Tallow—. Cuando entré, vi espacios vacíos. Elementos que faltaban.

—Así es. Aún no lo había terminado. Cada pieza tenía que ser exactamente la adecuada. Cada pieza debía tener su propia dosis de magia en el conjunto, su propio código.

—¿Para qué es?

—¿Qué sabe usted de la Danza de los Espíritus, inspector?

Tallow frunció el ceño.

—De esas historias antiguas suelo estar enterado. Sé que era algo de los nativos americanos. Algo mágico sobre matar a todos los blancos.

—Es una interpretación. La historia es mucho más compleja de lo que me permiten las fuerzas. Pero lo importante es que la Danza de los Espíritus era una danza ritual complicada, muy rica en información, que, si se realizaba de modo correcto hasta el final, provocaría varias cosas. La extirpación de los blancos y de todas sus maldades de América del Norte. Su devolución a los nativos muertos. Y la renovación y recuperación de la tierra. ¿Ve adónde quiero llegar, inspector?

—No lo sé —dijo Tallow, despacio.

—Estaba construyendo un instrumento ritual que, cuando estuviera terminado, tendría el mismo efecto que la Danza de los Espíritus. Cuando estuviera terminado y funcionase, o bailase o hablase o lo que fuera, Manhattan volvería a ser Mannahatta, la isla de las múltiples colinas, y mi pueblo regresaría.

—En realidad usted no es nativo americano, ¿verdad? —preguntó Tallow.

—Ni siquiera un poco —confirmó el cazador.

—Y construyó un instrumento con armas utilizadas en asesinatos para destruir Nueva York y reemplazarlo por las Praderas Eternas de Caza.

—En mi defensa, estaba completamente loco. —El cazador sonrió.

—Eso he oído —dijo Tallow—. ¿Sing Sing, entonces?

—Eso mismo —dijo el cazador, retorciéndose un poco en su camastro—. Una celda sólo para mí. Montones de libros y cuadros. Es probable que limitada relación con los otros reclusos, que imagino se ampliará antes de que pasen muchos años. ¿Sabe de dónde viene el nombre de Sing Sing, inspector?

Eso Tallow lo sabía, pero de todos modos negó con la cabeza.

—Viene de la palabra Sint Sinck. Los sint sinck fueron una tribu de Mohegan que vivió en esta costa. Vecinos de los lenape. En realidad Sing Sing está construido en tierras de los nativos americanos.

La sonrisa del cazador se hizo más ancha, enseñando los dientes.

Quince minutos después Tallow estaba fuera del coche, tanteándose los bolsillos en busca de las llaves. Hubo un ruidito en su chaqueta, y sacó un arrugado paquete de cigarrillos que llevaba una semana sin tocar. Los miró y pensó un momento. Eligió un cigarrillo y tiró el paquete por una alcantarilla. Arrancó el filtro y encendió el cigarrillo.

John Tallow, con las yemas de los dedos magulladas, soltó una bocanada de humo hacia el cielo por Emily Westover, y otra por Jim Rosato.

John Tallow soltó una espiral de humo hacia el cielo de algún otro también por sí mismo, y luego aplastó el cigarrillo y se dirigió al Primer Distrito.



WARREN ELLIS (Essex, Gran Bretaña, 1968). Es un conocido novelista y guionista de cómics y de series de televisión. Es autor de las novelas Camino tortuoso, Listener y At the zoo, y guionista de algunas famosas series de cómics de la prestigiosa editorial Marvel como Iron Man y Ultimate Fantastic Four, entre otras muchas. Entre sus novelas gráficas y cómics cabe destacar Nextwave, Thunderbolt, Wolfskin, Black Summer, No Hero, El motorista fantasma, Doctor extraño, Druida, Daredevil, Saqueadores Estelares, Matanza, Tormenta, Lobezno, Generation X, X-Force, X-Men , Planetary y Transmetropolitan, entre otros. De su novela gráfica Red se ha hecho una película de gran éxito con el mismo título, protagonizada por Bruce Willis y Helen Mirren. En 2010 ganó el premio Eagle por su webcomic FreakAngels.

Notas

¹ Pearl, en inglés, es «perla». (N. del T.) <<

² Los nativos americanos llamaban así, two-spirit («dos espíritus»), a quienes adoptaban una identidad sexual y disfrutaban del estatus social del sexo opuesto. En argot actual, un two-spirit es alguien que adopta simultáneamente los dos sexos. (N. del T.) <<